

La familia es siempre una referencia esencial para las personas y un elemento fundamental en nuestra sociedad. Esto no ha cambiado por más que hayan cambiado los hábitos y comportamientos de la sociedad española. Pero la realidad de nuestras familias es muy variada. A partir de su experiencia personal animando grupos de matrimonios, el autor insiste en la importancia de cuidar la pareja y la familia para garantizar su bienestar y su consolidación, y propone pautas concretas para conseguir que el amor renazca cada día.

Además, este libro anima a abrir un diálogo en el seno de la familia y en la comunidad cristiana.

Atilano Alaiz es sacerdote claretiano. Desde el inicio de su ministerio sacerdotal ha hecho de la pastoral familiar una de sus prioridades. Ha promovido y animado numerosos grupos y comunidades de matrimonios. Es autor de una veintena de títulos.

LA FAMILIA, COMUNIDAD DE AMOR

Atilano Alaiz

ISBN 84-288-1677-8



2
8
9
3
5

9 788428 181677 9

La familia, comunidad de amor

Atilano Alaiz

*A mis amigos de Montevideo, Madrid,
Ferrol, Gijón y Vigo, matrimonios con
quienes comparto, gozosa y
fraternalmente, vida, Mesa y mantel,
coautores, en cierto modo, de estas
páginas, con mucho afecto y gratitud de
vuestro amigo de siempre.*

Diseño de cubierta: Estudio SM
Maritxu Eizaguirre

© Atilano Alaiz, 2001

© PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
c/ Agastia, 80
28043 Madrid

ISBN: 84-288-1677-8

Depósito legal: M-21.451-2001

Preimpresión: Grafilla, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta SM - Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

PRESENTACIÓN

La familia ocupa el primer lugar entre los *valores de los españoles*, como ya sabemos muy bien e indican todos los estudios sociológicos y encuestas. Los últimos informes de la Fundación Santa María revelan que «siete de cada diez jóvenes, entre quince y veinticuatro años, sostienen que la familia constituye el interés prioritario de su vida»¹. Se trata, pues, de un valor clamorosamente confesado. Pero la cuestión es si, a la vez, es un valor vivido. Y aquí, la cuestión ya no es, ni mucho menos, tan esplendorosa. ¿Quién cree que ese alto porcentaje de jóvenes que considera que la familia es un entorno fundamental en su vida es realmente coherente con ello en la vida familiar?

¿Pasará algo así como con la fe en Dios? Somos uno de los países con un mayor índice de religiosidad, de culto a Dios. Y también, junto con Italia y Portugal, uno de los países en los que más se blasfema contra él. ¡Paradojas! ¿Sucederá esto mismo con respecto a la familia?

Por ejemplo, la familia española, según un informe del Grupo Europeo de Estudios del Sistema de Valores, «es la que menos valores transmite en toda Europa. Esto ocurre en el terreno del ahorro, de la fortaleza interior, del trabajo serio, de los valores religiosos y morales». Por año-

¹ *Diario ABC*, 18-11-1999.

didura, la familia española es de las menos protegidas por el presupuesto nacional.

Según todos los estudios sociológicos, cada español, tira por la ventana de la televisión, al menos, tres horas y media diarias. Y, en cambio, *no tiene tiempo para dialogar y convivir en familia*, para hacer familia. ¡Qué gran crimen el de *matar el tiempo*!

Tendremos personas nuevas, Iglesia nueva, sociedad nueva, si tenemos familias nuevas. ¿Acaso no se hace patente con sólo echar una mirada a nuestro alrededor, a nuestro propio interior, a la herencia familiar que llevamos dentro?

Yo lo vi claro desde los años de seminario. Desde el día en que empecé mi servicio sacerdotal, me volqué en cuerpo y alma en crear grupos de matrimonios y en acompañarles en su caminar humano y cristiano. No me he contentado con casarles y desearles buen viaje en el camino emprendido; he pretendido y pretendo ayudarles a seguir casándose y acompañarles en su camino. He creado y compartido amistad, reflexión y confidencia con bastantes decenas de grupos que he promovido en las distintas latitudes en que he ejercido mi ministerio sacerdotal. Todo ello no ha hecho mas que confirmarme más y más en mi convicción.

Es doloroso que haya tanta gente distraída sin preocuparse de ser mejores matrimonios y mejores familias. ¡Qué diferencia entre unos matrimonios y otros, entre unas familias y otras! ¡Lo que da de sí la vida conyugal y la vida familiar!

Hace unas semanas me preguntaba en Madrid un grupo de matrimonios amigos: «¿En qué estás trabajado ahora?». «En unas reflexiones para los grupos de matrimonios que animo en mi parroquia» –respondí–. «¿Cuándo dejaréis los curas de hablar del matrimonio, del que no sabéis

nada?» –me espetó al instante una de las mujeres–. «Cuando lo hagáis vosotros, los casados y las casadas», le repliqué de inmediato. «¡Poned manos a la obra!». Hice unos instantes de silencio, y luego continué: «Pero, además, quédate tranquila, porque, en cierta medida, en las páginas que estoy escribiendo intento hacer de portavoz de muchos casados y familias, la mayoría integrados en grupos. Me han hecho el regalo de su confianza y de su confidencia. Es un libro que recoge mucha experiencia. Una experiencia que, naturalmente, es prestada; y, por eso, ciertamente menos viva e intensa, pero más ancha y extensa. A este respecto, no hay que olvidar aquello de que los *árboles de la propia vida impiden ver el bosque* del proyecto matrimonial en toda su grandeza. Quienes hemos compartido y departido con muchos matrimonios y familias tenemos la ventaja de haber visto el bosque desde el helicóptero que sobrevuela por encima de la propia experiencia. Así lo perciben muchos casados.

Tengo la seguridad de que estas reflexiones serán de utilidad porque ya han servido a muchos matrimonios y familias. Ellos han sido los que me han impulsado a publicarlas para que otros puedan participar de ellas.

Hay varias formas de asimilar estas reflexiones. Mediante la reflexión personal, si no hay otra forma. Mediante la lectura compartida de la pareja; si fuera posible, sería más provechosa, la lectura en familia de lo que sea válido para todos.

No me canso de repetir a los grupos de matrimonios, que, si es posible, la pareja practique *la sentada*, que es una hora de lectura y reflexión en común sobre un tema, para compartir después con las otras parejas del grupo. Esto es determinante.

Los matrimonios cristianos, naturalmente, tendrán que buscar una lectura bíblica adecuada al texto de reflexión, y terminar con una oración conyugal o familiar.

Es importante que la reflexión cuaje en un compromiso concreto, lejos de las generalidades que abarcan mucho pero consiguen poco. Lo mejor es concretar. Más vale dar un paso adelante real que echar una carrera imaginaria. Aconsejo siempre a los matrimonios que tengan una carpeta y una libreta sobre formación matrimonial. La experiencia enseña que es útil anotar por escrito los compromisos concretos y revisar su cumplimiento en *la sentada* o en la reunión de grupo.

Puede que, después de ojear el índice, alguien piense que en el libro hay algunas lagunas. No hablo, por ejemplo, del compromiso de la familia con la Iglesia o con la sociedad; no toco el aspecto de los valores en la familia, la educación de los hijos ni otros temas. Sin embargo, la cosa no acaba aquí. Si Dios quiere, nos encontraremos en otra ocasión y en otras páginas.

El gran sueño de todos los padres es: *¡Que mi hijo (o mi hija) sea feliz en su matrimonio!* Exactamente este es el sueño del Padre Dios. Esta es la ofrenda litúrgica que, sobre todo, espera y le agrada. «No es bueno que el hombre esté solo»². Dios espera que las familias cristianas sean, como bella y expresivamente dice san Ignacio de Antioquía de la comunidad, como las cuerdas de una cítara que, bien afinadas y pulsadas por el Espíritu, canten a Cristo como canción, un himno armonioso o una imagen viva de sus nupcias con la humanidad en su Iglesia.

Como le habrá pasado a todo el mundo, también yo me he encontrado con matrimonios y familias admirablemente *con-cordes*, divinamente *conyugadas* para ayudarse a crecer, para darse calor y vida, y para dar vida y calor a su entorno; son como los troncos, unidos y llamantes, que irradian luz y calor en la noche helada. Es-

tos son los que colman los sueños del Padre Dios. Con su retrato al fondo he escrito estas reflexiones. Ellos dicen con la contundencia de los hechos que el proyecto de matrimonio y familia que propongo no es un sueño imposible.

Desgraciadamente, la gran mayoría son hogares inhóspitos en los que se come, se bebe y se respira pura mediocridad, pequeñas satisfacciones pescadas al aire, momentáneas, fugaces, agridulces, más agrias que dulces, como fruta verde, inmadura.

Familiarizarse: he aquí una gloriosa tarea, una tarea incabable. Se tarda en tener a punto el hogar material; durante mucho tiempo siempre queda algún detalle pendiente. Pero, al final, para disfrute de la familia, se termina. Sin embargo, la construcción y el adecentamiento del hogar psicológico no se termina en toda la vida. Todos los días hay que *casarse*, *familiarizarse* más y más, en el sentido etimológico, es decir, *hacerse familia*.

Si se toma esto con toda seriedad, la luna de miel no irá a luna menguante sino a luna creciente. Porque, si se pretende ser feliz, no hay otra alternativa que fraguar la felicidad en la familia, porque (no debe olvidarse nunca), *felicidad se escribe con f de familia*.

Un abrazo cordial,

ATILANO ALAIZ

² Gn 2,18.

EN LA FAMILIA ESTÁ LA CLAVE

Del dicho al hecho...

Es conocida la condición de Arquímedes para mover el mismísimo globo terráqueo: «Dadme un punto de apoyo –pedía–, y moveré la tierra». En el orden psicológico, eclesial y social, ese punto de apoyo es la familia. Dadme una familia sana, llena de vitalidad, jubilosa (dicen los pensadores más lúcidos, los documentos más sólidos), y removeré la humanidad entera. Renacerá una nueva persona, una nueva Iglesia y una nueva sociedad; un mundo nuevo, en definitiva.

Hablar de la trascendencia de la familia, después de tantos estudios psicológicos y sociológicos sobre su incidencia en la vida de la personas, parece un tópico; pero es un tópico que conviene repetir. Porque, desgraciadamente, los mismos datos sociológicos revelan que, en realidad, la familia es más un valor *confesado* que un valor *vivido*.

Efectivamente, es un valor *confesado*. En una encuesta y estudio sociológico con toda garantía, de 1991, sobre los *Valores de los españoles*, la familia ocupaba el primer lugar «entre los aspectos que los españoles consideran más importantes»¹. En encuestas y estudios posteriores

¹ *Vida Nueva*, n. 1.793, 8-6-1991.

la familia ocupa siempre los primeros puestos de estimación.

Pero, cuando se pasa de esta alta valoración teórica a la vivencia práctica, es como pasar del día a la noche.

Ahí están los datos. Nos los proporciona Pepe Rodríguez, que tan apasionada y hondamente ha estudiado el tema:

«— 1.640.344 menores viven en familias con padres que presentan una acusada tendencia al empleo de algún tipo de violencia.

— 4.225.130 menores están bajo la tutela de padres que utilizan pautas educativas extremas (demasiado rígidas y autoritarias o absolutamente permisivas) y, por eso, lesivas.

— El 18 % de los escolares entre once y quince años consideran difícil o muy difícil hablar con su madre de temas que les preocupan, y un 36 % apunta el mismo problema para hablar con confianza con su padre.»²

Por su parte, Juan Arias afirma:

«Hoy existen soledades atroces dentro del mismo matrimonio, entre padres e hijos, entre hermanos, entre compañeros, entre vecinos. La soledad no la elimina la simple compañía, ni siquiera el sacramento de la unión. Por eso se empieza a decir que los esposos entre sí, que los padres y los hijos, que los hermanos deben comenzar por ser *amigos*. Y esto es más profundo de lo que parece.»³

He formado y animado a lo largo de mi ministerio sacerdotal a varias decenas de grupos de matrimonios; he

² RODRÍGUEZ, Pepe: *Tu hijo y las sectas*, Temas de Hoy, Madrid, 1974, p. 49.

³ ARIAS, Juan: *El Dios en quien yo creo*, Sígueme, Salamanca, 1969, p. 182.

estado en contacto con muchos padres de alumnos, con padres de niños de primera comunión y jóvenes de catecumenado de confirmación, y confieso que uno de los descubrimientos más dolorosos que he hecho ha sido el del escaso número de matrimonios y familias que logran un nivel aceptable de armonía, cariño y felicidad. Desgraciadamente, no se trata de escasas excepciones de familias y matrimonios conflictivos, desilusionados y desunidos que confirman la regla, sino de un porcentaje estrechecedor.

Varios profesores de distintos grados de enseñanza, pública y privada, catequistas, directores de guarderías que forman parte de la catequesis de adultos o de grupos de matrimonios, coinciden unánimemente en afirmar que les consta que son pocos los matrimonios y las familias que gozan de verdadera armonía.

Las separaciones y los divorcios jurídicos son ya muchos, pero los divorcios psicológicos en los que las parejas y las familias siguen viviendo bajo un mismo techo, compartiendo la posesión de los mismos muebles e inmuebles, los mismos bienes, son numerosísimos.

Mi amigo y compañero, el padre Luis Cabielles, metido de lleno en la pastoral matrimonial desde la delegación de la Conferencia Episcopal, ha dicho que, según cálculos y estadísticas, encuestas y contactos familiares, sólo un 8 o 9 % de los matrimonios se pueden considerar decorosamente logrados. Estoy enteramente de acuerdo. ¡Qué fracaso tan estruendoso si ésta es la realidad!

Creo que estamos todos de acuerdo en que son relativamente pocas las familias que son *hogar*, en el sentido etimológico de la palabra, familias que son *fogón*, que tienen encendido el fuego del cariño y la ternura.

Pero los que forman una «muchedumbre que nadie pue-

de contar» son las familias y los matrimonios *mediocres*, resignados, fatalistas. No son malos, se han resignado a funcionar decentemente, pero no intentan superarse; se han resignado a soportar los pequeños defectos del cónyuge y no hacen nada por superar los suyos propios. Creen que el matrimonio y la familia no dan más de sí, que «genio y figura hasta la sepultura». Sus bodas de plata o sus bodas de oro no es que sean veinticinco o cincuenta años de matrimonio, sino que son veinticinco o cincuenta veces el mismo año, como respondería un amigo psicólogo a alguien que confesaba que hacía sesenta años que era el mismo: «Tú no tienes sesenta años, sino sesenta veces el mismo año». La vida para ellos ha empezado a ser un circuito cerrado, un velódromo, sin meta ni sorpresas alentadoras.

Lo siento de verdad por ellos. No saben las gratas sorpresas que aguardan a toda pareja que vive en superación constante. No saben que lo mejor de la vida conyugal está siempre por descubrir.

Desgraciadamente, muchos ni siquiera logran mantenerse en el mismo nivel de mediocridad. Descienden. Porque, con los años, se acentúan las deficiencias, las rarezas, las frustraciones y las manías, con lo que la vida conyugal no sólo sufre el perjuicio del estancamiento, sino del deterioro, del cansancio, del aburrimiento y de la frustración.

¡Qué deleitoso contemplar una familia unida y feliz! Para mí es uno de los espectáculos psicológicos más confortables y gozosos. Lo mismo digo de un grupo de amigos. De verdad. Son como una parábola de la vida bienaventurada. El calor de su cariño te alcanza y te señala en qué dirección está la verdadera felicidad.

Se trata, en definitiva, de la vivencia de la amistad, de

la que dijo Ortega y Gasset: «Una amistad bien cincelada es la cima del universo».

Nada más grande que ver a matrimonios (¡muchos he visto!) asombrosamente unidos, recíprocamente tiernos, esperando en el atardecer, con las manos juntas, el caer de la noche de la vida, después de haber compartido fielmente tareas y camino. Como tampoco hay nada más lamentable y abrumador que contemplar a matrimonios ancianos cascarrabias (¡también he visto a muchos!) consumir su fracaso matrimonial maltratándose con palabras y gestos llenos de amargura. ¡Cuánto amor, cuánta felicidad y plenitud de vida desperdiciados!

Ventura o desventura

«Después el Señor Dios pensó: No es bueno que el hombre esté solo; voy a proporcionarle una ayuda adecuada»⁴. Esa ayuda, en primer lugar, es, claro está, el cónyuge, simbolizado en Eva.

Cuando se presenta ante mí una pareja de novios para preparar o presidir la gran celebración de su vida, me asalta inevitablemente una duda y una preocupación: ¿Cuál será la realización concreta de su proyecto? ¿En qué quedarán sus sueños de felicidad, de pareja *distinta*? ¿A qué abocará todo este frenesí de la preparación y de la celebración, el abigarrado conjunto que forman flores, música, vestimenta, ceremonias, banquete, fotografías, parabienes y regalos?

Es la misma pregunta que me hago cuando me presentan un niño para bautizar: ¿Quién duerme en este

⁴ Gn 2,18.

bebé: un hombre o una mujer vulgar y mediocre, un santo, un sabio, una madre Teresa, un Abbé Pierre, un pendero, un pacificador? ¿En qué dirección caminará cuando tome el volante de su vida?

Los interrogantes sobre el futuro de las parejas asaltan, creo, a cualquier sacerdote, después de haber presidido numerosas celebraciones matrimoniales. ¡Qué resultados tan distintos en las diversas parejas! Algunos siguen viendo su luna de miel, pero en luna creciente. Otras entraron en luna menguante y no les queda nada más que un casquete de luna luminosa; para otros se apagó definitivamente y viven una noche negra de matrimonio y de vida de familia.

¡Lo que puede dar de sí el matrimonio!

Lo inquietante es la suerte que, a causa del éxito o fracaso del matrimonio y de la vida de familia, corren los esposos y los hijos. Una vida conyugal y familiar vivida con entusiasmo y actitud de superación tiene una increíble fuerza sacramental en orden al crecimiento de la persona, a su armonía interior y a su creatividad.

Para otros el matrimonio y la vida de familia transcurre sin pena ni gloria. Ha cambiado el esquema externo de su vida. Con-viven con otro/a, con otros/as, según tengan o no hijos, pero psicológicamente siguen siendo los solteros/as de siempre, tratando de hacer *su* vida, aunque haciendo cesiones y concesiones para evitar estridencias y conflictos que complicarían la vida y convertirían la convivencia familiar en un infierno.

No han entrado, diríamos, en la mística conyugal o familiar, y por lo tanto no han evolucionado en su vida absolutamente nada. Son los eternos solterones/as que mueren sin haberse casado psicológicamente con nadie. Son las incontables parejas y familias aburridas que *van tiran-*

do, haciendo equilibrios, calculando riesgos, buscando cada uno ganar terreno en cuanto a los derechos y tratando de reducir al mínimo los deberes.

Así es como una misma forma de vida, el matrimonio y la familia, tiene resultados muy desiguales según las actitudes con las que los sujetos las vivan. Puede ser ventura o des-ventura, gracia o des-gracia, lugar de crecimiento o de deterioro humano.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿A cuál de las situaciones descritas nos acercamos más? ¿En qué fundamos nuestra respuesta?*
- 2.º *¿El matrimonio y la vida familiar nos han ayudado a crecer o, más bien, nos lo han impedido? ¿En qué aspectos? ¿Por qué? ¿Nos sentimos frustrados o realizados gracias a la familia?*
- 3.º *¿Qué metas nos estamos proponiendo y qué medios adoptamos para alcanzarlas?*

La familia, la primera necesidad

Cuando hablo de la familia como primera necesidad, no me estoy refiriendo a la familia meramente jurídica o estructural, sino a la familia psicológica, al *hogar*.

Sería atosigante la transcripción de todas las citas conciliares sobre la transcendencia de la familia para el desarrollo armónico de la persona, como célula básica de la Iglesia y de la sociedad. Pero no puedo silenciar la que transcribo a continuación, por el enorme caudal de ideas que contiene. Es del Concilio:

«Puesto que los padres han dado la vida a los hijos, están gravemente obligados a la educación de la prole y, por tanto, ellos son los primeros y obligados educadores.

Este deber de la educación familiar es de tanta trascendencia que, cuando falta, difícilmente puede suplirse. Es, pues, obligación de los padres formar un ambiente familiar animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos.

La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan. Sobre todo en la familia cristiana, enriquecida con la gracia del sacramento y los deberes del matrimonio, es necesario que los hijos aprendan desde sus primeros años a conocer, a sentir y a adorar a Dios y amar al prójimo según la fe recibida en el bautismo.

En ella sienten la primera experiencia de una sana sociedad humana y de la Iglesia. Por medio de la familia, por fin, se introducen fácilmente en la sociedad civil y en el pueblo de Dios. Consideren, pues, atentamente los padres la importancia que tiene la familia verdaderamente cristiana para la vida y el progreso del mismo pueblo de Dios.»⁵

«La familia es la escuela del más rico humanismo», afirma asimismo el Concilio⁶.

«La educación familiar es de tanta trascendencia –continúa– que, cuando falta, difícilmente puede suplirse». No se puede decir nada más preciso, más exacto y más autorizado.

Hoy la familia está en crisis y hasta hay quienes se preguntan: *Familia, ¿para qué?* Sin embargo la familia es una

exigencia imprescindible para el desarrollo del hombre como ser personal.

«... Esa gran *cátedra* que es la familia –exclamaba Tierno Galván–. La destrucción de la familia es uno de los peores síntomas de disolución de valores en nuestro tiempo. Yo deseo, yo espero, que reviva de nuevo la familia como unidad de afectos e intereses. Porque no nos engañemos: *la familia es insustituible*. Nada, nadie puede ocupar su lugar o desempeñar su función. El consejo del padre, la piedad de la madre, la observación del hermano, las cuitas y las alegrías compartidas en común..., todo esto viene a definir el carácter y a preparar moralmente al hombre que uno va a ser».

Por su interés, transcribo las conclusiones de un Simposio sobre la Familia celebrado hace algunos meses en el Colegio Senara, de Madrid:

1. Normalmente, la familia es una necesidad íntima para el hombre; sin ella resulta difícil alcanzar la madurez psíquica, personal y social.
2. Muchos de los intentos de sustituir la familia por otras fórmulas de convivencia han resultado un fracaso, porque la naturaleza de la persona reclama la institución familiar.
3. Una educación permisiva, sin normas ni criterios, sin el ejemplo de los padres –que actúen coherentemente– lleva al desequilibrio de la persona.
4. Los padres y los profesores deben actuar, al formar y educar al niño, con criterios afines y no contradictorios.
5. La tecnología no puede sustituir la educación personal que cada niño requiere para el desarrollo armónico de su personalidad.»

Rof Carballo, en su libro *Violencia y ternura*, llama a esta primera experiencia familiar «la urdimbre de la personali-

⁵ Vaticano II, GE 3,1.

⁶ Vaticano II, GS 52,1.

dad»; de su calidad, de su reciedumbre depende decisivamente lo que sobre el lienzo de la personalidad se pueda pintar o bordar posteriormente.

En un hogar *fogón*, cálido, afectivamente ensamblado, se asimilan *connaturalmente los grandes valores de la vida* cuando son mamados conjuntamente con la leche materna. Son precisamente los respectivos antivalores los que producen alergia psicológica: *En la casa de mis padres, en mi familia, jamás hemos visto esto, esto jamás ocurrió en el matrimonio de mis padres*, hemos oído todos, sin duda, muchas veces.

La experiencia familiar en la niñez y la adolescencia, sobre todo, imprimen carácter en la psicología. En ella se reciben los paradigmas de interpretación de la vida y el enfoque o desenfoque de la misma. En ella se sitúan el niño y el joven en un camino acertado o desacertado que lleva a la alegría, el optimismo, la paz, la plenitud, la generosidad, o a la tristeza, el pesimismo, la egolatría y, en resumidas cuentas, el fracaso.

El modelo paterno y materno, aparentemente dormido durante años, aflora a veces en los años de la propia adultez; cala en el inconsciente más hondamente de lo que creemos. Según sean las primeras experiencias familiares, la vida será para la persona una tragedia o una fiesta, amistad o rivalidad; la personalidad será mansión abierta de par en par o cerrada a cal y canto. ¿No nos afloran a todos con frecuencia los recuerdos de nuestros padres? ¿No decimos todos de vez en cuando: *Ya me lo decía mi padre, mi madre..., como muy bien decía mi padre o mi madre?...*

Es, sin duda, por falta de formación, pero la verdad es que la gran mayoría de los matrimonios no caen en la cuenta de la transcendencia que las actitudes, gestos y clima reinante en el hogar tienen para sus hijos.

Un famoso cantante brasileño confesaba con nostalgia en una entrevista: «Mis padres eran tan pobres que no pudieron darme ni una infancia». Ésa es la mayor desgracia.

Los padres sueñan con dar a sus hijos lo mejor, todos los medios a su alcance para ponerles en camino hacia un futuro mejor que el suyo, hacia un porvenir colmado de éxitos y prosperidad en lo profesional. Con frecuencia se lamentan de no contar con los suficientes recursos económicos, de tener un empleo mal remunerado, o de no tener empleo, de no poder acceder a un piso o a una casa con todas las comodidades, o de no poder pagarles medios y viajes de estudio. Muchos padres que se lamentan de esto no caen en la cuenta de que si está a su alcance proporcionar a sus hijos (y tal vez no se lo proporcionan) lo que para su felicidad presente y futura es bastante más decisivo que todos estos medios: *un hogar acogedor y gratificante...* Lo más importante, pues, para el bien de sus hijos está en sus manos.

La familia sana es una exigencia imprescindible para el sano desarrollo de la persona. El psicólogo y pedagogo Bernabé Tierno, desde su extensa e intensa experiencia como orientador de chicos y familias, afirma resueltamente: «Casi la totalidad de las personas que he tratado y son equilibradas, sanas, alegres y positivas han tenido unos padres comunicativos, abiertos y generosos». Esto es decir mucho.

Esta constatación tendría que ser un verdadero toque de atención para todos los padres, tan preocupados a veces por el futuro económico y social de sus hijos, y por proporcionales los medios para ello, y, por otra parte, tan despreocupados, con frecuencia, de su futuro psicológico, lo más transcendental, precisamente.

Por eso, nuestro actor Bódalo confesaba con íntima satisfacción: «Entregarme a mi mujer y a mis hijas es algo que a mí me ha compensado. Formar una buena familia es lo más importante que he hecho en mi vida».

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Nuestra valoración de la familia responde a un mero convencimiento intelectual o a una experiencia propia vivida en el hogar de nuestros padres y en el nuestro?*
- 2.º *¿Qué aspectos positivos y qué aspectos negativos descubrimos en la personalidad de nuestros hijos, que son reflejo de los aspectos positivos y negativos de nuestra vida conyugal y familiar?*
- 3.º *¿Ponemos todo el empeño en dar a nuestros hijos lo más decisivo para su vida: un hogar modélico?*
- 4.º *¿Qué compromiso práctico nos sugiere esta reflexión?*

La familia, formadora de la persona

Invitación a la amistad

Ser persona libre, madura, alegre, solidaria, oblativa, con gran capacidad de amor, he aquí la gran meta de la vida humana. En definitiva: realizarse ayudando a otros a realizarse.

Para conseguirlo, la mediación más normal, fecunda y eficaz es el matrimonio y la familia vividos con fidelidad.

El matrimonio y la familia son, en primer lugar, un espacio y un clima que invita a la satisfacción más básica de la persona: *amar y ser amada*. «Hagamos a los hom-

bres a nuestra imagen, según nuestra semejanza»⁷. Hechos a imagen y semejanza del Dios-Amor, ser querido y querer es para el ser humano la necesidad más básica.

«Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza (Gn 1,26): llamándolo a la existencia *por amor*, lo ha llamado al mismo tiempo *al amor* –ha escrito Juan Pablo II en *Familiaris consortio*, n. 11–. Dios es amor (1 Jn 4,8) y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor. Creándola a su imagen y conservándola en el ser, Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y, consiguientemente, la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es por tanto la vocación fundamental de todo ser humano.»

Es tan vital esta necesidad que, como certeramente ha dicho Gabriel Marcel: «En la vida no hay sino un dolor: estar solo»; «solo» psicológicamente, se entiende.

«Yo soy nosotros», dijo genialmente Hegel. El hombre no vive *humanamente* si no *con-vive*. No es *nos*, alguien, sujeto, si no es con los *otros*, si no es *nosotros*.

El ámbito conyugal y familiar es propicio para crear ese *nosotros* comunitario en el que todos sus miembros sean «un solo corazón y una sola alma»⁸, un *nosotros* que refleja a la Trinidad, la Familia arquetipo. Cada persona sola no puede reflejar cabalmente a Dios, ya que Dios es comunión de personas, Trinidad; solo, en familia, o en comunidad, las personas somos verdadera «imagen y semejanza de Dios».

La complementariedad psicológica y sexual del hombre y la mujer, la atracción mutua, el enamoramiento, son ca-

⁷ Gn 1,26.

⁸ Hch 4,32.

minos que invitan al hombre y a la mujer en el matrimonio a vivir esa realidad sublime, cumbre, del amor que es la *amistad*, en la cual son enteramente el uno para el otro y los dos para los hijos. En la amistad de la pareja se cumple el anhelo íntimo del ser humano: comunicarse en profundidad y sin fronteras. En este sentido todos nos hemos encontrado en la vida con matrimonios que de verdad han llegado a formar un solo ser, se han convertido en un solo ser; se ha cumplido en ellos el ideal bíblico: «serán los dos una sola carne», que, traducido a nuestro lenguaje, significa: serán los dos un solo hombre («el Verbo se hizo carne», decimos).

La convivencia continua, la comunicación constante, el compartir preocupaciones, tareas, responsabilidades, intimidades y bienes económicos, el que todo sea *nuestro*, es un camino fácil, aunque no automático, para el nacimiento y desarrollo del *nosotros* de la amistad, hasta llegar a tener «una misma alma en dos cuerpos» –como definía san Agustín la amistad entre él y su santa madre Mónica⁹.

Lo mismo acontece, por supuesto, con los hijos cuando alcanzan la juventud y pueden compartir intensamente con sus padres. El matrimonio y la familia son el ámbito natural para *compartir* situaciones, alegrías y sufrimientos.

«Una pena entre dos es menos pena. / La alegría es mayor si se comparte. / La oración por el otro es más perfecta», dice una canción. Con ello cada miembro de la familia vive también con el alma de los demás.

El ámbito familiar es el propicio para la experiencia imprescindible de ser amado y amar gratuitamente. Cada uno en el seno de la familia y del matrimonio es amado, valorado, ayudado graciosamente, gratuitamente, más allá

⁹ SAN AGUSTÍN: *Confesiones*, IX,12,29.

de lo que sabe, tiene o vale. Se le ama con un amor incondicional: sea guapo o feo, esté sano o enfermo, sea simpático o repugnante, bueno o malo, trabaje o dé trabajo. La familia es la escuela natural del único amor verdadero, que es el gratuito.

El miembro de la familia, siendo amado, aprende a amar. «El ser humano –escribe Montagu– no aprende a amar en virtud de una serie de instrucciones, sino en función de la ternura de que es objeto.»

La experiencia histórica nos dice que las teorías *antifamilistas* no han tenido razón. Por ejemplo: la revolución rusa de 1917. Cuando los bolcheviques tomaron el poder, decidieron abolir la familia y sustituirla por el amor libre de mutuo consentimiento. Pero pronto tuvieron que dar marcha atrás y adoptar una postura más realista y pragmática con la familia.

Asimismo resulta aleccionadora la experiencia judía de los kibutzs y de las comunas de algunas sectas actuales. Los niños nacidos en comunidades, a pesar de estar rodeados de todos los cuidados y atenciones, crecen con un déficit afectivo y con los rasgos típicos de quienes han sufrido orfandad. La psicología del niño requiere una atención intensa y personalizada.

«La familia –expresa el X Congreso Internacional de la Familia– es el ámbito natural para que crezca y madure el ser humano de manera integral y totalizadora, el lugar de encuentro donde alcanza su plenitud la personalidad de cada hombre concreto en su doble vertiente individual y social. En ella se le ama por sí mismo, no por lo que hace o tiene, sino como participante en una vida común arraigada en la asunción de sus responsabilidades en el mundo... La familia vuelve por encima de las ideologías.»¹⁰

¹⁰ TESO, F: *Matrimonios en diálogo*, PS, Madrid, 1992, p. 124.

Es en el ámbito de un hogar cálido donde se satisfacen connaturalmente las *necesidades afectivas*, factor esencial del equilibrio psicológico. Las muestras de cariño que se dan y que se reciben, las caricias, los pequeños regalos, el percibir la preocupación de los otros por uno y de uno por los otros, la alegría de los encuentros, el recuerdo y las muestras de cariño en las fechas significativas, el aprecio y la valoración que se tributan mutuamente los miembros de la familia, proporcionan seguridad y alegría. Una experiencia familiar gratificante desarrolla en las personas un sentido positivo y optimista de la vida y es un camino fácil de maduración psicológica.

Con los surcos abiertos

En el espacio conyugal familiar se vive connaturalmente el doble aspecto que caracteriza a la persona como ser menesteroso, necesitado de *recibir*, y como ser enriquecido para *dar*. En todos los aspectos de la existencia y de la personalidad. Convivir en intimidad es un constante intercambio de dar y recibir, de complementarse.

Se satisface la necesidad básica de sentirse útil, creador; sobre todo cuando nace una nueva vida. Por eso la maternidad y la paternidad comportan una indecible felicidad, con frecuencia hasta las lágrimas. Cada miembro de la familia se siente feliz al percibir que con sus gestos y actitudes, su afecto y solicitud está haciendo felices a los demás, que su tarea es aceptada y recompensada.

«Quien vive preocupado por su vida, la perderá; en cambio, quien no se aferre excesivamente a ella en este mundo, la conservará para la vida eterna.»¹¹

¹¹ Jn 12,25.

Si la vida llega a su plenitud cuando se vive desde un amor oblativo, la vida conyugal y de familia impulsan naturalmente a esa entrega.

El hecho de tener que vivir pendiente de otro o de otros seres, el tener que proyectar conjuntamente la vida, el responsabilizarse de la esposa o del esposo, de los hijos, invita e incita a olvidarse de sí, a dejar de constituirse en ombligo del entorno, a liberarse de la obsesión por sí mismo, de vivir enteramente centrado en sí mismo y en sus propias satisfacciones.

El amor instintivo a los hijos, el enamoramiento hacia el esposo/a, coge de la mano a la persona y la lleva a ponerse al servicio de los otros miembros de la familia. Ese impulso, iluminado por la razón y por la fe se convierte con facilidad en un amor oblativo y generoso.

Lo he podido constatar en numerosos esposos y esposas, padres y madres que se sentían aquejados por problemas de salud psíquica o física: depresiones, estado nervioso, jaquecas, baja tensión, dolores de estómago, etc. El matrimonio y/o la paternidad y maternidad han sido la mejor terapia.

La convivencia marital y familiar implican una renuncia, una ascética inevitable, precio inexorable de la paz, de la armonía: hay que saber ceder, aprender a callar, respetar idiosincrasias y formas de pensar; hay que vivir en actitud de servicio mutuo, hay que ajustar el ejercicio de la propia libertad a la libertad de los demás.

El hijo pequeño que despierta con su llanto imparable cuando se estaba en el más profundo sueño; los hermanos que se pelean y rompen el disfrute de un diálogo o de un programa; el hijo adolescente que vive sus crisis y se vuelve un tanto insolente y desagradecido; el hijo al que hay que ayudar en su carrera y, después, a encontrar

trabajo; el abuelo o la abuela que chochean, que tienen celos de los niños y se inventan enfermedades para atraer la atención; las enfermedades que nunca faltan; las preocupaciones económicas; todos estos factores son, sin pretenderlo, los grandes educadores y forjadores de la personalidad de los miembros de la familia. Los familiares se forman recíprocamente. El afecto hace que los sufrimientos sean más llevaderos.

Todo ello es una forma de muerte natural al egoísmo, una muerte pascual, una muerte para la resurrección de una personalidad nueva, madura, libre. Siempre que se asuma y se viva todo desde el amor, no desde la rabia y el resentimiento.

La pequeña comunidad matrimonial y familiar es una mediación, un sacramento permanente que ayuda al crecimiento, a la humanización de sus miembros. En ella ocurre exactamente lo que pasa con los hermanos: se educan mutuamente, la ascética de la convivencia se impone y les enseña a compartir, a escuchar, a vivir en reciprocidad.

El matrimonio y la familia son la tierra con los surcos abiertos, preparados para recibir a los granos que quieren morir para producir mucho fruto¹².

También el hijo único vive en permanente tentación de egolatría.

Es también la tentación del soltero/a. No depende de nadie; no tiene que dar cuentas a nadie; no tiene que conjugar sus proyectos con nadie; no tiene que repartir sus ingresos con nadie; administra sus bienes y su tiempo según sus antojos.

¹² Cfr. Jn 12,24.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Qué aspectos y situaciones me han ayudado especialmente a madurar y a satisfacer mis necesidades básicas de querer y ser querido, de sentirme útil? ¿Por qué?*
- 2.º *¿Qué zonas de soltería hay en nuestra vida conyugal y familiar, los aspectos de la vida en los que cada uno va por su camino? ¿A qué causas obedecen?*
- 3.º *¿Qué iniciativas para mejorar, en este sentido, la vida conyugal y familiar nos sugiere esta reflexión?*

«La primera escuela de las virtudes sociales»

En la pequeña sociedad, en la *iglesia doméstica* que es la familia, el niño aprende espontáneamente a *con-vivir*, a contar con los otros en su vida, a abrirse a los demás, a experimentar su ser social. Sin la experiencia básica del hogar, el niño fácilmente se siente desprotegido en la gran sociedad y muy probablemente se situará ante ella con una actitud agresiva, como defensa de su inseguridad interior.

«La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan. Encuentren en la familia la primera experiencia de una sana sociedad humana y de la Iglesia. Por medio de la familia, por fin, se introducen fácilmente en la sociedad civil y en el pueblo de Dios.»¹³

«Los esposos cristianos —dice igualmente el Concilio— son para sí mismos, para sus hijos y demás familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe.»¹⁴

¹³ Vaticano II, GE 3.

¹⁴ Vaticano II, AA 11.

«Esta doctrina del Concilio Vaticano II –afirman los obispos latinoamericanos en los documentos de Medellín– nos hace ver la urgencia de que la familia cumpla su cometido de formar personalidades integrales, para lo cual cuenta con muchos elementos.

En efecto, la presencia e influencia de los modelos distintos y complementarios del padre y de la madre (masculino y femenino), el vínculo del afecto mutuo, el clima de confianza, intimidad, respeto y libertad, el cuadro de vida social con una jerarquía natural pero matizada por aquel clima, todo converge para que la familia se vuelva capaz de plasmar personalidades fuertes y equilibradas para la sociedad.»¹⁵

Conviene recordar que lo que yo llamo *sacramento natural*, que es la familia, no actúa mágicamente, como está claro y bien a la vista en los incontables desastres psicológicos que persisten en el seno mismo de muchas familias.

Cualquiera tiene en su memoria numerosas situaciones de esposos e hijos a los cuales la relación conyugal y familiar ha empobrecido psicológicamente por no ser la correcta. En los mismos grupos matrimoniales que he animado han aflorado situaciones de verdadero sometimiento y de pérdida de libertad de uno de los cónyuges por el talante dominador y absorbente de una de las partes. Y, a veces, a gusto de los dos miembros de la pareja. A uno/a le encanta mandar y el otro/a se siente muy cómodo dejándose llevar. «Yo he quedado reducida a una niña de trece años», nos decía en una reunión de grupo de matrimonios una esposa joven casada con un hombre de tendencias autoritarias y unos cuantos años más que ella.

¹⁵ Doc. *Familia y demografía*, n. 5

El marido confirmaba plenamente la confesión de su esposa. Gracias a la vida de grupo han tomado conciencia del error que, en gran parte, han corregido.

Para que en esta escuela de profundo humanismo que es la familia crezcan psicológicamente sanas las personas se necesita una cierta mística. Se necesita vivirlo todo desde una actitud de amor, de verdadera preocupación por la felicidad y el crecimiento de los demás miembros de la familia.

Si lo que motiva fundamentalmente en el comportamiento conyugal y familiar es un amor captativo (que, en definitiva no es amor), la instrumentalización del otro, si se entra en el juego de las renunciaciones por espíritu mercantilista, como una contraprestación o un precio, si no se hacen las cosas con alegría, los mil y un sacrificios que impone la vida de familia no sólo no ayudarán a madurar, a humanizarse y vivir feliz, sino que crearán una irritación interior, un fastidio, un cansancio que incitará a buscar escapatorias del purgatorio, si no del infierno familiar.

¿No es esta la razón por la que vemos a tantos padres, a tantas madres y a tantos miembros de familia desencantados, amargados y arrepentidos, y tan inmaduros o más que el día que se casaron? Frente a ellos, y gracias a esa mística con que viven su vocación de casados y su ser de familia, hay muchas personas, jóvenes, adultos y ancianos, matrimonios que viven felices, crecen interiormente y son fecundos en su ambiente. ¡Qué gozoso espectáculo poder contemplar muchos domicilios convertidos en verdaderos lugares de fiesta!

¿Y la salud psíquica?

Es asombroso y plausible el desarrollo de la pediatría en países como España. Los padres viven preocupados,

algunos incluso obsesionados, por la salud física de sus hijos. Las visitas a los médicos y especialistas, el control de peso y altura, la oportuna aplicación de vacunas, vitaminas y una dieta equilibrada, la preocupación por el deporte y la gimnasia ha logrado el milagro de que nuestros jóvenes en sólo tres décadas hayan crecido una media de un decímetro.

Todo ello es signo de cultura y de preocupación por el bienestar de los hijos. Pero esto no es todo. Es importante la salud física; pero lo es todavía más la salud psíquica, el equilibrio emocional, el desarrollo armónico de la personalidad. ¿Podemos hablar a este respecto de un cuidado esmerado por parte de los padres? Desgraciadamente, creo que no.

Y hay que decir que el grado de salud psíquica de la persona depende en gran medida de la salud psíquica de la pareja y la familia. Es esta una afirmación unánime de psicólogos y sociólogos.

Ninguna experiencia dejará huellas tan profundas en la vida del niño, para el bien o para el mal. Pues bien, la familia es el grupo humano que más capacidad tiene para ofrecerle un ámbito entrañablemente humano, positivo, religioso. Gerardo Pastor dice que, «ni las guarderías o escuelas, ni los grupos de amigos, ni las parroquias, ni los medios de comunicación social (prensa, radio y televisión), logran penetrar tan a fondo en la intimidad infantil como los parientes primarios, esos seres de quienes se depende absolutamente durante los seis o nueve primeros años de la vida (padres, hermanos, tutores)».

Y J. A. Pagola afirma con acierto:

«No hay ningún grupo, ningún ámbito mejor dotado que la familiar para ofrecer a la persona una primera experien-

cia positiva de la vida (experiencia religiosa y de valores), que enmarque sus futuras experiencias. Nada marca de un modo más profundo y deja huellas tan hondas en la vida del sujeto como la familia.

La familia ofrece al niño el ámbito primario de personalización y de acogida de la vida. En la familia el niño va naciendo día a día, se va tejiendo.»¹⁶

Resulta verdaderamente revelador que Hiroshi Nakajima, director general de la Organización Mundial de la Salud, dijera en la inauguración del Congreso Mundial de Psiquiatría, en agosto de 1996: «Sólo la vuelta a la familia reducirá la enfermedad mental»¹⁷.

Repito la cita del psicólogo y pedagogo Bernabé Tierno porque es sumamente significativa. Desde su extensa e intensa experiencia como orientador de chicos y familiar, afirma certeramente: «Casi la totalidad de las personas que he tratado y son equilibradas, sanas, alegres y positivas, han tenido unos padres comunicativos, abiertos y generosos». Cualquiera de nosotros, con un poco de observación podrá comprobarlo por sí mismo. Se ha dicho: «Somos nuestra infancia». No podemos ser fatalistas, pero en esta afirmación hay mucha verdad.

Esto es decir mucho. Es, sobre todo, en la psicología de los hijos menores en la que la calidad de la relación entre los padres y la calidez o frialdad del ambiente familiar imprime carácter.

«Los menores deficitarios de afecto —escribe Pepe Rodríguez— experimentan muchas decepciones y viven en un conflicto interno y externo casi continuo, ya que han tenido

¹⁶ PAGOLA, José Antonio: *Fe y familia*, Vida Nueva, n. 2.071, 4-1-1997.

¹⁷ *Diario ABC*, viernes 23-8-1996.

grandes dificultades para manifestar sus impulsos y para poder expresarse en su entorno de modo armónico y espontáneo. Por esta causa puede darse en ellos una superior confusión y un mayor desajuste entre el plano de los deseos y de la realidad concreta, originándose un desequilibrio básico permanente que les lleva a instalarse en comportamientos psicopatológicos... Los hijos del desamor son los que acaban engrosando la amplia nómina de sectarios, toxicómanos y suicidas de nuestra sociedad.»¹⁸

La conflictividad permanente en la pareja (agresividad patente o latente, gritos, peleas, palabras despectivas, actitudes frías o indiferentes), por más que se intente disimular, perturba gravemente la psicología de los miembros de la familia y los empuja a buscar equivocadas y peligrosas compensaciones afectivas.

¡Qué beneficioso sería para nuestros niños, adolescentes y jóvenes, objeto de tantas solicitudes a nivel de salud física, que sus padres tuvieran esa misma solicitud con respecto a su salud psíquica y espiritual, que se *obsesionaran* por soslayar todo aquello que la pudiera lesionar y por procurarles todo aquello que la acrecentara!

Felicidad, con *f* de familia

El hogar, domicilio de la alegría

El gran anhelo de toda persona es la felicidad. Está hecha para ella; es su destino. La dicha tiene sentido en sí misma.

Pues, hay que decir, sin darle más vueltas y rotunda-

mente, que felicidad, la verdadera felicidad, se escribe con *f* de familia.

Se quiera o no se quiera, la familia, el propio hogar, es siempre la referencia definitiva de la persona.

Ni el mayor éxito profesional, ni la mayor fama posible, ni la riqueza más abundante, ni el puesto de trabajo más codiciado, serán capaces de satisfacer el corazón humano si le falta un hogar cálido, un compañero o compañera con quien poder brindar por los triunfos y con quien compartir los fracasos, si falta el hombro del esposo, de la esposa o de los hijos, sobre el cual reclinar la cabeza.

Por eso, muy sensatamente, confiesa Emilio Aragón: «Prefiero renunciar al éxito antes que a mi familia».

Hay que decir que, básicamente, todo matrimonio o familia puede ser feliz, porque todos tienen en su propio domicilio la principal fuente de la felicidad.

Es inútil soñar con una felicidad ilusoria fuera, cuando sólo el hogar es el domicilio de la alegría.

En realidad, todas las desventuras son incapaces de hundir a una persona que se siente apoyada, querida por una familia unida. Y, por el contrario, todas las venturas son incapaces de hacer feliz a una persona que sufre el vacío afectivo.

¡Cuántas veces me han comentado con amargura!: «Qué encantador es mi marido, mi mujer, mi hijo/a, ¿verdad? Pero sólo lo parece. ¡En casa lo tendrías que ver!... No es ni parecido. Es miel con los de fuera y hiel con los de dentro». ¡Qué tremendo error!

Cuántas veces, otras personas, más razonables, en situaciones de conflicto entre dos posturas, razonan muy cuerdamente: «Perdona que no te dé la razón o que no me ponga de tu parte, porque, yo con quien tengo que vivir, al fin y al cabo, es con mi marido/con mi mujer y

¹⁸ RODRÍGUEZ, Pepe: *ob. cit.* p. 102.

con mis hijos». Si se hunde el hogar, la persona se queda a la intemperie.

En definitiva, es la calidad y la calidez de la vida de pareja y de familia (la amistad) las que convierten la vida del ser humano en una fiesta continua. Son las relaciones chirriantes en la vida de pareja y de familia las que la transforman en un verdadero funeral.

A pesar de los pesares

El hogar bien ensamblado es feliz a pesar de los pesares.

Con frecuencia se echa la culpa de la infelicidad a factores externos: agresiones del entorno vecinal, del ambiente de trabajo, conflictos con la familia grande, dificultades económicas... Gandhi era profundamente feliz en medio de su pobreza; o gracias a su pobreza. Generalmente estas inculpaciones no son otra cosa que exculpaciones; es negarse a reconocer la verdadera raíz del desencanto y la amargura: el frío que reina en casa, la falta de la alegría familiar compensatoria, capaz de minimizar cualquier sufrimiento.

Con todos los factores externos adversos y una profunda unión amistosa de cónyuges e hijos se puede ser básicamente feliz; con todos los factores externos favorables, pero con un ambiente desapacible en el hogar, imposible ser ni medianamente feliz.

Las dificultades externas, según como se las afronte, pueden ser factores de integración o desintegración psicológica para el matrimonio y la familia. Muchos pueden exclamar como san Agustín, a propósito del pecado original: «¡Bendito pecado, bendito fracaso, bendita dificultad, que nos ha traído tantos bienes!».

Mientras a muchos las dificultades y los tropiezos, a todos los niveles, mal afrontados, les han llevado a la amargura, a la mutua inculpación, al distanciamiento, causando daños graves en el edificio del hogar (es casa construida sobre arena: Mt 7,26), a otros muchos les ha llevado a reafirmar su unión y su fidelidad.

No es que vayamos a creer ingenuamente lo del dicho castellano, «contigo, pan y cebolla», pero lo cierto es que los matrimonios y las familias que se aman y viven unidos, aunque pasen penurias en otros aspectos de la vida, al menos tienen domicilio psicológico y viven amparados. Los que no se aman de verdad ni viven unidos, éstos, aunque estén provistos de todo lo demás, están psicológicamente a la intemperie.

La dicha tiene su precio

Evidentemente, ni el matrimonio ni la familia, por sí mismos, de forma mágica, proporcionan la felicidad de la misma manera que el empleo proporciona un sueldo seguro a final de mes. Es más, hay que decir que, como lo estamos comprobando cada día, un matrimonio o una familia mal ensamblados son un verdadero infierno. «Más vale solo que mal acompañado», dice acertadamente el refrán. Esto es evidente incluso en la familia. ¿Quién no ha conocido, conoce y conocerá, por desgracia, matrimonios, familias que, por exigencias sociales o económicas, están condenadas a convivir, que sufren de verdad como *condenados*?

Hay también, indudablemente, matrimonios y familias que, más que otra cosa, cohabitan en la misma *pensión*, sobreviven sin pena ni gloria. Están en el limbo. Saben que lo inteligente es tolerar, tratar de llevarse lo más pa-

cómicamente con los que han de convivir todos los días...; y ahí están mascando día a día su bostezante monotonía.

El matrimonio y la familia pueden proporcionar los mejores y los peores momentos de la vida. Depende de la actitud de sus miembros.

Entre los religiosos corre una sentencia atribuida no sé si a san Bernardo: «Mi mayor penitencia es la vida en común». He aquí una sentencia perfectamente aplicable a la vida de la familia. Con respecto a esta última, Buero Vallejo decía hace tiempo en una entrevista: «El matrimonio está bien, lo difícil es la convivencia».

La felicidad conyugal y familiar no es algo que llega por sí misma como la luz del día o como la primavera. Es el árbol del bien, de los frutos de la vida, que hay que cultivar laboriosamente.

Regalo de ida y vuelta

La felicidad, tanto en el matrimonio y en la familia como en los demás ámbitos de la vida, es un regalo que no hay que esperar sino que hay que hacer; un regalo que, a la postre, se hace uno a sí mismo a través de los seres queridos. El regalo de la felicidad es un regalo de ida y vuelta. Un regalo que retorna al que lo regaló.

Aquí sí que vale, más que nunca, aquella conocida afirmación de san Francisco de Asís: «Es dando como se recibe». Es regalando felicidad como uno la logra para sí. En definitiva, se tiene la felicidad que se regala.

El fogoso y famoso filósofo cristiano Sören Kierkegaard decía gráficamente: «La puerta de la felicidad se abre hacia fuera y es inútil lanzarse contra ella para forzarla». Esto es especialmente verdadero cuando se trata del matrimonio o de la familia.

«Cuando hemos renunciado a nuestra dicha y nos contentamos con ver dichosos a los que nos rodean –testifica Jacinto Benavente–, es quizá cuando empezamos a serlo».

Con respecto a la felicidad hay que afirmar que es como esos regalos que un cónyuge hace al otro y que redundan en beneficio propio. Por ejemplo, cuando la mujer regala al marido un móvil para que le llame.

En ningún ámbito de la vida, desde luego, pero mucho menos en el del matrimonio y la familia se puede jugar a ventajista, a hacer del otro un criado que le regale a uno la felicidad.

Es san Francisco de Asís quien, interpretando certeramente el evangelio, afirma la paradoja: «Es olvidándose de sí como uno se encuentra a sí mismo». Por su parte san Juan María Vianney, traduciendo lo mismo al contexto de la familia, decía: «La felicidad llega a la propia casa haciendo dichosos a los demás».

Cuidar la casa

Hay casas en las que da gusto estar: limpias, pintadas, aireadas, alegres, con su pequeño jardín lleno de flores, con sus muchos detalles que hacen grata la estancia en ellas. Y hay casas inhóspitas, sucias, malolientes, frías, con ventanas que no ajustan, cristales rotos, humedades, y el jardín lleno de zarzas, ortigas y hormigas. Todo ello invita a huir del propio domicilio y a aguantar en él sólo el tiempo imprescindible.

Exactamente lo mismo ocurre con el domicilio psicológico que es la familia. *Yo donde mejor me siento es en mi casa*, oyes decir a muchos, llenos de satisfacción. *Pues a mí la casa se me viene encima*, escuchas a otros. ¡Qué visiones tan distintas de una realidad tan parecida! Todo

depende de si se ha cuidado o no la propia casa. Hay que procurar hacerla confortable. El hogar, la vida de familia, sin cariño, sin enamoramiento, asfixia y resulta un tormento.

La vida de matrimonio y familia es camino de plenitud humana y de felicidad, pero a condición de saber renunciar convenientemente a las pequeñas satisfacciones del momento, sacrificándolo todo en vistas a una felicidad profunda y de largo alcance.

Aunque no siempre sea así, la familia, el matrimonio, suele crear el clima favorable para el desarrollo integral de sus miembros y para su felicidad, pero ello requiere un precio: tomarlo con entera seriedad. Supone no *jugar* a ser casado, sino casarse con toda el alma; supone no *jugar* a vivir en familia, sino decidirse a *ser familia*. El tesoro, la perla preciosa de un matrimonio y una familia plenamente logrados, merecen sobradamente el precio que sea ¹⁹.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Nos esforzamos en realizar con alegría interior y exterior, con ternura incluso, las renunciaciones y los servicios mutuos en el matrimonio y en la familia?*
- 2.º *¿Nuestro hogar es cálido, alegre, confortable? ¿Qué signos descubrimos a favor y en contra?*
- 3.º *¿Tiene nuestra familia alguna similitud con las situaciones aludidas? En caso afirmativo, ¿con cuál?*
- 4.º *¿Qué rectificaciones o iniciativas nos sugiere esta reflexión?*

¹⁹ Cfr. Mt 13,44.

La familia, el futuro de la Iglesia

Pregón unánime

Todos los documentos eclesiales, a todos los niveles, encomian la misión de la familia en la Iglesia y ven en ella la clave de su futuro.

Citar todos los textos resultaría abrumador.

«El bienestar de la persona y de la sociedad humana y cristiana –afirma tajantemente el Concilio– está estrechamente ligado a una favorable situación de la comunidad familiar y conyugal.»²⁰

La Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, eco del Concilio con acento propio, dirá:

«Juzgamos necesario dar a la pastoral familiar prioridad en la planificación de la pastoral de conjunto.»²¹

«La familia cristiana –afirma Juan Pablo II– desempeña un papel clave en las pequeñas comunidades cristianas, en la vida y en la misión de la Iglesia... Por ello hay que subrayar una vez más la urgencia de la intervención pastoral de la Iglesia en apoyo de la familia. Hay que llevar a cabo toda clase de esfuerzos para que la pastoral de la familia adquiera consistencia y se desarrolle, dedicándose a un sector verdaderamente prioritario, con la certeza de que la evangelización del futuro, depende en gran parte de la *iglesia doméstica*.»²²

No hay proyecto pastoral, a nivel de Conferencia Episcopal, a nivel diocesano, parroquial o de provincia de re-

²⁰ Vaticano II, GS 47,1.

²¹ Doc. *Familia y demografía*, 12.

²² Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 65.

ligiosos que no señale la pastoral familiar como una prioridad en la acción pastoral.

«Queremos decir, familias, antes que otra cosa –escriben los obispos del País Vasco y Pamplona–, que también hoy sois una realidad muy importante en la sociedad y en la Iglesia. Así lo pensamos y así os lo decimos. Somos conocedores de los numerosos ataques que experimenta la institución familiar en el contexto de la sociedad actual. No faltan quienes creen que ella ha cumplido ya su función histórica, por muy rica que ésta haya sido en el pasado. No lo creemos así. La familia, en la sociedad civil, es un núcleo comunitario fundamental. La comunidad cristiana ve en ella una verdadera *iglesia doméstica*. Nuestra invitación es a que recuperéis el valor y estima por la familia. No es fácil luchar en favor de lo que no se cree. Es difícil fortalecer aquello a lo que ya no se le asigna una misión. Recuperad el aprecio por la dignidad y el valor de vuestras familias.»²³

La carta programática de los misioneros claretianos, *La misión del claretiano hoy*, el gran documento de referencia para todo el Instituto, señala en sus números 190-191:

«La importancia que tiene la familia en la formación humana y cristiana de las nuevas generaciones y los graves problemas que hoy amenazan a la comunidad familiar, y en no pocos casos la destruyen, la convierten en un desafío a nuestra capacidad evangelizadora.»

La familia, hogar y taller de la Iglesia

La familia es como la pequeña *iglesia doméstica* en la que se fragua el futuro de la persona y se realiza su pri-

²³ Obispos vascos: *Convertíos y creed la buena noticia*, n. 110.

mera educación en la fe²⁴. La familia es, por lo mismo, sujeto y objeto de evangelización²⁵.

Los padres son auténticos líderes de evangelización que en el seno de la familia ayudan de una manera muy eficaz a estructurar la personalidad cristiana de sus hijos.

«El apostolado de los cónyuges y de las familias tiene una importancia trascendental tanto para la Iglesia como para la sociedad civil.»²⁶

¿Cómo no va a ser decisiva la salud de la familia si de ella depende la salud psicológica y espiritual del cristiano, miembro vivo de la comunidad eclesial? ¿Cómo no va a ser trascendental que el seno donde se generan y se gestan los miembros del pueblo de Dios sea sano? ¿Cómo va a ser sana una Iglesia compuesta por miembros enfermos y psíquicamente afectados por carencias afectivas o traumas de infancia?

¿Cómo no va a ser decisiva la salud del matrimonio cristiano si los padres son los *primeros y principales educadores de la fe de sus hijos*?²⁷ ¿Cómo van a educar sana y correctamente si su interrelación está enferma o es incorrecta?

Es en la familia, *iglesia doméstica*, donde se vive la experiencia comunitaria que ha de caracterizar la vida del discípulo de Jesús, llamado, juntamente con otros cristianos, a ser testimonio de unidad:

²⁴ Vaticano II, LG 11.

²⁵ Vaticano II, AA 11; GE 3; EN 71.

²⁶ Vaticano II, AA 11.

²⁷ Vaticano II, AA 11.

«Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta, y el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado.»²⁸

El estado y la salud de la familia determinan el estado y la salud de la Iglesia porque ésta, en gran medida, no es otra cosa que comunión de iglesias domésticas, el resultado del entramado familiar.

La familia es el primer seminario, se repite con toda la razón del mundo en muchos documentos eclesiales.

La familia es la primera escuela de catequesis. Lo acabamos de ver en la reciente cita del Concilio: «Los padres son los primeros y principales educadores de la fe»²⁹. ¿Qué más se puede decir sobre la grandiosa misión de la familia cristiana? ¿Cómo no va a ser, entonces, decisiva la vitalidad de la *iglesia doméstica* para la vitalidad de la comunidad cristiana parroquial, para la Iglesia diocesana y para la Iglesia universal?

Las biografías de los santos y de los grandes creyentes ponen de manifiesto que, en gran medida, los líderes, los santos, los grandes comprometidos cristianos se han gestado, se han amamantado y han crecido en el seno de las grandes familias creyentes y de fuerte experiencia de fe. Los grandes comprometidos que llevan adelante la vida y la misión de nuestras parroquias, movimientos y comunidades cristianas son fruto, en gran medida, de una fe profundamente vivida en sus hogares cristianos.

Necesitamos apremiantemente en la Iglesia más familias generosas, familias generosas en todos los ámbitos eclesiales; familias generosas que sean modelos de refe-

rencia e identificación para las jóvenes parejas; familias generosas en las que se fragüen cristianos con temple que influyan decisivamente en la vida y misión de nuestras comunidades. Sólo los pastores nos damos cuenta de lo apremiante que es esto y hasta dónde llega el influjo de una familia de verdad *convertida* y *comprometida*... La Iglesia está plagada de familias *buenas* (mediocres), pero sufre una carencia grave de familias generosas.

Recuerdo la impresión que causó a un grupo de matrimonios, celebrando la eucaristía de las bodas de plata de uno de ellos (hace unos días ha fallecido la mujer, Mari Cruz, de un infarto), este pensamiento. Sobre todo, cuando les recordaba su vocación de familias comprometidas, cuando les preguntaba con todo el énfasis que me era posible: ¿Qué hubiera sido, por ejemplo, de Agustín, de Teresa de Jesús, de Juan Bosco, de Antonio M.^a Claret, si no hubieran tenido unos padres santos? ¿Qué hubiera sido de ellos mismos (los miembros de matrimonios participantes en la celebración) si no hubieran tenido, como confesaba la mayoría que habían tenido, unos padres igualmente santos? ¿Cuánto habiéramos perdido si todos estos padres se hubieran contentado con ser cristianos del montón? ¿Cuánto se podría perder si ellos se negaban a vivir con radicalidad y entusiasmo la fe en Jesús de Nazaret? El pensamiento, con toda razón, les impresionó y les está impulsando hacia adelante.

Creo que resulta demasiado evidente la afirmación: *no tendremos Iglesia nueva sin una familia nueva.*

Sobre la roca viva

La regeneración eclesial ha de comenzar por la familia. Los intensos esfuerzos pastorales con motivo de la ce-

²⁸ Jn 17,23.

²⁹ Vaticano II, AA 11.

lebración de las primeras comuniones y las confirmaciones, toda la pastoral de la infancia y la juventud resultan, a la larga, en gran medida, ineficaces porque les falta el soporte natural de la familia, la cual, con frecuencia, no sólo no cultiva las semillas ni respalda con su vida los mensajes recibidos, sino que los asfixia con la cizaña y con las numerosas zarzas y espinas que crecen en ella con gran frondosidad.

Así es como la pirámide de amplia base de los grupos de primera comunión se va estrechando hasta terminar poco menos que en punta, cuando los pequeños y frágiles *crístianos* llegan a la juventud. Sólo edificando fundamentalmente la Iglesia, la comunidad cristiana, sobre la familia, se edifica sobre roca y puede desafiar los huracanes ³⁰.

Mi compañero y amigo, el sociólogo Gerardo Pastor, me comentaba recientemente el desenfoco pastoral que sufren muchas estructuras, organizaciones y movimientos eclesiales que vuelcan afanosamente sus esfuerzos en diversos sectores sociales, sobre todo en los niños y jóvenes, despreocupándose de vigorizar lo que es el ámbito natural, la familia.

Una amiga, cristiana madura y comprometida hasta la radicalidad, me ha repetido en presencia de su madre: «Ya se lo he dicho a ella: el regalo más grande que he recibido de mi madre en toda mi vida fue el que me hizo a mis dieciséis años, iniciándome en la vida de comunidad al introducirme en la comunidad Ayala».

Si siempre es urgente la solicitud por la familia por parte de la Iglesia, lo es de un modo especial en los tiempos que corremos en los que sufre agresiones, no siempre

³⁰ Mt 7,24-25.

directas, pero sí brutales; agresiones que, de hecho, han desintegrado y desintegran a muchas familias. Juan Pablo II repite esta afirmación insistentemente en su *Familiaris consortio*, y el mismo Concilio Vaticano II en diversos pasajes, especialmente en *Gaudium et spes*, n. 47,2.

Por lo demás, es una experiencia cotidiana que tenemos quienes ejercemos la pastoral familiar. Con respecto a la familia ocurre lo mismo que con las cerezas: tiras del matrimonio y con él vienen los hijos, los abuelos, los cuñados, los primos. Tiene una gran repercusión sobre el entorno; los niños son más constantes y fieles en la catequesis, los jóvenes mejor integrados en nuestros movimientos juveniles; los ancianos más próximos son los relacionados con los matrimonios integrados en grupos o que son miembros activos de la comunidad parroquial.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *Revisando nuestra vida de familia, ¿reconocemos que es una escuela de cristianos generosos, mediocres o vulgares?*
- 2.º *¿Qué servicios pastorales ofrecen nuestra parroquia, el colegio u otras organizaciones o movimientos a nuestro alcance? En caso de que no existan, ¿qué podríamos hacer por nuestra parte para que se implantaran?*
- 3.º *¿Tenemos posibilidad de participar activamente en la pastoral familiar o matrimonial? ¿Qué podríamos hacer?*

La familia, corazón de la sociedad

Seminario de ciudadanos

Todos los documentos eclesiales, comenzando por los conciliares, proclaman enfáticamente la transcendencia

que tiene la salud y el buen funcionamiento de la familia para la salud y buen funcionamiento de la sociedad.

De la familia depende el factor fundamental, la máxima riqueza de la sociedad, las personas, los ciudadanos. La familia es la primera escuela; sus enseñanzas imprimen carácter.

La misma Declaración de los Derechos Humanos afirma taxativamente: «La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado».

La familia, con respecto a la sociedad, desempeña una función paralela a la que desempeña con respecto a la Iglesia. Al fin y al cabo, toda población, toda sociedad es, fundamentalmente, un entramado de familias. Es imposible soñar en una construcción monumental si sólo se cuenta con adobes para levantarla.

Son los hogares los que fraguan a los ciudadanos. Un hogar vigoroso y sano engendra y forma ciudadanos vigorosos y sanos; y al revés, un hogar enfermizo y enclenque, forma ciudadanos enfermizos y enclenques.

Sería, sin duda, apasionante un estudio de la influencia familiar en la formación de las grandes personalidades que han influido decisivamente en las transformaciones sociales.

La familia generosa, abierta, creativa, solidaria, enriquece la sociedad con hombres y mujeres generosos, abiertos, creativos, solidarios.

Por el contrario, la familia disfuncional, desestructurada, conflictiva, siembra la sociedad de personas *a-sociales*, conflictivas y violentas.

Monseñor Braulio Rodríguez, obispo de Salamanca, tiene razón al afirmar:

«Todas las turbulencias de nuestra sociedad tienen su origen en la falta de equilibrio emocional de la familia.»³¹

«*Aquellos polvos trajeron estos lodos*»

Con todos los estudios sociológicos y encuestas en las manos, se puede asegurar con absoluta certeza que la familia desajustada es el mejor seminario (en el sentido original de *semillero*) de sectarios, drogadictos, ludópatas, violentos y demás asociales y adictos.

La historia de cada psicópata y adicto, suele tener generalmente una pre-historia familiar sangrante que impulsa a fugarse a experiencias fantasiosas compensatorias.

Según un estudio de la Cruz Roja que tengo ante mis ojos, además de la variante del factor religioso en el porcentaje de adictos, influye decisivamente la relación familiar.

«Los autores de la investigación aseguran que esta variable sociodemográfica de la relación familiar es de gran relevancia y debería ser mejor aprovechada en las estrategias de prevención del consumo de drogas. Así, los resultados del estudio vienen a demostrar que el clima familiar de los que consumen «éxtasis» no es tan bueno, mientras que las relaciones con sus padres y demás familiares son consideradas buenas por los no consumidores.»³²

Para corroborar esta constatación estadística basta acercarse a los centros penitenciarios, de rehabilitación de adictos o a los de protección de menores y entablar con-

³¹ *Diario ABC*, 16-1-1992.

³² *Diario ABC*, jueves, 13-8-1998.

versación con los acogidos o con los empleados... Inmediatamente se pone de manifiesto que detrás de la situación dramática de la persona, está casi siempre la situación igualmente dramática de su familia.

Los estudios psico-sociológicos de los adictos a grupos sectarios dejan bien patente que las familias desestructuradas son formidables cotos de caza y de pesca para las sectas.

El autorizado profesor norteamericano Asch, entre los *factores de vulnerabilidad* al proselitismo de las sectas, señala el sistema familiar moderadamente disfuncional que implica:

«-“Síndrome del padre ausente”;

- carencia de guía, estructura, dirección y límites paternos;
- comunicación familiar pobre, especialmente estar ligados con vínculos dobles a causa de tener padres separados;
- conflicto paterno y materno permanente.»³³

La falta de prevención y formación para la vida conyugal y de familia, y la desestructuración familiar, genera un alto porcentaje de población problemática que es un lastre en su funcionamiento y un peso en todos los sentidos para su rehabilitación. Pensemos sólo en la población sectaria perteneciente a las sectas destructivas. Aunque es muy difícil precisar su densidad, se puede dar por segura la cifra de 250.000 miembros, cuyo drama (verdadero drama), repercute en un millón de personas que, por carambola, sufren las duras consecuencias de la adicción a las

sectas. Sin ninguna duda: mucho más le hubiera valido a la propia familia y a la sociedad *prevenir que curar*.

Aunque los hijos o miembros de las familias desestructuradas (parejas en conflicto, rotas, vinculadas de nuevo) no lleguen a ser captados por las sectas o seducidos por otras formas de adicción, con todo entregan a la sociedad numerosos ciudadanos insatisfechos, inseguros, amargados, alterados psicológicamente y que, desgraciadamente, van a transferir a las familias que van a fundar, al menos, parte de su dolorosa problemática. ¡Es difícilmente calculable las repercusiones lesivas que, a todos los niveles y en todos los ámbitos, produce un matrimonio o una familia fracasada!

Algunos amigos docentes me han comentado con entera coincidencia un brote preocupante de agresividad en los chicos de entre cinco y diez años. Y todos lo atribuyen a sentimientos de frustración por la situación irregular o por la falta de atención familiar. Como afirma el dicho castellano, «aquellos polvos» de desunión, de frialdad, de vacío, de agresividad, «han traído estos lodos» de personalidades desajustadas, agresivas, frustradas e infelices.

Las víctimas inocentes

Juan Pablo II insiste con énfasis, en su *Familiaris consortio*, n. 42, en la influencia decisiva que la familia tiene en el funcionamiento de la sociedad: «El creador del mundo estableció la sociedad conyugal como origen y fundamento de la sociedad humana; la familia es por ello la *célula primera y vital de la sociedad*».

De la familia nacen los ciudadanos, y éstos encuentran en ella la primera escuela de virtudes sociales, que son el alma de la vida y del desarrollo de la sociedad misma.

³³ VÁZQUEZ, Jesús María: *Familia y sectas*, p. 55.

Así la promoción de una auténtica y madura comunión de personas en la familia se convierte en la primera e insustituible escuela de sociabilidad, ejemplo y estímulo para las relaciones comunitarias más amplias en un clima de respeto, justicia, diálogo y amor.

De este modo, como han recordado los Padres Sino-
dales, la familia constituye el lugar natural y el instrumento eficaz de humanización y de personalización de la sociedad: colabora de manera original y profunda en la construcción del mundo, haciendo posible una vida propiamente humana, en particular custodiando y transmitiendo las virtudes y los valores ³⁴.

Se podrían multiplicar considerablemente las citas.

Familias que viven en un ambiente de mediocridad, vulgaridad, egoísmo e insolidaridad, inexorablemente aportarán a la sociedad ciudadanos mediocres, vulgares, egoístas e insolidarios.

La regeneración social, lo mismo que la eclesial, se inicia indefectiblemente en la familia. Sólo con una familia nueva tendremos una nueva sociedad.

Juan Pablo II encomia con palabras encendidas la misión de la familia de la que, en resumidas cuentas, viene a afirmar que *iel futuro de la humanidad se fragua en ella!* (FC 86). Sin duda alguna.

También *futuro*, el futuro de la Iglesia y el futuro de la sociedad, se escriben con *f* de familia.

Sin embargo...

Sociedad suicida

A pesar de que nadie duda de la verdad de estas afirmaciones sobre la transcendencia de la salud y la madurez de la familia, estas proclamaciones no se traducen de ninguna manera en programas de ayuda.

Se multiplican, acertadamente desde luego, los programas de una progresiva formación profesional en orden a la productividad y mayor rendimiento económico: cursos para la aplicación de nuevas técnicas en los distintos campos de la medicina y la informática, sobre nuevos métodos administrativos, de renovación pedagógica, de relaciones humanas dentro de la empresa. Todo ello en orden a una mayor eficacia y a un mayor rendimiento económico.

No hay en cambio cursos de renovación ni ayudas para el buen funcionamiento de las relaciones conyugales, o entre los miembros de la familia, los cuales, en definitiva, van a reverter en las mejoras económicas derivadas de un aumento de sueldo y de una mayor productividad. Aun desde el mismo punto de vista de la productividad y la eficacia lo habrían de tener en cuenta las empresas y el Estado por la influencia que el clima sano y sereno de la familia tiene en la calidad del trabajo profesional. Un esposo o una esposa insatisfechos en su vida conyugal o familiar no rinden, ni mucho menos, tanto como un esposo o una esposa que gozan de un gran equilibrio y paz interior gracias al funcionamiento armonioso de su matrimonio o familia. Por eso inventaron numerosas empresas norteamericanas el confesor laico.

Un docente no enseña lo mismo si ha dejado al salir

³⁴ FC 42-43.

para el trabajo una familia en paz o si todavía le resuenan en los oídos los últimos gritos de una pelea familiar. Un médico o una enfermera no se concentran de la misma forma si vienen de un ambiente familiar gratificante o si están amargados por un reciente conflicto matrimonial. Un funcionario del Estado no atiende con la misma amabilidad y solicitud si viene distendido de un hogar en paz o si está tenso por la frustración que vive día a día en su familia.

¿Qué diremos del rendimiento escolar si, generalmente, detrás de la conducta irregular de un alumno, de su incapacidad para concentrarse, su estado permanente de inquietud, se revela en un porcentaje elevadísimo el funcionamiento conflictivo del matrimonio de sus padres?

Desgraciadamente, ni el Estado ni las correspondientes estructuras eclesiales se empeñan a fondo para preparar y acompañar a las parejas en su vida de matrimonio y familia. A la hora de la verdad, ¿no es ésta la asignatura más importante para la vida?; y, sin embargo, ¿qué formación se da en este sentido a los niños y a los jóvenes? ¿Por qué no se mentaliza con charlas o desde los medios de comunicación social a las parejas que solicitan constituirse en familia?

En realidad, se exigen más requisitos, más preparación, para ser cartero, empleado de jardinería en el Ayuntamiento, fontanero; se exige mayor preparación para colocar unos lavabos en un domicilio que para formar una familia.

Otro tanto ocurre con respecto al matrimonio religioso. A pesar de las solemnes proclamaciones en favor de la transcendencia de la familia por parte del papa, de las conferencias episcopales y, a pesar de las opciones de los diferentes proyectos pastorales a todos los niveles a

favor del matrimonio y de la familia, lamentablemente, en muchas parroquias, la preparación matrimonial queda reducida a un simple papeleo y, en el mejor de los casos, a un triduo de charlas que se dan y se reciben sin demasiado entusiasmo que digamos.

Creo que hay en todo ello mucho de negligencia y una falta de corresponsabilidad compartida. Dar luz verde a personas inmaduras e irresponsables para conducir una familia es como dar el carnet de conductor y poner un coche en manos de quien no sabe conducir. Es crear un peligro social. Provocará accidentes en cadena que generarán mucha infelicidad en su entorno.

«Pasar por la vicaría»...

Desgraciadamente, muchas parejas de novios, en su enorme ingenuidad, vuelcan exclusivamente su preparación matrimonial en los numerosos requisitos sociales: los vestidos, las invitaciones, el templo y su decoración, las fotografías, el banquete, el viaje de luna de miel, las despedidas de soltero, el futuro domicilio y sus muebles, ignorando que todo ello no es otra cosa que los adornos del matrimonio, que todo se esfumará como fuegos artificiales, y que sólo sus personas, su madurez, su proyecto matrimonial, su generosidad, quedarán como realidades permanentes.

Pocos novios, por desgracia, abordan con seriedad y hondura las grandes cuestiones que deciden la calidad y la calidez del futuro matrimonio y de la futura familia. A aquellos con los que, por un motivo u otro, tengo que contactar, sea por razones de charlas, de expedientes o porque he de presidir la celebración, días antes de la boda, les recomiendo que escriban su proyecto matrimo-

nial con las líneas fundamentales que han de orientar su vida en pareja y en familia. Son muy pocos los que se hacen ese favor.

¿No cabría esperar que un número considerable de parejas que se confiesan creyentes y celebran el sacramento hicieran, solas o con otras parejas, un retiro de fin de semana? ¿Qué menos habrían de otorgarse para iniciar con lucidez y generosidad su vida de casados?

Juan Pablo II urge insistentemente a las distintas estructuras eclesiales y a las distintas vocaciones dentro de ellas a que se comprometan en la pastoral familiar en las diversas etapas de la vida conyugal y familiar.

«Por ello hay que subrayar una vez más la urgencia de la pastoral de la Iglesia en apoyo de la familia —escribe en *Familiaris consortio*, n. 65—. Hay que llevar a cabo toda clase de esfuerzos para que la pastoral de la familia adquiera consistencia y se desarrolle, dedicándose a un sector verdaderamente prioritario, con la certeza de que la evangelización, en el futuro, depende en gran parte de la iglesia doméstica.»

El papa urge a que se proporcione a los candidatos al matrimonio una triple preparación: *remota*, *próxima* e *inmediata* ³⁵. Asimismo, reclama:

«La acción pastoral de la Iglesia debe ser progresiva, incluso en el sentido de que debe seguir a la familia, acompañándola paso a paso en las diversas etapas de su formación y de su desarrollo.» ³⁶

³⁵ Juan Pablo II, *ob. cit.* n. 66.

³⁶ Juan Pablo II, *ob. cit.* n. 65.

Juan Pablo II urge a la creación de numerosos medios y estructuras de ayuda a los matrimonios y familias, especialmente a los jóvenes, en todas sus etapas; urge a las conferencias episcopales a la publicación de un *directorio para la pastoral de la familia*; urge a los pastores la creación de «grupos, asociaciones y movimientos e iniciativas que tengan como finalidad el bien humano y cristiano de la familia» ³⁷.

Reclama una especial solicitud pastoral hacia «las familias jóvenes, las cuales, encontrándose en un contexto de nuevos valores y de nuevas responsabilidades, están más expuestas, especialmente los primeros años de matrimonio, a eventuales dificultades, como las creadas por la adaptación a la vida en común o por el nacimiento de los hijos» ³⁸.

Los obispos del País Vasco y Navarra, escriben con toda obviedad en su documento colectivo *Redescubrir la familia*, n. 136:

«La parroquia, como lugar de comunicación personal y directa con novios, matrimonios, jóvenes y niños, es el ámbito particularmente apropiado para promover las actividades pastorales relativas a la familia. En la comunidad parroquial tienen una gran importancia los servicios de acogida y formación prematrimonial, así como la ayuda primaria a familias con problemas y necesidades.

Para impulsar y orientar toda la pastoral parroquial en este área, tiene especial importancia la formación de un equipo parroquial de pastoral del matrimonio y la familia. De no ser viable en cada parroquia, debería constituirse al menos en el ámbito del arciprestazgo o zona pastoral.»

³⁷ Juan Pablo II, *ob. cit.* n. 66.

³⁸ Juan Pablo II, *ob. cit.* n. 69.

Tristemente, es irrefutable la afirmación generalizada de que pastores y fieles nos estamos dejando llevar por la inercia de una pastoral de conservación indiferenciada e individualista, olvidando el contexto vital de las personas.

¿Cómo puede ser justificable que haya tantas parroquias en las que no hay ni el más mínimo proyecto de pastoral familiar ni matrimonial, cuando la parroquia es una realidad sociológica compuesta de familias? ¿No estamos desaprovechando en gran medida los encuentros pastorales con motivo de la celebración de los sacramentos para asociar a las parejas y familias en orden a un mayor servicio evangelizador y en orden a promover en ellas la misión evangelizadora?

En una reciente asamblea de religiosos en la que se afrontaba el tema de la nueva evangelización, todos los miembros, unánimemente, afirmaron y firmaron por la familia como destinataria primarísima de la acción pastoral y evangelizadora. A pesar de esa concienciación de la transcendencia de la familia que, claro está, no se improvisó en la asamblea, ¿cuáles son las realidades pastorales existentes, las mediaciones en ejercicio a favor de la familia? ¡Muy pocas y muy pobres! En gran número de parroquias, ninguna.

Estoy enteramente de acuerdo con la afirmación rotunda de Bernabé Tierno:

«Hay que devolver a la familia el protagonismo social, político, cultural y afectivo que nunca debió perder.»

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1.º *¿Esta reflexión nos ha descubierto algo nuevo o nos ha recordado algo importante que habríamos de tener más en cuenta?*

2.º *¿Procuramos mentalizar a novios y matrimonios cercanos a nosotros, con respecto a la transcendencia de la salud del matrimonio y de la familia en orden al desarrollo personal y al funcionamiento de la Iglesia y de la sociedad?*

3.º *¿Qué podemos hacer en este sentido? ¿Podemos colaborar o ayudar a que otros colaboren en la preparación de los novios al matrimonio?*

CIMENTO Y CEMENTO

Comunidad de amor

Vocación de hogar

Suelen ser bastante frecuentes las discusiones entre jóvenes y adultos en torno al matrimonio. Muchos jóvenes se constituyen en parejas de hecho, sin más formalidades. Los padres y familiares les interpelan: «¿Por qué no os casáis como Dios manda?». Los jóvenes suelen responder: «Nosotros nos queremos, y eso es el matrimonio. ¿Van a ser unos papeles y un rito social los que hagan verdadero y válido nuestro matrimonio?».

Hay muchos adultos a los que los papeles y la ceremonia dejan ya tranquilos, aunque no se preocupen demasiado del afecto y amor que les une; y hay jóvenes a los que les preocupa el *amor*, que no siempre lo es, sin papeles ni formalismos.

Hay parejas que se contentan con amor sin *papeles* y hay quienes se contentan con *papeles* sin amor.

Aclaremos. Cantemos al amor. Al amor verdadero.

Para entender la forma de relación que ha de existir entre el esposo y la esposa basta acercarse a san Pablo y escuchar las recomendaciones de su carta a los efesios. El paradigma son las relaciones de Cristo con su Iglesia, relaciones de la cabeza con el cuerpo.

«Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella.»¹

Cristo ama a la Iglesia como a su propio cuerpo del que es cabeza.

«Igualmente, los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama: pues nadie odia a su propio cuerpo, antes bien lo alimenta y lo cuida como hace Cristo con la Iglesia, que es su cuerpo, del cual nosotros somos miembros.

Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y llegarán a ser los dos uno solo. Gran misterio éste, que yo relaciono con la unión de Cristo y de la Iglesia. En resumen, que cada uno ame a su mujer como se ama a sí mismo, y que la mujer respete al marido.»²

No se puede decir nada más sublime ni más exigente. Cada uno de los cónyuges ha de estar dispuesto a dar la vida, ha de darla, donación tras donación, por su cónyuge, «que es carne de su carne y sangre de su sangre».

El apóstol reclama, asimismo, relaciones de amor de los padres para con los hijos y de los hijos para con los padres:

«Hijos, obedeced a vuestros padres como es justo que lo hagan los creyentes. *Honra a tu padre y a tu madre*; tal es el primer mandamiento, que lleva consigo una promesa, a saber: *para que seas feliz y goces de larga vida en la tierra*.

Y vosotros, padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino

¹ Ef 5,25.

² Ef 5,28-33.

educadlos, corregidlos y enseñadles tal como lo haría el Señor.»³

La cordialidad y delicadeza que Pablo propone como el clima natural de una comunidad eclesial, lo espera sin duda, y en mayor grado de la *iglesia doméstica*.

«Sois elegidos de Dios, pueblo suyo y objeto de su amor; revestíos, pues, de sentimientos de compasión, de bondad, de humildad, de mansedumbre y de paciencia. Soportaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga motivos de queja contra otro. Del mismo modo que el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo, revestíos del amor que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones; a ella os ha llamado Dios para formar un solo cuerpo. Y sed agradecidos.»⁴

Evidentemente Pablo entiende la familia como *hogar* en el sentido original del vocablo, *fogar*, en castellano primitivo; *fogón*, en el actual. Desde ese punto de vista, la familia tiene vocación de *hogar*, de ser un grupo de personas que unidos por los lazos de la sangre, se reúnen al calor de la lumbre, el cariño mutuo.

Fuego en el fogón

El Concilio Vaticano II, al referirse al matrimonio, lo denomina «la íntima comunidad de vida y del amor conyugal, creada por Dios...»⁵.

³ Ef 6,1-4.

⁴ Col 3,12-16.

⁵ Vaticano II, GS 48,1.

Interpretando el pensamiento conciliar, Pablo VI decía en su Discurso del 12 de febrero de 1966,10:

«Nacido del amor creador y paternal de Dios, el matrimonio encuentra en el amor humano, que corresponde al designio y a la voluntad de Dios, la ley fundamental de su valor moral en el amor mutuo de los esposos, en virtud del cual cada uno se compromete con todo su ser a ayudar al otro a ser como Dios lo quiere; con el deseo común de interpretar fielmente el amor de Dios creador y padre, engendrando nuevas vidas.»

El Concilio presenta el amor como el *alma* del matrimonio y la familia. Juan Pablo II, en *Familiaris consortio*, n. 18, repite el mismo mensaje:

«La familia, fundada y vivificada por el amor, es una comunidad de personas: del hombre y de la mujer, de los esposos, de los padres y de los hijos, de los parientes. Su primer cometido es vivir fielmente la realidad de la comunión con el empeño constante de desarrollar una auténtica comunidad de personas.

El principio interior, la fuerza permanente y la meta última de tal cometido es el amor; así como sin el amor la familia no es una comunidad de personas, así también sin el amor la familia no puede vivir, crecer y perfeccionarse como comunidad de personas.»

Los obispos del País Vasco y Navarra, en su documento colectivo *Redescubrir la familia*, n. 45, repiten, asimismo, con insistencia la definición del matrimonio como «una creación continuada de una auténtica comunidad de amor».

Con respecto al matrimonio hay que cantar lo que Perales, poniéndole música al canto de la caridad, canta: *Sin*

el amor no soy nada; sin el amor nada soy. Ya pueden reunirse todos los factores externos del matrimonio, incluida la bondad, la buena educación, los medios económicos, que sin el amor tanto el matrimonio como la familia no es nada.

Sin el alma que constituye al matrimonio y a la familia, éstos son un perfecto cadáver. A veces en los domicilios hay hermosos fogones con un montón de leña perfectamente compuesto; pero no se ha prendido el fuego; o se ha prendido mal y se ha apagado; por eso aquel fogón no pasa de ser un adorno. Esto es lo que ocurre, desgraciadamente, con muchos matrimonios y muchas familias; todo parece perfectamente ordenado, pero no pasa de ser un montón de leña que no arde. En casa hace frío. Falta el fuego del cariño.

El amor es el *cimiento* en el que se basa la familia y el *cemento* que la une.

Campoamor canta bellamente con lenguaje poético al alma del verdadero hogar.

«El hogar no son piedras, son almas.
El mueblaje no es oro, es cariño.
Si se quieren, qué ricos son los pobres,
si no se aman, qué pobres son los ricos.
El amor inventó los hogares
y las aves del cielo los nidos.
Si se quieren, el agua qué fresca,
el pan qué exquisito.
No hacen falta en la mesa más flores
que las flores que pone el cariño.»

Parentesco carnal y parentesco espiritual

Sin amor, porque nunca lo ha habido o porque se ha apagado, el matrimonio se convierte en una S.L., una so-

ciudad limitada de intereses económicos, de servicios mutuos, de cuerpos para el placer. La relación sexual se degrada a algo puramente instintivo. En realidad, las formalidades externas no justifican la relación sexual; y, cuando ésta existe sin amor es ni más ni menos que un adulterio, algo carente de valor humano y humanizador; el otro queda reducido a *objeto* de placer.

«Hay gente que dice que los matrimonios deberían ser contratos a cinco años» –pregunta un periodista a Ángel García, fundador de los Mensajeros de la Paz, aludiendo sin duda a un *matrimonio-noticia* de prensa por haber hecho un contrato matrimonial a cinco años de plazo–. «Son contratos a menos de cinco años. Son contratos mientras exista el amor –contesta el padre Ángel–. Sin amor no hay contrato que aguante. Ni el laboral. ¿El amor es vivir en la misma casa, bajo el mismo techo? Si los hay que no se hablan...». ¡Cuántos, por desgracia!, añadió yo.

El mismo Jesús, con toda claridad, desmitifica y relativiza los meros lazos carnales. Son más familia quienes nada tienen que ver en el plano biológico pero se sienten unidos por un mismo espíritu que los que están vinculados por lazos de la carne pero muy *desvinculados* psicológicamente.

«Llegaron su madre y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. La gente estaba sentada a su alrededor, y le dijeron:

–¡Oye! Tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan.

Jesús les respondió:

–¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?

Y mirando entonces a los que estaban sentados a su alrededor, añadió:

–Éstos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la

voluntad de Dios, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre.»⁶

De hecho Lucas presenta a la comunidad de Jerusalén como una verdadera familia en la que todos forman «un solo corazón y una sola alma»⁷. Hay un parentesco carnal y un parentesco psicológico; en el primero, los parientes comparten, tienen en común, unos caracteres morfológicos, hereditarios, a nivel somático, provenientes de la pertenencia al mismo árbol genealógico; en el segundo, comparten unas mismas características espirituales y psicológicas, fruto de las opciones personales que les lleva a tener una especie de alma gemela. Este parentesco, por supuesto, es el más vital y decisivo para la existencia.

El doctor Marañón decía lapidaria y genialmente: «La amistad es el primer grado de parentesco». El primero; antes que todos. El familiar más cercano a nosotros es el amigo íntimo. Eso es lo que Jesús vino a decir señalando a los que le seguían, a los que sintonizaban con él en sentimientos, palabras y obras:

«Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.»⁸

Sin el afecto, los familiares son extraños y los extraños son familiares.

En los grupos, tanto matrimoniales como de otro tipo, hemos constatado a numerosas parejas y personas que se sienten vinculados, que tienen más confidencias y más confianza con los otros miembros de los grupos que con

⁶ Mc 3,31-35.

⁷ Hch 4,32.

⁸ Lc 8,21.

los propios hermanos o sobrinos. En ellos, como en Jesús, significa más el parentesco psicológico que el carnal.

La familia es humanizadora para los miembros que la integran y mediadora de gracia, libertad y humanismo para la Iglesia y la sociedad si se mueve por el dinamismo interno del amor.

J. W. Goethe ha proclamado con sabiduría el significado del amor, sobre todo en el matrimonio:

«¿Cómo hemos nacido? Por amor.
¿Cómo nos perderíamos? Sin amor.
¿Qué nos ayuda a superarnos? El amor.
¿Cómo podemos llegar al amor? A través del amor.
¿Qué es lo que abrevia nuestras penas? El amor.
¿Qué puede unirnos constantemente? El amor.»

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Estamos contagiados de los formulismos y los formalismos que dominan en la sociedad? ¿En qué basamos nuestra respuesta?*
- 2.º *¿Cuidamos el amor como alma de nuestro matrimonio?*
- 3.º *¿Qué nos dice la actitud de Jesús ante la familia carnal y ante la otra familia?*
- 4.º *¿Qué compromisos concretos provoca en nosotros esta reflexión?*

Egoísmos disfrazados de amor

Apropiación indebida

Ya sabemos que la etiqueta de *amor* a veces se pone a actitudes humanas enteramente contrapuestas. El mis-

tico vive un raptó de *amor* en su experiencia sobrenatural y el adúltero confiesa que se siente abrasado de *amor* hacia su amante; la madre Teresa cogía y sus Hijas siguen cogiendo *por amor* en sus brazos generosos al moribundo esquelético; y, encendido por el *amor*, se abraza el homosexual a su amante. El vocablo *amor* se ha usado para definir muy distintas actitudes.

También en el matrimonio y en la familia existe el egoísmo que, con frecuencia, se disfraza perfectamente de amor hasta el punto de que es difícil desenmascararlo.

Con frecuencia, detrás de muchas actitudes excesivamente protectoras por parte de cualquiera de los esposos o de los padres se encuentra una *actitud posesiva* que desencadena celos en distintas direcciones: celos mutuos de los esposos o de uno de ellos, celos de los padres o de alguno de ellos, que quieren seguir reteniendo como *suyo* al hijo o a la hija que se casó, porque no se fía ni se confía plenamente de que el cónyuge sea capaz de protegerlo y proporcionarle felicidad.

Son los celos de hermanos que, cuando se sufren en el tiempo correspondiente, no tienen mayor importancia, son purificadores, pero que, a veces, sobreviven hasta la edad adulta, alimentados frecuentemente por el trato desigual por parte de uno o de los dos padres.

Se disfraza de amor el afán de *apropiarse, adueñarse* de las personas cercanas como si fueran propiedad exclusiva.

Es lo que advertía K. Gibrán: «Tus hijos no son tuyos; son de la naturaleza»... Nosotros, los creyentes decimos: son de Dios, de su conciencia, de sí mismos, de su autonomía.

A este respecto se habla con frecuencia de las *madres posesivas*. Pero no sólo hay madres posesivas. Hay es-

posos/as posesivos, hermanos posesivos, amigos posesivos. Hay quienes toman el acta de matrimonio o el de nacimiento del registro civil como un título de propiedad sobre los suyos.

Es fácil engañarse creyendo que todo ello es pura expresión de amor, que la obsesión por el esposo/a o el hijo querido es signo de un amor consumado, total, de protección a él, cuando en realidad hay mucho de búsqueda de autoprotección, de la seguridad que ofrece un ser incondicional a nuestro lado.

En el matrimonio y en la vida de familia el amor se disfraza a veces de autoritarismo. Se trata de llevar al otro por el camino seguro, de evitarle riesgos, de meterle un poco a la fuerza por el que se cree el camino verdadero. *Es por su bien..., para que no se extravié.*

Detrás de esta solícita preocupación por el familiar actúa inconscientemente la ambición y el ejercicio del poder. Hay quienes tienen una necesidad vital de mandar, para sentirse superior a alguien o simplemente para sentirse *alguien*. Entre quienes no gozan de reconocimiento social fuera de la familia, algunos buscan el dominio autoritario sobre los miembros de la familia como una forma de compensación. Así es como nos encontramos con personas que fuera de casa son ejemplarmente condescendientes, grandes demócratas, y en su casa, sin embargo, ejercen un autoritarismo intolerable.

«Es por tu bien»

Es frecuente que el consejo, la orientación, el apoyo que se tributa al ser querido para convencerle a elegir carrera y ayudarlo en la profesión, en el ascenso social, esconda la propia ambición, el deseo de triunfar y realizarse a tra-

vés de él. Es el padre que quiere a toda costa que sea el arquitecto que él es para que le suceda y vea perpetuado su renombre, o para que sea el que él ha querido ser y no ha podido. Son los sueños de grandeza de la madre que quiere ver realizados en alguno de sus hijos. O los de la mujer que quiere ser la esposa de alguien importante al que martiriza, *por su bien*, desde luego, para que luche y alcance el objetivo.

Detrás del disfraz de la ayuda *desinteresada* y del deseo caritativo de ver triunfar a quien se quiere, se esconde la propia ambición, el deseo de triunfar a través del otro. Como ocurre con el entrenador que aspira a ganar viendo cómo lo hace el equipo que entrena. Ambiciona el éxito a través de sus jugadores.

No es infrecuente convertir al familiar ilustre en una especie de insignia que se cuelga tanto el clan familiar como el de los amigos y maestros. A los familiares famosos se les airea, se les presenta, se cacarea la propia vinculación con ellos. Al difamado, deficiente o delincuente, se le aleja del círculo de la propia vida. Conozco familias avergonzadas que ocultan a hijos deficientes. Se las arreglan para que no te encuentres con ellos.

¿Cuántas veces, igualmente, el interés económico se pone el disfraz del amor, del afecto a la persona, cuando en realidad a los que se siente afecto es a sus intereses económicos? ¿Cuántas veces el matrimonio más que comunión de vida y amor se convierte en asociación de billeteras, de sueldos, de fortunas? ¿Cuántos matrimonios muertos *van tirando* unidos y uncidos sólo por el yugo de los intereses económicos o por no afrontar la incomodidad de romper los esquemas de la vida, que nos permiten tener cubiertos los servicios domésticos?

«Te quiero porque te necesito»

Pero de lo que más se disfraza el egoísmo es del amor erótico que se polariza en la relación sexual. Detrás de protestas ardientes e inflamadas de amor sincero, y hasta de los más dolorosos sacrificios, se esconde el deseo de satisfacer los sentimientos eróticos y la pasión sexual. Al otro se le reduce a instrumento de placer para usar y tirar. En realidad más que querer a la persona se quiere su cuerpo como juguete de placer.

Ésta es la raíz de que muchas parejas se *quieran* mientras sus egoísmos coinciden, mientras la relación resulta gratificante a nivel erótico o sexual. Cuando deja de ser gratificante, dejan de *quererse*, dejan de *utilizarse* mutuamente.

Todas estas formas de egoísmo disfrazadas de amor significan que al otro no se le quiere *por sí mismo* sino por la rentabilidad egoísta que reporta.

Pero hay que decir que tanto el amor como el egoísmo no se dan casi nunca en sus formas puras sino que aparecen mezclados como el oro y la ganga. Es difícil amar con entera limpieza, sin buscar, de una u otra forma, la propia gratificación.

El mismo F. Ozanam, recientemente beatificado, a pesar de su entrega radical a Jesucristo y a su causa, escribía a un íntimo amigo suyo el 13 de octubre de 1843, haciendo balance de sus dos años de matrimonio: «He usado mal de los beneficios y las gracias del Señor; en lugar de amar en mi esposa a Aquel que me la ha dado, es a mí mismo a quien he buscado en ella...».

La vida humana es un proceso de purificación del amor al *Otro* y a los *otros*.

Goethe definía genialmente al egoísmo disfrazado de

amor y al amor verdadero. El primero dice a la persona *amada*, naturalmente de forma inconsciente: *Te quiero porque te necesito*; y el segundo: *te necesito porque te quiero*.

Te quiero porque te necesito, te quiero a mi servicio. Es decir, le quiere con un amor captativo, como el macho que necesita a la hembra y trata de ganarla con su flirteo. Ya el nombre en sí mismo resulta desconcertante y pone de manifiesto los sentidos contradictorios que se dan al vocablo *amor*: *amor captativo*, propiamente es una contradicción. El verdadero amor sólo puede ser *oblato*.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º ¿Qué egoísmos y qué formas de instrumentalización descubrimos en nuestra relación conyugal y familiar?
- 2.º ¿Qué medios de purificación de nuestro amor habríamos de adoptar?
- 3.º ¿Qué compromisos concretos para nuestra vida conyugal y familiar hemos de sacar de esta reflexión?

Dimensiones del amor

Benevolencia y beneficencia

Benevolencia

El amor humano es complejo como compleja es la persona. Pero lo es de un modo especial el amor familiar y, más particularmente todavía, el amor de la pareja.

Hay que distinguir en él tres dimensiones: el amor de

benevolencia y de *beneficencia*, el amor de *amistad* y el amor *erótico*.

Dice Octavio Paz en uno de sus libros:

«El sexo es la raíz, el erotismo el tallo y el amor es la flor. ¿Y los frutos? Los frutos del amor son intangibles y este es su verdadero misterio. Pues bien, creo que la última razón de nuestra vida es aprender a recibir esos frutos, recibirlos de quienes nos han amado y ofrecérselos.»⁹

El amor de *benevolencia* y de *beneficencia* es el que hemos de profesar indistintamente hacia toda persona, aunque a la hora de optar por su ejercicio, hayamos de volcarnos en primer lugar sobre nuestros prójimos más próximos, el cónyuge y los demás miembros de la familia.

Amor de *bene-volencia*, como indica etimológicamente la palabra, es desear lo mejor para ellos, gozarse con su bien y dolerse con su mal.

El amor de *benevolencia* tiene otros nombres: *compasión* y *congratulación*, que significan *padecer-con* y *alegrarse-con*.

Este amor de *bene-volencia* (de *querer bien*, como significa etimológicamente) implica, nada menos, como afirma Pablo, vivir la solidaridad de los miembros de un mismo cuerpo:

«¿Qué un miembro sufre? Todos los miembros sufren con él. ¿Qué un miembro es agasajado? Todos los miembros comparten su alegría.»¹⁰

Algo que se contrapone frontalmente a la *bene-volencia*, al compartir las alegrías, son los celos mutuos de los cón-

yuges; no se trata de celos eróticos, sino de celos de prestigio. *Bene-volencia* significa congratularse con el éxito del esposo/a, hacer propio su prestigio social o profesional.

Para que se pueda verificar esta comunión de sentimientos es imprescindible, naturalmente, la comunicación y el diálogo. ¿Cómo uno de los esposos va a compartir las angustias y las alegrías del otro si se mantiene cerrado como una tumba? ¿Cómo los padres van a hacer suyos el dolor y la alegría de los hijos, o al revés, si todos se mantienen enquistados como crustáceos? ¡Cuántos martirios secretos sufridos a solas!, ¡cuántas alegrías gozadas en privado y sin poderlas compartir!...

Casarse es, justamente, convertirse en *cónyuge*, y *cónyuge* significa en sentido etimológico el que lleva el yugo con otro, *con-yugo*. La palabra más castellanizada lo dice más claramente, *con-yugados*: los dos corren la misma suerte, los dos llevan las mismas cargas, los dos comparten las mismas situaciones de alegría o de sufrimiento. Es lo que ocurre en toda verdadera amistad. Desde que se ha verificado la comunión de los espíritus, ya no existen *mis* penas ni *mis* alegrías, sino *nuestras* penas y *nuestras* alegrías.

Bene-ficencia

Junto a la *bene-volencia*, nuestro amor a todo prójimo reclama, asimismo, la *bene-ficencia*, en el sentido original, en el sentido etimológico de *hacer el bien* al otro. Todo sentimiento de *benevolencia* que no impulse a la *beneficencia* no pasa de ser un sentimentalismo vacío.

La *beneficencia* implica ayudar al otro, en este caso concreto, al cónyuge, a los hijos, o a cualquier otro miembro de la familia, en todos los ámbitos de la vida. Implica,

⁹ GARZO, Martín: *Faro de Vigo*, martes, 13-4-1999.

¹⁰ 1 Cor 12,26.

en primer lugar, ayudarle a crecer como persona; y por lo tanto, a crecer en libertad y autonomía, en capacidad de amor, diálogo, servicio y solidaridad, en amistad, en responsabilidad, en tolerancia y fortaleza.

El amor de *beneficencia* implica buscar la felicidad de los demás antes que la propia, actitud de servicio hacia el esposo/a, hijo o miembro de la familia. Implica llevar a la práctica el principio de que *más vale servir que ser servido*. Implica el amor sacrificial, el olvidarse de sí y dar la vida, el tiempo, para servir a los miembros de la comunidad familiar. Es el amor que proclama Jesús cuando afirma: «Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos»¹¹, por el esposo/a, por los hijos, por los miembros de la familia.

Amor de *benevolencia* es hacer lo que hacen muchos padres con respecto a sus hijos y muchos esposos con respecto a su cónyuge: preferir lo peor para ellos en comida, en vestido, en diversión: *Que viajen ellos, que se diviertan ellos, que gocen de la vida ellos*. Aunque, la verdad, es que esto siempre ha de ser con cautela para no maleducar a los hijos y convertirlos en reyezuelos en el hogar. Lo ideal es: todos iguales. Por el bien de ellos. Sólo puede haber una excepción: los niños, los enfermos y los ancianos.

Aquí es donde se hace patente la verdad de la conocida definición del amor: *Amar es morir*, amar es olvidarse de sí.

Existe esta dimensión de *bene-ficencia* en un matrimonio o familia cuando sus miembros rivalizan por servir antes que por ser servidos¹².

Este amor, esta entrega, este espíritu de servicio, para el cristiano, viene iluminado por la fe que le permite descubrir en el otro al mismo Cristo al que se sirve en el familiar de carácter intolerable, en el anciano cargante y caprichoso, en el hijo desagradecido y perturbador. El creyente sabe que en ese ser, querido a pesar de todo, está sirviendo al propio Cristo encarnado y desfigurado en él. «Conmigo lo hicisteis»¹³, asegura taxativamente el Señor.

No se puede olvidar que *el otro*, antes que esposo/a, antes que padre, hermano o hijo es *persona*, hijo de Dios, morada de Dios¹⁴.

Éste es el amor que ha de estar en la base de todos los amores. Los otros amores sólo sobreviven a las dificultades y vaivenes de la vida si se fundamentan en este amor. Este amor desafía las canas y las calvas, la celulitis y la obesidad, las dificultades económicas y las traiciones comunes. Ésta es la fidelidad que prometen los novios en el momento tembloroso de su consentimiento matrimonial: «Te quiero y me entrego a ti; prometo serte fiel, en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad todos los días de mi vida».

Este amor es el que tiene como cimiento la dignidad divina de toda persona humana, su condición de hijo de Dios, la convicción de que amar y servir a los demás es un privilegio.

Este amor supone personas maduras; éste es el amor requerido inexorablemente para que el matrimonio y la vida de familia puedan ser decorosamente viables. Éste es el amor que hace que el matrimonio no sea apto para menores psicológicos, para inmaduros, por más que ten-

¹¹ Jn 15,13.

¹² Cfr. Mt 20,27.

¹³ Mt 25,40.

¹⁴ Cfr. Jn 14,23; 1 Cor 6,19.

gan cincuenta años, para personas egoístas y caprichosas. Éste es el amor que ha de estar en la base de toda relación humana, y sin el cual ninguna de ellas tiene garantía de perdurabilidad. Suelo decir con frecuencia que cuando se casan dos *chiquillos*, en sentido psicológico, terminan haciendo chiquilladas en su matrimonio.

La preparación remota para el matrimonio de la que habla Juan Pablo II en la *Familiaris consortio*, yo diría que consiste básicamente en el aprendizaje del amor gratuito, en realidad, el único amor verdadero. El egoísta ha de cambiar de actitud o que, de antemano, dé por fracasado su matrimonio.

Amar es morir, se ha dicho genialmente. Es morir porque es olvidarse de sí. Es hacer que, sobre todo, cuenten los otros en mi vida, en mis preocupaciones. Es ser, como dijo certeramente el teólogo mártir D. Bonhoeffer de Jesús, «el-hombre-para-los-demás»... Esto se dice fácilmente, pero supone una gran aventura. Es una tarea para toda la vida.

Este amor de *bene-volencia* y *bene-ficencia*, iluminado por la fe en el carácter divino de todo ser humano, hemos de profesarlo todos hacia nuestro prójimo. Es algo que toda persona, todo creyente, ha debido vivenciar antes de formar una familia. Es el presupuesto para cualquier relación humana.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º ¿En nuestro matrimonio y en nuestra familia compartimos penas y alegrías? ¿Nos preocupamos del estado de ánimo de los demás?
- 2.º ¿Hay brotes de celo de prestigio entre nosotros?
- 3.º ¿En nuestra vida de pareja y de familia buscamos más ser servidos que servir, o al revés?

Amigos íntimos

El primer grado de parentesco

El amor de familia, sobre todo el de matrimonio, entraña una comunión íntima que no requieren necesariamente otros amores. Ser casados de verdad entraña *ser amigos*.

El amor de amistad no sólo implica la benevolencia, la beneficencia, la ayuda, el servicio, la entrega a otro, sino que consiste en un amor correspondido, en abrirse mutuamente las puertas de la interioridad el uno al otro. El amor conyugal entraña sintonía, comunión de los espíritus.

Ser matrimonio y familia es realizar el asombroso milagro de la comunidad de Jerusalén: «Tener un solo corazón y una sola alma»¹⁵.

Es tener una sola alma en varios cuerpos.

Es vivir en *sin-tonía* (cantar a dúo), en *con-cordancia* (etimológicamente, de la palabra latina *cor*, significa que los corazones laten al unísono); significa, por lo tanto, tener casados los corazones, las almas.

La relación de amistad no es algo opcional para nadie. Todos estamos llamados a tener esta experiencia gozosa y gloriosa (el cielo no será otra cosa que la vivencia perfecta de la amistad). Jesús resumió todas sus orientaciones éticas en una sola consigna: «Como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros»¹⁶. Y ¿cómo nos amó Jesús?, ¿cómo nos ama?: «Ya nos os llamaré siervos... os llamo amigos»¹⁷. Jesús nos invita, pues, a amar-nos como *amigos*.

¹⁵ Hch 4,32.

¹⁶ Jn 13,34.

¹⁷ Jn 15,15.

La amistad es la maravilla de las maravillas humanas. Es lo que realiza de verdad el misterio Trinitario de Dios, su ser de Familia:

«Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta, y el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado, y que los amas a ellos como me amas a mí.»¹⁸

Ortega y Gasset dijo con frase lapidaria: «Una amistad bien cincelada es la cumbre del universo».

El doctor Marañón, por su parte, dijo genialmente: «La amistad es el primer grado de parentesco». Sabemos que en definitiva, eso mismo quiso decir Jesús cuando afirmó de los que escuchan su palabra y la ponen por obra: «Esos son mi madre y mis hermanos»¹⁹. Y Fernando Fernán Gómez, en un sustancioso artículo, afirma certeramente: «En realidad, en muchos casos no habrían de ser los amigos los que dieran el pésame a los familiares por el fallecimiento del familiar, sino los familiares a los amigos, que son los que en verdad están de duelo; a no ser que los familiares hubieran sido también amigos». Ésta es la pura verdad.

Afecto, confianza y confidencia

La amistad supone *afecto*, cariño incondicional y seguro por parte del otro. Afecto enteramente gratuito. Sé con total seguridad que el otro no me utiliza, busca mi bien, quiere mi felicidad y mi realización. Y mi amigo o mi amiga tiene exactamente la misma seguridad. Los dos formamos

un *nosotros* que modifica sustancialmente nuestras vidas. Vivimos constante y fielmente el uno en referencia al otro.

Ser amigos los esposos o padres e hijos es compartir lo más profundo de la vida: los sentimientos, alegrías y tristezas, la misma visión de la realidad, el sentido de la vida, las esperanzas, un proyecto común. Este compartir es mucho más trascendental que compartir cosas, tareas, bienes, hijos, domicilio, tiempo.

Para llegar a esta comunión espiritual son condiciones imprescindibles la *confianza* y la *confidencia*.

La confianza supone *fiarse* enteramente el amigo del amigo. Sabe que puede decirle lo que sea, sabe que puede entregarle lo más íntimo de su vida, sabe que puede firmarle en blanco lo que sea, porque nunca jamás le traicionará. Se fía del otro como de sí mismo.

La confianza abre la puerta a la confidencia; y al revés también. Los amigos conocemos lo que hay en nuestros archivos más secretos de los otros amigos. Entre nosotros no existen secretos. Los amigos se narran mutuamente la vida y sus incidentes, sus victorias y sus derrotas, sus horas jubilosas y sus horas amargas. Porque hay confianza, hay confidencia; y por los amigos se abren de par en par recíprocamente el *sanctasanctórum* de su intimidad sin inhibiciones. Jesús liga la amistad a la comunicación de los secretos:

«En adelante, ya no os llamaré siervos... Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre.»²⁰

Hace algún tiempo, y a propósito del acoso sexual sufrido por una esposa, le preguntó: «¿Lo sabe tu marido?».

²⁰ Jn 15,14-15.

¹⁸ Jn 17,23.

¹⁹ Lc 8,19-21.

«Entre nosotros –me contesta–, porque así nos lo hemos propuesto desde el principio, ni ha habido, ni hay, ni habrá secretos». Por suerte, son muchas las parejas a las que he escuchado lo mismo.

Pero, desgraciadamente, hay también muchos cónyuges que ponen a resguardo de su marido o de su esposa demasiados secretos: *¡Por favor, que no se entere mi marido, que no lo sepa mi mujer!...*, hemos tenido que oír todos incontables veces.

Para que pueda producirse ese casamiento de almas es preciso un diálogo continuo y profundo, un decirse a sí mismo, no sólo decirse cosas, contarse acontecimientos y comunicarse noticias, sino llevarse mutuamente a los sótanos de la propia personalidad. Si los cónyuges o los miembros de la familia son unos crustáceos, no hay posibilidad de amistad; no hay posibilidad de auténtica vida de familia.

Esto requiere, asimismo, realimentar conjuntamente el espíritu con la reflexión, la meditación, la lectura, para que puedan comunicarse, enriquecerse y comulgar más intensamente sobre los temas de la vida. Para que puedan coincidir en la misma jerarquía de valores, en la misma visión sobre el trabajo, la fe, el sufrimiento, la educación de los hijos, la amistad, la caridad, sobre todo lo humano y lo divino.

Como decía Antonio Machado:

«¿Tu verdad? No, la verdad.
Y ven conmigo a buscarla.
La tuya guárdatela.»

No puede haber armonía si para un cónyuge o para un hijo adulto lo más importante es el dinero y para el otro la solidaridad.

La gran tarea que tienen los jóvenes en su preparación para la vida conyugal, para la vida de la familia que quieren fundar, es aprender a ser amigos. La mayor preocupación de los padres en la educación de los hijos es enseñarles a ser amigos. Y para enseñarles la gran sabiduría de la amistad, es preciso que se la muestren hecha experiencia en su propia vida de pareja y con las personas más cercanas. Si ya desde jóvenes se muestran como crustáceos impenitentes, tienen asegurado el fracaso conyugal y familiar. A ser cordiales, abiertos y comunicativos es algo que se aprende en las faldas de la madre. En ese sentido afirmaba muy lúcidamente Napoleón: «La educación de los hijos comienza antes del casamiento de sus padres».

El matrimonio es amistad

La amistad es el mástil central que sostiene la gran tienda que cobija al matrimonio y a la familia. Si no existe, si se cae, todo se viene abajo. Lo proclamaba el mismo Nietzsche: «El mejor amigo tendrá probablemente también la mejor esposa, porque *el buen matrimonio descansa en el talante de la amistad*».

Sin amistad no hay matrimonio. Hay que decirlo sin titubeos. No se puede concebir un matrimonio realizado, feliz, armonioso, en el que los esposos no sean *amigos íntimos*. La cercanía, tan vital, tan estrecha, tan continua, resulta asfixiante si no hay comunión psicológica. Es algo así como ser dos siameses que no se entienden y que tienen gustos dispares, y sin embargo tienen que convivir pegados; vivirían en permanente forcejeo para sobreponerse y arrastrar al otro hacia la dirección preferida.

Y la felicidad conyugal basada en la gratificación del

sexo o en otras compensaciones externas durará mientras los egoísmos coincidan.

La pasión (el *amor-eros*), el enamoramiento, como todo el mundo sabe, es antojadizo, voluble, fluctuante, inconsistente. Sólo la amistad (el *amor-agapé*) es consistente, es «más fuerte que la muerte», como señala rotundamente la Escritura.

Montesquieu confesaba: «Estoy enamorado de la amistad». Los casados habrían de decir todos con toda verdad: *Somos dos enamorados-amigos, o dos amigos-enamorados*, como se prefiera.

«Algunos –escribe perspicazmente Gregorio Marañón– toman a herejía el que se compare el amor con la amistad. En el lenguaje corriente se comete, incluso, el sacrilegio de decir despectivamente de una pareja que *viven como amigos* para demostrar que el amor se extinguió entre ellos. Esto es, sencillamente, necio. El amor empieza a serlo, es decir, supera la primera etapa, la del instinto puro, cuando empieza a ser amistad; y cuando ésta se acaba es cuando el amor termina.

Un hombre y una mujer sin amor no son jamás amigos, sino huéspedes de la misma casa, en el mejor de los casos; en el peor –casi siempre–, enemigos, encubiertos o escandalosos, pero implacables. La amistad es lo más alto que el ser humano, en el momento de mayor semejanza a Dios, puede añadir de más noble y elevado a la mera atracción vegetativa.»

La amistad es también un componente esencial para ser familia, cuando los hijos han llegado a la edad de compartir en plenitud con sus padres.

Al final, lo que trascenderá a la muerte y al tiempo será la amistad. Según el evangelio, en la vida gloriosa no exis-

tirán *casados*, «ni ellos ni ellas se casarán, sino que serán como ángeles en el cielo»²¹, pero serán amigos.

«Hoy existen soledades atroces dentro del mismo matrimonio», afirma Juan Arias. Eso mismo digo yo después del encuentro con tantas y tantas parejas... ¡Qué fracaso tan estruendoso, origen de otros muchos fracasos en cadena!

En todo matrimonio, para que lo sea de verdad, se han de dar de forma eminente las manifestaciones de afecto que san Agustín señala para toda clase de amigos:

«Rezar juntos, pero también hablar y reír en común; intercambiar favores; leer libros juntos, bien escritos; estar bromeando juntos y juntos serios; estar a veces en desacuerdo, sin animosidad, como se está a veces con uno mismo, y utilizar este raro desacuerdo para reforzar el acuerdo habitual; aprender algo unos de otros o enseñarlo unos a otros; echar de menos con pena a los ausentes; acoger a los que llegan con alegría y hacer manifestaciones de este tipo o de otro género, chispa del corazón de los que se aman y se atraen, expresadas en el rostro, en la lengua, en los ojos, en mil gestos de ternura; y cocinar los alimentos del hogar en donde las almas se unen en conjunto y donde varios no son más que uno.»²²

El matrimonio *cimentado sobre la roca*²³ de un profundo amor de amistad (y por lo tanto de un amor de *benevolencia* y de *beneficencia*, de *obras son amores*), de una vida larga y totalmente compartida, desafía las erosiones físicas del tiempo, los avatares de la enfermedad y de la

²¹ Mt 22,30.

²² SAN AGUSTÍN: *Confesiones*, I,8,13.

²³ Mt 7,25.

desgracia hasta llegar a ese amor maduro, casi místico, de matrimonios ancianos que van por la vida permanentemente cogidos de la mano como los recién casados.

«En el verdadero y óptimo matrimonio –escribe san Agustín–, a pesar de los años y aunque se marchite la lozanía y el ardor de la edad florida, entre el varón y la mujer impera siempre el orden de la caridad y del afecto que vincula entrañablemente al marido y a la esposa.»

En nuestros días es González Faus quien afirma que:

«Sigue siendo verdad que el amor no se acaba nunca: el sentimiento se acaba, la posesión se acaba, el placer se acaba y la ilusión se acaba. Pero el amor no se acaba: más bien se conquista día a día.»

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Nuestro matrimonio está cimentado en la amistad? ¿En qué se manifiesta?*
- 2.º *¿Hay entre nosotros una confianza total? ¿Y confianza? ¿Nos guardamos secretos en los rincones del corazón o ponemos toda nuestra vida interior ante la mirada del esposo/a?*
- 3.º *¿De qué medios nos servimos para crecer en la comunión espiritual? ¿Qué medios deberíamos aprovechar?*

Amor total: en cuerpo y alma

«Amor de hombre»... y de mujer

El amor y la amistad entre los esposos tiene una dimensión específica propia: la entrega sexual que respon-

de al amor erótico, a la fascinación amorosa que el uno ejerce sobre el otro.

Se trata por lo tanto, en el caso de los esposos, de un *amor total*, en cuerpo y alma.

Un matrimonio por caridad, por compasión, paternalista o maternal, sin el componente erótico tiene malos presagios de futuro.

Un matrimonio idealista, por pura amistad, por coincidencias ideológicas y por compartir las mismas sensibilidades, sin atracción sexual, sin encarnación erótica, está seriamente amenazado. Puede producirse lo que yo llamaría esquizofrenia afectiva, una especie de poligamia psicológica: un sentimiento de admiración por la grandeza moral de la propia esposa/o, por una parte; y un sentimiento de atracción por una mujer guapa o por un hombre elegante que se cruza en el camino, por otra.

«El que quiere ser ángel se convierte en bestia», afirma el dicho.

Un matrimonio vivo y feliz es el resultado de enamorarse mutuamente día a día.

Antonio Gala, con esa incandescencia poética que le distingue, escribe:

«No la amo porque sus labios sean dulces, ni brillantes sus ojos, ni sus párpados suaves. No la amo porque entre sus dedos salte mi gozo y juegue como juegan los días con la primavera. No la amo porque su cuerpo sea para mí la única agua y al mismo tiempo una sed insaciable. *La amo sencillamente porque no puedo hacer otra cosa que amarla.*»

El amor conyugal entre un hombre y una mujer que no tiene mucho de romántico y amistoso es poco más que la atracción sexual entre dos animales de distinto sexo.

He conocido y conozco numerosos matrimonios unidos por un amor tan íntimo, sublime, espiritual y poético que su recuerdo eleva el alma.

Se necesita el componente romántico, hoy, desgraciadamente, tan escaso en muchas parejas. Pero, sin jugar a ángeles; eso será en la otra vida ²⁴.

La sexualidad conyugal

«La sexualidad conyugal –afirma Gabriel Calvo– es una semilla preciosa que os ha sido dada para la promoción y robustecimiento de vuestra vida de matrimonio y de familia.»

«A la hora de cultivar y desarrollar esta semilla –escribe Fernando del Teso–, no deberíamos olvidar, entre otras cosas, lo siguiente:

- a) No confundir nunca la sexualidad con la biología o la genitalidad, porque la sexualidad humana supera y desborda lo meramente biológico y genital. La realidad sexual impregna a toda la persona.
- b) Frente a una sociedad que vive obsesionada por el sexo y lo vive de una manera banal y comercializada, el matrimonio es el marco ideal para que la sexualidad se viva desde la ternura, el respeto y el amor al otro.
- c) El ejercicio de la sexualidad dentro del matrimonio es un vínculo de unión y de comunicación. Debe ayudar a la pareja para conocerse más y mejor, para la mutua felicidad, para compartir, y en general, para la armonía conyugal y familiar.
- d) Los gestos carnales del amor tienen un sentido: “están cargados de compromiso; son portadores de

porvenir común; requieren una existencia de respeto, de fidelidad, de gozo; expresan la acogida de una fecundidad; están abiertos a la vida donada; participan en la obra creadora... Por eso, tales gestos no tienen verdadero sentido y una rectitud moral sino en el matrimonio legítimo” (Cardenal Suenens).

Es preciso poner de manifiesto las *diferencias* corporales, psíquicas y sexuales que existen entre el hombre y la mujer. Y es importante para la vida matrimonial conocer la distinta manera que tiene el hombre y la mujer de vivir y expresar su sexualidad. Así se evitarán muchos traumas y frustraciones en las relaciones sexuales matrimoniales.

- a) *La mujer* tiene más facilidad para integrar lo afectivo y lo instintivo pasional. Es más sensible a la ternura y a los estímulos físicos (caricias y besos en todo el cuerpo), y a la fantasía (mayor excitabilidad ante una lectura erótica que ante una fotografía). La mujer consigue mayor variedad y riqueza de experiencias eróticas, pero es más lenta en el proceso. En general, podemos decir que la mujer está bastante condicionada por lo social en su conducta sexual, pero se permite desviarse con facilidad de la “imagen de lo femenino”.
- b) *El hombre* puede expresar y satisfacer lo instintivo de la sexualidad separadamente de lo afectivo. Es mucho más sensible a los estímulos eróticos concretos y es más rápido en su excitación ante los mismos. Los condicionamientos sociales le afectan menos y pasa por encima de ellos con mayor facilidad. Sin embargo, sigue con mayor facilidad la “imagen de lo masculino”. La potencia y la mayor frecuencia sexual es algo que preocupa mucho al hombre.

“Vio entonces Dios todo lo que había hecho, y todo era muy bueno” ²⁵. También el sexo del hombre y la mujer, por

²⁴ Mt 22,30.

²⁵ Gn 1,31.

supuesto. Pero no es necesario recordar que su grandeza y dignidad están expuestas a la profanación, a la degradación. Como es evidente, los seres humanos degradan incesantemente su condición sexual.

He aquí algunas formas de degradación sexual:

- a) *La sexualidad como un bien de consumo.* La sociedad consumista nos envuelve por todas partes. Sus tentáculos son tan halagadores y sutiles que, bajo la apariencia de libertad, nos esclavizan y dominan. Pasamos la vida consumiendo cosas, productos, imágenes, noticias y hasta personas. Y de este feliz consumismo no se ve libre la sexualidad. Con frecuencia el consumismo sexual viene provocado por la ansiedad, que en unos provoca bulimia, en otros anorexia, en otros búsqueda de válvulas de escape en el juego, la droga, el alcohol o el cigarro que terminan provocando adicción.
- b) *La sexualidad como forma de violencia y agresividad.* La prensa nos airea con demasiada frecuencia violaciones, abusos sexuales, muertes pasionales, ritos satánicos, etc... Todos estos hechos y otros muchos más, están en las antípodas de lo que ha de ser una vivencia humana de la sexualidad.
- c) *Trivialización de la sexualidad.* Es tomar a la ligera la sexualidad como si fuese algo inofensivo y sin mayor trascendencia en la vida de las personas. Es ver la sexualidad como mero instinto que debe satisfacerse sin ningún reparo ni problema. Y una persona tan distante de la sensibilidad cristiana, como fue Lenin, rechaza esta manera de entender y de vivir la sexualidad. Así de claro se expresa en una carta a una colaboradora suya: "Conocéis sin duda la famosa teoría según la cual, en la sociedad comunista, satisfacer los propios instintos sexuales y el impulso del amor es tan simple e insignificante como beberse un vaso

de agua. Esta teoría ha sido fatal para muchos chicos y chicas. Sus defensores afirman que es una teoría marxista. ¡Bonito marxismo! Considero la famosa teoría 'del vaso de agua' como no marxista y por añadidura como antinatural. Ciertamente, hay que apagar la sed. Pero un hombre normal, en condiciones igualmente normales, ¿se echaría en tierra por casualidad para beber en un lodazal de agua corrompida? ¿O beberá un vaso manchado en sus bordes con las babas de otras muchas personas? Pero, sobre todo, lo que importa en todo esto es el aspecto social. En efecto, beber agua es asunto personal. Pero en el amor están implicadas dos personas y puede venir un tercero. De ahí se deriva su interés social y su dimensión colectiva".»

Sexo con amor

La relación sexual ha de ser para los esposos expresión de un amor integral. De otro modo se reduce a goce meramente instintivo e instantáneo, sin un antes y sin un después, y por lo mismo, no pasa de ser un gozo epidérmico carente de grandeza humana.

Ni amor sin sexo, ni sexo sin amor; amor con sexo o sexo con amor, esta es la fórmula.

He aquí la causa de numerosos conflictos matrimoniales. Repito: muchas mujeres se sienten utilizadas como si a sus maridos sólo les interesaran para prepararles la comida, tenerles limpia la casa y la ropa, cuidar a sus hijos y... para la cama. Cuando la relación no está en sintonía con el afecto, cuando durante el día se han sentido postergadas, minusvaloradas, ofendidas, por la noche en la relación sexual se sienten, y con toda razón, violadas. He sido testigo de inculpaciones violentísimas en este sentido

y en el sentido de que el cónyuge satisfecho sexualmente (casi siempre el varón), se desentiende de la insatisfacción del otro cónyuge, la esposa generalmente.

La relación sexual tiene verdadero valor humano y humanizador cuando se *celebra* en un contexto de armonía vital integral entre los cónyuges, cuando el amor no viene determinado exclusiva ni primordialmente por los atractivos físicos, sino también por los psíquicos y morales; cuando hay, sobre todo, un atractivo de los espíritus gracias a la amabilidad, la delicadeza, la inteligencia, la alegría, la bondad y la comprensión, etc.

Los esposos no han de reducirse a expresar sexualmente el amor por puro *instinto* pasional o biológico, ni por un imperativo o *por deber*, sino cuando entre ambos se haya creado un *clima de intimidad y de amor* que pida naturalmente vivir ese amor y ese deseo de intimidad sexualmente. En este sentido tiene un gran contenido humano la plegaria de Tobías en su noche de bodas con Sara, su prima. No quiere vivir su relación al estilo de los paganos, desde el puro egoísmo del instinto, sino desde la generosidad del amor.

«Señor, yo no me caso con esta pariente mía arrastrado por la pasión, sino con una recta intención. Ten misericordia de los dos y danos una larga vida.»²⁶

Basta que uno de los esposos no haya alcanzado, por el motivo que sea, ese clima de auténtico amor interpersonal, para que la relación sexual no sea enteramente gratificante, sino que, por el contrario, violente la dinámica natural del amor intersexual. Se daría una entrega de cuerpos, pero no de corazones y de personas.

²⁶ Tob 87,4-8

Muchas mujeres, postergadas en la vida cotidiana, de las que el marido sólo se preocupa a la hora de la relación sexual, se sienten instrumentalizadas y, por eso, con frecuencia se declaran justamente en huelga sexual. Algunas, incluso, llegan a padecer por esta razón (la mujer siempre es más unitaria) frigidez sexual.

Hay muchas parejas que han vivido y viven conflictos dramáticos a consecuencia de que su relación sexual está amargada por el *pavor* a un nuevo embarazo. Es preciso que se pongan de acuerdo para que puedan gozar despreocupadamente de la relación sexual sin miedo a la concepción. Hay esposas que por este motivo han *sufrido*, aterrorizadas, la relación sexual, terminando en perturbaciones sexuales o frigidez. Otras se han negado y se niegan a ella con lo que el marido se siente tentado a correr aventuras y poner en riesgo su matrimonio. A la hora de hacer los matrimonios una opción, han de tener en cuenta la jerarquía de valores. En esa jerarquía ocupan los primeros puestos: la armonía de los cónyuges, su equilibrio psíquico y el bien de los hijos ya nacidos. No siempre se ha tenido esto en cuenta, haciendo prevalecer valores secundarios.

Muchas parejas sufren conflicto por desarmonía sexual.

Sexo con amor. Los psicólogos, psiquiatras y expertos matrimoniales, Enrique Rojas, por ejemplo, hablan del consumismo del sexo. Se multiplican las relaciones sexuales en cantidad, pero carecen de calidad, de contenido afectivo. Juan Tenorio es la figura que encarna esta ansiedad sexual, cuya satisfacción momentánea provoca una inmediata insatisfacción. Todos los psicólogos están de acuerdo en que detrás de las adicciones al juego, a las sectas, a la droga, al alcohol, hay un vacío afectivo motivador. Lo mismo hay que decir con respecto a la adic-

ción al sexo. Hay un ejercicio sexual vacío de afecto que reclama el consumismo sexual. La relación sexual consumista resulta grandemente empobrecida porque no pasa de ser un placentero roce de epidermis.

La vieja película titulada «Los 400 golpes» refleja gráficamente la degradación del acto sexual a un acto instintivo de animal irracional, cuando presenta al protagonista que, después de su acto sexual, al despedirse, pregunta a la pareja: «Pero, y a todo esto, ¿tú cómo te llamas?». No le interesaba la persona, sólo un cuerpo con el que retozar lascivamente.

«Las encuestas aseguran que los españoles hacen el amor poco y mal. ¿Esto le deja indiferente? –le pregunta un periodista al padre Ángel García–. «No. Me deja preocupado. Los que hagan el amor que lo hagan bien y muchas veces –responde con ironía–. Porque para hacerlo poco y mal... Ahora bien, ¿hacer el amor es el acto sexual o es algo más?»...

«La sexualidad matrimonial –afirma Fernando del Teso Aliste– debe ser humana y rechazar todo consumismo sexual. Porque el consumismo sexual es una devaluación de la sexualidad que aqueja a nuestro mundo. Sin embargo, la sexualidad humanizada, va por otro camino. No por el camino del consumo, sino de la gratificación y del agradecimiento. "Gracias por la ternura y el placer que me das, y gracias, también, por la ternura y el placer que de mí recibes". Éste debe ser el lenguaje sexual entre el esposo y la esposa.»

«Hoy te quiero más que ayer, pero menos que mañana», es una frase rotunda y suena muy bien. Pero manifiesta un concepto de amor de corte cuantitativo y no cualitativo.

«Todo el secreto del amor –escribe certeramente Marañón– está en la *calidad* y la *gracia*. Y por gracia hemos de entender el que la fruición material, lo que exige el instinto, siempre bárbaro, no sea nunca un objetivo ni un premio del amor, sino una leve y delicada brasa que caldee y coloree de rosa a todo eso otro semi-divino que es el rendimiento, el sacrificio, el dar y no pedir, sin lo cual el amor es sólo una cárcel con las paredes adornadas de estampas prohibidas, sin maldita la gracia.»

Cuando en la conjunción sexual hay una entrega en cuerpo y alma, entonces es cuando acontece la dicha completa; acontece lo que canta Antonio Gala:

«Tengo todo lo que quiero:
tu alma para mi alma,
tu cuerpo para mi cuerpo.»

«Situación la sexualidad»

No me resisto a citar, por lo clarificador que es, un texto de Enrique Rojas tomado de un artículo suyo en *El País Semanal*.

«Hoy quiero hablarte de la sexualidad. Las relaciones entre amor y sexualidad no es que sean estrechas. Sino que la una entronca directamente con la otra. Y a su vez, en su seno vibran con fuerza todos y cada uno de los ingredientes que nutren lo mejor del ser humano: lo físico, lo psicológico, lo espiritual y lo cultural. Aquí, en el encuentro sexual, en ese momento lo que se destaca y toma el mando es la emoción placentera del goce del acto sexual, quedando algo relegadas las otras tres dimensiones, pero envolviéndolo todo.

Por eso hay que subrayar que *la relación sexual es un*

acto íntimo de persona a persona, nunca de cuerpo a cuerpo. ¿Qué quiere decir esto? Sencillamente que cuando al otro se le trata sólo como ser físico, portador de un cuerpo, se le escamotea la grandeza y profundidad del mismo. Esto es lo que pasa en algunas ocasiones.

Por una parte estamos anegados de sexo mediante una propaganda erótica continua. Es difícil si uno se deja llevar por esos derroteros ver la sexualidad con unos ojos limpios, sanos, normales. Permanentemente somos invitados al sexo por los medios de comunicación social. Y esta convocatoria se hace de forma divertida, epidérmica, como una liberación que plenifica y conduce a la maduración de la personalidad.

Todo este mensaje, apretado, sintético, englobado y envuelto en sus mejores aderezos, lleva al que no tiene ideas claras a pensar que ésa es la condición humana. Y nada más. Y eso es sustancialmente falso: reducir la sexualidad a un medio para utilizar al otro, sin más, la rebaja de rango, la envilece. La sexualidad desconectada del amor y de los sentimientos conduce a lo neurótico. Falsifica su verdadero sentido y, hablando y pregonando libertad, se termina en una de las peores esclavitudes que puede padecer un sujeto: vivir con un tirano dentro que empuja y obliga al contacto sexual preindividual y anónimo.

El cuerpo es algo personal, particular, propio. Éste debe ser integrado en el conjunto de la personalidad. La sexualidad es un lenguaje cuyo idioma es el amor: por eso la relación sexual debe estar presidida por el amor a la otra persona, que es una entrega rica y diversa, que no sólo se produce en el terreno de la sexualidad. Amor personal comprometido, estable, que vincula a lo corporal, a lo psicológico y a lo espiritual. Dicho en términos más rotundos: el acto sexual auténtico, verdadero, es simultáneamente físico, psicológico y espiritual. Los tres participan directamente en esa sinfonía íntima, misteriosa, delicada y que

culmina con la pasión de dos seres que se funden en un abrazo...

¿Dónde situar esa pieza que es la vida sexual? La sexualidad no es algo puramente biológico, un placer ligado al cuerpo, sino que mira a lo más íntimo de la persona. De ahí que debe ser instalada junto, al lado y envuelta por el amor...

Hoy estamos asistiendo a una verdadera idolatría del sexo. Yo sólo quiero llamar la atención sobre ello. Se ha instalado en el corazón de nuestra sociedad el sexo a todas las horas, a impulsos de la pornografía y sus derivados. Cosificación degradante del sexo. Con una nota sui géneris: trivializa el sexo y a la vez, lo convierte en religión.»

La comunicación sexual

«El matrimonio es convivencia sexual –escribe acertadamente José Antonio Pagola–. Varón y mujer, sexualmente diferentes y complementarios, pueden vivir juntos plenamente el misterio gozoso de la sexualidad humana. La convivencia sexual abarca diversos aspectos. Señalo los niveles más importantes:

El varón y la mujer se pueden *expresar* a través de su corporeidad, a través de sus gestos y de todo el lenguaje de su sexualidad. De esta manera, el hombre y la mujer salen de su interioridad y se desvelan, se revelan, se manifiestan. Naturalmente esta expresión a través de la sexualidad (besos, abrazos, caricias, acogida, abrazo conyugal...) es plenamente humana cuando es sincera y cuando encuentra en el otro una respuesta y una confianza real.

Pero el varón y la mujer no sólo se expresan, sino que se *comunican* y se *encuentran* sexualmente en el matrimonio. El hombre y la mujer están llamados al encuentro y a la comunicación sexual. No se trata de un encuentro puramente biológico, fisiológico. El encuentro sexual es humano cuando a través de los cuerpos se abrazan las per-

sonas, es decir, se hacen presente y se comunican como personas. Esto, naturalmente, pide que el encuentro sexual no sea ambiguo, no sea una máscara que oculte a la persona, sino que sea la comunicación de lo mejor que hay en cada uno de ellos.

Pero, además, el varón y la mujer se *complementan* y enriquecen mutuamente en el encuentro sexual. El ser humano es bisexual, diferenciado, masculino y femenino. El varón y la mujer se sienten mutuamente atraídos y llamados a la complementariedad. Disfrutan y se enriquecen cuando saben acogerse mutuamente. Se ayudan recíprocamente a crecer, fundiendo sus vidas, compartiendo la existencia desde el encuentro sexual.»²⁷

La falta de entendimiento sexual, el no llegar a descubrir ese modo gratificante de encuentro mutuo, de expresarse en el lenguaje amoroso de los cuerpos es origen, ignorado muchas veces, de crisis, de conflictos y de frustración matrimonial. Los hay que desisten y se resignan, en lugar de buscar una mayor calidad a lo largo de toda la vida. Sin sexualidad no hay vida conyugal. La calidad de la vida sexual es un termómetro de la buena o mala vida conyugal.

Momento de gracia

La relación sexual no es una concesión por parte de Dios a más no poder, no es algo consentido desde el matrimonio, una especie de mal menor, sino una expresión plenamente humana, siempre que sea manifestación de un amor integral y no de una mera instrumentalización

²⁷ PAGOLA, José Antonio: *Originalidad del matrimonio cristiano*, Idatz, San Sebastián, 1997, pp. 10-11.

para el placer. Como señala el Concilio, la relación sexual es «digna y honesta» porque ahí el amor se manifiesta, se fomenta, se recrea y se fortalece. Pero el amor matrimonial no puede agotarse en lo meramente *físico* y *genital*. Por eso decía Nietzsche: «En el verdadero amor, el alma envuelve el cuerpo». El amor pide y necesita elegancia, finura, respeto..., y esto sólo lo puede dar el espíritu.

«Muchos contemporáneos nuestros exaltan también el amor auténtico entre marido y mujer, manifestado de varias maneras según las costumbres honestas de los pueblos y las épocas. Este amor, por ser eminentemente humano, abarca el bien de toda la persona, y es capaz de enriquecer con una dignidad especial las expresiones del cuerpo y del espíritu y de ennoblecerlas como elementos y señales específicas de la amistad conyugal...

Este amor se expresa y perfecciona singularmente con la acción propia del matrimonio. Por ello, los actos con los que los esposos se unen íntima y castamente entre sí son honestos y dignos..., y significan y favorecen el don recíproco, con el que se enriquecen mutuamente en un clima de gozosa gratitud.»²⁸

En su carta pastoral *Redescubrir la familia* n.º 40, los obispos del País Vasco y de Pamplona ofrecen una densa visión de lo que es el amor integral en la pareja:

«La unión interpersonal que está en la base de la familia nace de la convergencia de dos personas sexualmente distintas. Con todo, la mera unión sexual no asegura la existencia de un amor verdaderamente humano. Enraizado en la sexualidad, el amor conyugal exige niveles más altos de comunicación y de ternura que alcanzan al espíritu, y

²⁸ Vaticano II, GS 49.

ha de regirse también por las leyes del espíritu. Por esto, la unión sexual plenamente humana no puede limitarse a ser una mera experiencia de placer compartido. Lleva en sí la promesa de una llamada a la felicidad, fruto de la total comunicación hecha en una entrega de amor.

Esta lectura humana de la vocación del hombre y de la mujer a la intercomunicación sexual y al amor está presente en la mente y el proyecto originario de Dios. Dios creó a la mujer para que el hombre no estuviera solo y, al imprimir en ellos su imagen, los hizo capaces para el diálogo y la comunicación que hallarán su plena expresión en la mutua donación sexual en el cuerpo y en el espíritu, haciendo de ellos una sola carne²⁹. La capacidad del hombre y de la mujer para comunicarse y amarse, adquiere en la vida compartida y en las múltiples manifestaciones propias de la sexualidad humana, una expresión particularmente intensa y llena de promesas de realización personal.»

Cuando la relación sexual es verdaderamente humana y no puramente instintiva tiene un valor sacramental, litúrgico, salvador; y, por lo mismo, es humanizante, serenadora, religadora. Ello requiere que se celebre la relación en un contexto de armonía, de relación de amistad, en un estado de ternura permanente.

«Y los dos se hacen uno solo.»³⁰

«El matrimonio –escribe José Antonio Pagola– ofrece a los esposos la posibilidad de compartir y disfrutar la intimidad sexual, de descubrir todo el valor del cuerpo como medio de expresión y comunicación de amor. Los esposos

²⁹ Gn 1,27; 2,18.24.

³⁰ Gn 2,24.

viven su amor matrimonial expresándolo corporalmente en su intimidad conyugal.

Pero, además, los esposos cristianos celebran su unión sexual como una fiesta de amor, de intimidad, de placer, no sólo bendecida por Dios, sino donde se hace presente el amor gozoso de Dios para aquella pareja. El sacramento del matrimonio, lejos de destruir el placer o la felicidad matrimonial, ofrece a los esposos la posibilidad de abrir su amor sexual a su dimensión última y trascendente haciendo de su unión amorosa signo y presencia del amor de Dios.

Todo esto exige naturalmente que la entrega sexual sea signo de una entrega amorosa, sincera y real. Que la unión de los cuerpos exprese la unión de los corazones.»³¹

Esto supone dominio del sexo para renunciar incluso a él en aras del amor, como Pablo recomienda hacer temporalmente:

«No os privéis el uno del otro, a no ser de común acuerdo y por cierto tiempo, para dedicaros a la oración. Y volved de nuevo a la vida conyugal, no sea que Satanás os induzca al pecado al no poder conteneros.»³²

Sabemos cómo Gandhi realizaba esta praxis como ejercicio ascético para acendrar su amor.

En este sentido decía bellamente R. Tagore:

«No quiero amor que
no sabe dominarse;
de ese que parte de su vaso
espumoso y se derrama
desperdiándose en un momento.»

³¹ PAGOLA, José Antonio: ob. cit. p. 28.

³² 1 Cor 7,5.

Phil Bosmans, ese gran conocedor del ser humano, escribe:

«La sexualidad verdaderamente humana se llena de significado y de alegría sólo en un clima de verdadero amor, en el que las manos no son tentáculos, sino símbolos de dulzura y de ternura; en el que el cuerpo es un cuerpo dotado de alma, un cuerpo luminoso, una morada colmada de paz que ofrece una profunda intimidad... La pornografía no conoce el amor, porque no tiene en cuenta al hombre: no se encuentra por ninguna parte una cabeza o un corazón, tan sólo cuerpos desnudos en una exposición vulgar de frustraciones y de mezquindad. Los maníacos del sexo están frustrados en el amor; esto explica por qué son insaciables y a veces agresivos y peligrosos.»

«El que tenga un amor que lo cuide»...

Con respecto a la atracción erótica hay que señalar que es preciso cultivarla esmeradamente. Cuando existe es mucho más fácil la vivencia de las otras dos dimensiones del amor conyugal, la de la amistad y la de la caridad cristiana.

No todo consiste, como repiten insistentemente los libros sapienciales, en que la mujer sea una modelo, *una monada, una muñeca* impecable. No. El mismo Pablo insiste en que la mujer cristiana no se recargue de alhajas y joyas:

«Por lo que a las mujeres se refiere, que vayan vestidas decorosamente, que se presenten con recato y modestia; que su adorno no sean los cabellos rizados, joyas de oro, perlas o vestidos suntuosos, sino las buenas obras, como conviene a las mujeres creyentes.»³³

Pero, como el mismo apóstol indica, han de cuidar juiciosamente su estética. No sólo ellas. También los esposos, porque se deben no a sí mismos sino al cónyuge al que han de complacer³⁴.

Hay esposos que incurren en el descuido y desaliño estético de su cuerpo con lo que lesionan su propio matrimonio. «Enamorarse –afirma atinadamente Enrique Rojas– es fácil; permanecer enamorado es difícil.»

El fuego sagrado del amor se mantiene y crece con caricias, gestos de ternura, con diversas muestras de cariño y, por supuesto, con la relación sexual. Pero no se ha de absolutizar. Su fuerza interrelacionada depende del espíritu que la anime. En este sentido, escribe atinadamente Gregorio Marañón: «Una comida cordial puede dejar huellas más duraderas en el espíritu, que una noche de pasión carnal sin amor verdadero. Sólo el espíritu, nunca la materia, deja marcado el rastro de su planta, tanto para bien como para mal».

Con respecto a las tres dimensiones del amor matrimonial, hay que resaltar que es preciso vivirlas indivisa e integralmente. Las tres son tan fundamentales como los tres grandes elementos que construyen un hogar edificado con la solidez del cemento armado: el hierro que une y vertebrata es la *amistad* profunda; el cemento que cohesiona, la *caridad* cristiana; y la arena, el *amor* erótico.

«Si sólo te casas con un cuerpo –escribe M. Quoist–, pronto habrás acabado el descubrimiento y desearás otro cuerpo. Si sólo te casas con un corazón, pronto lo habrás agotado y te sentirás atraído por otro. Si te casas con un *hombre*, más aún, con un *hijo de Dios* entonces, si quieres,

³³ 1 Tm 2,9-10.

³⁴ 1 Cor 7,4.

tu amor será eterno; puesto que es lo infinito que se coloca más allá de ellos mismos lo que permite a un hombre y a una mujer eternizar su amor.»³⁵

En este sentido nos decía Enrique Rojas en una conferencia: «Para mí, enamorarse es encontrarse a sí mismo fuera de sí mismo. Dicho de otra manera: *¡No concibo la vida sin ti! No entiendo la vida como proyecto sin que tú estés a mi lado!*».

Para que la propia vida tenga densidad, es preciso proyectarla. Cuando la vida no es proyecto uno va tirando de ella sin rumbo y sin horizonte específico. Parte esencial de ese proyecto de vida es decirle al novio o a la novia, al esposo o a la esposa: *Quiero pasar la vida contigo*.

Esto es así porque no hay felicidad sin amor; pero añadiría: No hay amor sin renuncia. Y esta es la gran paradoja del hombre moderno, hedonista. El amor que no se entiende como renuncia tiene un final poco positivo.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Manifestamos expresiones de ternura o somos, más bien, inexpresivos?*
- 2.º *¿Me siento instrumentalizado/a sexualmente por mi esposo/a? ¿Instrumentalizo a mi cónyuge? ¿Nuestra relación conyugal es expresión de verdadero amor humano?*
- 3.º *¿Vivimos la relación sexual como momento de gracia?*

³⁵ QUOIST, M: *Triunfo*, Estela, Barcelona, 1961, p. 159.

3

CALIFICATIVOS DEL AMOR CONYUGAL

Respetuoso

Miembros de la familia divina

Pablo nos ofrece en su canto al amor los rasgos característicos de todo amor cristiano, del amor *oblativo*, el amor de entrega.

«El amor –proclama con fogosidad– es paciente y bondadoso; no tiene envidia, ni orgullo, ni jactancia. No es grosero, ni egoísta; no se irrita ni lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que encuentra su alegría en la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta.»¹

Brinda estos mismos rasgos en diversos pasajes de otras cartas, como la ya citada a los colosenses (Col 3,12-15).

Estas características del amor mutuo urgentes a toda comunidad cristiana, urgen de un modo especial a la mínima comunidad que son los esposos y a la *iglesia doméstica*, que es toda la familia. Pero, con respecto al ma-

¹ Cor 13,4-7.

rimonio y a la familia reclaman, como es evidente, una significación y concreción muy específicas.

Como tantas veces se ha dicho, cuando en el matrimonio los esposos o los miembros de la familia se pierden el respeto, el hogar está seriamente amenazado de ruina y sólo se sostendrá apuntalado por las conveniencias exteriores de los intereses económicos, de la necesaria atención a los hijos o de la apariencia social.

Es preciso afirmar de entrada que el respeto es una *actitud positiva*, no es una mera abstención de actitudes irrespetuosas. El respeto implica una auténtica veneración de la dignidad del otro, de todo ser humano, y especialmente, del esposo, de la esposa, de los hijos o de cualquier miembro de la familia.

No hace falta recurrir a la fe. No es necesario ser cristiano para ello. Hay muchos que gozan de esta gracia y profesan un respeto sagrado a las personas. Pero el cristiano se siente más urgido por la fe, porque ha de descubrir en todo prójimo un hijo de Dios que vive en comunión con la Familia Divina de la Trinidad.

«Considerad el amor tan grande que nos ha demostrado el Padre, hasta el punto de llamarnos hijos de Dios; y en verdad lo somos.»²

Orígenes se acercaba sigilosamente a la cuna de su hijo, le destapaba ligeramente y le daba un beso en el pecho «porque es domicilio de la mismísima Trinidad».

Conocemos todos sobradamente el texto de Juan:

«Y nosotros hemos recibido de él este mandato: que el que ama a Dios, ame también a su hermano.»³

² 1 Jn 3,1.

³ 1 Jn 4,19-21.

Dios quiere ser amado, servido, honrado en esos primeros prójimos, que son para cada uno los miembros de su familia.

Todo gesto de servicio, de veneración y de ayuda hacia cualquier miembro de la familia humana es un gesto de servicio, veneración y ayuda a la Familia Divina. Es una verdadera acción litúrgica, como con tanta insistencia nos recuerda el Concilio con respecto a las tareas de todo cristiano, investido del carácter sacerdotal, real y profético de Cristo⁴.

Cuando cualquier miembro de la familia, al pie de la cama del familiar enfermo, recoge las flemas de sus bronquios obstruidos, le limpia el sudor de la fiebre o le da un beso de cariño solidario, está realizando lo mismo que hizo la Verónica cuando le limpió a Jesús maltrecho su rostro, lleno de cuajarones de sangre y escupitajos, igual que hicieron las piadosas mujeres con su cuerpo masacrado, desenclavado y muerto.

Cuando uno de la familia tiene un gesto de ternura para con los demás miembros de la familia está repitiendo el gesto de María Magdalena ungiendo al Maestro cariñosamente con el perfume.

Cuando cada uno trabaja para colaborar en la vida común, está reactualizando el quehacer de María y de José al servicio de Cristo, presente en la persona de los demás miembros. Esto no es un pietismo romántico y ñoño, sino puro mensaje de Jesús, fiel y reiteradamente transmitido por su Iglesia a través del Nuevo Testamento y de sus mejores intérpretes: los Padres de la Iglesia y los teólogos de todos los tiempos.

Lo que hace falta es vivir la cotidianidad de la vida fa-

⁴ Vaticano II, LG 34,2.

miliar desde la fe y desde el amor, no desde la rutina, ni desde el *no hay más remedio* (desde la resignación), sino desde el gozo.

«El amor no es grosero»

El respeto es, repito, una actitud eminentemente *positiva* que da por supuesta la actitud *negativa* de no agredir la dignidad del otro. Pablo califica a esta actitud de *grosera*. «El amor no es grosero»⁵, afirma.

Sinceramente, me produce tristeza cuando, con demasiada frecuencia, tengo que ser testigo de esas *groserías* en la relación familiar.

Grosería son los gritos un tanto histéricos que resuenan en los domicilios a veces por inadvertencia sin culpa.

Grosería son las palabras hirientes, despectivas, con que se interpelan con frecuencia los miembros de la familia.

Grosería son los dardos de palabras insultantes que se disparan a quemarropa de forma irreflexiva: *Eres una burra, un bruto, estás loco, no sabes lo que dices, cállate de una vez y no digas más tonterías, ¡cuánto tengo que aguantar, Dios mío!...* No digamos el banderilleo de estas invectivas cuando van dirigidas contra el esposo o la esposa a través de su familia: *¡igualito que tu padre!, ¡la mismísima que tu madre!...*

Grosería es hablar destempladamente al abuelo/a, a la tía anciana o al padre y a la madre que son sordos, ciegos o torpes, como si tuvieran poco con soportar sus propias deficiencias...

Cuando esta batalla encarnizada de palabras se libra

⁵ 1 Cor 13,5.

en presencia de los hijos, tiene, francamente, un efecto demoleedor. Pero no se crea que tienen menos efecto lesivo, a largo plazo, esas batallas diplomáticas donde, debido a las formas educadas, se dispara la misma metralla pero con armas silenciosas.

La verdad es que, con frecuencia, no se trata más que de bombas de humo, que todo es de boca para afuera pero, a pesar de todo, generan un clima de violencia, agresividad y ordinariez psicológica increíblemente deformador. Estas actitudes, en parte, son fruto de la excesiva confianza, que es mala confianza. Y a veces, una forma de descargar (¡qué equivocación!) la agresividad importada del entorno laboral y/o social. «Me parece un martirio insoportable escuchar los gritos histéricos de mi mujer; todo lo dice a gritos», me confesaba un feligrés amigo mío.

Ni poseedores, ni poseídos

Pasaron, por suerte, los tiempos en que unos hombres compraban a otros como esclavos y a las mujeres como esclavas y concubinas, y pasaban a ser *posesión* suya, sujetas a un dominio absoluto y total, lo mismo que el caballo. Con toda razón se dirigía la esposa a su amo, a su propietario, con el título de *mi señor, mi dueño*.

Han pasado las estructuras de la esclavitud, del dominio despótico y descarado, pero no ha pasado la *posesión* humana a nivel psicológico, económico y social. ¿No quedan en nuestra misma sociedad occidental y *crisiana* mil resabios de machismo?

La tentación de *a-dueñarse* (convertirse en dueño) de los demás es terca y tozuda y nos rondará hasta el final de los tiempos.

La primera y más básica expresión de respeto al otro, al esposo, a la esposa, a los hijos, a los padres, a cualquier prójimo, es no *a-propiarse* de él y degradarle a la condición de *instrumento*, de *utensilio* (de esta palabra viene el verbo *utilizar*) para el propio servicio. Ésta es una actitud gravemente pecaminosa con el respeto debido al *otro*, ya que se le cosifica o se le reduce a un *animal doméstico*. Ya he hecho alusión a ello al hablar de los egoísmos disfrazados de amor.

La tendencia egoísta innata es acercarse a los otros para *servirse de...* ellos. La consigna de Jesús es acercarse para *servir a...* Es la doble clase de *amor*; por una parte, el mal llamado amor *captativo*; y, por otra, el único amor verdadero, que es el amor *oblativo*.

Los obispos del País Vasco y de Pamplona, en su carta pastoral conjunta *Ante el reto de la increencia*, n.49, escriben muy evangélicamente:

«Respetar al hermano exige no reducirlo nunca a cosa. No podremos levantar una sociedad humana si atribuimos a las personas un *valor comercial*, las utilizamos como máquinas de trabajo (o de placer) o las manipulamos de mil maneras para intereses económicos y políticos. No haremos una sociedad más humana sacrificando o eliminando a los individuos en función de un supuesto bien del pueblo.»

«Lo verdaderamente humano –escribe Boros– sólo aparece allí donde el hombre se retira, no penetra, no intenta apoderarse. De esta forma surge un espacio libre en el mundo donde el otro puede desarrollar su naturaleza, dignidad y belleza.

Nos acecha un impulso a esclavizar a los que nos rodean, a apropiárnoslos como si fueran cosas. Frecuentemente lo que se llama amor no es sino un impaciente de-

seo de poseer totalmente al otro. Y de esta forma el otro deja de ser persona para convertirse en cosa. Pero una cosa no es suficiente para satisfacer nuestro amor... ¡Con qué frecuencia nuestro amor es sólo un medio de autoafirmación!»

La primera exigencia del amor a los demás es la de respetarles como *dueños de sí mismos*. «Vosotros –nos exhorta Jesús a sus discípulos–, no llaméis a nadie «señor», porque uno sólo es vuestro Señor»⁶.

Para que la relación entre esposos, padres e hijos, entre hermanos, sea humana y humanizadora es preciso que cada uno considere a los demás y les trate como *sujeto*, no como *objeto* del que uno se apropia y usa según las propias conveniencias.

«La superación de la mentalidad propia de la Edad Moderna –afirma Alfonso López Quintás– implica un cambio de mentalidad, un giro espiritual de la actitud *posesiva* a la actitud *colaboradora*. El que realiza esta conversión no trata a las demás personas como objetos, sino como *ámbitos*; no se mantiene alejado, antes les sale al encuentro; no intenta dominarlos, sino crear con ellos algo en común; no ve en ellos un medio para sus fines egoístas, sino valores que exigen respeto.»

La relación auténtica *yo-tú* no es como la relación de un sujeto con un objeto, sino una relación cara a cara. Porque es una relación de sujeto a sujeto. La persona no encuentra a otra persona cuando la considera como un objeto, cuando mira al otro por encima del hombro, cuando lo considera un medio y no un fin en sí mismo. En

⁶ Mt 23,10.

todos estos casos, la persona del *tú* pasa desapercibida, y el *yo* termina por embrutecerse. Porque el hombre sólo puede realizarse auténticamente como persona cuando se relaciona *personalmente* con otras *personas*.

Se *utiliza* (se convierte en utensilio) al otro cuando sólo se cuenta con él en los momentos en que se le necesita para que eche una mano, para que elogie, para que sea cómplice en el delito de matar el tiempo, para retozar sexualmente, para desahogarse.

«El amor comienza a desarrollarse –afirma con gran lucidez Erich Fromm– cuando amamos a quienes no necesitamos para nuestros fines personales.»

«Cuando una amistad se quiebra o un matrimonio resulta insoportable –afirma Romano Guardini– se debería preguntar si no ha fallado en la veneración, si no ha tratado al otro como se trata a un mueble.»

Amar al consorte, a cualquier miembro de la familia o a cualquier prójimo, supone respeto, tratarle con la dignidad y veneración que se merece; supone considerarle un *tú*, igual a *mí*, con los mismos derechos y deberes, un ser para la comunicación y para la comunión con uno mismo.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º ¿En nuestra relación conyugal o familiar hay expresiones poco delicadas?
- 2.º ¿Hay en nuestra vida matrimonial alguna manifestación de dominio o machismo? ¿Nos relacionamos, tal vez, con los hijos con ánimo posesivo, o los respetamos como personas con su identidad propia?
- 3.º ¿Prevalece en nosotros una actitud de mutuo servicio o de utilización?

No cortar sino ayudar a crecer las alas

El hogar ha de ser el nido en el que, a través de un constante ejercicio, sus miembros aprendan a volar libremente, como hacen los cóndores y las águilas en los altísimos roquedales de los Andes. La familia está llamada a ser una escuela de libertad.

Sin embargo, la convivencia tan estrecha, la dependencia de los hijos, la dependencia económica, la afectiva, la reciedumbre temperamental de uno de los cónyuges, el miedo a los conflictos, atentan con frecuencia contra la libertad de los miembros de la familia, estableciéndose a veces un tácito *pacto-de-no-agresión* en lugar de una paz verdadera, nacida del respeto profundo a la libertad del otro. No es fácil a los padres, sobre todo, decidirse a educar *en* la libertad y *para* la libertad a los hijos. Los han visto nacer, naturalmente; les han tenido, parece que hasta ayer, primero con el cordón umbilical atado, después cogidos de la mano... y les cuesta hacerse a la idea de que es la hora de enseñarles a volar precisamente al borde del nido del hogar. Les siguen considerando, y aun a veces llamando, los *niños*.

Por otra parte, está el miedo (pavor, en muchos casos) de los padres que no quieren de ninguna manera que sus hijos corran riesgos en una sociedad en la que, a la vuelta de la esquina, saltan y asaltan un par de navajeros en el sentido literal y en el sentido psicológico.

Sin embargo, y a pesar de todo, a pesar de ese tuciorismo que sienten los padres hacia los hijos, el amor cristiano al esposo/a e hijos, a todos los miembros de la familia, exige un respeto sagrado a su *libertad*. Esto supone rechazar todo intento de manipulación, de sometimiento sea a través de métodos autoritarios, pseudodemocráticos o paternalistas.

Expresión fundamental del amor es no sólo evitar todo lo que pueda bloquear el crecimiento integral del esposo/a e hijos, sino ayudar positivamente a que crezcan como personas, por lo tanto a que crezcan en libertad, en capacidad de amar, en autonomía, en creatividad. El matrimonio y la familia han de ser el ámbito de crecimiento de la libertad.

Amar al miembro de la familia es respetar su autonomía, dejarle ser dueño de sí mismo, sin *a-dueñarse* de él.

Respetarle es *proponerle* metas y opciones, no *imponérselas*; respetarle es *proponerle*, no *imponerle* caminos, carreras, empleos, métodos, dejando que el otro elija *libremente* su destino. Comprendo. No es fácil enseñar ni que nos enseñen a ser libres, sobre todo cuando se trata de los hijos. Pero es el secreto milagroso de la verdadera educación humana.

El matrimonio y la familia pueden ser rampa de lanzamiento o pista de aterrizaje de la persona libre. Depende, sobre todo, de la orientación y la praxis de la pareja en la vida familiar.

La vida conyugal y familiar supone, naturalmente, una renuncia, que ha de ser gozosa y generosa, a muchas *libertades* con minúscula, pero no renuncia, sino apuesta por la *Libertad* con mayúscula. Es claro que la convivencia establece una interdependencia, un vivir *con-yugados*, lo que significa que si no coinciden en los gustos, en los proyectos; alguien tiene que ceder, ambos tendrán que ceder sucesivamente, renunciar a ciertas *libertades*. Pero este vaivén, esta limitación de las libertades, no sólo no atenta contra la *Libertad* sino que la ayuda a crecer.

Evidentemente, existe el peligro del sometimiento activo y pasivo en el matrimonio y en la familia; a veces para evitar conflictos, por el placer de mandar de uno de los

esposos, por la comodidad de dejarse llevar, ahorrándose así el sufrimiento del parto doloroso de la opción, por parte del otro/a.

El derecho a ser distintos

«Dos que duermen en un colchón se vuelven de la misma opinión», se dice por tierras castellanas. Esto tiene una versión positiva y otra negativa. La positiva: los que «duermen juntos en el mismo colchón» han llegado a la misma verdad y al mismo estilo de vida después de mucho compartir y departir. La negativa: uno de los dos ha engullido al otro y le ha anulado en su propia identidad.

«Ámalos como son y ayúdales a ser lo que Dios quiere que sean», canta con acierto el grupo Viva la Gente. *Respétalos como son*, hay que decir igualmente. Ésta ha de ser también la consigna sagrada que reine en las relaciones intraconyugales e intrafamiliares.

Respetar a los demás y ayúdales a ser ellos mismos; no atropelles su personalidad queriéndolos hacer *a tu imagen y semejanza*, sea el esposo/a o los hijos.

El otro tiene derecho a ser distinto a mí, como yo tengo derecho a ser distinto a él.

Esta diferencia respetada enriquece y complementa, funda una relación fecunda: «Porque ella era *ella* y yo era *yo*, por eso los dos éramos *nosotros*», afirma agudamente Boecio, refiriéndose a su propia mujer.

«Consiste la verdadera amistad —escribe sabiamente Laín Entralgo— en dejar que el amigo sea lo que es y quiere ser, ayudándole delicadamente a que sea lo que él debe ser, porque, en efecto, sólo ayudando a un hombre a descubrir *su mejor yo* será verdaderamente amigo suyo.»

Un proverbio chino afirma que «el comienzo de la sabiduría está en *perdonar* a los otros el ser distintos».

Antonio Machado canta con la galanura que le es propia, remitiendo a las consignas de Jesús:

«Enseña el Cristo: a tu prójimo
amarás como a ti mismo,
mas nunca olvides que es *otro*.
Dijo otra verdad:
busca el tú que nunca es *tuyo*
ni puede serlo jamás.»

Helder Cámara, ese obispo de alma tan ecuménica, escribió:

«Abrirse a las ideas y comprender las que son contrarias a las nuestras, es tener olfato de un buen comerciante. Bienaventurado todo aquel que entiende y además hace realidad en su vida aquel dicho: *Siempre que no estás de acuerdo conmigo, me enriqueces.*»

He aquí el eslogan tan sensato de un Congreso Internacional del Laicismo: «¿Piensas como yo? Eres amigo. ¿No piensas como yo? Eres doblemente amigo, porque juntos podremos encontrar mejor la verdad?».

Contrariamente a ello, Eugenio D'Ors testificaba: «En España ser diferente es un pecado». Y en algunas familias, deplorablemente, también. Algunos toman como agresión el que *los suyos* piensen distinto, tengan gustos distintos, sean distintos. Por eso, hay, con frecuencia, en las parejas y en las familias *temas intocables*, porque si se tocan automáticamente saltan chispas.

¿Por qué ha de producir irritación en unos la música, la moda, el pensamiento político o social, la vivencia religiosa

que a otros familiares les encanta? ¿No es acaso la verdad polícroma y polifónica? ¿No es enriquecedor el pluralismo?

San Agustín ponía como signo de amistad, «estar a veces en desacuerdo, sin animosidad, como se está a veces con uno mismo, y utilizar este raro desacuerdo para reforzar el acuerdo habitual; aprender algo unos de otros o enseñar unos a otros»⁷.

El mismo san Agustín acuñó la consigna sapiencial: «En lo necesario, la unidad; en lo dudoso, libertad; y en todo, caridad».

En un hogar respetuoso conviven pacíficamente distintas sensibilidades, distintas formas de opinión política, social y religiosa. Uno puede ser de derechas y el otro de izquierdas; uno del Barça y el otro del Betis; uno amante de la música clásica y el otro de la moderna, sin que se produzcan estridencias ni nadie se sienta incómodo; al revés, sintiendo el gozo del mutuo enriquecimiento con la policromía y la polifonía que dan origen al arco iris y a la sinfonía familiar.

El amor verdadero nos impulsa a otorgar libertad absoluta de pensar y de expresarse a las personas que amamos. El que ama dice con las palabras, pero, sobre todo, con los gestos y actitudes: *Sé tú mismo*. Por otra parte, además de ser una exigencia del amor que se manifiesta en el respeto a la identidad del otro, es una exigencia de la propia madurez psicológica. El que interpreta la diversidad del otro como una amenaza pone de manifiesto su inmadurez. La aceptación, el amor al otro *distinto* ayuda a crecer interiormente. El matrimonio y la familia han de ser

⁷ SAN AGUSTÍN: *Confesiones*, IV,8,13.

el ámbito de crecimiento en libertad y la propia identidad de sus miembros.

«Quiero amarte sin asfixiarte –dice Virginia Satir–, apreciarte sin juzgarte, unirme a ti sin esclavizarte, invitarte sin exigirte, dejarte sin sentirme culpable, criticarte sin herirte y ayudarte sin menospreciarte. Si puedo obtener lo mismo de ti, entonces podremos realmente encontrarnos y enriquecernos mutuamente.»

¡Ésta es la relación madura y maduradora!

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Vivimos en absoluta autonomía conyugal y familiar o nos dejamos influenciar el uno, la otra, o los dos por nuestros familiares?*
- 2.º *¿Nos ayudamos positivamente unos a otros a crecer en libertad? ¿Qué hacemos para ello? ¿Qué podríamos hacer?*
- 3.º *¿Tenemos en cuenta en nuestra vida la gran sentencia agustiniana: «en lo necesario, la unidad; en lo dudoso, la libertad; y en todo, la caridad»?*
- 4.º *¿Perdonamos, nos alegramos, de que el otro/a sea distinto/a, él o ella misma? ¿Ayudamos a los hijos a ser ellos mismos?*

Responsable

¿Dónde está tu hermano?

Ser familia, amarse, es *corresponsabilizarse* los unos de los otros.

Dios intima a Ezequiel:

«Si un hombre recto se desvía de su rectitud y obra mal, yo le pondré una trampa y caerá. Como tú no lo has amonestado, él morirá por su pecado, y no serán tenidas en cuenta las obras buenas que había hecho, pero yo te pediré cuentas a ti de su vida. Sin embargo, si tú amonestas al hombre recto para que no peque, y no peca, él vivirá porque fue amonestado, y tú te habrás salvado.»⁸

Si de este modo alerta Dios al profeta sobre su responsabilidad hacia los destinatarios de su misión y esto es lo que encomienda Santiago a todo cristiano con respecto a su hermano⁹, mucha más urgencia tienen estas palabras para los esposos y padres con respecto al otro cónyuge y a los hijos.

Se ha hecho famosa, y justificadamente, la ardiente exhortación de Charles Péguy: «Hay que salvarse juntos; hay que llegar juntos a la casa del Padre. ¿Qué diría si nos viera llegar a los unos sin los otros?». En nuestro caso, al esposo sin la esposa; y al revés; y a los esposos sin los hijos, sin los demás miembros de la familia... O se llega juntos o no se llega.

Cada uno ha de responder de los demás ante Dios.

El Padre de todos dice a unos con respecto a los otros lo que la hija del faraón dijo a la madre de Moisés cuando le entregó al «salvado de las aguas»: «Toma a este niño y criámelo; yo te lo pagaré»¹⁰.

⁸ Ez 3,20-21.

⁹ Sant 5,19-20.

¹⁰ Ex 2,9.

«*Ayudadme a ser hombre!*»

Cada miembro de la familia se responsabiliza ante Dios de la fidelidad y de la felicidad, del crecimiento y de la fecundidad de la vida de los demás miembros, de su realización como persona y como cristiano; en todos los aspectos: en el biológico, en el psicológico y en el espiritual.

En el biológico o corporal hay muchos padres y esposos que viven esto con una preocupación torturante. Constantemente estamos escuchando a personas torturadas por presuntos descuidos en el orden de la salud.

Es algo que no se perdonarían los padres si, por su descuido, sus hijos estuvieran condenados a ser enanos física o socialmente toda su vida, porque se han quedado bajos de estatura y porque, a nivel profesional, no pueden ser más que pobres peones. Por el contrario, ¿cuántos padres viven seriamente preocupados porque sus hijos queden o no enanos de corazón, enanos en la libertad, enanos en el espíritu, enanos en su desarrollo psicológico?

El Concilio insiste en que los esposos son mutuamente y con respecto a los hijos mediadores de gracia. Así les exhorta:

«Conviene que los cónyuges y padres cristianos, siguiendo su propio camino, se ayuden el uno al otro en la gracia, con la fidelidad en su amor a lo largo de toda la vida, y eduquen en la doctrina cristiana y en las virtudes evangélicas a los hijos que el Señor les ha dado.»¹¹

«En este quehacer es de gran valor aquel estado de vida que está santificado por un sacramento especial, es decir, la vida matrimonial y familiar... Aquí tienen los cónyuges su

propia vocación, de modo que sean testigos de la fe y del amor de Cristo, mutuamente entre sí y para sus hijos.»¹²

Por su parte, Pablo VI, en el discurso con motivo de la clausura del Concilio (12 de febrero de 1966), recordaba a los esposos:

«El compromiso de amor es la ley fundamental, en virtud de la cual cada uno se compromete con todo su ser a ayudar al otro a ser como Dios lo quiere.»

Los miembros del matrimonio y de la familia están, pues, ante una impresionante alternativa: ser mano que aúpa y ayuda o pie que entorpece y zancadillea. Lo primero es una gran gloria; lo segundo, una incalificable traición. Y esa alternativa sabemos que se da en las dos direcciones. Hay esposos fervientes que, con su testimonio vital y con su palabra llena de sabiduría y sinceridad son la mano que lleva a su esposo/a y a sus hijos al banquete del Reino de una auténtica vida cristiana; y hay quienes con la zancadilla del alejamiento religioso y su palabra desacreditadora, arrastran al otro cónyuge y a los hijos a la calamitosa tierra del hijo pródigo. Otro tanto hay que decir con respecto a la vida humana de honradez y generosidad.

«*¡Ayudadme a ser hombre! ¡No me dejéis ser bestia!*», imploraba Miguel Hernández. En el matrimonio, en la vida de familia se puede *ayudar a ser hombre*, y todavía más persona, y se puede también empujar a ser bestia. Sabemos todos de sobra que esto no sólo son posibilidades sino innumerables realidades.

¹¹ Vaticano II, LG 41,4.

¹² Vaticano II, LG 35,3.

He aquí el gran interrogante que han de plantearse ininterrumpidamente quienes quieran vivir con responsabilidad su vida conyugal y familiar: ¿En qué medida estoy siendo mediador de gracia para los míos? ¿En qué medida, en qué aspectos de la vida, estoy siendo para ellos piedra de escándalo, un estorbo que impide su realización?

«No es bueno que el hombre esté solo –se dijo Dios después de haber creado al hombre–; voy a proporcionarle una ayuda adecuada»¹³. Esto que Dios dice de la mujer con respecto al esposo, hay que decirlo también viceversa. Finalidad primordial de compartir conyugalmente la vida es la mutua ayuda. Dios ha hecho al hombre y a la mujer complementarios para que se complementen, no sólo en el orden sexual, aunque también. Adán, al ser inculcado por Dios por su desobediencia, se *dis-culpa in-culpando*, en cierta medida a Dios: «La mujer que me diste por compañera me ofreció el fruto del árbol, y comí»¹⁴. En definitiva, viene a decir: ¡vaya ayuda que me diste que me ha inducido a pecar!...

El egoísmo, una falsa perspectiva en el sentido de la vida y en la relación con el otro o la otra, hacen que, con excesiva frecuencia, en vez de ayuda, se convierta en *estorbo* mutuo, con lo que a veces les resulta necesario separarse jurídicamente a los que nunca se habían unido psicológicamente.

¡Qué gozoso es escuchar, gracias a Dios, a muchas parejas!: «¡Cuánto debo yo a mi marido, cuánto debo a mi mujer, cuánto me ha ayudado en mi vida humana y en mi vida cristiana; me ha ayudado a realizarme como persona... y a ser feliz!». De eso se trata; y esa es la finalidad esencial del matrimonio.

¹³ Gn 2,18.

¹⁴ Gn 3,12.

Como se repite constantemente, «detrás de un gran hombre, hay siempre una gran mujer». Y también al revés.

«*Frenar, sostener, empujar*»

Hay individuos a quienes la vida en pareja parece que ha venido a cortar o disminuir sus posibilidades de desarrollo. Hay personas brillantes que al casarse se vuelven grises. Una pareja, en la que uno o los dos cónyuges se siente bloqueada por la vida compartida, es fuente de problemas patentes o larvados y tarde o temprano hará crisis.

El hombre y la mujer de nuestro tiempo no están dispuestos a perder ni un átomo de desarrollo personal a costa del matrimonio, y hacen bien. Una pareja madura y equilibrada es aquella que potencia la personalidad de ambos y les ayuda a ser más, a ser mejores.

Transcribo la reflexión ardiente y sapiencial de Martín Descalzo publicada en *Blanco y Negro*, el 13 de enero de 1988. Completa la visión sobre esta mutua ayuda que ha de representar el matrimonio.

«Un buen amigo me presenta a su novia y, un día, me pregunta qué me ha parecido. Yo vacilo antes de contestarle, pues sé que no hay cosa más difícil que decirle a alguien la verdad sobre la mujer amada, a la que, precisamente porque la ama, idealiza e idolatra. Pero como la verdad me parece, a fin de cuentas, más importante que dar gusto a un amigo, le digo que yo suelo dividir a las mujeres de los amigos que conozco en mujeres que *frenan*, mujeres que *sostienen* y mujeres que *empujan*; y su novia me ha parecido de las segundas.

–¿Qué distinción es ésa? –insiste mi compañero–.

En la vida –le digo– he conocido muchas mujeres que *frenan* y empequeñecen a sus maridos. Son las egoístas,

las egocéntricas, las partidarias de la felicidad barata que acaban recortando los sueños de sus maridos, apoltronándoles, empujándoles al dinero fácil y a renunciar a esos sueños que, a lo mejor, eran improductivos, pero que eran lo mejor que esos hombres tenían. Cuando alguien se casa con una de estas mujeres ya puede abonarse a la mediocridad, pues no hay, aparte del egoísmo personal, lastre mayor que el de tener en la propia casa alguien que se dedica a frenar el alma.

—¿Y las mujeres que *sostienen*? —pregunta después mi amigo—.

Son —le explico— esas mujeres fuertes que están ahí, como una muralla ante los fracasos y el dolor. Las mujeres que son estupendas para las horas amargas, para los días bajos, porque saben recibir con una sonrisa y un «¡ánimo!» a quien llega con el alma por los suelos. Son mujeres estupendas, tal vez las mejores para el hombre medio. Les falta, en cambio, el coraje para empujar, para exigir más e incitar a seguir avanzando. Por eso son insuficientes para un marido que tiene el alma llena de esperanzas y que ve su vida como una gran tarea. Estupendas para los tímidos y tranquilos, se quedan cortas con los que nacieron con mucha alma.

—¿Y eso sólo ocurre con las mujeres?

No, no —digo a mi amigo—: también hay hombres que frenan, hombres que sostienen y algunos que empujan a sus mujeres. Y hasta voy a decir que el hombre que frena es más frecuente que la mujer con freno. Esto es así porque es más frecuente el varón que considera que su mujer ya no tiene que desarrollarse más y que se contenta con que sea y se conserve bonita. Éstos son una especie de congeladores de sus mujeres, a las que van reduciendo a una terca vulgaridad sin aspiraciones.

—¿Entonces... la pareja ideal?

—La pareja ideal es la que junta a dos multiplicadores, aquella en la que los dos consideran como obligación suya *empujar* a su pareja a la plenitud, a ser más, a estirar las almas. Felices los que se multiplican el uno por el otro; felices los que son estímulo y no freno. Y más felices aún quienes saben transmitir a sus hijos esta obligación de tener despierta el alma. Esas familias son, en rigor, las únicas verdaderamente dignas de la raza humana.»

Cultivar semillas

Hay esposos/as, padres y hermanos que riegan las semillas de las ilusiones, de los proyectos, de las utopías, con sus estímulos, alientos, elogios, y con su apoyo. Y hay esposos/as, padres y hermanos que matan esas mismas semillas con su escepticismo, con su visión pesimista, con sus desconfianzas hacia el otro, con su vacío y falta de apoyo.

¿Quién no conoce a muchos maridos, mujeres e hijos que se han aupado increíblemente gracias a los impulsos del cónyuge, de los hermanos y aún de los hijos jóvenes? He conocido esposos y esposas que se han embarcado, teniendo ya dos hijos, en estudios universitarios, y que han logrado lo que parecía un sueño imposible; pero todo ello gracias al apoyo y a la colaboración de todos.

Son a veces personas tímidas que desconocen y dudan de sus propias posibilidades, pero que, estimuladas y aplaudidas en sus éxitos se superan a sí mismas de forma increíble. Por el contrario, ¿quién no conoce esposos/as, hijos, aplastados por las críticas duras, por los desprecios y desconfianzas de su entorno familiar? Personas tímidas muchas veces, faltos de iniciativa por su baja autoestima,

y que necesitarían la estima de los demás para crecer en la suya propia, se ven cada vez más hundidos por la actitud negativa y desaprobatoria de los suyos. Hay expresiones, que con toda naturalidad profieren muchos, que son verdaderas blasfemias contra el otro: *Nunca serás nada, eres un inútil, mira otros esposos/as, otros jóvenes como tú..., no les llegas ni al tacón..., qué mala suerte he tenido contigo..., eres un fracasado...*

Estas reacciones nacen, con frecuencia, de una idealización del esposo/a o hijos a la que sigue, naturalmente, el desencanto. A veces proviene del elogiado intento de provocar una reacción positiva en la persona amada. Pero el camino no puede ser más errado. Estas descalificaciones provocan en los miembros de la familia un resentimiento más o menos consciente y, en muchos casos, *ni perdonan ni olvidan*, sobre todo cuando el descalificador está lleno de deficiencias y errores de los que, tal vez, se quiere justificar culpabilizando al cónyuge o a los hijos. He aquí un mecanismo de defensa frecuentísimo.

Confía, confía siempre en el otro, a pesar de las apariencias, a pesar de los fracasos. Si se dice al otro: *Contigo no es posible hacer nada*, el otro, que ya pasa lo suyo, pensará: *Es verdad..., y no intentará nada.*

Persona que *frena* es la que en todo ve obstáculos insalvables e inconvenientes, sólo ve dificultades y prevé fracasos. Ni se arriesga ni deja arriesgarse a los demás. *Des-ilusiona, des-anima, des-alienta*, destruye proyectos y niega metas: *¡No seas soñador!, ¡pon los pies en la tierra!, ¡parece mentira que a tus años andes con esos quijotismos!...*

Persona que *sostiene* es la que alienta al luchador herido, *re-anima*, devuelve el ánimo al *des-animado*, levanta el espíritu al deprimido. Ya es bastante, pero no es, ni mucho menos, todo.

Persona que *empuja* es la que impulsa, valora proyectos, esfuerzos y éxitos, ve el lado positivo de las cosas, coge de la mano para ayudar a caminar, colabora con el otro. Estos son los que necesitan los miembros de la familia. Estos son los que abren caminos, los que ayudan a los demás a crecer.

Regar las semillas escondidas en el otro, liberar sus fuerzas latentes, es esperar, confiar en él y expresarle abiertamente esa confianza.

«No esperar nada de una persona, no tener confianza en ella –afirma contundentemente L. Evely– es matar radicalmente su futuro.»

Los asesinos de ilusiones, esperanzas y utopías son un verdadero peligro para la familia.

«La confianza en sí mismo, el *sentimiento del yo* –afirma autorizadamente el gran psicoanalista Erich Fromm– es tan sólo una señal de lo que otros piensan de uno. Yo no puedo creer en mi propio valer, prescindiendo de mi popularidad y éxito en el mercado. Si me buscan, entonces soy alguien, si no gozo de popularidad, simplemente no soy nadie. El hecho de que la confianza en sí mismo dependa del éxito de la propia personalidad, constituye la causa por la cual la popularidad cobra tamaña importancia para el hombre moderno. De ella depende no solamente el progreso material, sino también la *autoestima*; su falta significa estar condenado a hundirse en el abismo del sentimiento de inferioridad.»

He aquí un bello poema con un gran mensaje:

¿No sería este viejo mundo mucho mejor,
si todo caminante que encontramos dijera:

«Sé algo bueno de ti»
y luego nos tratará de buena manera?

¿No sería hermoso y alentador
si cada apretón de manos leal y gentil
llevara esta seguridad
«sé algo bueno de ti»?

¿No sería la vida más feliz
si pudiéramos de relieve el bien que vemos
pues hay también algo bueno
entre lo malo que tú y yo tenemos?

¿No sería bello practicar esta sabia norma
y pensar así:
«Tú sabes algo bueno de mí. Yo también sé
algo bueno de ti»?

Si esto ha de ser una consigna sagrada para toda relación humana, mucho más habría de serlo con respecto a la relación conyugal y familiar. Con verdadera pena he tenido que escuchar innumerables veces la queja de cónyuges e hijos cuando les he dirigido algún elogio: *Dilo, dílo bien claro, porque yo para él, o para ella, o para ellos (los padres) no tengo nada bueno; no hago nada bien; todo lo hago mal.*

En cambio resulta verdaderamente grato escuchar: *Mi mujer o mi marido o mis padres me animan mucho y me dan muchos ánimos; esto me da mucha valentía y me impulsa a seguir luchando...*

Pablo, divinamente inspirado, escribe: «El amor todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta»¹⁵.

¹⁵ 1 Cor 13,7.

Quien te cree, te crea

El dicho popular afirma: «El amor es ciego». Gregorio Marañón, por el contrario, atestigua que el amor es clarividente.

«El amor no es ciego como venía siendo representado desde la antigüedad, sino por el contrario, clarividente, puesto que adivina entre mil personas la elegida y descubre en ella cualidades excelsas, ocultas al ojo indiferente del que no está enamorado... Lo ciego es el instinto.»

Lo ciego es el egoísmo y la envidia. Ésos sí que ciegan, pero el amor adivina lo divino que hay en el corazón y en el ser de la persona amada. Los ciegos son los que no aman. Ahí está, sino, la persona de Jesús adivinando bondad en los mismos execrados por su entorno, en los escribas y fariseos, ciegos de autosuficiencia y egoísmo.

Ama, confía, admira en concreto. No basta que lo sientas en tu corazón. Exprésalo. El otro interpreta siempre el silencio como una reprobación, y cuanto más débil es, tanto más le invita ese silencio al desánimo. Piensa él: *Soy poco a sus ojos, me cree incapaz, sin reacciones, apenas me valora...*, y rápidamente saca esta amarga conclusión: *En el fondo, tiene razón.*

El otro aspira siempre a ser el que tú piensas y dices que es. Si piensas muchas cosas malas de alguien, no te molestes en influir en él. Antes de abordarle, empieza por esforzarte en rectificar tu juicio.

La alabanza sincera tiene un poder mágico. Si quieres que el otro progrese, felicítale sinceramente; siempre es posible. Mira al otro, contempla sus cualidades, sus dones, sácalos a la luz; muchos están ocultos, por negligencia, por desánimo. Devolvérselos es revelárselos a él mis-

mo, es salvarle, pues Dios condena a quien entierra sus talentos.

Si dices al otro: *Con esfuerzo y paciencia, seguro que lograrás algo*, el otro pensará: *Acaso tenga razón y se sentirá impulsado a probar.*

«Si tomamos a los hombres tal y como son –indicaba sabiamente J. W. Goethe–, los haremos peores de lo que son. Pero, si los tratamos como si fueran lo que deberían ser, los llevaremos a donde tienen que ser llevados.»

«Soy de la opinión de que, cuando se trata a alguien como si fuese idiota –afirma por su parte F. Savater–, es muy probable que, si no lo es, llegue pronto a serlo.»

A la luz de estas palabras, pienso en lo insensatos que somos en nuestro trato con los demás, lo poco considerados que somos en nuestras palabras y gestos descalificatorios, sin reflexionar sobre su transcendental repercusión.

Quien te cree, te crea. Esto es mucho más que un bonito juego de palabras. Es todo un principio psicológico que abre caminos insospechados de futuro a las personas.

No se trata de aceptar lo malo, sino de estimular lo bueno.

«No remuevas indefinidamente las cenizas –recomienda atinadamente M. Quoist–; inclínate inmediatamente sobre la brasa encendida, por pequeña que sea; aliméntala, sopla, sigue soplando y encenderás un brasero... Es decir, excita en el otro el esfuerzo, por mínimo que sea; anímale en su pequeño éxito. Tu alegría, tu admiración revelarán al otro sus posibilidades. El creerá más en ellas; irá más de prisa; llegará más lejos.»

Jesús pasó por Palestina soplando las brasas encendidas, avivando el fuego y alimentándolo. Mateo le aplica el anuncio profético:

«No romperá la caña cascada ni apagará la mecha que apenas arde, hasta que haga triunfar la justicia.»¹⁶

Alienta y alimenta todo germen de vida y esperanza.

Jesús fue el hombre que confió en todo el mundo, esperó siempre mucho de todos, aun de los perdidos de la sociedad de los cuales nadie esperaba nada; les consideraban *casos imposibles*. Esperó de Zaqueo, de María Magdalena, de Mateo, de Pedro el traidor, de la mujer adúltera.

Si Jesús esperó de los *perdidos*, de los enfangados en el vicio y el pecado, en los que arrastraban una existencia degradada, ¡cuánto más ha de esperar cada uno de su esposo/a, de sus hijos, de sus propios padres, con buen fondo y numerosos aspectos positivos en su personalidad y su estilo de vida!...

El amor, para que sea verdadero ha de ser dinámico, activo, que se manifieste en gestos concretos. El amor sincero, nacido del centro mismo del corazón hace al amante, al cónyuge, *responsable* de la persona amada; impulsa a ayudarla; y la gran ayuda es alimentar el fuego de su entusiasmo con palabras y gestos de aliento y de solidaridad.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1.º *¿Cuál de las tres clases de personas creo que soy, de las que frenan, de las que sostienen o de las que em-*

¹⁶ Mt 12,20.

pujan? ¿Y mi esposa/a? ¿En qué se manifiesta esta condición?

2.º ¿Reconozco, alabo y apoyo todo lo que hay de positivo, en mi esposo/a, en mis hijos y demás familiares? ¿Secundo o secundamos sus proyectos?

Incondicional

El amor no es condicional

Todo amor verdadero ha de ser, asimismo, incondicional, sin limitaciones.

Un amor condicionado no sería amor. No puedo exigir como condición de mi amor al esposo o a la esposa que sea el que yo creía, que responda a los sueños que yo tenía sobre él o que sea lo que yo quiero que sea. He de amarle como es y ayudarle a que sea quien Dios quiere que sea.

Si no me equivoco aquí está la raíz de muchos sufrimientos destructivos en el matrimonio y en la familia. Yo esperaba más, esperaba otra cosa del esposo o de la esposa, de los propios hijos. Muchos esposos/as se habían desposado, en parte, con un sueño; y, al despertarse, se han encontrado con una realidad un tanto distinta. De aquí surge, con frecuencia, el desencanto, la pérdida de entusiasmo y un cierto resentimiento hacia quien ha traicionado sus sueños.

Esta misma reacción se produce con frecuencia con respecto a los hijos sobre los cuales, muchas veces, se han urdido sueños imposibles. Y aquellos hijos de los que se esperaba que fueran verdaderos prodigios, profesionales prestigiosos, *orgullo* de sus padres, hijos obsequio-

sos, han resultado meros trabajadores pertenecientes a la baja escala social, un poco desagradecidos y un tanto pasotas, provocando de este modo desencanto, preocupaciones y gastos económicos. Cuesta amar con entera cordialidad a aquellos hijos que han quedado muy lejos de las metas de los propios sueños paternos y maternos...

No puedes poner condiciones en tu amor: *Si mi marido, o mi mujer, cambiara de genio..., si fuera más de casa..., si fuera más cariñoso/a..., si no tuviera la maldita costumbre de..., Si este hijo no fuera tan desagradecido..., si no fuera tan vago..., si no tuviera ese genio..., si no hubiera fracasado...*

La mujer y el marido generosos no se aman sólo porque son buenos; la madre y el padre generosos no aman a sus hijos sólo porque son buenos. Se aman *porque sí*; se aman con un amor creativo, como nos ama Dios; aman y se aman, *primordialmente, no porque sean buenos, sino para que sean buenos*. Por eso, desde el interés personal, el esposo/a que ama a su cónyuge, los padres que aman al hijo/a que sufre una adicción, que ha desbarrado, en el orden de lo humano hacen soberanamente el tonto, pero en el orden de lo divino están imitando muy sabiamente a Dios, que hace salir el sol y caer la lluvia sobre buenos y malos ¹⁷.

«El amor –proclama divinamente Pablo– todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta.» ¹⁸

Relata expresiva y bellamente Anthony de Mello:

«Durante años fui un neurótico. Era un ser angustiado, deprimido y egoísta. Y todo el mundo insistía en decirme

¹⁷ Cfr. Mt 5,45.

¹⁸ 1 Cor 13,7.

que cambiara. Y no dejaban de recordarme lo neurótico que era. Y yo me defendía, aunque estaba de acuerdo con ellos, y deseaba cambiar; pero no lo conseguía, por más que lo intentaba.

Lo peor era que mi mejor amigo tampoco dejaba de recordarme lo neurótico que yo era. También él estaba de acuerdo; pero con él no podía defenderme. De manera que me sentía impotente y atrapado. Pero un día me dijo: "No cambies, no cambies, no cambies... Te quiero". Entonces me tranquilicé. Y me sentí vivo. Y, ¡oh maravilla!..., cambié.»

El que ama de verdad no pone condiciones. No espera a que el otro sea lo que él quiere que sea para amarle. Le ama como Dios ama: incondicionalmente. Pero, al mismo tiempo, se siente urgido a ayudarlo a que sea lo que debe ser; le ayuda a cambiar.

Tiene que cambiar mucho..., oímos decir con cierta frecuencia a esposos y esposas. Siempre se cree que la culpa la tiene *el otro, la otra*. Con frecuencia la culpa está repartida y son los dos los que tienen que cambiar. Lo más frecuentes es que, como dice el refrán, «dos no riñen si uno no quiere».

«Ayúdales a ser lo que dios quiere que sean»

Ya he mencionado antes al grupo Viva la Gente con la letra de su bella canción: «Amalos como son y ayúdales a ser lo que Dios quiere que sean».

Primero: «Amalos como son».

Esto supone vencer esa gran tentación, que está en todos, de querer hacer al otro a nuestra imagen y semejanza, anulándolo, sometiéndolo. Reducirlo a ser lo que yo siempre había pensado que fuera mi mujer o lo que yo siempre pensé que tendría que ser mi marido.

Aceptar al otro tal y como es, con sus grandezas y sus miserias, sus manías y sus genialidades, con sus limitaciones y humores, es amarlo. Esperar para amarlo a que sea lo que yo quiero que sea, es amarme tan sólo a mí mismo, es quererlo para mí. No es amar.

El crecimiento como pareja y como familia arranca de la aceptación mutua. Muchos esposos piensan que equivocaron su matrimonio, y se *toleran* el uno al otro.

Aceptar al otro tal cual es, tal cual se ha ido descubriendo en el transcurso de los años, abstenerse de acusaciones mutuas sobre el aparente fracaso, superar el posible pesimismo, tal ha de ser el compromiso de los dos cónyuges, si uno y otro quieren salvar su hogar.

«¿Renuncias a construir tu hogar –pregunta M. Quoist– porque tu marido no es el que habías soñado, porque tu esposa no era la que esperabas?

Si te has casado con tu sueño, obraste como un adolescente. Acúsate sólo a ti mismo y no acuses a tu cónyuge de no ser como tú habías imaginado.

Si estás decepcionado y sigues en tu decepción, a tu pesar, se te notará; y si se te nota, alejarás al otro un poco más de ti, puesto que el otro –para acercarse– necesita confianza.

Tus argumentos son barreras que separan, cuando lo que conviene es unir.

Nunca es demasiado tarde para casarse, al fin, con quien comparte tu vida. Sólo hace falta que te decidas.

No puedes llevar a cabo un matrimonio de tres: tu esposo, tú y tu sueño. Si quieres seriamente casarte, divóciate de tu sueño. Si no puedes construir un castillo, al menos puedes construir una cabaña; pero no serás feliz en tu cabaña mientras sigas soñando con tu castillo.

Estás decidido a romper con tu sueño, a abandonar tu

castillo... ¿Es esto acaso renunciar a tus ilusiones? No; no podrás suprimirlas.

Empieza por *perdonar* a tu cónyuge, puesto que nunca le has perdonado que no sea como tú habías imaginado.

Ofrece a Dios tu decepción, tu sueño roto y todo cuanto en ti se ha nutrido de lamentos, rencores y desánimos.

Acepta, en fin, profundamente, la realidad del otro y la de tu hogar...

No juzgues al otro, júzgate a ti mismo. Si realmente no te ama ya, ámale tú más desinteresadamente. Raras son las personas que resisten largo tiempo a un amor auténtico. Amando le ayudas a amar.

Siempre estás pensando: me ha decepcionado. Piensa, pues, también: le he decepcionado. ¡Fue él quien comenzó! Entonces, a cada uno lo suyo: vuelve a amarle con un corazón enteramente nuevo...

Dices que tiene todos los defectos. Decías que tenía todas las cualidades. Te equivocabas antes, te equivocas ahora. Posee cualidades y defectos y debes casarte con todo esto.

¡No es culpa mía, ha cambiado! ¿No serás tú quien ha cambiado?... Y si ha cambiado, ¿por qué asombrarte? Te has desposado con un ser vivo, no con una imagen pintada. Amar no es la elección para un momento sino para siempre.

Amar a un hombre, amar a una mujer, es siempre amar a un ser imperfecto, a un enfermo, a un débil, a un pecador... Si le amas verdaderamente, le curarás, le sostendrás, le salvarás.»¹⁹

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1.º *¿Acepto al esposo/a, a los hijos, tal como son, o me dejo llevar del desencanto? ¿Pienso en la posibilidad*

de que mi esposa/a, nuestros hijos, estén también desencantados de mí?

2.º *¿Antes de exigir que mi esposa/a, que mis hijos cambien, me esfuerzo por cambiar yo? ¿Qué estoy haciendo en este sentido?*

3.º *¿Ayudo a mi esposa/a, a nuestros hijos, a cambiar, con mi aceptación y mi amor por encima de todo?*

4.º *¿Qué podría hacer para que mi esposa/a, nuestros hijos, sean lo que creo que deben ser?*

Tierno

¡El lenguaje del cariño verdadero!

La esencia del matrimonio y de la familia consiste en que sus miembros *sean* y *se sientan* queridos.

«No basta que el hijo sea querido –afirmaba atinadamente san Juan Bosco; es necesario que se sepa y se sienta querido.» Esto mismo hay que decirlo con respecto al esposo y a la esposa. «El hecho que no se publica, no existe», he aquí un principio del periodismo. Lo mismo hay que decir con respecto al amor mutuo. Para el miembro de la familia que no percibe el amor, es como si no existiese. No basta presuponerlo por el mero hecho de ser matrimonio o familia.

Es imprescindible la *experiencia* de ser querido. De poco sirve un cariño mudo.

Cada miembro de la familia ha de tener la absoluta certeza y la viva experiencia de ser querido. Es absolutamente imprescindible para el hijo el afecto de los padres; es el oxígeno de su psicología. Un afecto que se expresa en la atención personal a cada uno, en cercanía, dedicán-

¹⁹ QUOIST, M.: *ob. cit.*, pp. 161-163.

doles tiempo, interesándose por sus cosas, hablando con cada uno; afecto que se expresa en un respeto grande por encima de lo que el hijo puede pensar, decir o hacer.

Hay esposos y esposas, padres y madres con una expresividad muy pobre a la hora de manifestar el cariño. *Mi padre besuquea a sus nietos por lo que no nos besó a los hijos*, he escuchado reiteradas veces. Todavía quedan también muchos residuos de pudor machista, del prejuicio de que los signos y gestos de cariño son cursilería y falta de reciedumbre viril, lo mismo que ocurre con las lágrimas. Las lágrimas no deshonoran sino que enaltecen. Cristo, el varón fuerte por excelencia, no se avergonzó de llorar por la muerte de su amigo Lázaro ²⁰.

La ternura no se opone a la reciedumbre, la complementa. Los occidentales, en general, somos pocos expresivos.

Muchos hijos sólo se percatan de la entrega generosa y del cariño de sus padres cuando son adultos y padres ellos, cuando esta certeza no puede ya repercutir en su maduración afectiva.

Es fundamental para los hijos que los padres se quieran mutuamente, y que los hijos lo sepan, lo contemplen a través de signos de cariño. Comprobar frecuentemente que los padres se quieren es la base para crear un clima de confianza, seguridad y convivencia gozosa. Lo contrario genera en los hijos inseguridad y angustia, neurosis con efectos traumáticos incalculables. Hay reacciones en los niños que expresan hasta qué punto les angustia la sospecha de que sus padres no viven unidos por el afecto. He oído a bastantes parejas que la reacción de los

²⁰ Jn 11,35.

niños ante lo que no era más que una pelea jocosa fue un llanto desgarrado.

Necesitamos todos, a todos los niveles y en todas las relaciones, aprender la pedagogía de la ternura. Hay, por suerte, movimientos y grupos matrimoniales y familiares que la están enseñando y practicando. Es un lenguaje, en gran parte desconocido, que hay que aprender.

No es suficiente controlar y evitar lo negativo, las agresividades manifiestas o encubiertas. Pero, aun detrás de unos comportamientos externamente correctos, puede haber bastante frío. Es necesario proclamar el cariño con manifestaciones positivas.

Gestos sacramentales

Las expresiones de afecto y cariño participan de la eficacia sacramental. Los sacramentos son signos que expresan y causan la vida. Celebran la fe y el amor y, al mismo tiempo, los generan. Los gestos de ternura son efecto y causa del afecto. Un beso y un abrazo verdaderos son fruto y semilla de cariño.

Claro está que en este lenguaje de gestos puede haber mucha mentira, mucha hipocresía, como en el lenguaje verbal. El regalo de un ramo de flores puede ocultar un adulterio; puede ser la tapadera de grandes traiciones, cuya sospecha se quiere alejar con un signo contrario. Un conocido ricachón, cuya trampa descubrió la mujer, había regalado un abrigo de visón a la querida, para decir que la quería, y a la mujer, para que no sospechara que no la quería. Pero cuando se trata de gestos verdaderos son oleadas de calor tibio emanadas de un *corazón-horno-encendido*. Los pequeños gestos tienen sentido y expresivi-

dad dentro de un contexto de fidelidad continua y de una vida de constante generosidad mutua.

Martín Descalzo afirma certeramente:

«El verdadero amor –aunque el romanticismo nos haya enseñado otra cosa– no se expresa por grandes gestos, entregas heroicas, sacrificios espectaculares, sino por la pequeña ternura empapada de imaginación. Eso que en castellano denominamos con tanto acierto *los detalles*. Por eso a mí lo que más me preocupa es cuando una mujer me dice que su marido *no tiene nunca un detalle*. Eso es signo de que ese matrimonio o esa familia está siendo invadida por el aburrimiento, que es la carcoma del amor. En cambio, un detalle, un pequeño detalle inteligente puede llenar más el corazón que el más espléndido de los regalos.

Esto me parece que es el verdadero amor: tener despierta la ternura, saber usar el corazón imaginativamente, saber que el verdadero valor de las cosas no es el dinero que cuestan, sino la entraña que tienen dentro.»

Es significativo el nombre con el que los que vivimos en Galicia designamos ese *detalle* que expresa la memoria de un corazón que quiere; lo llamamos *cariño*. Te ha traído un *cariñito*, decimos.

Hay una expresión básica y elemental de ternura: el tono de voz y el modo del lenguaje. Hay tonos de voz acariciadores, ungidos de bondad, y hay acentos hirientes de quien parece estar siempre riñendo y destilando malhumor. Hay formas respetuosas de dirigirse a los miembros de la familia, formas agradables de pedir, de indicar, de corregir, y hay formas groseras e imperiosas que pinchan como las cortezas de las castañas. A pesar de ofrecer su fruto, te pinchan. Hay personas que hieren hasta cuando hacen un regalo.

Es preciso aprender formas, no por practicar una cortesía hipócrita, sino porque las buenas formas practicadas con sinceridad conducen a los buenos fondos, desatan una espiral de respeto y cordialidad en el trato.

«Las manifestaciones de cariño –escribe K. P. Dotterweich, en su libro *Saber vivir en familia*– calan hondo, llegan hasta el alma. Una sonrisa, un abrazo, un beso al acostarse, una caricia, infunden seguridad, dan ánimo y reconfortan. El contacto dice: *Te quiero* de innumerables maneras...»

El regalo del peine y el tabaco

He aquí un emotivo testimonio de ternura. Es R. Tagore quien cuenta esta bella historia sobre un matrimonio muy pobre.

Ella hilaba a la puerta de su choza pensando en su marido y todos los que pasaban se quedaban prendados de su cabello negro, largo, como hebras brillantes salidas de su rueca. El iba cada día al mercado a vender algunas frutas. Se sentaba a la sombra de un árbol y sujetaba con los dientes una pipa vacía, porque no tenía dinero para comprar una pizca de tabaco.

Se acercaba el aniversario de boda y la mujer se preguntaba qué podría regalar a su marido y de dónde podría sacar el dinero. Tuvo una idea: vender su bello cabello para comprarle un poco de tabaco. Sintió un escalofrío de tristeza, pero al decidirse, su cuerpo se estremeció de gozo. Lo vendió y sólo obtuvo unas pocas monedas, con las que compró un estuche de fino tabaco... Al llegar la tarde regresó el marido. Venía cantando por el camino. Traía en la mano un pequeño envoltorio: era un peine para

que su mujer se alisara su precioso pelo; un peine que acababa de comprar, tras vender su pipa...

La historia es tristemente enternecedora; es el símbolo de la realidad de muchas familias, a pesar de que el cine y las revistas del corazón se empeñan en presentarnos realidades familiares muy distintas. Ya lo decía L. Tolstoi, en el mismo comienzo de *Ana Karenina*: «Todas las familias dichosas se parecen, y las desgraciadas, lo son cada una a su manera»²¹.

Nadie puede negar la crisis de la familia. Probablemente superior a la existente en otras épocas; pero hay que afirmar que también hoy existen muchas familias que viven unas elevadas cotas de amor, de ternura, de entrega y generosidad, aunque, desgraciadamente, «tengan una historia a su manera» y no encuentren eco en las revistas del corazón.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Somos suficientemente expresivos en las muestras de cariño entre nosotros y con los hijos, o nos guardamos el cariño en el corazón?*
- 2.ª *¿Nuestros hijos ven suficientemente que sus padres nos queremos?*
- 3.º *¿Somos amigos de los detalles sinceros, no de mero cumplimiento? ¿Qué detalles hemos tenido últimamente?*
- 4.º *¿Qué formas defectuosas de comunicación hemos de cambiar para que transmitan respeto, ternura y paz?*

²¹ TOLSTOI, Liev Nikoláievich: *Anna Karénina*, Ediciones Cátedra, Letras Universales, Madrid, 1999, p. 55. (N. del E.).

Comprensivo y compasivo

«El amor disculpa siempre»

El matrimonio y la familia tienen lugar entre pecadores y personas con debilidades y deficiencias. Si no se tiene suficiente capacidad de comprensión, de compasión y de perdón, la vida conyugal y de familia, se convertirá en un campo de batalla.

No es infrecuente que alguno de los miembros, o todos, sufran una ceguera hipócrita y un estrabismo que les distorsiona la visión de las cosas, que les lleva a ver razonables y lógicos todos sus comportamientos, y condenables y reprobables los del cónyuge o demás miembros de la familia.

¿Quién no tiene la experiencia de haber escuchado primero a uno de los cónyuges y haberle dado enteramente la razón después de haber escuchado sus razonamientos, y no ha quedado desconcertado al escuchar después a la otra parte del conflicto? Es increíble la capacidad de autoengaño que tenemos los humanos.

Es imposible la comunión de los espíritus sin una profunda humildad, sin un reconocimiento de las propias limitaciones y de la propia culpa en los conflictos y dificultades en la convivencia. Los esposos se empeñarán en echarse mutuamente la culpa y vivirán en continuo reproche mutuo. La culpa la tendrá siempre el *otro/a*, que es quien tendría que cambiar para que marche bien el matrimonio y la familia. Enceguecidos de este modo, no cambia nadie; y por lo tanto, tampoco cambiará ni mejorará la situación.

La armonía tanto familiar como conyugal empieza por el reconocimiento sincero de la propia culpa ante la propia

conciencia y ante el esposo/a, y por la petición de perdón. La solución de todo conflicto comienza por un reconocimiento humilde y leal, no hipócrita o formulista, de la parte de culpa en el conflicto conyugal o familiar. Este reconocimiento desarma al cónyuge o a los familiares de su agresividad y provoca un sincerarse en cadena.

A veces me asombro profundamente ante la ceguera de algunos padres que arremeten contra los defectos y egoísmos de sus hijos, y que no son más que reflejos de los suyos propios.

Se escucha con demasiada frecuencia cómo se quejan los cónyuges uno del otro, y uno se da cuenta de que, en la mayoría de los casos, quienes tienen que cambiar son los dos.

A veces la parte acusadora tiene una culpabilidad indirecta. Es cierta la acusación: *El otro/a otra, bebe, o se pasa las horas muertas en el bar, o en el comadreo con las vecinas, olvidándose de la familia, grita, está destemplado/a*. Pero la parte fiscal tendría que preguntarse: ¿No me corresponde a mí alguna parte de culpa? ¿Tal vez huye de casa porque la convivencia es ingrata? ¿Bebe porque no es feliz? ¿Grita y vive amargado/a, porque no tiene el afecto que tiene derecho a esperar? ¿Habré contribuido a que nuestra relación se haya vulgarizado?

Tanto los cónyuges como los miembros de la familia han de preguntarse con entera sinceridad: ¿Tal vez exijo al otro/a, lo que yo mismo no doy?

La *comprensión* supone que cada uno se meta en la piel del otro, saber de sus dificultades, de las deficiencias innatas de su carácter fuerte o tímido, de sus complejos, de sus desánimos y entusiasmos, de sus luchas, de sus logros. He podido escuchar con bastante frecuencia ante reproches por tropezones: *Ya sé que he fallado; pero, por*

lo menos lucho y trato de superarme; sin embargo, de esto no te percatas; sólo ves lo negativo.

Un *te comprendo*, cuando el otro está roto por dentro a causa del remordimiento y de la rabia contra sí mismo porque no ha podido controlarse, porque el temperamento le ha podido, tiene un increíble poder terapéutico.

Por el contrario, la actitud intolerante e incomprensiva empeora la situación. Sobre todo cuando el *culpable* está realizando sinceros esfuerzos por superarse. Muchas veces he escuchado a esposos que se lamentan con el alma rota: *Comprendo que tiene razón, que soy un cardo borriquero por el genio, que tardo en volver a casa, que soy imprudente y se me ha escapado lo que no debía decir..., pero (mi mujer o mi marido) no valora los esfuerzos que estoy haciendo*. Algunas veces hasta sacan como conclusión: *Para qué me voy a esforzar si no te lo valoran..., no merece la pena esforzarse*.

A veces la incomprensión proviene de que queremos al otro o a los otros hermanos gemelos nuestros. No les entendemos porque sus facultades y sus dificultades son enteramente distintas. El esposo audaz no entiende el encogimiento de su mujer tímida o al revés. Y hasta lo puede atribuir a una disculpa de su indolencia. Es difícil asumir las situaciones del otro si no se tiene mucha compenetración.

Muchas veces, si comprendiéramos, si supiéramos meternos en la piel del otro, no necesitaríamos perdonar ni *dis-culpar*, por la sencilla razón de que nos daríamos cuenta de que no ha habido *culpa*.

No es infrecuente que el padre y la madre que derrochan comprensión con el hijo o la hija –cuando, a veces, se descontrolan y perturban– sea duro e implacable con su cónyuge. Por eso, certeramente, indicaba Fray Luis de Granada:

«Los hombres deberíamos tener para con Dios un corazón de hijos, para con los hombres un corazón de madre, y para con nosotros un corazón de juez.»

Con frecuencia cambiamos de oficios. Para con nosotros tenemos un corazón de madre. ¡Qué magnánimos somos a la hora de disculpar nuestros fallos! ¡Qué buenos chicos aparecemos en el espejo de nuestras conciencias debidamente maquilladas! ¡Qué capacidad de autoengaño tenemos!

«¡Excusen la intención cuando no puedan excusar el hecho!», aconseja sabiamente san Antonio María Claret a los claretianos, la Congregación que él fundó.

Borrón y cuenta nueva

El amor pide siempre respuesta, pero el cónyuge se puede encontrar con que la persona amada no responde como él esperaba. El amor puede sentirse traicionado, decepcionado, no correspondido, porque no encuentra la respuesta esperada en la persona amada. Entonces el verdadero amor se convierte en perdón. La vida matrimonial exige una actitud de comprensión y de perdón ante la debilidad del otro, de paciencia, de disponibilidad para la reconciliación. Casarse con una persona es estar dispuesto a perdonarle siempre. Pablo, en su canto a la caridad, afirma: «El amor todo lo excusa»²².

«Los esposos cristianos –afirma muy teológicamente J. A. Pagola– tienen que recordar, además, que su matrimonio es sacramento del amor de Dios y Dios perdona siempre. Dios es siempre fiel, aunque nosotros seamos

infieles. Ésa es la razón más profunda de la indisolubilidad del matrimonio cristiano. Si el matrimonio es sacramento de Dios, está llamado a ser fiel, para siempre, puesto que así es el amor de Dios.

Todo esto exige que los esposos vayan reconquistando y fortaleciendo día a día su amor matrimonial en una actitud de perdón y comprensión.»²³

Hay parejas que son agresivas en la memoria y viven lamiendo las viejas heridas que no pueden cicatrizar porque se atienen al consabido: *Yo perdono pero no olvido*.

Es preciso no sólo perdonar sino también esforzarse por olvidar. Sin ese esfuerzo no hay perdón verdadero.

Estar continuamente sacando la *lista* de agravios no conduce a nada y dificulta el diálogo y la convivencia en la vida de la pareja. El darle vueltas al *perdono pero no olvido* es una especie de bombardeo psicológico que hierre y molesta al recordar lo negativo que una persona ha tenido en un momento determinado. Transitar por el camino de los agravios pasados es neurotizante: vuelve a las personas acomplejadas y enfermas de tantos sinsabores no superados. «El amor –afirma tajantemente Pablo– no lleva cuentas del mal»²⁴.

Es más humano y cristiano el *borrón y cuenta nueva*. Esta postura nos abre a la esperanza y nos capacita para digerir el pasado y nos acerca más a Dios, que siempre perdona y olvida nuestros errores y pecados.

Cuando la pareja lleva ya cierto tiempo de vida matrimonial es lógico que se conozca cada vez mejor y sepa todos sus recovecos, sus fallos, sus debilidades y sus pequeños o grandes egoísmos. Pero, «ver a una persona

²² 1 Cor 13,7.

²³ PAGOLA, José Antonio: *ob. cit.* p. 30.

²⁴ 1 Cor 13,5.

con la que se vive al microscopio –afirma Enrique Rojas– es como firmar el certificado de defunción de esa relación afectiva. ¿Por qué? La respuesta es evidente: en el hombre anida todo lo grande, noble y bueno que pueda pensarse, pero también se hallan en su interior aspectos negativos, miserias, defectos... Cuando se ha convivido largamente con alguien, si uno tiene nobleza auténtica, disculpa, comprende, excusa, justifica y perdona. Eso en verdad es el amor». Con estas palabras, el autorizado psiquiatra simplemente se hace eco de las de san Pablo en su canto divino al amor ²⁵.

Le pregunta Pedro al Maestro:

«Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano cuando me ofenda? ¿Siete veces?

Jesús le respondió:

–No te digo siete veces, sino setenta veces siete.» ²⁶

Es decir: Pedro, tienes que perdonar siempre.

Si esta es la consigna del Señor con respecto al prójimo, consigna que se ajusta al perdón inacabable del Padre, ¡cuánto más con respecto al cónyuge y a los hijos!

Hay que perdonar y hay que pedir perdón; esta doble actitud entre pecadores que somos todos habrá que ejercitarla constantemente. Pero con seriedad, sobre todo al pedir perdón. No puede ser un juego de niños. He sido testigo de esposos/as que se resisten a perdonar, porque quien pide perdón no parece tener demasiado propósito de la enmienda, y más parece una táctica tramposa que una compunción sincera. Pedir perdón y recibirlo supone un compromiso serio de conversión continua.

²⁵ 1 Cor 13, 1-13.

²⁶ Mt 18,21-22.

Hay algo que, como compromiso concreto, ha de quedar muy claro: la pareja no debe irse a dormir teniendo cuentas pendientes. Los resentimientos acumulados, los conflictos no superados positivamente, son fruta podrida que se mete debajo de la cama y que pronto comenzará a oler y a llenarse de insectos turbadores. Gracias a Dios, hay muchas parejas que descansan con la conciencia muy tranquila después de haber aclarado con despiadada sinceridad las fricciones nuestras de cada día. Lo mismo había que hacer también con el resto de los miembros de la familia.

Generalmente el perdón que hay que otorgarse es mutuo. Por eso el perdón suele ser *reconciliación*. Algo que no olvido ni olvidaré jamás como gestos milagrosos humanos y divinos a la vez han sido, precisamente, varias reconciliaciones conyugales y entre padres e hijos de las que he sido testigo, entre las lágrimas de los demás y las mías propias. Su solo recuerdo me produce un gozoso estremecimiento. Es un divorcio real, a nivel psicológico, que da paso a un nuevo casamiento más real, por obra y gracia del Espíritu Santo.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º ¿Procuró tener hacia mis familiares la comprensión y la compasión que reclamo para mí ante mis deficiencias y pecados?
- 2.º ¿Tengo parte de culpa, al menos, en las culpas que recrimino a mi esposa, hijos y demás familiares?
- 3.º ¿Tenemos cuentas pendientes sobre las que no acabamos de hacer borrón y cuenta nueva? ¿Cuáles son?
- 4.º ¿Existen en el ámbito de la gran familia odios, rencores o enemistades que hemos de superar con espíritu

evangélico? En caso afirmativo, ¿qué tendríamos que hacer?

5.º San Pablo exhorta: «Que vuestro enojo no dure más allá de la puesta de sol»²⁷. ¿Procuramos saldar cuentas antes de que termine el día?

Gratuito

A fondo perdido

Por supuesto, el amor, o es gratuito o no es amor. Decir *amor interesado* es una contradicción. Cuando alguien busca el *interés* en la relación, no está amando, sino verificando una transacción comercial, *do ut des*, que decían los latinos (*te doy para que me des*).

«La desfiguración del amor del matrimonio –escriben los obispos vascos en su carta colectiva *Redescubrir la familia*, n. 49– tiene además innegables consecuencias en la genuina comprensión de lo que es el amor humano en la rica variedad de sus manifestaciones. La pérdida del sentido de la gratuidad en las relaciones humanas, la conversión de lo más íntimo y personal en mercancía de uso, la inconfesada persuasión de que todo puede convertirse en algo que se puede comprar y vender, son indicadores de la pérdida cualitativa de lo que es el auténtico amor humano. Estas realidades no son ajenas a la pérdida de la gozosa experiencia de un amor conyugal que se trasciende a sí mismo en la generosa aceptación de los hijos.»

San Pablo daba como característica del amor: «El amor no lleva cuentas del mal»²⁸. De la misma forma, hay que decir que tampoco lleva cuentas del bien. El que ama no tiene libro de contabilidad para que conste lo que el esposo, los hijos o los hermanos le *adeudan*.

Todos conocemos numerosas parejas, ejemplo de gratuidad, que no pueden recibir de aquellos a los que aman más que la satisfacción de haberles ayudado.

¿Y qué decir de tantos y tantos esposos heroicos que han estado a la cabecera de su pareja o su hijo enfermo, deficiente; al lado del hijo o la hija drogadicto, sectario o con sida? Muchos son los matrimonios *mártires* que han llegado a la hondura de un amor enteramente acrisolado, gratuito.

Aquí habría que entonar un canto vibrante a tantos amores heroicos entre esposos, entre padres e hijos, entre hermanos. Es como el amor de un esposo, cuya mujer ha estado siete años con Alzheimer. Él ha permanecido pegado a ella, solícito como un enfermero, amante como un enamorado, paciente como un santo. No sólo me lo contaban los familiares con gran admiración, yo mismo lo pude apreciar en las numerosas visitas que les hice.

Ni la vida conyugal ni la vida de familia se rigen por un código de justicia conmutativa. En la vida de familia el que más puede más aporta. Y a veces sucede que algún miembro de ella, el que ha nacido deficiente, el parapléjico, sólo recibe aparentemente, pero la paradoja está en que recibiendo da. Hace gastar tiempo y dinero, pero da la oportunidad de amarle gratuitamente. Con ello enriquece incalculablemente el matrimonio y la familia.

«Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir

²⁷ Ef 4,26.

²⁸ 1 Cor 13,5.

—observa Jesús—, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores se prestan entre ellos para recibir lo equivalente. Vosotros amad a vuestros enemigos, haced bien y prestad sin esperar nada a cambio; así vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo. Porque él es bueno para los ingratos y malos.»²⁹

Si ésta es una exigencia evangélica en todo servicio y ayuda humana, mucho más lo es para la relación entre esposos y entre los miembros de la familia. Ya que ella es esencialmente el ámbito de la gratuidad. Cuando en un matrimonio o en una familia cada uno saca a relucir lo que aporta, como quien exhibe una factura sin cobrar, ahí no hay amor, no hay familia, sino un conjunto de huéspedes de una misma fonda. Quien ama se entrega gozosamente y considera el amor como su propia recompensa.

«La medida del amor —decía genialmente san Bernardo— es amar sin medida», sin cálculo.

«Los padres tipo empresario —escribe Javier Mahillo— son los que piensan que la educación de sus hijos es como la inversión que hacen las empresas en dar una buena formación a sus empleados. Al principio, supone una pérdida de tiempo y dinero, pero, a la larga, suele convertirse en fuente de ingresos.

Conocí a una pareja que llevaba la cuenta de lo que iba gastando en su primer hijo (que aún era un bebé): ropa, medicinas, pañales, biberones, juguetes, guarderías, etc. Yo pensé que era una simple curiosidad, por constatar lo cara que resulta la maternidad si nadie te ayuda. Pero me dijeron que pensaban seguir apuntado todo lo que inver-

tían en su hijo, en concepto de *gastos*, y que cuando comenzara a aportar dinero a casa, lo anotarían en *ingresos*; esperando que, con el tiempo, la balanza se pusiera claramente a su favor, pues consideraban muy educativo animar a sus hijos a convertirse en *inversiones rentables* y no gravosas para su propia familia.

La verdad es que se me erizaron los cabellos y me corrió un escalofrío por la espalda cuando se me ocurrió la posibilidad de que mis padres hubieran pensado como ellos. Pues, ¡ingrato de mí!, no les he devuelto ni la décima parte de la inversión.

Es verdad que educar bien a nuestros hijos es la mayor herencia que les podemos dejar y la mejor inversión para nuestro dinero. Pero no creo que haya que ponerlo en práctica en el sentido pesetero de la expresión. Simplemente, porque me parece ley de vida que lo que has recibido gratis de tus padres, debes ofrecerlo gratis a tus hijos.

Aunque no haya demasiados ejemplos de padres *empresarios*, sí que es corriente ver familias que tienen tasadas todas las tareas del hogar, convirtiéndolo en una especie de «Agencia de Contratación, S. L.». Por ejemplo, si hay que pintar el pasillo, los hijos que colaboren cobrarán a tanto la hora. Regar el jardín o lavar el coche vale tanto. Limpiar el cuarto de baño, hacer la comida o cuidar a los hermanos pequeños, tanto, etc. Incluso muchos de mis alumnos reciben una compensación económica por sus buenas calificaciones y sufren una penalización en metálico por cada suspenso.

Está claro que premiar y castigar, para reforzar la motivación, resulta eficaz a corto plazo; pero es absolutamente nefasto basar la educación y la convivencia familiar en la búsqueda del premio y el miedo al castigo. Si además la motivación es económica, los hijos se volverán irremedia-

²⁹ Lc 6,34-35.

blemente unos peseteros, incapaces de hacer un favor a nadie sin apuntárselo en la cuenta.»³⁰

Pariente rico, pariente pobre

He escuchado a padres resentidos y amargados quejas que han producido en mí un sentimiento de profunda conmiseración. *Si hubiera sabido que iba a tener este pago, que me lo iban a agradecer así, no hubiera movido un dedo...* Esperaban la recompensa, convertían su trabajo en una inversión que no produjo intereses, y están arrepentidos. No se puede olvidar que el amor es su propia recompensa, que no hay nada equiparable a la paz de haber hecho lo que había que hacer, tenga o no recompensa. Amar es siempre dar a fondo perdido. «Haz bien y no mires a quien», dice el popular dicho castellano.

No es infrecuente la diferencia de trato a favor del hermano o del tío rico, del influyente o famoso, de los cuales se espera cosechar algo y a los que se le rinden todos los honores, se les abren todas las puertas y se les obsequia de todos los modos. Es, desgraciadamente, el pan de cada día. Un dicho castellano lo expresa muy gráficamente: «Soy primo del alcalde; a mi hermano barrendero ni lo conozco». Evangélica y humanamente tendría que ser exactamente al revés: extremar la servicialidad con el familiar enfermo, pobre, marginado, deficiente, que es el que más nos necesita. Es, al fin y al cabo, lo que nos recomienda sabiamente Jesús:

«Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, hermanos, parientes o vecinos ricos; no sea que

ellos a su vez te inviten a ti, y con ello quedes ya pagado. Más bien, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados y a los ciegos. ¡Dichoso tú si no pueden pagarte! Recibirás tu recompensa cuando los justos resuciten.»³¹

Me siento especialmente unido al familiar y al amigo que se pone incondicionalmente al servicio del miembro pobre, enfermo o desvalido de la familia. De su amor estoy enteramente seguro.

Entre quienes se multiplican vergonzosamente las quejas es entre los abuelos. Han sido incontables las que he tenido que escuchar. Por supuesto que en ellas tampoco hay que descartar el egocentrismo de los ancianos, acostumbrados al protagonismo de tantos años. Pero sabemos, a pesar de todo, que su abandono es un bochornoso fenómeno social.

Sería interminable la letanía de quejas de abuelos que, casi con las mismas palabras, repiten: *Vienen a visitarme nada más que por si les cae algo...* Los padres que no atajan estos egoísmos tan crasos tienen que tener claro que están criando, como dice el refrán, cuervos que terminarán sacándoles los ojos... Que no esperen mejor suerte cuando les llegue la hora de la ancianidad.

Un matrimonio, una familia, que se rigen por la ley del rendimiento y del provecho, se la podrá llamar una *empresa familiar*, pero no una familia.

La gratuidad ha de ser una actitud vital que rijan la vida de la persona.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1.º *¿Procuramos la gratuidad como estilo de vida, según el espíritu del evangelio?*

³⁰ MAHILLO, Javier: *Mis pequeños monstruos*, Espasa, Madrid, 1998, pp. 55-56.

³¹ Lc 14,12-14.

- 2.º ¿Hay alguna actitud mercantilista en nuestras relaciones familiares? ¿Mimo (mimamos) al pariente rico y olvidamos al pobre, o al revés?
- 3.º ¿Sé (sabemos) perder el tiempo con el familiar enfermo, con el abuelo, la abuela o el tío que no pueden aportarnos nada en el sentido material?
- 4.º ¿Hay algo que rectificar, en este sentido, en mi vida (en nuestra vida) conyugal y familiar?

Agradecido

La gratitud, fruto con semillas

El amor legítimo florece, sin duda, en gratitud.

El agradecimiento es la expresión de la grandeza de espíritu del agradecido y una respuesta gratísima al bienhechor.

«La gratitud es la memoria del corazón», se ha dicho con acierto. Y *la ingratitud es, por el contrario, la amnesia del corazón*. «De corazones bien nacidos es ser agradecidos», dice el refrán castellano, tan profusamente repetido. El ingrato es un miserable; es decir, una persona cargada de miseria interior. Quien más pierde con la ingratitud es el ingrato. Las sucesivas ingratitudes le embrutecen más y más. Me aterra la ingratitud, lo digo francamente.

La gratitud es una forma de proporcionar felicidad a los que amamos. ¡Cómo ensancha el corazón el agradecimiento! ¡Un simple *gracias* cómo dilata el alma!

La ingratitud, por el contrario, es una azotaina que damos a quienes nos han beneficiado y se han desvivido por nosotros. Por lo que nos duele a nosotros la ingratitud de los demás podemos deducir lo que les ha de doler a los demás nuestra propia ingratitud.

Hay personas que creen que todo el mundo les debe estar agradecido. Y hay personas que creen que deben estar agradecidas a todo el mundo. Aquellas viven amargadas éstas son felices.

Lope de Vega dice con acuidad: «El ingrato escribe el bien en el agua y el mal en la piedra».

Hay padres jóvenes y padres ancianos que viven un auténtico calvario por la ingratitud de sus propios hijos. *Nos amarga la vida. No sabemos qué hacerle (al hijo o a la hija)* –he escuchado a padres reiteradas veces–. *Nos habla con tono de reproche, como si le debiéramos algo. Por todo protesta. No tiene ni un gesto mínimo de gratitud.*

Hay familias en las que todos se quejan de todos. A todos les ha tocado la peor parte, todos son los que más se han sacrificado por los demás, a todos les ha tocado la tarea más engorrosa... Esta actitud de incomprensión hace imposible un clima familiar cálido y grato. Hay que confesar que la tendencia general es considerar a los demás desagradecidos, porque sobrevaloramos lo que hacemos por los demás e infravaloramos lo que ellos hacen por nosotros.

La familia ha de ser una escuela de gratitud.

Por lo demás, la gratitud hace familia, ya que fortalece los lazos que la unen.

Grabado en piedra

Cité anteriormente a Lope de Vega : «El ingrato escribe el bien en el agua y el mal en piedra». Del agradecido y generoso hay que decir exactamente lo contrario: *Escribe el mal en el agua y el bien en la piedra.*

La gratitud es la memoria del corazón, recordaba. Los desmemoriados y los que pasan por ser ciegos no pue-

den ser agradecidos. Para que se pueda agradecer un don, una ayuda, un regalo, hay que reconocerlo y valorarlo. A veces creemos que sólo a nosotros nos cuestan las cosas. *¡Qué pronto te olvidas de los favores!*, es una queja frecuente y dolorida.

Tengo una costumbre que a mí me funciona. Cuando alguien me hiere, perjudica o me ignora, suelo acudir a la memoria y me digo: *Sí, pero ¿recuerdas sus muchos detalles, servicios y atenciones?* Generalmente el mal presente se esfuma ante el bien pasado.

Para que brote la gratitud es imprescindible la valoración de lo que el otro ha hecho por mí, por el resto de la familia.

Ya se sabe, cuando en la conversación familiar o en la reunión del grupo de matrimonios salta el tema del trabajo del varón y la mujer, casi inevitablemente sube el tono del apasionamiento. Tanto varones como mujeres sostienen enérgicamente que les ha tocado la peor parte, la tarea más agotadora y estresante. Cuesta meterse en la piel del otro.

Y a veces sólo la experiencia es capaz de abrir los ojos. Confieso que nunca me había imaginado que las tareas de la casa fueran tan engorrosas y llevaran tanto tiempo hasta que, hace ya años, en las vacaciones veraniegas, tuvimos que hacernos cargo de ellas en el pequeño balneario de la Paloma (Uruguay) al que íbamos a descansar. Me daba la impresión de que no terminábamos nunca: hacer las camas, la compra, limpiar la casa, preparar la comida, recoger y fregar. A partir de ahí y a partir de cuando, como administrador de la comunidad, empecé a suplir a la cocinera los sábados, que era su día de descanso, comprendo mucho mejor la tarea de las amas de casa y vivo con mayor gratitud hacia ellas.

Me da la impresión también de que hay muchos y muchas que no valoran el esfuerzo y los problemas que conlleva la labor intelectual o docente, soportar los conflictos en el mundo laboral o el agotar horas en una oficina.

El camino para valorar el trabajo del otro es experimentarlo, compartirlo en la medida de lo posible. Por eso es tan formativo compartir las tareas de la casa, sobre todo, cuando los dos trabajan fuera del hogar.

En todo caso es siempre imprescindible el diálogo sereno para compartir dificultades y esfuerzos. No siempre esto es fácil. Muchos maridos, después de las tensiones del trabajo, al llegar a casa, lo único que desean es ponerse las pantuflas, relajarse, leer el periódico o ver la tele. La esposa, agobiada también por las múltiples tareas del hogar y por la agitación de los hijos, a lo que hay que añadir, si lo hace, el trabajo fuera de la casa, lo único que desea es compartir los problemas del día, echando encima del marido un fardo más, a lo que él muchas veces se resiste con evasivas o con un *sí, cariño* de compromiso. La raíz de la gratitud es el conocimiento mutuo; y el camino para el conocimiento es el diálogo.

Por otra parte, es preciso tener en cuenta que la valoración de lo que hay que agradecer se ha de hacer desde el esfuerzo que supone para el bienhechor. Está claro que para un *forofo* enardecido del fútbol renunciar a un partido apasionante de su equipo por prestar un servicio, hacer compañía o pasar un rato con su mujer, tiene el valor de un gesto heroico.

La falta de reconocimiento ante un esfuerzo generoso, descorazona; la gratitud generosa impulsa a seguir gozosamente en la entrega.

¡Qué deplorable es que, con mucha frecuencia, cuando se trata sobre todo de los padres, llegue el reconocimiento

y la gratitud tardíamente cuando ya no pueden regocijarse con ella!

Tristemente muchos sólo se dan cuenta de lo que representaba el esposo, la esposa, el hermano, cuando la muerte se los ha arrebatado. Entonces todo son lamentos y elogios, cuando en realidad, al padre o a la madre difunta no le sirven ya para nada. Reconozco que, con el paso de los años, también en mí ha crecido notablemente la admiración por mis padres.

He aquí un párrafo muy conocido en el que se describe la evolución de la estima del padre a lo largo de la vida del hombre hasta llegar a la tercera edad.

«A los 7 años: Papa es un sabio; lo sabe todo.

A los 14 años: Me parece que mi padre... se equivoca en algunas cosas.

A los 20 años: Mi padre está un poco atrasado. No es de esta época.

A los 25 años: Mi padre no sabe nada; decididamente está chocheando.

A los 30 años: No sé si ir a consultar este asunto con mi padre; tal vez, él podría aconsejarme.

A los 45 años: ¡Qué lástima! que papá se haya ido, él me hubiera aconsejado.

A los 60 años: ¡Pobre papá mío! Era tan sabio... Lástima que yo lo haya comprendido demasiado tarde.»

¿Nos damos cuenta de lo que hubiera significado para él y para los hijos que esa visión generosa la hubiéramos tenido desde el principio, al menos en los años de la juventud? Lo que decimos del padre hay que reiterarlo de la madre. ¡Cómo hubieran cambiado, sin duda, las relaciones con nuestra admiración, nuestra gratitud y nuestra docilidad a sus consejos!

Para que brote la gratitud es necesario el conocimiento y el reconocimiento, la memoria viva de los gestos de entrega, del amor oblativo del otro. ¿No habrían de narrar los padres la historia de su paternidad y de su maternidad con los desvelos, los sufrimientos, las luchas, las ayudas, no para pasar factura, sino para testimoniarles a los propios hijos su amor y su sacrificio?

Phil Bosmans, interpela al hombre actual con toda la razón del mundo:

«Hombre de nuestro tiempo, que te consumes por la justicia y tienes la boca llena de compasión: ¿Cómo te portas con tu padre y tu madre? ¿Hablas más de ellos que con ellos? ¿O no haces más que quejarte de sus enfermedades, de sus opiniones anticuadas, de sus problemas de pensión y alojamiento, o del seguro? ¿Se dan cuenta de que los quieres y de que les agradeces lo mucho que se han esforzado porque tú estés bien? ¿O se han vuelto para ti un par de extraños? ¿Los tratas como personas que ya no cuentan, que no sirven para nada? El que olvida al padre o a la madre se estampa encima el estigma de la ingratitud».

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Soy de corazón agradecido? ¿Reconozco lo que he recibido de mi esposa/a, de las personas de mi familia? ¿Se quejan, tal vez, de que soy un desagradecido/a?*
- 2.º *¿Procuro valorar, la tarea, los servicios, los detalles de mi esposa/a, de mis hijos?*
- 3.º *¿Manifiesto expresamente mi gratitud o la guardo en mi interior? Te quiero expresar hoy mi gratitud por...*
- 4.º *¿Somos agradecidos con nuestros padres?*
- 5.º *¿Qué cambios con respecto a la gratitud habríamos de verificar en nuestra vida personal, conyugal y familiar?*

Eterno

«... *todos los días de mi vida*»

El amor leal y verdadero tiene ambiciones de eternidad.

El amor profundo y recio, como a la hoguera compacta y densa, los vientos de la dificultad no sólo no lo apaga sino que lo hace cobrar fuerza.

Hay amores prodigiosos que desafían los vendavales más recios, incluso hasta las traiciones más burdas de la persona amada.

El amor que no surge como un proyecto para siempre no es verdadero; ya que el amor, por su propia exigencia intrínseca, quiere y espera que sea algo definitivo. En esto no hay escapatoria posible: o nos decidimos a amar en fidelidad y *para siempre*, o no amamos de verdad. Porque así es de radical, de exigente y de clarividente el amor matrimonial.

«Los que aman con un *ya veremos* —escribe Martín Descalzo—, se morirán sin saber lo que es el amor. Porque un amor puede ser débil, cobarde o mediocre, pero lo que no puede ser es *provisional*. Un amor provisional es algo tan contradictorio como un círculo cuadrado. Porque si es amor, no es provisional; y si es provisional no es amor.»

Si el amor es una vivencia dinámica y creciente, no sólo no puede ser provisional sino que a medida que pasa el tiempo y la experiencia del amor, tendrá más razón para seguir amando porque cada día serán más las cosas que unen y cada día, lógicamente, se sentirán más unidos los amantes. El instinto caprichoso es natural que sea provisional, precisamente porque no es nada más que un elemento del amor. Ahora, si se va al matrimonio impulsados

apasionadamente por el enamoramiento, en búsqueda de experiencias sensuales y sexuales, sin las otras dimensiones esenciales del amor, entonces es normal que, pasadas las primeras experiencias deslumbrantes e incandescentes, a medida que la vida va requiriendo un amor total, llegará el cansancio, los egoísmos dejarán de coincidir y el globo del amor falsificado en que navegaban los *amantes* por los aires, se desinflará, se incendiará y los dos cónyuges se estrellarán contra el suelo.

Los novios o esposos que se embarcan en la aventura del amor con la idea de su provisionalidad, tienen, como algunas frutas, en el centro de su relación el gusanillo roedor que hará que se corrompa la fruta de su matrimonio con la mínima dificultad o conflicto que se produzca.

Tiempos de provisionalidad

Por desgracia, todos los psicólogos, los sociólogos con sus estudios y encuestas en la mano, atestiguan que nuestros jóvenes casaderos huyen de los compromisos definitivos y prefieren lo provisional. Pero ellos, en definitiva, no son más que el eco de una actitud pendular que se ha movido hasta el otro extremo, el de los matrimonios de conveniencia. He aquí unas frases irónicas publicadas por Fernando Delgado en *Faro de Vigo*, el domingo 19 de septiembre de 1999, y que reflejan la mentalidad de un sector considerable de nuestra ciudadanía:

«Van llorando por las esquinas los amantes de la tradición porque dicen que la familia está hecha una pena. La familia tradicional sufre los achaques de sus hipocresías, sus represiones, sus intereses, sus contradicciones. La mujer ya no es lo que era y cada día es más difícil encontrar una esclava dispuesta a aguantar carretas y carre-

tones hasta que la muerte la separe de su santo esposo, le salga como le salga.

Nada es para siempre y el amor puede ser tan intenso como caduco: el error del matrimonio es basarse en la perennidad cuando la vida está siempre sometida a una provisionalidad absoluta.

Los nuevos tipos de familia que los más conservadores se resisten a admitir deben tener similares inconvenientes en la convivencia, pero al menos saben ya que no tienen que esperar a que la muerte los separe.»

Con esta filosofía, incontables matrimonios que conozco hoy consolidados y decentes, hubieran fracasado inexorablemente ante las crisis que han tenido que superar y que, en ciertos momentos, les parecieron insuperables. Incluso algunos que, por inmadurez y por encontronazos muy duros parecían ya inviables y que habían procedido a la separación. Confieso que, a veces, ni yo mismo creía en la posibilidad de la rehabilitación en la que estaba colaborando sólo por agotar todas las posibilidades. Con una fe firme en la urgencia de un amor eterno, muchos matrimonios jóvenes rotos hubieran podido pervivir decorosamente superando los conflictos.

«La fidelidad y el amor para toda la vida, —escribe Fernando del Teso—, ha sido siempre una empresa difícil. Pero, quizá, en nuestros días, es todavía más difícil por los ataques que recibe. Y los que no creen en el amor «hasta que la muerte los separe», argumentan con los tópicos de siempre: que un compromiso vitalicio es inhumano, que el hombre es menos libre de lo que se cree, que no puede asumir opciones definitivas, que la modernidad conlleva la liberación de la ética del imperativo por una ética de lo transitorio, etc. Sin embargo, desde la fe afirmamos una vez más que la fidelidad no sólo es *posible*, sino *necesaria*

e imprescindible en la institución familiar. En todo caso, las excepciones no harían otra cosa que confirmar la regla. Lo estremecedor es que se presente la provisionalidad como principio.»

El amor eterno es posible, por una razón evidente. Los clásicos decían: «Los hechos evidencia la posibilidad». ¿No es, acaso, gracias a Dios, la fidelidad que perdura durante toda la vida el hecho muchísimo más frecuente? ¿No son, acaso, una excepción las quiebras matrimoniales, a pesar de que sean muchas? ¿El pasado con unos altísimos porcentajes de fidelidad (aunque haya que reconocer que muchas de esas *fidelidades* fueran a costa de muchas víctimas)?

Hoy, los divorcios, las separaciones, las rupturas y las uniones irregulares son, sin duda, una verdadera epidemia. El último informe de la UNESCO ofrecía el siguiente dato: «Alemania: de 4 parejas, 3 se rompen. *Le Monde*: en París, de cada 2 matrimonios, 1 se rompe. En Madrid, desde hace unos diez años se ha producido un verdadero shock: el 50% de los matrimonios de clase económica alta están rotos».

He escrito la palabra *epidemia*. Y la sostengo, porque si éste es un fenómeno social de ahora, si en tiempos no muy lejanos, sobre todo en España, las rupturas eran siempre una rara excepción, quiere decir que el porcentaje actual de rupturas no es un porcentaje inevitable como consecuencia de la labilidad del ser humano. Se trata de una epidemia social, provocada por una serie de factores sociales y una especie de fatalismo conyugal.

Con las situaciones de fracaso se quieren establecer principios. Ahí está el error que, con tanta profusión, se prestan a difundir los medios de comunicación social, entre otras cosas por sensacionalismo comercial.

La fidelidad: éste es, precisamente, el reto que tienen los matrimonios cristianos. Hacer patente con su propia unión vigorosa y entusiasta que la fidelidad de por vida es enteramente posible, que el compromiso matrimonial es algo mucho más serio y decisivo que un juego de niños en el que tan pronto se dice: *Te quiero con locura* como ya *he dejado de quererte...*

«Dar testimonio del inestimable valor de la indisolubilidad y fidelidad matrimonial –según palabras de Juan Pablo II en *Familiaris consortio*, n.20– es uno de los deberes más preciosos y urgentes de las parejas cristianas de nuestro tiempo. Por esto, junto con todos los hermanos en el episcopado que han tomado parte en el Sínodo de los Obispos, alabo y aliento a las numerosas parejas que, aun encontrando no leves dificultades, conservan y desarrollan el bien de la indisolubilidad; cumplen así, de manera útil y valiente, el cometido a ellas confiado de ser un *signo* en el mundo.»

«Siempre he creído –afirma Julián Marías– que la vida no vale la pena más que cuando se juega todo a una carta, sin restricciones, sin reservas; son innumerables las personas, muy especialmente en nuestro tiempo, que no lo hacen por miedo a la vida, que no se atreven a ser felices porque temen a lo irrevocable, porque saben que si lo hacen, se exponen a ser infelices.»

No sabemos la devastación que siembra y que puede sembrar esta desconfianza en el corazón humano para un amor eterno. Y lo llamo *eterno* en el pleno sentido de la palabra porque es capaz de desafiar a la misma eternidad. Lo esencial del amor conyugal perdurará más allá de las fronteras de la vida terrena.

Pronuncian solemnemente los novios en el momento del compromiso:

«Yo te quiero a ti como esposa (esposo)
y me entrego a ti
y prometo serte fiel
en las alegrías y en las penas
en la salud y en la enfermedad
todos los días de mi vida.»

«Si uno se separa de su mujer y se casa con otra –señala Jesús–, comete adulterio contra la primera; y si ella se separa de su marido y se casa con otro, comete adulterio.»³²

«Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos uno solo... Lo que Dios unió, que no lo separe el hombre.»³³

Jesús, por boca de su Iglesia, no pone nada inhumano al recordar la indisolubilidad del matrimonio; al revés, invita a descubrir en toda su hondura el amor. Para los que se aman de verdad la indisolubilidad no es un deber oneroso sino una exigencia interior. Los que se quieren de verdad no es que se alegren de poder separarse, sino que, muchos sufren la angustia de que la persona que adoran les pueda abandonar algún día. Ahí están los celos, el terror a que alguien les arrebatase al amado/a.

Cuando la indisolubilidad pasa a ser un deber es que no hay amor; y si no hay amor es que ya no hay matrimonio, no hay *casados* sino *subyugados*, dos que viven bajo el mismo *yugo*, un yugo pesado.

El amor conyugal por su propia dinámica pide *fidelidad*. El amor va más lejos que aquel instante en que está siendo vivido. El amor también mira al futuro. No se le puede

³² Mc 10,11-12.

³³ Mc 10,7-9.

poner un término sin destruirlo. No se puede amar de verdad a una persona poniendo un límite, una fecha de caducidad. Sería absurdo. Por eso, el amor conyugal exige promesa de vivirlo para siempre, la promesa de ser fiel a la persona amada.

Es muy importante reconocer el valor humano de la fidelidad, al margen de las creencias o de la fe de la pareja. El clima socio-cultural de nuestros tiempos favorece la inconstancia, la infidelidad, la superficialidad de los contactos sexuales y la trivialización de las relaciones interpersonales, pero todos hemos de reconocer que la fidelidad a la persona amada es un valor exigido por la misma naturaleza del amor verdadero.

Para que el matrimonio no se disuelva

El gran error que sufren muchos casados es que su preocupación sobre el matrimonio se reduce a procurar que no se produzca ruptura en lo jurídico ni en la convivencia social; pero no les inquieta la posibilidad de un divorcio psicológico. Y, en definitiva, ¿qué importa que vivan físicamente juntos si psicológicamente están separados?

Para que el matrimonio no se *disuelva* en ninguno de los sentidos se precisa, en primer lugar, que se trate de un compromiso maduro entre personas maduras. Esto afecta, sobre todo, al matrimonio sacramental. Para que los que se casan tengan garantía de fidelidad y de felicidad en su matrimonio, han de celebrarlo después de un noviazgo serio, vivido a prueba de sinceridad, de renunciaciones, de verdadero sacrificio, en el realismo, sin dejarse arrastrar por sueños vaporosos y románticos.

Sería preferible disuadir a los novios de celebrar sacra-

mentalmente un compromiso sin garantía. La gran mayoría de los pastores estamos de acuerdo en que se celebra el sacramento con una increíble ligereza y con motivaciones muy mezcladas, en las que pesa mucho la razón de la fiesta social y la solemnidad del ritual religioso.

Sólo cuando se pueda identificar en un gran porcentaje a los matrimonios cristianos como matrimonios maduros, humana y religiosamente, como matrimonios alegres y felices, generosos y abiertos, como matrimonios *distintos*, sólo entonces se convertirán en un verdadero *signo*, una llamada, un modelo de referencia para los demás matrimonios y para los que pretenden formar una familia; se convertirán en la prueba existencial de la posibilidad de un amor perdurable y gozoso.

El matrimonio sacramental es indisoluble pero, de hecho, muchos matrimonios *cristianos* se *disuelven*, y en un porcentaje no mucho menor que los matrimonios civiles. Ya en 1983 Benjamín Forcano hablaba de «70.000 matrimonios católicos divorciados al año en EE.UU.; 18.000 en Francia; 20.000 en Alemania Occidental. Sumemos a éstas las cifras de todos los demás países católicos del mundo»³⁴.

De España no tengo datos en estos momentos pero, por las rupturas matrimoniales que se producen en nuestro entorno, podemos barruntar que los porcentajes no son, ni mucho menos, insignificantes.

¿Será que muchos que se llaman *casados cristianos* no lo son por falta de conciencia de lo que significa el compromiso sacramental? A mi modo de ver, son muchos los matrimonios *religiosos*, novios que quieren contar con Dios

³⁴ FORCANO, Benjamín: *Nueva ética sexual*, Ed. Paulinas, Madrid, 1983, pp. 206-207.

a la hora de iniciar su vida conyugal y consagrar su amor; que quieren contar con Dios, entre otras cosas, para que les ampare y les bendiga al iniciar su travesía conyugal; que quieren que bendiga el barco. Otros quieren contar con Dios porque tienen miedo, no quieren iniciar su nuevo género de vida sin su permiso y transgrediendo su *ordenamiento* divino de *casarse por la Iglesia*, no quieren pasar por alto el ritual prescrito. Son matrimonios *religiosos*, pero no cristianos, porque no tienen conciencia ni intención de reproducir en su relación conyugal la relación de Cristo y su Iglesia, no saben y no tienen ni la más mínima intención de constituir una *iglesia doméstica* con todas sus exigencias.

Somos muchos los pastores, incluidos algunos de los que trabajan en las causas matrimoniales, que creemos que muchos matrimonios sacramentales lo son sólo en apariencia. Con cierta ironía digo a veces que muchos novios no se casan *por la Iglesia* sino *por el templo*. ¿Por qué se ha de tener tanto escrúpulo ante el hecho de que muchas parejas de las que consta que no viven, ni celebran, ni van a ser una *iglesia doméstica*, se casen sólo por lo civil? ¿Por qué a muchos novios, a muchos padres, a muchos familiares, les asusta la negativa de los suyos a *casarse por la Iglesia*, y no les asusta ni les preocupa la situación de otros familiares que sí lo hicieron, pero que no viven en absoluto lo que celebraron y a lo que se comprometieron? Por desgracia, en nuestra sociedad hay todavía muchos para los que la Iglesia es una sociedad de seguros ante la que se firma, se paga la cuota, y no hay que preocuparse más...

Ésta es la razón por la que hoy, muy sensatamente, se declara la nulidad de muchos matrimonios celebrados en una ignorancia religiosa crasa.

Por de pronto quien no lleve la intencionalidad o no se crea capaz de un amor eterno, no debería casarse; y mucho menos, sacramentalmente. Si se casa, su casamiento es una autoestafa a sí mismo y al novio/a.

La fidelidad *hasta que la muerte separe* (corporalmente) es muy posible, es lo obvio, pero siempre que los que se casan estén vinculados por un amor maduro, generoso, acrisolado en la prueba. El amor nunca fracasa; lo que fracasa es, precisamente, la falta de amor; porque donde se creía que había amor, había sólo un ceremonial de amantes, con ritos, signos, expresiones de amor, pero vacías o, al menos, con una tímida llama que ha apagado el primer viento suave que ha soplado.

De hecho, el compromiso de muchas parejas: *Prometo serte fiel... todos los días de mi vida* termina en ruptura estrepitosa y agresiva. El matrimonio dura hasta que la muerte (del lánguido y ensoñado amor) les separa.

Ante el fracaso matrimonial, no es suficiente defender teóricamente la indisolubilidad del matrimonio; ni tampoco es suficiente la ingenuidad de creer que con el divorcio tenemos ya la *solución óptima para el desamor*. Porque el fracaso matrimonial no es siempre, ni solamente, un problema jurídico que se puede resolver con leyes. Es, sobre todo, un *problema emocional*, psíquico, de raíces y consecuencias muy hondas.

Nuestra sociedad necesita hombres y mujeres que sepan defender el proyecto de amor indisoluble, pero al mismo tiempo que comprendan y ayuden a quienes han fracasado en su amor. Como cristianos, tenemos en Jesucristo un modelo a seguir: defendió el matrimonio como nadie, y al mismo tiempo no quiso lanzar piedras contra nadie. Dejemos el último juicio a Dios. A nosotros nos toca la comprensión, la misericordia y la ayuda en el nombre del Señor.

Lo mismo hay que decir con respecto a los que han rehecho su vida conyugal formando una nueva pareja. El papa insiste en la necesidad de prestar atención pastoral esmerada a estas parejas que, a causa del fracaso de su primer vínculo matrimonial, han establecido unos nuevos vínculos matrimoniales al margen de la Iglesia.

«Exhorto vivamente a los pastores y a toda la comunidad de los fieles –escribe Juan Pablo II en *Familiaris consortio*, n.84)– para que ayuden a los divorciados, procurando con solícita caridad que no se consideren separados de la Iglesia, pudiendo y aun debiendo, en cuanto bautizados, participar en su vida.»

En todas estas situaciones no hay que perder de vista que lo que más importa son las personas.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *En una revisión y autocrítica serias de nuestro matrimonio, ¿descubrimos algún síntoma de divorcio psicológico?*
- 2.º *Como matrimonio cristiano, por nuestra unión creciente y nuestra felicidad, ¿somos signo, llamada a la fidelidad conyugal?*
- 3.º *¿Cómo podríamos ayudar a parejas cercanas que viven en situación de conflicto o de perplejidad?*
- 4.º *¿Sabemos de amigos o familiares que, sin verdadera fe, pretenden casarse por la Iglesia? ¿Cómo podemos aconsejarles y ayudarles?*

Fiel

El balance es lo que importa

La fidelidad es una exigencia esencial del verdadero amor. Pero hay que advertir que la fidelidad no es algo

meramente negativo; no consiste sólo en *no-traicionar* en el orden sexual. Eso ha de ser consecuencia y no fin. La fidelidad mutua, en su sentido radical y global, consiste en llenar las esperanzas del cónyuge, cumplir el compromiso de ayudarlo en orden a su realización integral y empeñarse en cumplir la misión que como célula de la sociedad e *iglesia doméstica* tienen en la sociedad y en la Iglesia.

Esto supone una actitud habitual de entrega, de solicitud, de complementariedad hacia el otro cónyuge. ¿De qué le serviría al otro cónyuge una fidelidad sexual a toda prueba (que no le sería tan fácil), si le defrauda en su dimensión afectiva, en la vivencia de la amistad, si le deja solo/a, si se desinteresa de su vida, si es un casado-soltero/a que *hace su vida*.

La experiencia confirma cada día que no se puede jugar con las cosas del amor. Y, en este mismo sentido hay que decir que «el alma ventanera», que diría santa Teresa, el alma voraz de imágenes, la que no se protege contra las constantes provocaciones de los medios de comunicación, está poniendo en serio peligro su fidelidad, al menos, psicológica.

Terapia del corazón

Jesús, que va siempre a la fuente, invita a los casados a la fidelidad del corazón. El que anida en su corazón deseos adulterinos –viene a decir–, ya ha adulterado.

«Habéis oído que se dijo: *No cometerás adulterio*. Pero yo os digo que todo el que mira con malos deseos a una mujer ya ha cometido adulterio con ella en su corazón.»³⁵

³⁵ Mt 5,27-28.

El adulterio no consumado por razones sociales, por miedo a complicaciones, por falta de ocasión, como ocurría con los ancianos fiscalizadores de la casta Susana, son una quiebra del amor y una traición al cónyuge. Y, por lo demás, quien no vigila la infidelidad del corazón está a un paso de la infidelidad consumada.

Jesús invita a ir a la raíz, invita a sanear la fuente del corazón.

«Porque del corazón vienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios y las injurias.»³⁶

Si el amor de amistad no crece en la pareja, si su comunicación se vuelve aburrida y si la propia relación sexual se torna rutinaria, carente de ternura, puramente instintiva, el instinto se reaviva y demanda novedad y experiencias nuevas. Así es como surgen los enamoramientos tardíos, los amores de media tarde, de los cincuenta, en los que tanto el hombre como la mujer *necesitan* hacer patente que están todavía en forma, que tienen fuerza de atracción. ¿Quién no ha conocido y conoce numerosas parejas que han padecido y padecen semejantes galernas en el paso del ecuador de su travesía conyugal? ¡Cuántos no han naufragado y naufragan totalmente y cuántos, sin llegar a tanto, corren insospechadas aventuras amorosas!

La atracción erótica, el amor puramente pasional, es veleidoso y antojadizo, siempre ansioso de nuevas experiencias; por el contrario, el amor maduro, vertebrado en una amistad profunda, es invulnerable a los impactos de las escasas tentaciones que puedan asaltarlo. «No hay mujer

³⁶ Mt 15,19.

más bella en el mundo que mi novia; no hay mujer más fea en el mundo que mi esposa», afirma un dicho popular.

Con respecto a la *valoración ética* de la infidelidad hay que decir:

«Objetivamente –afirma el CESPLAM–, toda infidelidad matrimonial es un desorden grave y está prohibida por la ética cristiana:

- a) Porque es una falta seria a la palabra, al compromiso y a la alianza de los esposos.
- b) Porque rompe la comunión íntima de vida y amor que es todo matrimonio.
- c) Por exigencia intrínseca del mismo amor conyugal, que no tolera ser dividido, ni admite a ningún extraño a su mesa.
- d) Porque profana la imagen del matrimonio cristiano como símbolo del amor indiviso de Cristo y de la Iglesia.
- e) Por eso el adulterio es uno de los pecados más seriamente condenados por la Biblia.»

La respuesta a la tentación de la infidelidad no es ponerse a la defensiva y rehuir todos los posibles peligros. No. El gran peligro está en la pérdida de entusiasmo amoroso. Por eso la fidelidad, tanto interior como corporal, sólo es posible cuando los esposos viven en la ofensiva de un amor creador y creciente. Como señalo a continuación.

Por otra parte, el cónyuge traicionado ha de revisar la posible complicidad en la traición que ha sufrido por parte de su esposo/a. No será ocioso que se pregunte: ¿Ha ido buscando lo que yo no le proporciono? ¿Sufre insatisfacción por mi culpa? ¿Soy responsable de una traición glo-

bal en nuestro matrimonio? ¿Procuro hacerle feliz o vivo despreocupado/a, encerrado en mi mismo/a?

Creciente

Leña al fuego

En conversaciones familiares y en reuniones de grupo hemos comentado reiteradas veces las grandes sorpresas que nos han causado parejas que parecían de una consistencia garantizada, y que sin embargo, de la noche a la mañana (al parecer), han saltado, hechas añicos, por los aires. Yo hubiera puesto las mano en el fuego por algunas de ellas. Mi asombro todavía persiste. Algunos de los casos son novelescos.

Está claro que nadie tiene la unión asegurada y que la pareja que no *re-crea* y *re-alimenta* constantemente su amor no sabe hasta dónde puede llegar rodando cuesta abajo.

Es preciso recrear el amor. Para que el fuego de la hoguera se apague no hace falta echarle baldes de agua. Basta no echarle leña para que pronto la hoguera se reduzca a cenizas. Lo mismo ocurre con el amor en el matrimonio. No hacen falta adulterios, malos tratos, traiciones o crisis; basta dejar de alimentarlo para que inexorablemente se apague.

La paulatina extinción del amor en la pareja puede conducir a distintas versiones de muerte: a la ruptura social (divorcio legal), a la ruptura psicológica (divorcio real, convivencia conflictiva) y a la ruptura vital (convivencia sin graves conflictos, pero apagada, rutinaria, sin calor hogareño).

El lema para la relación de pareja no puede ser otro que el resabido de la publicidad: «Hoy te quiero más que ayer y menos que mañana».

Parecería que muchos ven con naturalidad la recesión en el amor a medida que los casados se van alejando del acontecimiento de la boda. Ven con toda naturalidad que los *casados* resulten *cansados*. Ése es un gran error. Tendrá que remitir, como es lógico, en sus manifestaciones pasionales, pero tendrá que ganar en hondura, ternura y calidad.

«Recuerdo haber leído en Kazantzakis –escribe J. L. Martín Descalzo– la historia de un anacoreta que le preguntaba a Dios cuál era su verdadero nombre y oía una voz que respondía: Mi nombre es *no-es-bastante*, porque es lo que yo grito en el silencio a todos los que se atreven a amarme.

No-es-bastante es, probablemente, el nombre auténtico de todo amor. Nunca se ama lo suficiente. Nunca se termina de amar. Es un agua que siempre da más sed. Quien ama de veras jamás logrará sentirse satisfecho; creer que ha cumplido su tarea, sentirse realizado con una ley que sólo le pide cumplir, es como el mulo que da vueltas a la noria.»

La vida humana es un continuo y permanente cambio. Heráclito, filósofo griego que vivió entre los siglos VI y V a. C. decía que el cambio es la naturaleza fundamental de la realidad. Nada es permanente, sólo el fluir es real. De ahí su famosa y conocida sentencia: «Nadie puede bañarse dos veces en la misma corriente». Como todas las cosas, también la vida matrimonial fluye permanentemente. El amor de los esposos no es algo dado y acabado en un momento concreto, como pudo ser la boda.

«El matrimonio –escribe atinadamente Fernando del Teso– es un *sacramento permanente*. Esto quiere decir que comienza con la boda, pero sigue, como una realidad sacramental, actuando en cada momento de la vida. El matrimonio es un *sí* que tiene que seguir vivo; por eso hay que sostenerlo y alimentarlo día a día. Sin quitar importancia al momento sacramental, tenemos que decir que el amor conyugal será siempre *meta, tarea y afán* de cada día.»

A partir de la celebración sacramental, del pronunciamiento solemne del *sí* ha de venir la ratificación diaria y creciente de los hechos.

Con razón dice K. Gibran: «El amor que no se renueva cada día, se vuelve hábito y una esclavitud». La advertencia es, ciertamente, muy seria.

En el matrimonio todo está en camino y nada hay definitivo e irrepitable. Lo que da frescura al amor matrimonial, y a cualquier otra tarea humana, es vivir descubriendo nuevos horizontes, nuevas metas y posibilidades. El matrimonio tiene la doble posibilidad contrapuesta: la de ser *creciente o menguante*. Si es creciente en fidelidad, lo será en felicidad. Si es menguante tiene ante sí todo un futuro de hastío.

«Para ser feliz –afirma Enrique Rojas– no es menester una vida cómoda, fácil y sin obstáculos, sino un corazón enamorado; un corazón que se esmera en mantener ese fuego día a día cueste lo que cueste. Y es que el amor hay que construirlo diariamente fomentando ese tejido de menudencias que lo hacen llevadero para que no se derrumbe ante la monotonía, las dificultades, los reveses y tantos imprevistos como a lo largo de la vida habrán de sobrevenirle.»

Etapas en la vida matrimonial

«El amor es un proceso dinámico, no estático –señala Enrique Rojas–; esto quiere decir que cambia, oscila, se modifica, pero mantiene sus puntos primordiales, la esencia con la que nació.»

El talante erótico, la pasión sentimental, como los casados saben muy bien por experiencia, sufre la fluctuación de las olas. Es la amistad, el mutuo aprecio, el respeto profundo, la comunión de los espíritus lo que da estabilidad a la relación matrimonial. Fernando del Teso señala acertadamente las siguientes etapas en la evolución de la vida de la pareja:

«1.^a *La formación de la pareja*. Corresponde al período del noviazgo y a los primeros pasos de la vida matrimonial. Se pasa de estar con uno mismo a compartir la vida con el consorte. Se van conociendo mutuamente a través de la convivencia diaria. Es una etapa que tiene sus crisis y temores característicos: miedo a una opción total y definitiva, temor a creer que uno se ha equivocado, miedo a irse de la casa paterna como lugar de seguridad, etc.

2.^a *La afirmación y estructuración del matrimonio*. Son los primeros años del matrimonio. Los cónyuges se van haciendo más maduros a través de los sucesivos cambios, adaptaciones y superación de dificultades. Es la etapa más productiva del matrimonio (casa propia, hijos, educación) y la más llena de tareas comunes. Tiene, también problemas típicos: *la crianza* de los hijos. Los esposos ya no están tanto tiempo solos ni tan pendientes el uno del otro. En especial el marido, siente un poco de celos de los hijos porque le arrebatan parte de la atención de su consorte. Pero el marido no puede sentirse apartado del cariño y de la atención de la mujer.

3.^a *La mitad de la vida*. Los hijos han elegido sus ca-

minos, están estructuradas las relaciones con los amigos, el trabajo es fijo y estable... Suelen ser unos años de evaluación de las etapas anteriores. ¿Qué se ha conseguido en el matrimonio y qué posibilidades han quedado sin realizar? Suelen aparecer resentimientos del uno contra el otro y un marcado interés hacia posturas individualistas.

4.^a *La vejez*. Tras la independencia de los hijos, los esposos vuelven a recuperar más intensamente la vida de pareja. El amor se hace más dulce y tierno, más denso y rico, más comprensivo y sólido. Los esposos dependen cada vez más el uno del otro. Aparece el problema de la jubilación, sobre todo en el hombre, y tienen en la enfermedad un enemigo común.»

Las películas y novelas nos brindan amores impetuosos y arrebatados. Son una parte de las manifestaciones amorosas, y quizá la menos importante, aunque sea la más cautivadora. Como en los grandes ríos, el amor suele tener un comienzo de salto y torrentera, pero luego, se va remansando poco a poco y se hace cada vez más caudaloso y profundo.

En la edad madura las manifestaciones amorosas pierden fuerza, pero la convivencia y el amor ganan en autenticidad y profundidad. Porque, ¿puede haber una manifestación amorosa más auténtica y atractiva que la de unos ancianos cogidos de la mano? La estampa de un matrimonio mayor que han pasado la vida juntos y se siguen queriendo, es uno de los mejores cantos al amor. Porque es el amor reposado, arraigado y fiel hasta la muerte.

Cada etapa tiene sus crisis propias que, superadas creativamente, dan paso a una experiencia de comunión, cada vez más honda; pero mal resueltas, deterioran la relación conyugal.

Cuando los dos son fieles a la dinámica creciente del amor, cuando alimentan esmeradamente la cordialidad en su relación, llegan a ese abrazo ininterrumpido de los espíritus como esos esposos ancianos admirables que todos conocemos y que comparten tan íntimamente la existencia en todos sus aspectos.

De ellos se dice: «La muerte mata al uno y enferma al otro de muerte». Es la consumación de la amistad que hace que no se autoendiendan el uno sin el otro.

Casarse cada día

La dinámica de la relación conyugal es como la del ciclista y el piloto de avión; si no avanzan, se estrellan. Si un matrimonio no crece, incurre inevitablemente en el tedio de la rutina.

Alerta M. Quoist: «¡Cuántos jóvenes piensan, al salir de la iglesia: "En fin, ya nos hemos casado, ya conseguimos nuestro propósito, se acabó ya todo, ya sólo nos toca disfrutar de la alegría"!»

No saben que todo empieza, que no han llegado sino que parten. Ignoran que deberán casarse cada día para lograr ser *uno*. No creen que muy pronto se desengañarán el uno del otro si no se ofrecen, en Dios y por Dios, un amor infinito.

Cuando tu coche está en marcha ¿abandonas el volante y los pedales, bajo pretexto de que, ahora, ya corre?

Cualquiera que sea la edad de vuestro hogar, no estáis ni estaréis jamás totalmente casados. Tenéis que casaros cada día.

«Es una necesidad —escriben los obispos vascos en su carta colectiva *Redescubrir la familia*, n. 45— que los cón-

yuges alimenten de una manera consciente y permanente en la totalidad de la vida matrimonial la dimensión comunicativa del amor. El amor ha de ser una meta a alcanzar, por medio de un proceso en el que pueden darse momentos e incluso etapas más o menos duraderas, de oscuridades y retrocesos e incluso de crisis.»

En numerosos grupos de matrimonios, sus integrantes han echado una mirada retrospectiva para comprobar la realidad de su relación. Hay una increíble coincidencia que hace pensar en una especie de ley inexorable en la vida matrimonial. Salvo raras excepciones todos los matrimonios, apenas a escasos meses de su boda, sienten un cierto desencanto. Encuentran muy distinto al cónyuge. Se produce una sorpresa; descubren facetas, limitaciones que ni sospechaban en el consorte, y otras que conocían y que, contempladas desde el romanticismo del primer enamoramiento, se les hacían llevaderas, ya en el matrimonio, les resulta más costoso soportarlas. *¡Qué distinto encontré a mi marido, qué distinta encontré a mi mujer, al poco tiempo de casarnos!*, es una expresión que han repetido numerosas parejas.

Las novelas son novelas y las películas, películas; las películas de amor suelen terminar con el consabido *se casaron y fueron felices...* La verdad suele ser muy diferente: *Se casaron y empezaron los problemas...*

«Los problemas, las dificultades y adversidades de la vida, vividos conjuntamente por los esposos en actitud matrimonial –afirma densamente J. A. Pagola– son ocasión para profundizar y crecer en un amor cada vez más sólido y realista. Lo que en un comienzo pudo ser, sobre todo, *enamoramiento*, atracción física, goce erótico... puede irse afianzando como amor fuerte y gozoso.

Naturalmente, esto exige cuidar día a día el amor. La infidelidad, el enfriamiento, la ruptura, no es algo que sucede de pronto, de manera imprevista. Es siempre algo que se viene gestando día a día cuando la relación se va contaminando de egoísmo, pequeñez, resentimiento, interés, venganzas, rechazos.»³⁷

Sobre los medios y remedios para crecer como matrimonio y familia los señalo más adelante en *Luna de miel creciente*.

Fecundo

El nosotros del hijo

El amor conyugal, por su propia naturaleza, es fecundo. Ese nuevo ser que es el *nosotros* matrimonial reclama frutos que reflejen, reafirmen, recuerden vivamente la comunión gozosa de los cónyuges. Esa nueva criatura, sea un hijo o una creación es, al mismo tiempo, *fruto* y *semilla* de la unión. Es un nuevo lazo que une a los cónyuges. Es la culminación y el sello de su amor.

«Los hijos son, sin duda –afirma el Concilio–, el don más excelente del matrimonio y contribuyen sobremanera al bien de los propios padres...»³⁸

La relación matrimonial está natural y esencialmente orientada hacia la fecundidad *biológica*.

El amor conyugal, que es esencialmente don de sí, no se agota dentro de la misma pareja. Busca su realización ulterior, más allá de ésta, en la realidad del hijo, al que Juan Pablo II denomina bellamente, «reflejo viviente de su

³⁷ PAGOLA, José Antonio: *ob. cit.* p. 29.

³⁸ Vaticano II, GS 50.

amor, signo permanente de la unidad conyugal, síntesis viva e inseparable de la madre»³⁹.

Es natural que el nacimiento de la persona de la santa trinidad familiar provoque en el padre y en la madre la emoción temblorosa de ser padres cuando, por fin, tienen a su hijo entre los brazos. A numerosos neo-padres se les inundan los ojos al darles la buena noticia de su paternidad o su maternidad. Hace un par de días, pude contemplar los ojos húmedos de Luis y Ana, miembros de un grupo de matrimonios, al ir a felicitarles por el nacimiento de Sergio. «Es una alegría que no se puede describir», confiesa Luis. «A pesar de los dolores y de lo mal que lo pasas –agrega Ana–; pero eso no significa nada en comparación con tener éste pimpollete. Se cumple lo del evangelio»⁴⁰.

El nuevo beato Federico Ozanam vive el nacimiento de su hija María (24 de julio de 1845) con verdadera exaltación mística. En la explosión de su alegría, escribe estremecido: «Soy padre y soy depositario y guardián de una criatura inmortal; hay en ella un alma hecha para Dios y para la eternidad».

«La relación conyugal y su plena expresión en la comunicación y mutua donación sexual –afirman los obispos vascos en su carta pastoral conjunta *Redescubrir la familia*, nn. 47-49– están ordenadas por su propia dinámica interna a la fecundidad. Esa intencionalidad natural se manifiesta en la realidad física de la unión de los sexos. La revela también la unión espiritual de los esposos cuyo amor busca trascenderse en la originalidad de un nuevo ser humano. Por ello la apertura de la sexualidad a la fecundidad

³⁹ Juan Pablo II, *ob. cit.* n. 14.

⁴⁰ Jn 16,21.

no debe considerarse como algo añadido, arbitrario y extrínseco, dependiente de la mera voluntad de los esposos e incorporado desde fuera a la entidad propia del acto sexual.

La complejidad de las cuestiones relativas al control de la natalidad y a la moralidad de los medios utilizados para lograrlo, no deben desviar la atención de esta verdad fundamental, necesaria para comprender toda la riqueza humana del matrimonio y de la comunidad de amor propia de los esposos...

La renuncia al hijo, los aplazamientos de su concepción derivados de cálculos egoístas, el temor a la procreación, son realidades que reflejan actitudes contrarias a la plena expresión y expansión del amor conyugal, y llevan en sí mismas el germen de una eventual frustración. Comportamientos de esta naturaleza impiden el pleno despliegue de la realidad humana y cristiana del amor conyugal.

La intención más o menos explícita de disfrutar del amor conyugal sin el estorbo de los hijos que pudieran venir, difícilmente puede eludir la sombra de un egoísmo compartido y puede fácilmente derivar hacia el hastío y el sueño engañoso de nuevas experiencias. El mandato de Dios “sed fecundos y multiplicaos” es portador, en sí mismo, de una bendición anterior al imperativo de “llenar la tierra”⁴¹. Así como el placer de la unión sexual carente de la comunicación de amor arrastra consigo la depreciación humana del “conocimiento” mutuo de los esposos, de la misma manera la separación artificial de principio, entre la donación amorosa y la fecundidad, implica la ruptura de la dinámica estructural del amor sexual entre los esposos.»⁴²

⁴¹ Cfr. Gn 1,28.

⁴² Obispos vascos: *Redescubrir la familia*, Idatz, San Sebastián, 1995, nn. 47-49.

En el mismo documento entonan un canto a la riqueza que aporta el nuevo hijo al hogar:

«La existencia de la nueva vida engendrada por el amor de los esposos, introduce una nueva realidad, enriquecedora de la relación familiar. Lejos de ser un factor desestabilizador de la armonía antes vivida, debe ser recibida como portadora de una nueva manera de vivir en familia, más intensa y enriquecedora, creadora de una responsabilidad compartida y llamada a ahondar y consolidar el amor conyugal.»⁴³

¡Cuántos y cuantos niños (*tremendo-disgusto*) se han convertido para sus madres e incluso para sus hermanos en *vida, dulzura y esperanza nuestra!*

Paternidad responsable

No. No es exactamente así, pero, evidentemente, un hogar sin hijos, parece como un nido sin polluelos; se tiene la sensación de vacío, de algo incompleto. No en vano la Trinidad, que es familia, a cuya imagen ha sido hecho el ser humano⁴⁴, la forman tres.

Pero, a la hora de procrear, muchos matrimonios tienen problemas, y problemas muy serios: «¿Hijos ahora que estoy preparando oposiciones y que hay crisis laboral en la empresa de mi marido?», me comentaba una pareja que se ha casado hace apenas unos meses. ¿Más hijos? ¿Cuántos? Y si no deben tener más hijos, ¿cómo fomentar el amor mutuo por la intimidad conyugal? A estas pregun-

⁴³ Obispos vascos: *ob. cit.* n. 53.

⁴⁴ Gn 1,26.

tas bien vitales responde el Concilio con *paternidad responsable*.

«La fecundidad, dimensión importante de la vida familiar y social –declara la Delegación Diocesana de Pastoral Familiar de Madrid–, también está sometida a la exigencia fundamental de actuar responsablemente. Los hijos no pueden ser fruto del azar, del instinto, de la improvisación, de la irreflexión. Al plantearse la posibilidad de un hijo, los esposos han de pensar sin egoísmo ni angustias si tal eventualidad es razonable o no, si el momento es el mejor o conviene esperar.»

Paternidad responsable es, por supuesto, la decisión libre, razonada y amorosa sobre los hijos que se han de tener. La paternidad responsable supone también la consiguiente responsabilidad educativa de los hijos ya tenidos.

A veces oímos decir (hoy ya menos): *Hijos, los que Dios quiera*. Y esto es verdadero o falso según se entienda. Si se entiende los que *se puede* y *se debe* tener, es válido. Pero si se entiende lo que la naturaleza o el instinto puede traer, es falso: porque en este caso no sería paternidad responsable. Luego el ideal no es tener muchos o pocos hijos. El ideal es la paternidad responsable. Y tanto se puede pecar por exceso que por defecto. Es decir, se puede pecar por no tener los hijos que se deberían tener, o por tener más de los que se pueden tener.

Con respecto al número de hijos, el «juicio en última instancia –afirma el Concilio–, deben formarlo ante Dios los esposos personalmente»⁴⁵. Y deben formarlo tratando de salvaguardar los valores esenciales del matrimonio y

⁴⁵ Vaticano II, GS 50.

de la familia, cosa que no siempre se tiene en cuenta, vulnerando a veces aspectos vitales de la vida conyugal y familiar, como son la armonía, el equilibrio psíquico y emocional, la educación de los hijos que ya se tienen, por salvaguardar algunos aspectos éticos secundarios en la relación sexual. Esta falta de perspectiva global sobre la misión de la familia ha tenido indescriptibles consecuencias lesivas sobre los matrimonios y las familias. Cualquier consejero matrimonial puede atestiguar muchas de ellas.

El Concilio señala los valores que han de tener como referencia los esposos a la hora de formarse su juicio práctico como padres responsables.

«En el deber de transmitir la vida y de educarla, lo cual hay que considerar como su propia misión, los cónyuges saben que son cooperadores del amor de Dios creador y como sus intérpretes. Por eso, con responsabilidad humana y cristiana cumplirán su misión y con dócil reverencia hacia Dios, se esforzarán ambos de común acuerdo y esfuerzo por formarse un juicio recto, atendiendo tanto a su propio bien personal como al bien de los hijos, ya nacidos o todavía por venir, discerniendo las circunstancias de los tiempos y del estado de vida tanto materiales como espirituales, y, finalmente, teniendo en cuenta el bien de la comunidad familiar, de la sociedad temporal y de la propia Iglesia.»⁴⁶

Lo importante es, por lo tanto, que si se ha de renunciar o se ha de diferir la paternidad y la maternidad no sea por razones meramente egoístas: por llevar una vida más cómoda sin las ataduras y los cuidados de los hijos, por disfrutar más y mejor de una vida consumista, poder via-

⁴⁶ Vaticano II, GS 50.

jar, o por razones estéticas (para no comprometer el tipo). En este caso, el amor mutuo es muy sospechoso. ¿Qué amante verdadero no quiere que su amor tenga nombre de niño/a, verse los dos amantes viviendo conjuntamente en el hijo/a, fruto de su relación amorosa? Un matrimonio que no viva y sienta esto puede estar seguro que no irá muy lejos en su felicidad conyugal. Generalmente, en su pecado tienen la penitencia.

Acertada y dura es la afirmación de los obispos vascos en su carta conjunta *Redescubrir la familia*, n.50:

«Es equivocado confundir lo *natural* con lo puramente *espontáneo* y *ciego*. Pero tampoco sería acertado ignorar la deshumanización generada por una cultura unidimensional que insensiblemente va privando a la naturaleza humana de sus más puras y ennoblecedoras capacidades, en aras de un consumismo egoísta y sin sentido.»

La otra paternidad

Hay otras formas de fecundidad además de la biológica. Hay matrimonios sin hijos más fecundos que los que tienen familia numerosa.

Ya los clásicos latinos decían: «No sólo es padre el que engendra; es padre el que educa, el que alimenta, el que salva una vida».

Los obispos vascos y de Pamplona escriben certeramente:

«También los matrimonios que, en contra de su voluntad, se ven privados de los hijos que habrían deseado, pueden dar a su amor conyugal la proyección de fecundidad que la naturaleza les niega. La adopción de niños necesitados de hogar y de calor humano, la dedicación a obras de

iniciativa social y el mismo compromiso apostólico ejercido con especial entrega, son algunos de los múltiples modos con los que estas parejas pueden hacer fecundo el amor que gozosamente comparten, superando así la frustración que en ellos pudiera originarse.»⁴⁷

¡Qué fecundidad tan sorprendente la de 600 matrimonios españoles que ante la llamada de protección de menores han respondido adoptando un niño deficiente! ¡Ésta sí que es una paternidad y maternidad gratuita y responsable, que se da sin esperar absolutamente nada a cambio!

¡A cuántos matrimonios sin hijos hay que agradecer su gran fecundidad en instituciones humanitarias, en centros docentes y deportivos, en parroquias y movimientos cristianos! ¡Cuánto tenemos que agradecerles los pastores y guías de estas instituciones!

¿Qué mayor fecundidad que la de unos amigos míos, un matrimonio de docentes que se entregan a los alumnos en cuerpo y alma con la generosidad de unos padres, mucho más allá de su incumbencia, como profesores? En las poblaciones de desintegración familiar, donde les he conocido, hacen de padres para chicos desamparados por el descuido de los padres biológicos.

Padres y madres son los catequistas que, con la formación humana y religiosa que proporcionan, con el testimonio de su vida, engendran almas gemelas, animadas por los mismos valores humanos y evangélicos que impulsan su propia vida.

Padre y madre es quien, invitando a otros a la fe y ayudándoles a crecer en ella, son mediadores de una nueva vida. Por eso Pablo se consideraba *padre* de los corintios.

⁴⁷ Obispos vascos: *ob. cit.* n. 54.

«No os escribo esto para avergonzaros, sino para amonestaros como a hijos míos muy queridos. Porque, aunque tuvierais diez mil maestros en la fe, padres no tenéis muchos; he sido yo quien os ha hecho nacer a la vida cristiana por medio del evangelio.»⁴⁸

Por esta razón se empezó a denominar *padre* y *madre* a los religiosos y religiosas, porque engendran en las personas una nueva vida: la de la fe.

¿Quién ha sido más fecunda que la madre Teresa de Calcuta, que devolvió a la vida a miles y miles de niños y rescató de la muerte a incontables medio muertos? ¿Quién es más padre y más madre que tantos que rescatan de la muerte de la droga, del alcohol o que les libran de ellos con la acción preventiva?

Hay matrimonios que expresan su maternidad y su paternidad creando conjuntamente obras culturales, deportivas, humanitarias en las que reflejan conjuntamente su fecundidad. Dominique Lapierre y su esposa, impulsados precisamente por el testimonio de sacrificio de la madre Teresa, han apadrinado una región miserable, insalubre, pantanosa, a las orillas del Ganges y están saneando y promoviendo su desarrollo con su dinero y bajo su misma dirección. ¿Hubieran sido, tal vez, tan fecundos criando una docena de hijos como salvando de la muerte a miles de niños comidos por la miseria y por las enfermedades endémicas?

Por lo demás, no hay que olvidar que la paternidad y la maternidad biológica y psicológica con respecto a los propios hijos no se oponen, sino que se complementa y enriquece con la paternidad y la maternidad psicológica y

⁴⁸ 1 Cor 4,14-15.

espiritual con respecto a hijos ajenos que necesitan cariño, protección y formación.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Hemos decidido el número de hijos que hemos de tener a la luz de los criterios del Concilio?*
- 2.º *¿Son, tal vez, razones de comodidad, de consumismo o meras conveniencias egoístas las que influyen en nuestra decisión?*
- 3.º *¿Qué posibilidades tenemos de ejercer la paternidad y la maternidad psicológica y espiritual, educando, protegiendo, formando a niños o jóvenes que no son nuestros hijos?*
- 4.º *Si somos matrimonio sin hijos, ¿cómo ejercemos nuestra fecundidad matrimonial en el orden psicológico y espiritual? ¿Cómo habríamos de ejercerla?*

Amar es compartir

Nuestro

Si algo pone de relieve Lucas en la vida de la comunidad de Jerusalén es la comunión de bienes: «Lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía... De hecho, entre ellos ninguno pasaba necesidad»⁴⁹. Éste era el gran milagro que asombraba a aquella sociedad acostumbrada como todas a guardar lo suyo en caja fuerte.

Esta actitud la habían aprendido los miembros de la

⁴⁹ Hch 4,32-34.

comunidad de los mensajes de Jesús, pero sobre todo de su praxis. De él ha dicho genialmente el poeta Celso Emilio Ferreiro: «Hubo una vez un hombre que no dijo nunca *mío*». La comunidad prepascual de los discípulos y el Maestro vivía esta comunión de bienes; Judas era el administrador que sisaba⁵⁰. Pablo hace constantes referencias en sus cartas a la generosidad con que compartían.

«Sobre el amor fraterno no tenéis necesidad de que diga nada por escrito –escribe a los tesalonicenses–, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios a amaros los unos a los otros. Y así lo practicáis con todos los hermanos que residen en Macedonia.»⁵¹

A los corintios, en su segunda carta, les sugiere que tampoco se sobrepasen en su ayuda a los necesitados de la comunidad de Jerusalén.

«Y tampoco se trata de que, para alimentar a otros, vosotros paséis estrecheces, sino de que, según un principio de igualdad, vuestra abundancia remedie en este momento su pobreza.»⁵²

Si la comunidad cristiana plural está llamada a compartir de esta manera *extraña* en una sociedad (la de todos los tiempos) en la que cada uno amuralla lo *suyo*, en la que cada uno guarda celosamente la clave de su caja fuerte, en la que cada uno defiende su predio con rabiosos perros guardianes, ¡cuánto más la comunidad cristiana familiar, célula básica de la otra comunidad eclesial, hete-

⁵⁰ Jn 13,29.

⁵¹ 1 Tes 4,9-10.

⁵² 2 Cor 8,13-14.

rogénea y amplia! A la *iglesia doméstica* le corresponde ser una escuela en la que se aprende a compartir con los que no son de la propia carne y sangre. Quien no comparte con los de su propia familia, ¿cómo va a compartir con los extraños?

Es preciso advertir que este compartir no se refiere sólo, ni mucho menos, a compartir los bienes materiales, a formar una sociedad económica entre la pareja o la familia, sino que va, por supuesto, más allá.

Los cónyuges y el resto de los familiares están llamados, evidentemente, a compartir *lo más íntimo* de sus vidas, sus experiencias, sus gozos y sus tristezas, sus éxitos y fracasos, sus esperanzas y sus angustias, su fe y sus dudas, sus experiencias humanas y religiosas. Por eso entre ellos no puede haber recintos cerrados con llaves ni cajas fuertes con clave. De esto ya he hablado.

Si Pablo reclama a los miembros de las comunidades «alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran»⁵³, como una exigencia de la fraternidad evangélica, ¿cómo podría llamarse *iglesia doméstica* aquel matrimonio o aquella familia en la que cada miembro pasara de largo ante las íntimas alegrías y las hondas angustias de los demás?

Casarse es olvidar el posesivo *mío* y *tuyo* para sustituirlo, no sólo verbal sino verdaderamente, por el *nuestro*.

Las arras, algo más que un mero símbolo

«Recibe estas arras –recitan los novios en el momento de entregárselas mutuamente–, prenda de la bendición de Dios y signo de los bienes que vamos a compartir.» Que

⁵³ Rm 12,15.

han de ser todos: los bienes psicológicos, los propios del sexo, los de la propia personalidad; bienes culturales, sociales, espirituales y materiales, con la finalidad de complementarse mutuamente; lo mismo que ha de ocurrir con el resto de los miembros de la familia.

El compartir los *bienes materiales* estaba simbolizado desde hace siglos en el gesto ritual casi religioso de partir el pan en la comida familiar; gesto que realizaba siempre el jefe de familia o el huésped como señal de honor. Los de Emaús invitan al Huésped, el desconocido compañero de viaje, a partir el pan de la cena; le reconocieron por su forma de hacerlo, porque era del grupo apostólico⁵⁴.

Los cristianos denominaban a la eucaristía la «fracción del pan»⁵⁵ por el hondo significado de igualdad fraterna que expresa. En la hogaza misma, compuesta de granos de diversos campos, triturados y amasados y formando una nueva unidad, veía la comunidad una imagen de sí misma. Una bellísima oración de ofrenda del pan expresaba este simbolismo. *Compartir* significa *partir-con*; es decir, partir en partes iguales, muy distinto a *repartir* o a participar, que significa etimológicamente *dar parte*, que no necesariamente es igual. Lo propio de la familia es *compartir* en rigurosa igualdad.

Charles Péguy expresaba esta realidad sublime con palabras fotográficas: «La Iglesia es la *mesa familiar* en la que todos comen de la misma sopera. Y Dios preside la comida paternalmente». No hay nada más confiado que meter todos, en absoluto gesto de igualdad, la cuchara en la misma sopera. Lucas nos señala el gran *milagro* de la comunidad de Jerusalén: «Nadie consideraba como

⁵⁴ Cfr. Lc 24,30-31.

⁵⁵ Hch 2,42.

propio nada de lo que poseía»⁵⁶. Si este compartir igualmente es una exigencia de toda comunidad cristiana, de todo matrimonio sea cristiano o no, es una exigencia mayor cuando se trata de la célula básica de la comunidad cristiana, que es la familia.

«Cuando seas padre, comerás huevos», decía la expresión popular que se llevaba efectivamente a la práctica. Por un doble motivo: como señal de preferencia por el sentido patriarcal que tenía la familia y porque, generalmente, el jefe de familia era el que realizaba los trabajos más duros del campo y necesitaba una alimentación más nutritiva. ¿No ocurre, quizá, hoy exactamente al revés? Creo que, en este movimiento pendular que caracteriza a la historia, estamos cayendo en el extremo contrario. En muchos hogares quien impone el menú, quien se lleva la mejor tajada, quien gasta más y en lo mejor es el hijo, la hija, los hijos de la casa. Obsesionados los padres por la adecuada alimentación y por el miedo a que enfermen de anorexia, con frecuencia los malcrían. En este juego, las madres, generalmente, han salido y salen malparadas, muy a su gusto, sin duda.

Es un tópico que nadie pone en tela de juicio: *A los chicos se les mima, que no les falte de nada, ¡por Dios!, que no les pase como a nosotros*, dicen muchos padres. Con ello, quieren compensar en los hijos la vida de privaciones que padecieron ellos en su infancia. Para los hijos lo mejor de la comida, la ropa y el calzado de marca, viajes de toda clase, mientras, muchas veces, los padres se contentan con visitar la ciudad más cercana. *¡Que disfruten ellos, que están en la edad de hacerlo!*, suelen exclamar muchos padres. Por supuesto, todo lo que se em-

plee en gastos educativos está bien empleado; pero lo demás, pienso que es un serio error formativo; es decir, una actitud paternalista deformadora. Con ello se está criando a un *señorito* o a una *señorita* que va a ir por la vida con la convicción de que los demás son criados a su servicio.

Maximum jus, maxima injuria, decían los latinos haciendo un juego de palabras. Traducido significa: Medir a todos por el mismo rasero es una gran injusticia. Como es lógico, no puede haber una absoluta igualdad en la familia; hay sujetos que tienen derecho a preferencias y mimos especiales: los enfermos y débiles, los que necesitan cuidados especiales. Esto es de sentido común.

Sin que se vaya a caer en el rigorismo administrativo de una empresa en la que cada uno tiene su sueldo legal, sí es preciso recordar la exigencia de igualdad a la hora de los gastos. Todavía hay esposos faltos de formación (ya son menos, por suerte) que esgrimen como argumento para sentirse dueños del dinero de la casa: *Quien gana el dinero soy yo*, como si las tareas domésticas no fueran remunerables.

En este sentido, es también una auténtica contradicción matrimonial la separación de bienes sin razones de tipo económico o social bien justificadas. Con ello se pervierte el matrimonio en una sociedad limitada, donde cada uno conserva su capital.

Las tareas domésticas, tareas de «todos» los domésticos

El empleo de la mujer, una revolución

Uno de los factores de revolución que en los últimos quinquenios se está produciendo en la familia española es, sobre todo, el empleo laboral de la mujer.

⁵⁶ Hch 4,32.

Sin que alcancemos todavía los niveles medios de Europa, con todo, el crecimiento es considerable y tiende progresivamente a la equiparación con el resto del continente. Conocemos la cuota del 25 % que ponen y se imponen algunos partidos políticos para que sus mujeres estén en las listas electorales para el Senado y el Congreso de los Diputados.

Me acaban de proporcionar desde el INEM y desde el Instituto de la Mujer los últimos datos sobre el empleo femenino. El porcentaje de mujeres empleadas, que en 1993 era del 34 %, se sitúa en estos momentos en el 39 % de la población activa. El 75 % de la población activa de las mujeres comprendidas entre los veinticinco y treinta y cuatro años, tiene trabajo extradoméstico. Con respecto a las mujeres casadas, que en 1974 trabajaban fuera de casa el 14 %, hoy lo hace el 37 %. El incremento es, por lo tanto, espectacular.

Leo en el *Faro de Vigo* del 23 de mayo de 2000, el siguiente titular: «Las mujeres colegiadas (en el Colegio de Abogados) se aproximan ya en número a los hombres». La primera en ejercer fue María Ramona San Luis Costas; la segunda tardó cinco años en colegiarse... Ahora se van aproximando en número a los hombres. Si nos referimos a quienes ejercen y residen en el partido judicial que comprende los municipios de Vigo, Bayona, Nigrán y Gondomar, contabilizamos, a mediados de mayo de 2000, un total de 920, de los que 543 son hombres y 377 mujeres.

Es palpable, pues, el movimiento ascendente de la incorporación de la mujer al mundo laboral, a pesar de la crisis y el retroceso sufridos en la década pasada.

La repercusión sobre el núcleo familiar del trabajo extradoméstico de la mujer difiere, evidentemente, según la situación de la familia. No repercute de la misma manera

cuando el matrimonio tiene hijos que cuando no los tiene; cuando los hijos son pequeños que cuando son adolescentes o mayores. Pero siempre, siempre, tiene una gran repercusión, en todos los sentidos.

Esta situación, por de pronto, ha creado un nuevo rol para los abuelos que asumen una participación mayor en la crianza de los nietos. Me impresiona ver, a las siete de la mañana en los inviernos madrileños, a padres jóvenes bajar de los pisos con sus bebés, perfectamente arropados, para dejarlos en el piso de los abuelos durante las horas laborales precisas, y a abuelos que vienen a hora temprana a los pisos de sus hijos para hacerse cargo de ellos mientras el hijo/a y el yerno o la nuera trabajan. Ya es familiar en todas las ciudades y poblaciones ver a los abuelos a las puertas de los colegios aguardando a los nietos para acompañarlos a casa, o en el parque cuidándoles, entreteniéndoles y dándoles la merienda.

El trabajo de la esposa y madre afecta a la psicología de todos los miembros de la familia y cambia sus hábitos sociales.

No es la misma la actitud psicológica de una madre cuya única profesión son *sus labores*, que la de una madre que llega, tal vez, cansada, irritada por los conflictos laborales e interrelacionales de la empresa, oficina o colegio, después de ocho horas de trabajo. Ni es la misma la actitud del marido según su mujer trabaje o no fuera de casa. Y está claro que esta circunstancia tiene también una notable repercusión en la vida de los hijos.

La mujer que gana un sueldo fuera de casa tiene una sensación de autonomía y de mayor igualdad con respecto al esposo, quien no podrá decir: *Aquí quien gana el dinero soy yo*, como ocurría con tanta frecuencia en los hogares tradicionales.

La situación de la esposa y madre empleada reclama, sobre todo, una mayor colaboración del marido en el cuidado de los niños, debiendo alternar indistintamente, según los horarios de trabajo, en cambiarles, darles el biberón o la comida, llevarles al colegio. El trabajo de la mujer fuera de casa impone organizarse para una limpieza más a fondo los fines de semana y hacer la compra diaria y semanal. Reclama, sobre todo, una estrecha colaboración en las tareas domésticas. Las tareas domésticas son tareas de todos los domésticos, es decir, de todos los que integran el grupo familiar.

La cuestión del fregadero

«Trabajamos los dos, pero quien friega soy yo», afirma Jaime Calviño que es la queja generalizada de las mujeres en sus consultas de psicólogo matrimonial.

Aunque los matrimonios jóvenes lo tienen más asumido, no hay ningún grupo de matrimonios en el que, al tocar el tema de las tareas domésticas, no se enardezcan los ánimos; y hombres y mujeres, medio en broma, medio en serio, no se echen mutuamente los trastos a la cabeza, en estos tiempos en que son ya muchas las mujeres que tienen el mismo ritmo laboral fuera de casa que los varones.

La colaboración en las labores domésticas hace que, al saber por experiencia lo que cuestan, se valore el trabajo de la esposa. Por otra parte, estar mano a mano en la misma tarea une a la pareja y a toda la familia. Por eso, cuando son capaces y es posible, conviene que los hijos se agreguen a la labor común. De este modo aprenden a compartir todo, también el trabajo doméstico. ¡Qué edu-

cativa resulta esta corresponsabilidad dentro del convivir familiar!, según el testimonio de numerosos padres.

Naturalmente que sobre la distribución de tareas no hay nada escrito ni se puede reglamentar. La única clave para resolver el tema de la distribución de tareas es la generosidad y el amor sacrificado de cada uno, que le lleva a adoptar una actitud de servicio, a elegir para sí lo más trabajoso. Si hubiera que llegar a la reglamentación rígida, sería señal de que el amor habría muerto; y, entonces, habría que vivir a base de pactos implícitos o explícitos. Desgraciadamente, es lo que ocurre en muchos matrimonios y familias.

La cuestión del fregadero no es una cuestión baladí, por lo que en sí significa y por las consecuencias positivas o negativas que, según se meta o no las manos en ello, tiene para la vida conyugal. Lo observamos en nuestro entorno; y, por si alguien lo duda, ahí está el testimonio de Jaime Calviño que antes aduje. En el fregadero se organizan muchos conflictos y se consolidan muchas amistades conyugales y familiares. Hay muchas mujeres y muchas madres resentidas porque, además de dejarlas solas en las tareas domésticas, ni los esposos ni los hijos valoran o agradecen lo que hacen.

La igualdad en la vida conyugal y familiar hay que llevarla también a la *diversión* y el descanso. Es frecuente que el marido salga de casa, alterne con los amigos, juegue la partida en el bar, vaya de caza o pesca, al partido de fútbol, etc., y todo lo haga normalmente solo, sin la compañía de la mujer, y, en cambio, como residuos de machismo, lleva a mal que la mujer haga paralelamente lo mismo con sus amigas y compañeras. Evidentemente, estamos en un campo en el que la mujer se va liberando progresivamente, pero en el que todavía le quedan bas-

tantes cuotas de libertad y de igualdad por conquistar. El descanso, el ocio y la diversión compartidos, unen fuertemente a los esposos y a la familia. Por suerte, hay muchos esposos y esposas, padres y madres que, como ellos mismos confiesan, *no saben ir solos, sin el esposo/ a o los hijos a ninguna parte*. ¡Como tiene que ser!

Tarea *nuestra* es también la *educación de los hijos*, con frecuencia delegada en la madre. Hay muchos padres que creen que bastante hacen con ganar el sustento para ellos; proporcionales el alimento, la educación, es cosa de la madre. Muchas madres, conscientes de la situación, recurren al padre como juez de última instancia para situaciones límites. Por parte de muchos padres, hay una cómoda y lesiva delegación de sus funciones de educadores en las esposas.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿En qué medida compartimos tristezas y alegrías, pensamientos y sentimientos, éxitos y fracasos, ilusiones y proyectos?*
- 2.º *¿Disfrutamos de los bienes materiales en pie de igualdad? ¿Nos arrogamos privilegios o mimamos a los hijos?*
- 3.º *¿En qué medida compartimos las tareas domésticas? ¿Y el cuidado y educación de hijos y nietos?*
- 4.º *¿Qué habríamos de hacer para compartir más y mejor?*

PARA CONSTRUIR EL HOGAR

Un proyecto

El proyecto, lo primero

Es preciso hacer un proyecto de vida, el proyecto común, *nuestro proyecto*, un proyecto que, en el caso de los cristianos, ha de buscarse que coincida con el proyecto de Dios sobre la pareja y la familia en general y sobre la propia familia en particular.

Es necesario tener y hacer un proyecto, porque es necesario saber lo que se quiere en la vida. Y tener un proyecto de vida en pareja es, justamente, saber lo que se quiere hacer del matrimonio y de la familia, el sentido que se le quiere dar. Esto supone haber conversado profundamente y estar de acuerdo.

Se trata de unos acuerdos mínimos, de base, pero fundamentales. Es tener unas pautas en las que se coincide. Si no se quiere lo mismo es muy difícil la convivencia, sobre todo si los querer es son muy divergentes. Si uno tiene como ideal con respecto a los bienes económicos el acumular y el otro consumir, vemos qué difícil será la convivencia pacífica.

El proyecto de vida en común se basa en unos principios desde los que nos situamos ante la existencia, pase lo que pase. Dará sentido a lo más pequeño y también a

lo más grande. ¡De qué manera tan distinta reaccionan ante acontecimientos, a veces duros, quien sabe lo que quiere en la vida y quien no lo sabe!

Esos principios son unas cuantas cosas que tenemos claras y que cimentan el devenir de nuestra vida, le dan coherencia, hacen fácil la toma de decisiones; porque ya sabemos lo que queremos, inciden en la elección de nuestras amistades, en nuestro ocio y diversiones y dan sentido a la rutina y al quehacer de cada día, al dolor y a las penas, al placer y a los gozos, en una palabra, a la vida y a la muerte.

El proyecto de vida en común facilita eficazísimamente solventar sin grandes complicaciones las dificultades y conflictos que van surgiendo. Hay parejas que, por falta de un proyecto, se atascan muy pronto. No saben qué hacer para salir de los conflictos, a veces muy pequeños, que llegan por desgracia a convertirse en definitivos. ¡Hay casos en que un gran amor se arruina por desconocer cosas elementales!

Al matrimonio le define el amor que une a los contrayentes y la voluntad de realizar un proyecto en común. Hay familia desde el momento en que la pareja tiene un proyecto de vida.

El proyecto de matrimonio y de familia es el que permite cambiar lo imprescindible, lo mudable al paso del tiempo, siguiendo fieles a sí mismos.

Ese proyecto es conveniente formularlo, escribirlo, tenerlo como un documento sagrado en el que se refleja la comunión interior y la meta siempre urgente en el caminar. *Nosotros lo tenemos en la cabeza*, me han repetido muchos cuando les he invitado a realizarlo. Sinceramente, no vale. Es un engaño. No vale a la hora de revisar, de reafirmarse en el camino.

Tengo que confesar, lamentablemente, que no he tenido demasiado éxito con ésta recomendación que he hecho a cientos de parejas. Algunos creen que se trata de algo perfectamente inútil, otros muchos, los más, pienso, es cuestión de pereza, de creerse incapaces de realizarlo. Y, ¡cómo no!, también hay un pequeño porcentaje que no quiere comprometerse.

¿No resulta absurdo que novios y familiares se dejen acaparar nerviosamente por los preparativos externos de la celebración y descuiden lo que constituye el ser mismo del matrimonio y lo que ha de determinar su verdadera felicidad?

El momento adecuado es días antes de casarse como culminación del noviazgo, tiempo de aproximación psicológica. El proyecto sería la expresión de la *con-cordancia* lograda al cabo del tiempo de un noviazgo reflexivo y serio. Esto no significa que no pueda y deba realizarse después de haber andado un trecho del camino conyugal. Son bastantes los que lo han hecho así. Resulta una verdadera fiesta para los protagonistas y los testigos ritualizar los compromisos, formularlos y presentarlos al Señor en una celebración paralitúrgica realizada días antes del matrimonio.

Líneas del proyecto

¿Qué contenido ha de tener el proyecto? ¿Cuáles han de ser las líneas que lo constituyan? Todo lo referente a los aspectos fundamentales de la vida familiar y conyugal:

- la importancia que quieren conceder a su vida conyugal y familiar;
- cómo quieren que sea su relación conyugal: personalizada, respetuosa, de ayuda mutua;

- qué medios eligen para el crecimiento en la comunión conyugal;
- cómo van a organizar su convivencia para poder disponer de tiempo para estar juntos, dialogar y compartir;
- qué orientaciones quieren mantener con respecto a las familias de los padres: autonomía sin ruptura, etc.
- si son creyentes, cómo van a compartir su fe, cómo se van a seguir formando en ella, cómo la van a celebrar;
- cómo van a colaborar personal y económicamente con la comunidad parroquial;
- qué compromisos asumen con respecto a la sociedad, a los pobres, al mundo laboral al que pertenecen;
- qué orientaciones y normas fundamentales han de tener en cuenta con respecto a la convivencia, al diálogo, a la comunicación con los hijos;
- qué orientaciones educativas van a seguir;
- qué medios eligen para su formación humana y religiosa, etc.

Encabezando el proyecto tendría que haber una especie de *credo matrimonial y familiar*, las convicciones sobre el ser y la transcendencia de la familia en relación con los otros aspectos de la vida, afirmaciones sintéticas autorizadas que sean como eslóganes que marquen sus relaciones y la vida en común. Para los creyentes pueden ser sentencias de la Escritura, del Concilio, del papa.

Es importante recurrir a modelos de identificación o referencia en los que se vea encarnado el proyecto de familia al que se tiende. ¿Qué clase de familia queremos ser? Si las familias de los padres son ejemplares, constituyen el mejor de los modelos de referencia.

Es sumamente eficaz informarse sobre familias relevantes a través de contactos con otros matrimonios o a través de lecturas. Es necesario señalarse la periodicidad que se establece para la revisión del proyecto elaborado. Si los hijos son capaces y, en la medida en que lo sean, han de participar en la elaboración y en la revisión del proyecto.

Transcribo algunos puntos del proyecto matrimonial de Ignacio e Isabel, que llevan siete años de casados y tienen tres hijos: Enrique, de seis años, Oscar de cuatro y Ruth de uno y medio. Presento sólo algunos puntos para no ser demasiado extenso. Ignacio es empleado de banco, Isabel hace unas pocas horas de guardería, a la que lleva a sus dos hijos más pequeños, Oscar y Ruth.

El proyecto completo consta de cinco hojas. Dan infinitud de gracias al Espíritu que les inspiró e impulsó a hacer el proyecto, por lo que les ha ayudado en su crecimiento conyugal y familiar.

«1.º *La familia es sagrada*

- Creemos fundamental cuidar la familia. Es imposible el desarrollo personal, la armonía psicológica y, en definitiva, la felicidad sin una familia bien armonizada.
- La familia no es para la economía, sino la economía para la familia. El bienestar consiste, no en tener una economía abundante, sino en sentirnos amados. Por eso procuraremos ser ricos en cariño mutuo...

2.º *Nuestra convivencia en pareja*

- Seguiremos reservándonos tiempo para estar juntos. Todos los días antes de acostarnos charlaremos a solas, revisando el día, compartiendo la alegría y los sufrimientos de la jornada. Nos reservaremos unas horas a la semana, una tarde al mes y unos días al año...

- Celebraremos gozosamente el 20 de septiembre, aniversario de nuestra boda. Ese día participaremos en la eucaristía de la tarde de nuestra parroquia toda la familia. Celebraremos fiesta el domingo más cercano a la fecha.

3.º *Relación con la familia de nuestros padres*

- Notamos que los padres de ambos intentan inmiscuirse demasiado en nuestra vida de familia. Tenemos que luchar juntos por nuestra total autonomía. Las decisiones, aun en cosas mínimas, las hemos de tomar los dos, aunque a veces nos asesoremos; pero hemos de dejar claro que en nuestra casa mandamos nosotros...

4.º *Educación de nuestros hijos*

- Tenemos que dedicarles más tiempo a nuestros hijos. Cansados de las tareas del día, con frecuencia, a sus preguntas y ante sus situaciones, les despachamos con evasivas o estamos ausentes cuando nos hablan.
- No insistimos suficientemente en la iniciación catequética. Aprovechando los acontecimientos familiares, sociales y de la ciudad, les iremos inculcando criterios evangélicos y de solidaridad.
- Insistiremos en ayudarles a memorizar las oraciones más elementales de la Iglesia...

5.º *Crecimiento personal y de la pareja*

- Todos los días leeremos juntos un párrafo de un libro formativo, lo comentaremos y haremos un poco de oración en torno a él, orando al mismo tiempo según las situaciones que se nos vayan presentando.
- Prepararemos mejor las reuniones del grupo de ma-

trimonios. Realizaremos *la sentada* de una hora que tanto nos inculca Paco (el animador de grupo)...

- Participaremos en familia en la eucaristía de la catequesis de once y media; la guardería con cristalera para poder seguir desde ella la celebración nos facilita el participar juntos aunque los niños estén inquietos.

6.º *Compromiso parroquial y social*

- Seguiremos colaborando con la parroquia a través de la catequesis y en la Asociación de vecinos participando en sus reuniones e integrándonos en el Departamento de Cultura.»

Éstos son algunos de los puntos del largo y minucioso proyecto que este matrimonio amigo terminó de redactar en los primeros días de septiembre de 1997 en una convivencia de grupo que tuvimos en una residencia religiosa. Ellos testifican que el repaso y la revisión del proyecto *les ayuda un montón...*

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Nos convence la propuesta del proyecto conyugal y familiar? ¿Por qué razones?*
- 2.º *¿No lo hemos elaborado todavía? ¿Nos decidimos a hacerlo? ¿Cuándo lo hacemos? ¿Cómo lo hacemos? ¿Con qué ayudas?*
- 3.º *En el caso de tenerlo elaborado, ¿lo tenemos actualizado? ¿Revisamos periódicamente su cumplimiento?*
- 4.º *¿En qué medida estamos siendo fieles a él? ¿En qué puntos hemos fallado?*

Reunirse para unirse

Una amenaza muy seria

El origen de incontables adhesiones a sectas es el deseo de llenar un tiempo aburrido y solitario; todo comienza, en infinidad de casos, por la invitación de un adepto que coge del brazo a alguien desocupado y aburrido, y al mismo tiempo incauto, y le dice: *Ven con nosotros, verás qué bien te sientes...*

La soledad, el abandono hogareño, es el origen no sólo de incontables adhesiones a sectas, sino también de adicciones al alcohol y al juego, sobre todo por parte de las mujeres. Les sobran horas en su recorrido para hacer las compras, les tientan las máquinas una y otra vez..., hasta que quedan fatídicamente enganchadas a ellas.

Está comprobado reiteradamente por estadísticas que el colectivo de personas más captables y más captadas son las mujeres que frisan los cincuenta años. Los hijos, si no se han casado, están en la universidad, tienen numerosos compromisos que reducen enormemente su tiempo de convivencia en el hogar; y, por lo demás, la necesidad de sus cuidados maternos se ha reducido al mínimo. El marido, absorbido por el trabajo, está durante mucho tiempo ausente de casa, por lo cual, la mujer tiene ante sí muchas horas de soledad. Si, en esta soledad y aburrimiento, le contacta en su domicilio o en la calle un sectario, es víctima fácil del furtivismo sectario.

La misma tentación de las adicciones acosa igualmente al marido y a los hijos, sobre todo cuando el ambiente del hogar no es cálido, alegre, luminoso y acogedor, sino inhóspito y frío.

«No nos dejes caer en la tentación»

Habría que distinguir tres clases de hogares: hogares *invernadero*, hogares *cafetería* y hogares *hogares*.

En el hogar *invernadero*, los miembros de la familia, sobre todo los hijos, están como secuestrados. *El ambiente está muy mal, existe el peligro de las malas compañías, y por eso no quiero que mis hijos anden por la calle*. Son hogares cerrados, aislados.

Los hogares *cafetería* o pensión son aquellos a los que sólo se acude para comer y dormir, para lo imprescindible. *La vida y los trabajos exigen andar siempre apurados*, suele ser la justificación. *A veces no nos vemos ni para comer*. Son hogares sin puertas, se entra y se sale sin control. Como alguien confiesa llanamente: «se me viene la casa encima»; si se derrumbara no sería fácil que atrapara a nadie dentro.

En el hogar *hogar* se convive gozosamente, se está a gusto; los miembros de la familia gozan de un clima grato, lejos de los rigores de la frialdad, agresividad e hipocresía que, con frecuencia, forman la atmósfera del mundo del trabajo o las relaciones vecinales, las relaciones exteriores, en definitiva. *Como en la casa de uno* –se comenta con razón– *no se está en ninguna parte*. Se anhela la casa, el piso como lugar de descanso y fiesta.

Eso no significa que un hogar *hogar* sea una casa o piso sin puertas ni ventanas; es un hogar abierto, un hogar comunicativo, un hogar que participa activamente en el quehacer social.

«¿Por qué hoy se están desintegrando tantas y tantas familias? –se pregunta Javier Mahillo–. Principalmente porque el individualismo feroz ha calado hasta los huesos del ciudadano occidental. Hoy parece norma habitual que

cada cual piense en sí mismo y isálvese quien pueda! Ya no es raro encontrar padres y madres jóvenes que pretenden seguir haciendo la misma vida que llevaban de solteros, aparcando al niño donde sea y como sea cuando se han cansado de jugar con él. Cada vez hay más colegios y guarderías montados como *aparcaniños*, cuyos responsables se dedican a entretenerlos, sin preocuparse lo más mínimo de educarlos, etc. Y, como es natural, el individualismo de los mayores se nota en los niños, dejándolos marcados para toda la vida.»¹

La presencia más deficitaria suele ser la del padre, generando el llamado «síndrome del padre ausente».

Los matrimonios integrados en grupos (matrimonios que, por lo tanto, toman con seriedad su vida familiar), confiesan, sin embargo, casi unánimemente, que no dedican el tiempo suficiente a convivir con los hijos.

Para lo imprescindible, hay que encontrar tiempo, sea como sea; como todo el mundo encuentra tiempo para comer. Para hacer tiempo para convivir es preciso, naturalmente, establecer una jerarquía de valores que lleve a renunciar a lo prescindible y encontrar un tiempo intangible para lo imprescindible.

Totalmente presentes

Es necesario estar. Es necesario convivir; pero, claro está, no basta estar de *cuerpo presente*, sino presentes en cuerpo y alma.

Decía un poeta gráficamente: «Le miré a los ojos y no estaba». Sólo estaba presente con el cuerpo.

Si, por el absurdo ritmo de la vida moderna, no se pue-

de estar en cantidad, hay que tener una presencia de intensidad y calidad. Lo más decisivo no es tener mucho tiempo para estar juntos, sino que, cuando la familia se reúne, se pueda estar a gusto, en un clima de confianza, cercanía y cariño. Difícilmente va a encontrar el hijo un clima semejante en la sociedad actual.

No es suficiente con *estar* en casa; es muy importante el *modo* como se está. Uno puede cometer el *delito* de abandono del hogar, estando encerrado en él, pero prisionero de la tele, del ordenador, de sus *hobbies*, de sus estudios, en la novela o telenovela, en su Internet, etc. A veces están más presentes en el hogar viajanter que tienen que pasar muchos días fuera que quienes viven encerrados en su piso, pero un tanto ausentes de la familia.

Cada uno ha de preguntarse con respecto a la convivencia conyugal y familiar: ¿Me desean los demás? ¿Me están esperando o, por el contrario, se arma la bronca cuando aparezco? Si quieres un criterio para medirte a ti mismo, búscalo en lo que tu presencia significa para los demás, si los haces sentirse mejor, si les llevas paz, si los dejas contentos, si, en una palabra, les ayudas a crecer.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º ¿Creemos importante la convivencia matrimonial y familiar? ¿Por qué?
- 2.º Como matrimonio y como familia, ¿dedicamos el tiempo suficiente a la convivencia? ¿Tiene la calidad debida? ¿Qué tendríamos que corregir en este sentido?
- 3.º ¿Qué compromisos nos sugiere esta reflexión?

¹ MAHILLO, Javier: *ob. cit.* p. 95.

Hablando se entiende la gente

Por la comunicación a la comunión

Importante, sin duda, es la presencia física; se trata de un presupuesto imprescindible para la *con-vivencia* psicológica. Pero no basta. Se puede estar (de hecho se está muchas veces) como la foto de los abuelos en la pared o como el cadáver en el velatorio, meramente de *cuerpo presente*.

Está claro que el diálogo, la comunicación es vital para la vida de la familia. A la *comunión* sólo se llega necesariamente por la *comunicación*. A la amistad, entraña misma del matrimonio y de la familia, sólo se llega a través de la confianza, del compartir. Para llegar a la comunión psicológica es necesario que las personas regalen su intimidad, lleguen juntos a la misma meta a través del diálogo.

La familia hace el diálogo y el diálogo hace la familia.

Para *familiarizarse*, es decir para hacerse familia y para crecer como familia, es imprescindible comunicarse. La comunicación es el alimento que sostiene y vitaliza al matrimonio, a la familia y a cualquier grupo o comunidad.

El hecho de comunicarse significa que la familia está viva. Y, además, acrecienta esa vida. Negar la palabra es negar la vida.

Pues, con todo, en esta cultura de la comunicación, muchos matrimonios y familias están incomunicados; en unos casos porque nunca se había establecido la comunicación y en otros porque el huracán de la desconfianza, de los conflictos o del desamor han roto las comunicaciones.

Según el testimonio de las mejores familias, el diálogo sigue siendo para ellas una asignatura pendiente. No se

dialoga suficientemente. Así lo han confesado al menos el 90% de los matrimonios de las decenas de grupos que he animado.

«La tragedia de la incomunicación –atestigua ese gran humanista que es Laín Entralgo– atormenta cruelmente a muchos de nuestros contemporáneos que ven pasar los días de su vida sumergidos en la masa anónima de las grandes aglomeraciones urbanas, tan deshumanizadoras, tan propicias para acentuar más aún la espantosa soledad interior y el desequilibrio afectivo de la mayor parte de los humanos.

Hogares que casi no lo son, familias rotas con frecuencia, dan como resultado el que tras una infancia triste y falta de cariño, muchas personas deambulen por la vida sin rumbo y sin ilusión, y sobre todo, sin conocer más que una pobre caricatura del amor. Buscan desesperadamente huir de su soledad, quieren hallar un refugio acogedor y sienten nostalgia de cariño y hambre atrasada de amor.»

La caída del muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, fue uno de los días más históricos y hermosos del siglo xx. El muro representaba la división y la incomunicación entre países cercanos y hermanos pero con ideologías diferentes. Esta realidad histórica del muro de Berlín es muy evocadora para hablar de nuestros muros interiores y de la falta de comunicación en la vida moderna y en la vida de la pareja.

«La sociedad urbana, con su mentalidad, estilo de vida y formas de comportamiento –afirma Manuel Sánchez Monge–, crea serias dificultades para la comunicación y la convivencia. Vivimos apretados los unos junto a los otros en esas inmensas colmenas que son los edificios modernos, pero totalmente extraños los unos a los otros. Los

ruidos, las prisas, el estrés nos obligan a vivir continuamente molestos, predispuestos a la agresividad, los medios de comunicación están inhibiendo con una facilidad y discreción pasmosas la comunicación personal entre esposos y entre padres e hijos.»

No son, ni mucho menos, infrecuentes, en parejas normales, el silencio agresivo y la huelga verbal de días y semanas por enfados. Se lo he oído confesar a muchos matrimonios conocidos, considerados como parejas ejemplares.

«En relación con la pareja –afirma Francisco Azcona, Director de la Oficina de Estadística y Sociología de la Iglesia–, el problema principal es la incomunicación y las relaciones personales, se da una gran dificultad para la relación personal, profunda y sincera en la pareja matrimonial. Esto lógicamente lleva a unas relaciones superficiales y externas y, por lo tanto, insatisfactorias, no gratificantes. Se desea y se necesita mucho más.»

Si se quieren superar tensiones matrimoniales y situaciones conflictivas, no hay otro camino que dialogar seriamente en pareja, comunicarse abiertamente los propios sentimientos, interesarse por la vida y los sentimientos del cónyuge y de los hijos. Refugiarse en el mutismo y la incomunicación no conduce a nada bueno, sino es a agravar más las situaciones críticas. Porque me encuentro irritado, me callo, me encierro en mí mismo, hago gestos...; con ello estoy echando gasolina al fuego.

La incomunicación, peligro de muerte

La incomunicación supone ya la muerte del matrimonio y de la familia, o es un camino inexorable hacia ella. Los

que no se comunican no se aman; si no se aman no son familia más que jurídica o socialmente, pero no en el sentido psicológico.

La persona perdida en los neveros de la soledad e incomunicada con su consorte o su familia está amenazada de muerte psicológica. Fernando del Teso pronostica muy certeramente los riesgos de la incomunicación a nivel personal y a nivel de pareja y familia:

«Bloquea el interior de la persona y ésta se angustia en sus problemas porque no los puede comunicar, ni expresar, por falta de interlocutor.

El clima familiar se deteriora y aparece el malhumor, los nervios y la agresividad.

Se busca en otras personas y en otros lugares el sentirse escuchado y acogido.

Suele ser el comienzo y el origen de las rupturas matrimoniales y del desapego y la huida de la propia familia.

Cuando el matrimonio no dialoga, se encuentra indefenso ante sus propios problemas y los problemas del exterior.

La psicología se resiente y fácilmente aparece el desequilibrio afectivo o la depresión.»²

La experiencia nos dice que en los países ricos y desarrollados los matrimonios pasan poco tiempo juntos porque el trabajo profesional, la necesidad de dinero, el autodesarrollo personal, etc., ocupan la mayor parte de la jornada.

Sin negar importancia a estas necesidades, hay que afirmar que la convivencia y el diálogo todavía lo son más. Por eso, muchos matrimonios tendrían que hacer una re-

² Teso, Fernando del: *ob. cit.* p. 90.

visión de su jerarquía de valores para entregarse más de lleno a la convivencia y a todo aquello que hace familia y que, a veces, parece baladí pero que, a la postre, tiene gran incidencia en la salud del matrimonio y la familia. Siempre será mejor una gozosa convivencia matrimonial y una reconfortante vida de familia que agotarse en adquirir dinero y prestigio personal que no se podrán disfrutar a gusto al margen de la familia, a cuya costa se han conseguido.

Es un hecho sin discusión, que detrás de una pareja que funciona bien hay mucho diálogo. Horas de diálogo, tardes enteras o buena parte de ellas, al menos una vez al mes, realizan sistemáticamente el diálogo. El diálogo, que no es fácil al principio, se convierte, al fin, en lo más bello del matrimonio, en condición indispensable para otros encuentros.

El diálogo impide que cada miembro de la familia se *trague nada*, que se incuben resentimientos y lejanías, que vayan creciendo raíces venenosas en el subsuelo familiar. Por el contrario, permite que todo se vaya solucionando, que la reconciliación sea posible día a día.

Los jóvenes que han crecido en ese caldo de cultivo tan especial de la comunicación, de la puesta en común, han adquirido sin duda unas actitudes de comunicación que les facilitarán el pasar con éxito las etapas difíciles de su vida.

¡Callad, niños!

Urge la comunicación de la pareja entre sí y la comunicación con los hijos. Quienes más sufren el impacto de la incomunicación son, naturalmente, ellos. Perciben y acusan la falta de fluidez de comunicación entre los pa-

dres como el fraile o el gallo del tiempo la humedad ambiental; les hace cambiar el color de la piel de su psicología. Esa carga de indiferencia, frialdad o agresividad les afecta inevitablemente de forma traumática.

Les lesiona gravemente también la incomunicación con ellos. Es una irresponsabilidad el confiarlos a la niñera electrónica para que les entretenga con sus programas o sus vídeos. Es una irresponsabilidad que los padres se parapeten tras el muro de papel del periódico o de una revista. Qué pena tener que oír con cierta frecuencia el grito malhumorado del padre, de la madre, o de los dos: *¡Callad, niños! ¡No molestéis!*, mientras ellos están enfrascados en su telenovela, partido de fútbol, revista o tertulia de amigos...

Corrió de periódico en periódico, de revista en revista, y de radio en radio, la conmovedora noticia de «La niña del contestador automático». Una emisora de radio, que suele dejar abierto su contestador automático para recoger las peticiones de sus oyentes, se encontró por la mañana con un mensaje conmovedor. Era una voz tímida e infantil que decía: «Soy Luci, tengo cinco años y quiero hablar contigo porque mis padres se van a separar y no me hacen caso cuando quiero hablar con ellos. En el *cole* quiero contarlo y no sé a quién decírselo. Te lo cuento a ti y así, al menos, ya he hablado con alguien».

Una situación así es, objetivamente hablando, delictiva. ¡Cómo no van a ocurrir cosas con los hijos!...

Pepe Rodríguez tiene a este respecto palabras iluminadoras:

«Es preciso fomentar desde el principio la existencia de una comunicación fluida entre padres e hijos, potenciando las relaciones de confianza mutua que permitan estar al

lado del hijo –sin adoptar actitudes policiales que siempre son muy contraproducentes– cuando surgen en éste las primeras dificultades, no cuando los problemas ya le han desbordado y se han hecho crónicos. Cualquier situación que para un menor represente un problema, ya es objetivamente un problema, aunque a los adultos pueda parecerles una tontería. Los menores deben tener la sensación de que sus padres les comprenden y de que son lo suficientemente importantes como para que éstos les escuchan y deseen estar a su lado en los momentos difíciles. Es preciso escuchar y compartir más y mejor entre padres e hijos, ya que con ello no sólo se ayuda muchísimo a madurar a éstos, sino que también se hace prácticamente imposible que un hijo se relacione, aunque sea de modo superficial, con cualquier dinámica autodestructiva, o de riesgo, sin que sus padres se den cuenta de la situación y puedan atajarla.»³

Hay un alarmante déficit de comunicación en un gran número de familias de nuestra sociedad. Y con el agravante de que no tienen conciencia de ello, por lo que su remedio resulta muy difícil.

Tirar de la lengua

Para provocar la comunicación con los hijos y darles ocasión de que abran las cerraduras de su intimidad, Pepe Rodríguez propone una estrategia que, confiesa, le ha dado grandes resultados y que muchos, aunque con fórmulas distintas, hemos practicado también con resultados satisfactorios.

³ RODRÍGUEZ, Pepe: *ob. cit.* p. 106.

«Ante cualquier nueva situación que pueda plantearse –aconseja–, no deje de hacer a sus hijos estas tres preguntas: *¿Cómo estás?, ¿cómo lo ves? y ¿qué piensas hacer al respecto?* Le darán una completa radiografía del estado de ánimo en que se encuentran, de los problemas que atraviesan y de los recursos de que disponen. Éste es un pequeño truco que he enseñado a muchos padres y ha obrado maravillas en la dinámica de la relación con los hijos. Si sabe preguntar con afecto e interés –sin presionar para nada a su hijo–, y sabe escuchar, las respuestas que obtendrá al hacer estas preguntas le facilitarán una parte notable de las claves que le permitirán poder prevenir a tiempo casi cualquier problema.»⁴

Hay que invitar al cónyuge y a los hijos a *que cuenten*; de este modo se ahorran la sospecha de si *estarán dando la paliza* hablando a los demás de lo que no les interesa. No ha de tratarse, por supuesto, de un preguntar convencional, por compromiso, porque al otro no le duela. Hay que interesarse cordialmente por la vida de los otros miembros de la familia y ese interés se hace patente con las preguntas que se hacen.

En lugar de hacer preguntas lacónicas (*¿te fue bien en aquella reunión?, ¿estuvo animada la fiesta?, ¿ha habido clientes?...*), que provocan unas respuestas secas y escuetas: *Sí, no, bien, de acuerdo...*, es conveniente hacer preguntas abiertas: *Cuéntame cómo te fue a lo largo del día... me encantaría saber al detalle lo que hacéis en el club, cómo pasasteis la fiesta...* Estas preguntas dan pie a un relato más largo y pormenorizado y ponen bien de manifiesto que uno se interesa por lo del otro y no trata de cumplir con una simple pregunta cortés. Es preciso

⁴ RODRÍGUEZ, Pepe: *ob. cit.* p. 111.

lograr que el interlocutor se sienta cómodo, que no sospeche que se está aguantando el rollo, sino que se le escucha con atención e interés como si no hubiera otra cosa que hacer.

Es importante, sobre todo, integrar a los hijos en la vida y planes de la familia: charlar con ellos y escucharlos sobre los asuntos que afectan a toda la familia, distribuirse amistosamente las tareas; hablar con los hijos de las dificultades o los logros en el propio trabajo; participar de los éxitos o las dificultades de los hijos en los estudios; interesarse y colaborar, si es posible, en sus *hobbies* (lectura, música, teatro, deporte...). Para un hijo es muy importante que los padres le dediquen tiempo a él solo.

Los hijos, si no encuentran un *hogar*, un *fogón* encendido en su casa, buscarán fuera otro alternativo donde puedan sentir calor humano y afecto y donde poder comunicarse a sus anchas.

Las experiencias gratas de comunicación en el hogar paterno influyen también en los hijos a la hora de configurar la vida de su propio hogar.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Nos preocupa seriamente el diálogo conyugal y familiar? ¿Dedicamos tiempo suficiente a la comunicación? ¿El nivel de comunicación entre nosotros es bueno, regular o malo? ¿Por qué?*
- 2.º *¿Invitamos e incitamos a los hijos a abrirse de par en par? ¿Les inspiramos confianza? ¿Qué es lo que en nosotros les inspira o les resta confianza?*
- 3.º *¿Les acompañamos suficientemente en sus tareas y hobbies?*
- 4.º *¿Qué compromisos concretos hemos de asumir para mejorarlo?*

El huésped charlatán

Pepe Rodríguez, refiriéndose a la prevención de las posibles adicciones y rupturas psicológicas de los cónyuges, aconseja certeramente:

«Es necesario mantener una buena y estrecha comunicación en todos los aspectos: hacer sentir que el uno cuenta para el otro; tener intereses culturales (culturales o de cualquier tipo) comunes y/o que puedan compartirse, realizar conjuntamente, pero sin agobios, el mayor número posible de actividades: asistir a espectáculos, practicar deportes, ir de compras y visitas, escuchar música, leer, ocuparse de las tareas de la casa y de las necesidades de los hijos, etc., etc.»⁵

A la hora de vivir y crecer en la relación conyugal es preciso ser inteligentes e intuitivos para tener en cuenta cosas que parecen pequeñas pero que son determinantes. Por ejemplo: tener el don de la oportunidad, aprender a callar, buscar el tono adecuado; es lo que se llama *saber entrarle a la persona*. Hay una expresión común que explica esto: *Qué bien sabe fulanito llevar a su mujer, qué bien sabe fulanita llevar a su marido*. A través de las muchas parejas con las que me he entrevistado, tratado y relacionado he notado en muchas de ellas falta de habilidad en la relación, falta de oportunidad a la hora de decir y en el modo de decir las cosas; en definitiva, poca habilidad para el diálogo.

Entre tres y cuatro horas es el promedio diario que los españoles están embobados, con mucha frecuencia, ante ese niño parlanchín, malicioso y deformante que es la te-

⁵ RODRÍGUEZ, Pepe: *ob. cit.* pp. 125-126.

levisión. Para muchos está plenamente justificado el nombre dado a las emisoras: primera *cadena*, segunda *cadena*, porque los tiene encadenados.

La televisión aísla. Está circulando por diversas publicaciones la oración de un niño, que resulta escalofriante. Con toda seguridad está un tanto amañada por la mano de un adulto, pero, evidentemente, tiene mucho de verdad.

«Señor, Vos que sois bueno y proteges a todos los chicos de la tierra, quiero pedirte un gran favor: ¡tránsformame en *televisor*! Para que mis padres me cuiden como le cuidan a él, para que me miren con el mismo interés con que mi mamá mira su telenovela preferida o papá el noticiario. Quiero hablar como algunos animadores que cuando lo hacen, toda la familia calla para escucharlos con atención y sin interrumpirlos. Quiero sentir sobre mí la preocupación que tienen mis padres cuando la *tele* se rompe y rápidamente llaman al técnico. Quiero ser *televisor* para ser el mejor amigo de mis padres y su héroe favorito. Señor, por favor, déjame ser *televisor* aunque sea por un día.»

La verdad es que los estudios sociológicos dan la razón a la oración exagerada, pero cierta en el contenido, del niño.

La gran mayoría de los programas segregan un sentido rastrero, poco humano y antievangélico de la vida. Los devaneos, las separaciones, los conflictos conyugales, se presentan como lo más natural del mundo, hasta el punto de parecer una especie rara el matrimonio fiel y feliz. Por lo demás, los protagonistas de la pantalla no es que sean precisamente modelos ni conyugales ni familiares.

Sociólogos de la familia y las mismas familias inculpan a la televisión de haber empobrecido alarmantemente en su seno el diálogo. No ha habido en los numerosos gru-

pos de matrimonios que he animado ninguna reunión en la que se toque el tema del diálogo o de la convivencia conyugal o familiar y no se eche la culpa a la televisión de entorpecerlos seriamente. Siempre hay algún programa que *apasiona* a uno de los miembros de la familia, y entonces, ante cualquier intento de diálogo, suena un *chis...* malhumorado y enérgico.

Martín Descalzo, ese gran especialista en los medios de comunicación, aconsejaba en una reunión de matrimonios «no ver un programa que no sirva como tema de diálogo comunitario».

«El tiempo es oro», dice el refrán. El tiempo es diálogo. ¿Cuánto oro tiramos por la ventana del televisor al abismo de la nada? ¿Cuántas oportunidades de diálogo arrojamos al vacío?

Hay movimientos familiares que urgen a sus miembros a que practiquen lo que denominan la táctica del 10/10: Diez minutos de reflexión personal para preparar el diálogo y diez minutos de diálogo. Y el testimonio unánime es que obra prodigios de comunión.

Algunas consignas que me parecen atinadas con respecto al uso de la televisión en familia:

- De entrada no tronar ni oponerse radicalmente a la televisión; sería una batalla perdida de antemano.
- En diálogo con los hijos, según su edad, hay que elegir los programas y hay que delimitar el tiempo que deben estar ante la pantalla.
- Provocar interacciones entre el consumo televisivo y otras actividades como la lectura de algún libro, escuchar música, dialogar, etc.
- Ver la televisión como un pasatiempo familiar, como una ocasión para convivir los miembros de la familia.

- Comentar con los hijos los programas que se están viendo. Despertar el sentido crítico, poniendo de relieve los valores y la falta de valores.

Hablar y dialogar

La comunicación matrimonial y familiar no consiste sólo en hablar. A veces el parloteo torrencial no tiene otra finalidad que la de llenar silencios molestos. Muchos hablan mucho para no decir nada. Hablar no es siempre, ni mucho menos, comunicarse. Una cosa es *hablar*, y otra, muy distinta, *dialogar*.

Dialogar, por supuesto, no es discutir ni luchar por imponer las propias convicciones o ideas; diálogo no es la sucesión de monólogos alternativos. Diálogo es la comunicación entre las personas que buscan la comunión, enriqueciéndose mutuamente, dando y recibiendo; todo ello supone, al mismo tiempo, hablar y escuchar.

Por eso en el diálogo son importantes el que habla y la actitud con que lo hace, el que escucha y la actitud con que lo hace, lo que se dice y la relación afectiva, el clima en el que se desarrolla el diálogo. Es la base de toda comunicación.

Para que se produzca el diálogo se necesita una actitud de acogida mutua por parte de los dialogantes. Cuando una familia está destrozada, el lenguaje es, por chocante que parezca, la barrera que impide la comunicación entre las personas. Cualquier cosa que se diga se interpreta mal o provoca automáticamente la contraria. En cuanto alguien dice algo, ya está armada. Es triste constatarlo. Parecería que sólo pueden vivir en paz estando todos callados.

Son situaciones de las que hay que salir y, para hacerlo, no queda otro remedio que sentarse todos un día en torno

a una mesa y sacar cada uno todo lo que lleva dentro, tratando de comprender a los otros y de asumir parte de responsabilidad en la situación enojosa que se ha producido, y estar dispuesto a mejorar cada uno según sus posibilidades.

Si existe un profundo amor de base, un desahogo conjunto, en paz, puede ayudar a superar situaciones, por más difíciles que sean. Lo malo es ir acumulando agresividad hasta que los miembros de la familia revientan y se destrozan irresponsablemente.

El diálogo presupone una actitud de sinceridad y una liberación de prejuicios entre los interlocutores.

Es importante no olvidar que existe también un *lenguaje no-verbal*. En realidad, todo nuestro cuerpo es una emisora que está emitiendo ininterrumpidamente distintos mensajes que las personas cercanas suelen descifrar bastante acertadamente. Por eso, a la larga, es imposible mentir, ni siquiera a los niños. Nuestras miradas, el aspecto de nuestro rostro, la postura de nuestros labios, el modo de besar y abrazar, el tono de nuestras palabras, incontables gestos y movimientos rutinarios, todo es lenguaje, y a través de todo ello nos expresamos y comunicamos. Por eso es absurdo entrar en el juego de las mentiras y de los disimulos. Como genialmente dice nuestro refranero, «antes se coge a un mentiroso que a un cojo». Y, con la pérdida de la credibilidad, se imposibilita el cónyuge para la comunión íntima tanto matrimonial como familiar.

Las dos formas de comunicación o de lenguaje no sólo no se contraponen sino que se complementan. Muchas veces el lenguaje verbal no es suficientemente cálido y expresivo. A veces un simple cogerse de la mano y mirarse a los ojos expresan más que muchas declaraciones

de amor; pero los dos lenguajes juntos y complementados representan la comunicación perfecta.

En cada hogar existen verdaderos códigos de comunicación que proceden del conocimiento intuitivo del otro, de la convivencia asidua. Códigos de un valor inapreciable, que podemos enriquecer día a día. Unas veces son personales, otras, colectivos.

Hay veces en que decimos cosas muy claras sin pronunciar palabra: con un gesto, un detalle, un silencio, una lágrima o una sonrisa. En una casa en que se habla y se dicen cosas existe la sensibilidad, la capacidad de escucha, para percibir esos mensaje y darles respuesta.

Decir y decirse

No basta dialogar; es preciso cuidar el contenido del diálogo. *Nosotros hablamos mucho*, dicen muchas parejas. No basta. Es preciso preguntarse además: *De qué hablamos?* Porque existe el diálogo que podríamos llamar *productivo* o funcional, que se da en las salas de reuniones, en el comedor, en la tertulia, que es caminar juntos en busca de la verdad, la verdad de un proyecto común, por ejemplo, cómo fundar una empresa familiar, cómo adquirir una nueva vivienda o revisar la economía familiar.

Pero existe otra clase de diálogo, un diálogo enteramente *gratuito*, el diálogo de comunión, el diálogo en el que la única verdad que interesa es el otro, los otros y la comunión con sus sentimientos. Es el diálogo revelador de la interioridad, de los sentimientos recíprocos, de las experiencias de fe, el diálogo de la *confidencia*, en definitiva. En cada uno de ellos se abre una ventana que permite a los dialogantes asomarse recíprocamente a la interioridad del otro. Recordemos la escena llena de una

grandiosidad indescriptible que Agustín nos regala en sus *Confesiones* IX,10,23, cuando él y su madre, descansando de un largo viaje, se asomaron a la ventana de su casa de Ostia, abrieron su corazón para comunicarse la fe y la esperanza que les animaba, hasta gozar juntos del éxtasis.

En el diálogo de comunión, las personas se expresan a sí mismas, se dicen, se comunican. Hay que decir claramente que sin este diálogo no hay verdadero matrimonio ni verdadera familia.

Hay que distinguir diversos niveles de comunicación entre las personas.

Existe un primer nivel que podemos llamar *convencional*: las personas se comunican mediante rituales sociales y conductas estereotipadas, los saludos, las frases de rigor, los protocolos. Se interactúa así con personas poco o nada conocidas.

El segundo nivel es el *informativo*. En este nivel las personas se intercambian noticias, comentarios, se habla de terceras personas. Es la típica conversación en la que se habla de todo: sobre el costo de la vida, el terrorismo, el deporte, la moda, los acontecimientos de la ciudad, el tiempo, se cuentan chistes o anécdotas. Esta comunicación se verifica entre personas conocidas.

El tercer nivel es el *intelectual*. Las personas ya comunican algo que les es más íntimo y propio: sus ideas, sus opiniones, su modo de pensar; este nivel supone una mayor cercanía y vinculación entre los comunicantes, unidos por el compañerismo, los lazos familiares o una vecindad muy estrecha. La persona se comunica cuando dice lo que piensa, no lo que sabe. Si sólo transmito noticias o pensamientos de otro, no me comunico; informo. Comunicarse es hablar *desde* la personas y *de* la propia per-

sona. Uno se comunica cuando expone criterios o experiencias: la fe, la amistad, el amor de Dios. Si digo que mi máxima experiencia es la amistad estoy definiendo mi vida.

El cuarto nivel es el *afectivo*. Se da entre las personas unidas por una gran confianza. En este nivel se comparten las emociones, los sentimientos, las experiencias y las esperanzas. Es la comunicación que a veces se da en grupos cristianos de medianas dimensiones, en los que no se llega a compartir toda la interioridad y se reservan todavía armarios cerrados al enseñar la casa.

El quinto nivel es el de *comuni3n*. Acontece entre *amigos íntimos*, entre aquellos que se han constituido en un *nosotros* estrecho en el que no hay zonas prohibidas al acceso. En este nivel se abren todas las puertas y se muestran todos los rincones, el trastero, la caja fuerte: las motivaciones más profundas, el sentido de la vida, la fuente de las alegrías y tristezas.

No puede faltar, en este sentido, la comunicaci3n sobre lo que constituye la vida más íntima de la persona: el sentido de su vida, su experiencia religiosa, su comunicaci3n y comuni3n con Dios, su esperanza, la jerarquía de valores que rige su vida.

El nivel que corresponde a la comunicaci3n entre los cónyuges y entre los miembros de la familia, llamados a ser «un solo coraz3n y una sola alma»⁶, es, naturalmente el quinto, ya que ellos han de ser entre sí los amigos más íntimos.

Por desgracia, el nivel en el que en realidad viven la mayoría de las familias no pasa del tercero. El contenido de las conversaciones suelen ser los acontecimientos, las

incidencias del trabajo, el deporte, la política, las noticias del periódico, los programas de televisi3n y, si hay un ambiente que lo permite, las ideas. Pero, frecuentemente, el contenido del diálogo es tangencial a la persona.

Desgraciadamente, el tema económico es el que más tiempo de conversaci3n consume.

Ésta es la verdad, a todos los niveles: hay mucha conversaci3n y poca comunicaci3n.

Es absurdo presuponer que los miembros de la familia ya se conocen y que no es necesario el diálogo. Si uno apenas se conoce a sí mismo y recibe de sí mismo muchas sorpresas, cuánto más de los demás, y, sobre todo, por los cambios a que estamos sujetas las personas.

No hace falta que nos hablemos –he escuchado a muchos matrimonios–; *con sólo mirarnos a la cara, ya sabemos qué le pasa al otro*. Es absurdo. ¿Quién tiene garantías de adivinar con toda certeza? ¿Y por qué el otro tiene que estar adivinando? ¿Por qué quien vive una situaci3n particular no la comunica?

El que, a la pregunta *¿qué te pasa?*, responda con un *nada* seco, es de verdad absurdo.

«El yo existe en diálogo», escribió Feuerbach, uno de los pioneros de la filosofía dialógica. Por eso el matrimonio y la familia, llamados a vivir en comuni3n, no puede contentarse con tener espacios para el diálogo, sino que hay que tener una actitud dialógica permanente sin la cual la comuni3n es totalmente inviable.

⁶ Hch 4,32.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Cultivamos el lenguaje no-verbal y nos comunicamos suficientemente a través de él? ¿Tenemos alguna deficiencia que subsanar?*
- 2.º *¿A qué nivel nos solemos comunicar, al nivel informativo, intelectual, afectivo o de comunión?*
- 3.º *¿Hablamos de nuestros sentimientos, afectos, alegrías, angustias, del sentido de nuestra vida? ¿Compartimos nuestra fe?*
- 4.º *¿Existe algún tema tabú en nuestro diálogo conyugal y familiar?*
- 5.º *¿Qué hemos de hacer para enriquecer nuestro diálogo de pareja y de familia?*

El arte de dialogar

Saber dialogar es un arte que presupone, en primer lugar, cordialidad, y, en segundo término, habilidad. Como acertadamente señala Enrique Rojas, muchas veces el diálogo fracasa, precisamente, por falta de habilidad. Si es un arte, que lo es, para realizarlo fecundamente es necesario aprenderlo.

Tener capacidad de comunicarse sin aburrir, sin estar dando lecciones, sin gritar, sin ponerse transcendente en temas banales, no es nada fácil. Saber escuchar sin querer ser el centro, sin interrumpir, entrando en el corazón del otro, teniendo la paciencia de escuchar repetidas veces las mismas batallitas, es todo un arte y toda una expresión de delicadeza y afecto.

Para ayudar a la felicidad de los tuyos, en tu conversación, ante todo, háblales de lo que a ellos les interesa y no tanto de lo que te interesa a ti. Pon en práctica lo

que se aconseja en Encuentros Matrimoniales. Sorprende con frecuencia a tu cónyuge y a los hijos con la pregunta cariñosa: *¿Cómo estás?, ¿cómo te sientes?, hoy te veo muy feliz, ¿por qué?; te veo un tanto preocupado, ¿qué te ocurre?* Esto supone vivir pendiente de los demás miembros de la familia.

Dialogar, ante todo, es escuchar. Y para escuchar es necesario estar vacío de sí mismo. Con frecuencia, no se escucha sino que se está aguardando a que el otro termine de hablar para meter baza. A veces hasta el interlocutor se percata de que su oyente no escucha; por eso resuena tantas veces en la conversación el *pero, ¿me estás atendiendo?...*

M. Quoist ofrece unas atinadas consignas para un diálogo humanizador. Indica, como es natural, que comunicarse intensa y cálidamente requiere una gran capacidad de escucha.

“Pues, sí, señor; ves: lo mismo me ocurre a *mí...*” Mientras el otro hablaba, sólo pensaba en sí mismo... Sólo hay auténtico diálogo cuando haces en ti un profundo silencio...

No interrumpas al otro para hablar de ti. Déjale que hable de él hasta que quiera. Si hablas de ti, que sea en relación con el otro, para esclarecerle, tranquilizarle, enriquecerle; pero nunca para valorarte, eclipsar, desanimar, aplastar...

Si has de responder, no busques la contestación mientras el otro habla, pues lo que ante todo necesita es que le atiendas y luego, sí, que le hables...

¿Has observado que en muchas discusiones cada uno se retira del debate más firmemente convencido que antes de que está en la verdad? ¿Por qué? Porque no hay sólo argumentos que se esgrimen sino hombres detrás de los

argumentos. Por lo cual una discusión no es sólo un intercambio de ideas, de razonamientos, sino, durante casi toda ella, una lucha entre dos personas y especialmente entre dos sensibilidades.»⁷

Ofendes, hieres a tu esposo o a tu esposa, a tus hijos, cuando ironizas en la conversación, cuando desprecias lo que dice: *¡Qué tonterías estás diciendo!, idiscurre como un crío!, iparece mentira que pienses así!... ¡Lo que dices no tiene ninguna gracia!, imientes más que hablas!, ipobre hombre, no estás en tus cabales, no sabes lo que dices!, icómo se ve que ya chocheas!, iparece mentira que tengas tan poco juicio!, ieso ya te lo hemos oído decir cincuenta veces!...*

No es fácil, muchas veces, mantener la calma, sobre todo, cuando los hijos, sobrinos o familiares sin cultura, tal vez, te quieren dar lecciones acerca de lo que tú has estudiado con profundidad y sobre lo que tienes una larga experiencia. Pero, es imprescindible mantener el tipo y guardar respeto a toda costa, si es que no se quieren cortar para siempre los hilos de la comunicación interpersonal. No es fácil; esto, sin duda, lo ha comprobado todo el mundo; pero es vital.

Semillas, no dardos

Es lamentable cómo en muchas familias, a causa de una falsa confianza, hacen de las palabras una sesión de acupuntura que no tiene precisamente nada de terapéutica y sí mucho de dolorosa.

Las palabras que nos intercambiamos han de ser siem-

pre semillas de verdad, de simpatía, de ternura, no dardos agresivos que provocan lesiones psicológicas.

¿Por qué no excusarse humildemente, ungir la herida, cuando los dardos de la lengua se nos han escapado incontrolados?

Comienza, naturalmente, por reconocer y alabar lo que hay de valioso y cierto en la conversación del consorte, de tu hijo/a; gana su simpatía; y después, sí, puntualiza, complementa. Hay personas susceptibles que sienten como agresiva una opinión distinta. Sonríe. No des a la conversación un tono polémico, sino que tus palabras estén ungidas de mansedumbre y cordialidad.

Es absurdo encenderse discutiendo sobre cosas tan intranscendentes como el resultado de un partido de fútbol, el valor de uno u otro programa de televisión, la existencia de los *ovnis* o la mejor marca en confecciones. Pon todo el entusiasmo de tu corazón, pero sin irritarte, al compartir el sentido de tu vida, al hablar de lo que para ti son los grandes valores por los que merece la pena vivir y morir, al defender al oprimido, al defender los grandes intereses de tu matrimonio, de tus hijos, de tu familia.

Es evidente que la mayor parte de las discusiones se entablan por tonterías, y que quien no está alerta se enzarza en una batalla verbal en la que quienes discuten resultan lesionados por las saetas de las palabras hirientes.

Cuando los hijos quedan aturdidos por los sermones de los padres en torno a temas baladíes, cierran sus oídos a temas vitales. Es una pésima estrategia educacional gastarse en discusiones por tonterías y quemarse en detalles sin importancia. ¡Cuántas tragedias familiares por las *me- lenas*, para que, al fin, si se descuidan, años después, las lleven los propios padres que se enfurecieron contra ellas!

⁷ QuoiST, M: *ob. cit.*, pp. 132-136.

Si quieres salir airoso en las discusiones, olvídate de ti mismo, respeta al otro, no seas como el rico que da limosna al pobre, sino como el que se presenta al esposo/a, a los hijos, para unirse a ellos y con ellos descubrir la verdad.

No grites, ¡por favor!, ni permitas que se grite en la conversación familiar. Hablemos como personas que hablan con personas. Los gritos son generados por la violencia y generan violencia. Los gritos generan gritos. Los hijos que se acostumbran a los gritos, para obedecer, necesitan gritos cada vez más repetidos y subidos de volumen. A quien grita hay que repetirle lo que tantas veces se dice: «¡Por favor, baja la voz y sube los argumentos!», porque no es infrecuente que la inseguridad interior adopte la falsa seguridad de los gritos. Alguien dijo agudamente: «No tiene razón; grita demasiado».

De todos modos, más vale una salida de tono espontánea y fruto de la confianza que los silencios agresivos y rencorosos. Porque, quede claro que no se trata de entablar un diálogo al estilo de las conversaciones entre políticos, artificioso, calculado y frío. Eso no es diálogo comunicativo sino una pequeña conversión a distancia, a distancia psicológica. Exactamente lo contrario de lo que ha de ser una comunicación conyugal o familiar. Si las palabras no nacen fluidas y cálidas del corazón, no pueden de ninguna manera crear comunión.

Algunas recomendaciones que orientan eficazmente el diálogo:

- Oír sin escuchar, es el mayor obstáculo para la comunicación conyugal y familiar.
- No interrumpir a nadie cuando está hablando.
- El que escucha debe tener una actitud de acogida personal y cariñosa.

- Mantener un talante positivo y acogedor en todo momento: al principio, a la mitad y al final de la conversación.
- Intentar romper la subjetividad personal para acercarse al otro sin prejuicios.
- No perder jamás los nervios ni levantar la voz.

Más en concreto

Es importante la filosofía y la psicología del diálogo. Pero es imprescindible condensar la reflexión en consignas muy concretas que, naturalmente, cada pareja, cada familia, ha de poner en práctica según sus propias posibilidades.

- Aprovechar todas las oportunidades para *estar juntos* y para hablar en familia. Un momento propicio para ello es el tiempo anterior a la comida, sobre todo los domingos; la familia puede reunirse en la cocina en animado coloquio, colaborando todos en la preparación de los platos, en poner la mesa y tenerlo todo a punto, en lugar de andar cada uno por su lado.
- Muchas familias, con gran acierto, silencian el televisor durante las comidas y reconocen que, haciéndolo, quitan de delante un interceptor de la comunicación. La comida es para la familia un momento privilegiado de encuentro. Ella ha de evocar un recuerdo cálido y grato. A ser posible, hay que evitar traer a colación asuntos espinosos.
- «Marido y mujer –como señala Bernabé Tierno– tienen oportunidad de compartir más momentos para hablar; mientras ella se pinta, depila o tiñe el cabello y él se afeita o se ducha. Antes de irse a dormir, antes de

levantarse por la mañana. El secreto está en aprovechar mientras se hacen cosas, y así habrá más oportunidades de hablar sin los hijos presentes, sin prisas, sin preocupaciones, mientras se da un largo paseo al atardecer.»

- Como en esta agitación demencial de nuestros días no es fácil a la pareja, sobre todo si son familia numerosa, tener espacios de tiempo suficientemente sossegados, muchas, con mucho acierto, se reservan periódicamente unas horas exclusivamente para su convivencia y diálogo conyugal. Para ello, tal vez, sea necesario programar salidas los dos solos. En algunas situaciones los matrimonios amigos han visto esto como la única forma de salvar su matrimonio, amenazado de desintegración por el desencuentro.

- En cuanto al tema o *contenido* del diálogo conyugal no puede haber tabúes ni fronteras a nivel de informaciones, ideas, experiencias o situaciones personales. En el contenido del diálogo ha de entrar, naturalmente, el tema del trabajo, del marido, de la mujer y de los hijos.

Ha de entrar también el tema del dinero. Cómo se gana y cómo se gasta, el gasto semanal de los hijos, las previsiones para el futuro, las ayudas que se han de dar para colectas importantes, como el *Domund* o la *Campaña contra el hambre...* «Las familias sanas igual que las enfermas, tienen problemas de dinero, pero la diferencia entre aquéllas y éstas –señala Gerardo Pastor– es que las primeras hablan abiertamente de ello mientras que para las segundas el tema económico es un tema oculto, o de comunicación deficiente, hasta peligroso y tabú.»

- Como tema de diálogo no puede faltar el cambio de

impresiones sobre los acontecimientos del entorno y sobre las propias experiencias que hay que escuchar como si se tratara del relato más interesante jamás contado. ¡Es la vida misma de aquellos que queremos, de aquellos que son un poco mi *otro yo*, que forman conmigo el *nosotros* familiar!

- «Tanto entre marido y mujer como entre los hijos –observa Bernabé Tierno–, conviene hablar también de temas que no sean ni de la familia, ni de los estudios, ni de los problemas. ¿Por qué no hablar del tema preferido de mamá o de papá, o de este o aquel hijo? No importa que se trate de algo intrascendente; lo verdaderamente importante es estar juntos compartiendo con un ser querido ese tema de conversación que chifla y sentir su gozo y su alegría como nuestra. Marido y mujer deben hablar de aquellas actividades que tanto les gustan y además llevarlas a la práctica cuando les sea posible (bailar, ir de viaje o al teatro, cenar solos, salir con sus amigos preferidos...)»
- Con respecto al *clima* del diálogo es imprescindible cuidar esmeradamente que en casa todos puedan hablar sin temor a ser juzgados, condenados o desdeñados por su forma de pensar y de sentir sobre el tema que sea: el sexo, el matrimonio, el juego, los amigos, la religión, la política, la carrera, la economía familiar. Cualquiera ha de poder hablar en familia con entera libertad de cualquier tema, por delicado que sea.
- Es preciso crear un clima habitual de respeto y acogida de modo que ningún miembro de la familia sienta la necesidad de ponerse a la defensiva porque teme una reprimenda. Por eso hay que evitar los tonos y gestos de acusación: *Tú eres el culpable de todo...*;

otra vez nos estás complicando la vida...; tú y yo tenemos que aclarar esto... Es preciso rehuir toda intimidación y todo mensaje que conlleve autoritarismo y reproche. Probablemente produce el efecto inmediato de la sumisión callada, pero en el fondo queda el rechazo y el resentimiento. Es preferible utilizar el yo pienso..., aunque puede ser que me equivoque, y sobre todo hay que usar el nosotros participativo: Vamos a pensar entre todos, creo que a nosotros lo que nos conviene...; ¿no os parece?...

Hablar con toda libertad, con respeto y cordialidad en familia es el medio más eficaz para mantenerse unidos, en paz y alegría.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Nos escuchamos con interés los unos a los otros?*
- 2.º *¿Solemos dialogar o, más bien, discutimos?*
- 3.º *¿Nuestras conversaciones suelen ser respetuosas? ¿En qué faltas de respeto solemos incurrir?*
- 4.º *A la luz de las consignas más en concreto ¿qué compromisos hemos de asumir en cuando al tiempo, a los temas y al clima de nuestro diálogo?*

LUNA DE MIEL CRECIENTE

Crecer o morir

Una experiencia reveladora

Hace unos meses viví, junto con un grupo de veinte matrimonios, una experiencia única. Se trataba de matrimonios que funcionaban bien; era una condición imprescindible para poder participar en la convivencia. Tenían que haber vivido, al menos, siete años de vida conyugal...

Las parejas, reunidas durante un largo fin de semana en una casa de ejercicios de la sierra madrileña, reflexionaron profundamente sobre su vocación matrimonial y familiar y revisaron sinceramente su vida. Dialogaron cara a cara exhaustivamente, sin ocultarse nada... Hora a hora se iba palpando la transformación que se estaba produciendo en cada cónyuge y en cada pareja. En la tarde del domingo estalló una fiesta insospechada. Tanto en la celebración de la eucaristía como en el pequeño ágape con que terminamos el encuentro saltaban las lágrimas de alegría y sonaban los fuertes abrazos entre los cónyuges y con los otros compañeros y compañeras de convivencia. Si no hubiera sido testigo y partícipe de la fiesta, no lo hubiera creído.

Todos los que testimoniaron sobre la experiencia, que fueron casi todos, aseguraban que habían vivido un día

incluso más feliz que el de su boda. *Nosotros que nos creíamos unos buenos matrimonios* –decían–, *no sospechábamos que tuviéramos tantos defectos en nuestra vida matrimonial y familiar y que teníamos tantas posibilidades de ser felices. Nos hemos dado cuenta de hasta qué punto estábamos roncós y sordos para el diálogo en el hogar. En realidad, no habíamos vivido la alegría de lo que es una verdadera comunión conyugal.* Lo confieso: Todavía sigo asombrado ante aquel cambio profundo... Y la luna de miel, después de meses, sigue creciendo. A éste han seguido otros encuentros de grupos de matrimonios y todos con el mismo resultado.

Matrimonios que están en torno a las bodas de plata o que, incluso, las han superado hace años, gracias a distintos medios de los que se han servido, sobre todo a la vida de grupo, para crecer como familia, han experimentado una revitalización gozosa que resulta asombrosa para ellos y para su entorno.

Estas experiencias revelan a los participantes y a los que somos testigos de ello que hay muchos matrimonios que *se creen* muy felices simplemente porque no conocen otra forma de felicidad más honda y elevada que la de las satisfacciones superficiales del bienestar. La experiencia revela que el matrimonio es un camino interminable jalonado por increíbles sorpresas para quienes lo viven en actitud de superación constante.

Lo mejor, en el orden psicológico, tanto para la persona como para la pareja y la familia, está en lo por venir, por ver, por experimentar. Lo mejor está siempre en el futuro. ¿Cuándo nos convenceremos de esto?

El gran peligro en el matrimonio y en la vida de familia es caer en una especie de escepticismo y renunciar a un futuro mejor. El gran peligro es sentir y decir escéptica-

mente: *Esto ya está visto; ya sabemos que no da más de sí; aquí no hay nada nuevo que esperar.*

Los matrimonios que incurren en este pesimismo y en esta falta de esperanza se meten en un circuito cerrado en el que no cabe esperar más que un progresivo desencanto y un pesimismo creciente.

Tarea permanente

El matrimonio y la familia son como la hoguera; si no se alimenta, el fuego se apaga. Los esposos no pueden contentarse con ir tirando, con el *bueno*, *mientras sigamos así...* El corazón humano es muy voluble y, con frecuencia, sufre unos increíbles virajes.

Crecer o morir. Ésta es la alternativa inexorable. Los casados son como los ciclistas y los aviadores: o avanzan o se estrellan.

El hogar material se construye de una vez para siempre, y en adelante no hay que preocuparse más que de hacer pequeños retoques o arreglar pequeñas averías; el hogar psicológico hay que estar construyéndolo siempre. Uno no *se familiariza*, es decir, *no se hace familia*, de una vez para siempre, sino que hay que estar *familiarizándose* constantemente.

Muchas parejas ni sospechan hasta qué cumbres de felicidad y de plenitud pueden llegar en su vida de matrimonio y de familia si se esfuerzan en crecer ininterrumpidamente; como tampoco sospechan hasta qué abismos pueden rodar si se despreocupan de vigorizarlo.

El matrimonio y la familia logrados y felices no son fruto de un milagro gratuito de Dios ni, ¡mucho menos!, fruto de la suerte. Muchos, ante parejas y familias felices, comentan: *¡Qué suerte han tenido con el matrimonio, con la*

familia, con los hijos! Esto es un error. Matrimonio, familia e hijos no son una lotería, sino el fruto de un empeño incansable. Muchas parejas sueñan con un matrimonio y con una familia felices, pero sin trabajarlos. ¡Vana ilusión!

El matrimonio puede ser una *luna de miel creciente* hasta llegar a ser *luna llena*; y puede ser una luna de miel *menguante* hasta apagarse del todo y convertir la vida de matrimonio y de familia en una noche negra de lobos.

Y, en este sentido, como decía antes, ninguna pareja puede decir ingenuamente *de esta agua no beberemos*.

Son muchas las veces que he tenido que exclamar, llevándome las manos a mi cabeza canosa: *¿Pero es posible que este matrimonio, un matrimonio que parecía modélico, un matrimonio al que envidiaban otros muchos matrimonios, haya explotado de esta manera?...; ¡si yo hubiera sido capaz de meter la mano en el fuego por ellos!...*

Cuando, en muchas ocasiones, ha salido la conversación en grupos de matrimonios o en encuentros familiares, afloran numerosas estampidas que dejan atónitos a todos. Nadie; absolutamente nadie, tiene garantizado su matrimonio y su vida de familia si es que no cuida su salud.

«Serán los dos uno solo»¹; es decir, serán como un solo ser, una sola persona, viene a decir Jesús. Éste es el ideal, ésta es la meta, pero supone un largo caminar, un esfuerzo sin desaliento.

El novelista francés André Maurois escribe certeramente:

«El matrimonio es siempre una cosa por hacer; jamás está hecha. Y no sólo esto; es una cosa que hay que hacer continuamente.»

Este casarse más y más cada día es, precisamente, un elemento básico para la felicidad del matrimonio.

«La felicidad en el matrimonio –escribe el mismo Maurois– no es un fenómeno natural. Es feliz el que quiere serlo. Sin este querer continuo no hay felicidad posible.»

El matrimonio y la familia son una tarea permanente.

Cuando un hombre y una mujer se casan establecen formalmente una relación de afecto, amistad y diálogo que debería durar toda la vida. Pero esto sólo es posible si se ejercitan y se renuevan continuamente. Su renovación constante constituye el éxito del matrimonio. Y su abandono, el fracaso.

El matrimonio y la vida de familia son como la casa que se tiene en el pueblo; si no se cuida, pronto se producen goteras que, al final, llevan a la ruina.

Siempre inventando el futuro

En estos tiempos en que se atropellan los nuevos inventos, los nuevos métodos, ya ni siquiera el modo de ejercer la profesión es inalterable. Hay que hacer cursos de actualización y reciclaje. Esto es una exigencia mayor referido al matrimonio y a la familia, sometidos a un cambio continuo.

Su propia evolución biológica, el paso mismo de los años, el desarrollo y crecimiento de los hijos, enfrentan constantemente a la pareja ante situaciones nuevas, presentan retos a los que hay que responder de forma distinta. No se aprende, ni mucho menos, de una vez para siempre, a ser amante, padre o madre, a convivir en armonía. ¿Quién no percibe que el matrimonio vive una situación muy distinta en los primeros meses de convivencia

¹ Mt 19,5.

que a los tres años; cuando llegan los hijos, cuando se hacen adolescentes o se casan y cuando queda *el nido vacío*; o cuando el matrimonio llega a la edad de la jubilación?

La familia es una realidad dinámica, en constante evolución, nunca igual, con momentos estelares a veces impensados. Como se repite con frecuencia, cada familia es un mundo, un mundo aparte, con planteamientos y circunstancias originales, irrepetibles. En la vida matrimonial y de familia hay que estar inventando constantemente el futuro.

La familia con niños todavía muy pequeños tiene muy poco que ver con la misma familia *-nido vacío-* en el momento en que los hijos ya se han ido. Se trata del mismo hogar, pero con distintos intereses.

Evidentemente, en el desarrollo de la vida del matrimonio y de la familia hay que señalar siete fases obvias:

- Desde el momento del matrimonio hasta el nacimiento del primer hijo.
- Nacimiento e infancia de los niños.
- Los hijos entran en la adolescencia y empiezan a *irse*.
- Vejez y fallecimiento de la generación precedente en ambas familias.
- Los hijos se van, *nido vacío*.
- Llega la hora de la jubilación y nacen los primeros nietos.
- Finalmente, vejez y viudedad: desaparición de la pareja creadora.

No creo que exista un solo caso en que este proceso se desarrolle matemáticamente así. Estas etapas se desarrollan entreverándose unas con otras y matizadas por mil cir-

cunstancias de todo tipo, de modo que cada familia constituye un mundo aparte.

Cada una de esas etapas provoca crisis diversas y reclama respuestas diversas, creatividad para afrontar una realidad relativamente nueva. Los cónyuges no pueden dejarse llevar pasivamente de la corriente si no quieren que, en cualquier momento, la corriente les arrastre a un remolino que les trague.

Si, por ejemplo, los esposos se dejan absorber por el cuidado de los hijos y descuidan sus relaciones interpersonales, vivirán traumáticamente el hecho de que los hijos les dejen el *nido vacío* con su salida de la escena familiar.

Envejecer juntos

Existen parejas que han vivido durante décadas únicamente por, para y con los hijos, y en cuanto éstos se marchan vuelven a descubrir inmediatamente el placer de la seducción recíproca, la alegría intensificada de estar juntos, de los juegos eróticos y del cortejo. Pero si esto no ocurre de forma natural, siempre se puede echar mano de la fantasía y utilizar el conocimiento que se tiene del otro.

Mejorar la relación, cuando se lleva tantos años conviviendo, no es una operación que se inventa sobre la marcha. Ante todo, hay que dar luz verde a cualquier cambio que introduzca un estilo de vida diferente. Ahora, más que nunca, es importante hacer cosas juntos, discutiendo y riñendo (cariñosamente, por supuesto) por las diferentes fórmulas y modos de hacer.

Es preciso intentar dar siempre a cada día el sabor de un día especial. La magia de estar bien no consiste en

cosas extraordinarias, sino que se basa en la sencillez, haciendo de cualquier momento un instante único.

Los esposos han de reservar y recuperar, si es que, equivocadamente habrían prescindido de ello por el cuidado de los hijos, un tiempo para ellos, algunos días, en fines de semana, en viajes de descanso, de turismo o de visita a hijos o familiares.

Los hijos casados y, sobre todo cuando hay nietos, constituyen, sin duda, una tentación de huida del encuentro recíproco y de invasión de los hogares de sus hijos.

Los casados cuyos hijos *han volado* han de potenciar el placer de estar juntos, cara a cara, pensando y hablando sólo de sí mismos, como si fueran sencillamente una pareja de enamorados. A partir de cierta edad nace una exigencia que nunca se había sentido antes: *Me gustaría envejecer junto a ti. ¿Qué quiere decir esto?* Son frases que significan el deseo de permanecer en un puerto seguro, de serenidad, de completar la propia existencia. No es renunciar a algo ni resignarse al tiempo que pasa. Detrás de estas frases está la expresión de una voluntad sana y positiva. La de pasar el resto de la propia existencia construyendo algo juntos.

Envejecer juntos significa tener todavía un proyecto de vida en común, un proyecto que incluye la aceptación total del otro. Porque se sabe que durante la vejez habrá que enfrentarse con pruebas duras y difíciles, asistir a la pareja con problemas de salud, ayudarla si tiene momentos de depresión, si no sabe ver el lado positivo del balance de toda su existencia.

Es en la vejez cuando, si no hay en la pareja armonía y aceptación mutua, las frustraciones, los miedos, las inculpaciones, se multiplican por dos para agriar más y más un atardecer hosco y plomizo. Pero si se ha sabido forjar

una verdadera amistad, una comunión estrecha, entonces los rigores de la vejez se dividen y las alegrías se multiplican por dos.

En la vejez, si se vive consciente y responsablemente, es cuando más unida y sólida se vuelve una pareja; son dos seres que se reconocen y aprecian hasta en los detalles más nimios.

Es hermoso envejecer junto a la persona a quien se quiere. Y es hermosos querer tanto a alguien como para desear compartir con él la vejez.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Mantenemos viva la esperanza de un matrimonio y una familia mejor o hemos caído en el fatalismo de creer que la cosa no da más de sí?*
- 2.º *De hecho, como matrimonio y familia, ¿crecemos, estamos estancados o nos vamos deteriorando? ¿Qué signos hay de ello?*
- 3.º *¿Evolucionamos sabiamente? ¿Nos preparamos para vivir creativamente los distintos cambios de la vida? ¿Cuidamos la salud de nuestra relación?*
- 4.º *¿Pensamos, prevemos y proveemos que un día volveremos a estar solos en el hogar?*

Medios y remedios

La sentada

Refiriéndonos a los medios de crecimiento del matrimonio y de la familia, hay que recordar algunos de los que ya hablé y que, propiamente no son sólo medios sino

la entraña misma del convivir conyugal y familiar. Son ellos: la convivencia hogareña, el diálogo, la comunicación, la elaboración del proyecto común y el servicio mutuo.

Insisto en la trascendencia del encuentro gratificante y de la comunicación.

En algunos movimientos matrimoniales y familiares tienen como exigencia insoslayable lo que llaman *la sentada*. Consiste en una hora de diálogo profundo sobre el tema correspondiente a la reunión del grupo matrimonial. Toda pareja, estén o no, en un grupo matrimonial, ha de exigirse a sí misma, como un deber y un derecho inalienable, *la sentada* según sus posibilidades. Todos, absolutamente todos los que son fieles a esta práctica confiesan que tiene un *increíble poder de cargar las pilas*.

Todo lo que sea encontrarse, ir del brazo, sentarse juntos y hablar en serio sobre temas vitales constituye una increíble fuerza impulsora y un santo remedio contra cualquier patología conyugal o familiar.

En ese intercambio afectuoso no puede faltar una periódica *revisión de vida*, que en algunos aspectos supondrá una cariñosa corrección. Hay que hacer la revisión de vida conyugal y familiar como se hace revisión de los negocios familiares.

Y hay que hacerla de forma sistemática; no sólo en situaciones de emergencia, cuando la situación se ha deteriorado de tal forma que es difícil hacerla con calma y objetividad. Revisión de vida en la que habrá que hacerse estas preguntas inexorables: ¿Cómo va nuestra relación de pareja? ¿Qué es lo que funciona bien en ella para potenciarlo? ¿Qué es lo que funciona mal que habría que corregir? ¿Cuáles son las causas? ¿Qué aciertos y qué errores estamos cometiendo en la educación de los hijos?

¿Cómo son nuestras relaciones con la familia grande, con los vecinos? ¿Cómo estamos colaborando con el barrio, con la parroquia? ¿Qué estamos haciendo para ayudar a los excluidos y pobres? ¿Cómo administramos nuestros bienes? ¿Estamos tocados de consumismo, de egoísmo? ¿Nuestro comportamiento en el mundo del trabajo es evangélico?

De la misma manera que la familia que tiene un negocio o una empresa hace balance, revisa la marcha y el programa para incrementar beneficios, la familia ha de revisar su vida para crecer adecuadamente.

Formación permanente

Hay un encomiable empeño en la mayoría de las parejas por reciclarse profesionalmente para mantener la competencia en el mundo laboral, para encontrar empleo, si no se tiene, y para ascender, si es que ya se goza de esa riqueza.

Si en algún aspecto de la vida cabe superación y perfeccionamiento es en el ser y el vivir como familia. El matrimonio ha de estar en actitud de formación permanente. Por suerte, nuestra sociedad, nuestras parroquias, nuestros colegios y asociaciones sobreabundan en medios para ello. Y, con frecuencia, no hay más medios a disposición de los matrimonios por falta de demanda; lo digo desde la experiencia pastoral.

He sido testigo de la sorprendente superación de matrimonios sin estudios, empleados y obreros llanos, que concienciados de su responsabilidad de esposos y padres, han sabido aprovechar todos los medios de formación a su alcance: lectura de libros sobre el tema, participación en conferencias y cursillos, semanas de la fami-

lia. Todo les era y les es poco. Y reconocen que merece la pena.

Esto les ha permitido poder dialogar hoy sin complejos con sus hijos universitarios y mantener un clima de familia, mientras se percibe cómo entre sus hermanos y hermanas, cuñados y cuñadas y sus respectivos hijos, se ha roto la comunicación. Todos conocemos decenas de matrimonios que no tienen ninguna autoridad ante sus hijos y han perdido toda influencia porque no entienden su lenguaje ni comprenden sus categorías. Los hijos *pasan* gloriosamente de ellos.

Creo que toda pareja responsable ha de tener permanentemente un libro de lectura en común para alimentarse diariamente, formarse a nivel humano, religioso, conyugal y familiar. La lectura común proporcionará tema para el diálogo e ir de esta manera creando un alma común.

Con la finalidad de dar facilidades de formarse a las personas, en todas las parroquias en las que he ejercido el ministerio pastoral he creado una biblioteca. He procurado poner casi físicamente en las manos libros seleccionados. He procurado que la sección de libros sobre el matrimonio y la familia esté nutrida de libros modernos, valiosos y amenos; a pesar de todo, tengo que reconocer el desinterés de la gran mayoría de los matrimonios ante la lectura. Es cierto que para muchos la vida está muy complicada por múltiples compromisos; pero no es una justificación suficiente. Si no se puede leer un capítulo cada día, sí al menos un par de páginas o tres. Aquí tiene también plena validez el dicho «hace más el que quiere que el que puede»... En la gran mayoría de los matrimonios hay poca convicción y mucha inercia y comodidad.

¿Por qué no suscribirse a una revista seria de formación humano-cristiana, conyugal y familiar? ¿Por qué no

participar en conferencias, semanas sobre la familia? ¿Por qué no integrarse en alguna asociación o escuela de padres? ¿Por qué no participar en la Asociación de padres de alumnos? ¿Por qué no integrarse en algún grupo matrimonial en el que compartir inquietudes, búsquedas y experiencias con otros matrimonios? De esto hablo a continuación.

¿Y por qué no reservar un fin de semana, un puente, algunos días de las vacaciones para tener un día de reflexión o retiro y unos días de *ejercicios espirituales*, solos o en grupo, como hacen tantos matrimonios? No, no serán días perdidos ni para la atención a la familia ni para el descanso personal de los esposos, sino días para liberar profundas energías interiores dormidas. Es una gloria ver cómo salen vigorizados muchos matrimonios de estas jornadas de reencuentro personal y conyugal, consigo mismos, con otros matrimonios y con el Señor...

Hemos formado una familia, se suele decir. Lo más exacto sería decir: *Estamos formando una familia*, porque la familia es un ser dinámico siempre en formación. Y para poder formar bien una familia, hay que formarse. Siempre hemos de estar en *formación permanente*.

Hay matrimonios que desean ser una familia muy feliz, vivir estrechamente unidos y que los hijos se vayan formando bien (*¡iqué más quisiéramos nosotros!*, dicen), pero todo ello sin molestarse para nada, sin poner para ello los medios y remedios adecuados, como si se tratara de un milagro llovido del cielo...

Familia de familias

«Fieles a la recomendación»

Todos los grandes documentos eclesiales sobre el matrimonio y la familia recomiendan insistentemente la crea-

ción de grupos en los que varios matrimonios se aglutinen, se apoyen y caminen juntos formando una familia de familias.

El Concilio recomienda a los sacerdotes:

«También se atenderá con diligencia especial a los jóvenes y a los cónyuges y padres de familia. Es de desear que éstos *se reúnan en grupos amistosos* para ayudarse mutuamente a vivir con más facilidad y plenitud su vida cristiana, penosa en muchas ocasiones.»²

Juan Pablo II, en la *Familiaris consortio*, n.69, recomienda asimismo:

«En el seno de la comunidad eclesial –gran familia formada por familias cristianas– se actuará a modo de intercambio de presencia y de ayuda entre todas las familias, poniendo cada una al servicio de las demás la propia experiencia humana, así como también los dones de fe y de gracia.»

Se refiere de modo preferencial e insistente a las parejas jóvenes.

Los obispos del País Vasco y de Navarra, en su carta colectiva *Redescubrir la familia*, n. 113, afirman:

«La formación de los esposos no termina con la celebración del matrimonio; es una tarea permanente. Han de seguir creciendo en el amor a través de las diversas etapas y en medio de las distintas circunstancias de su vida familiar.

La comunidad cristiana parroquial ha de procurar la exis-

² Vaticano II, PO 6,3.

tencia de unos espacios de encuentro y apoyo mutuo entre los matrimonios cristianos.

La formación de algunos grupos, según las diversas características o situación de las familias, ayudará a los matrimonios a compartir experiencias e inquietudes, a contemplarlas iluminadas por el evangelio y a encontrar los estímulos y orientaciones que les guíen en las responsabilidades que han de ir asumiendo en su vida familiar.

En los grupos matrimoniales se ha de cultivar la espiritualidad propia del sacramento, que capacita a los esposos para llenar de sentido trascendente las realidades humanas, en las que se teje diariamente la relación de los esposos y la vida de familia.»

En el mismo número de la carta, los obispos incitan a la formación de matrimonios agentes de la pastoral familiar en cada parroquia:

«Estos matrimonios están llamados a formar parte de los equipos de acogida, a animar la formación prematrimonial y a impulsar los grupos parroquiales de matrimonios. Tienen ante sí un extenso campo de acción, lleno de retos y en verdad gratificante.»

Las citas a este respecto serían numerosas.

El instinto de conservación tendría que impulsar a los matrimonios a integrarse en grupos para la mutua protección. Un matrimonio, una familia solitaria es presa fácil de los mil y un depredadores que andan sueltos en nuestra sociedad: sectarios, traficantes de droga, adictos al alcohol, pasotas, libertinos, etc.

Los hechos cantan

Recurro a la experiencia viva, en la que, sin duda, se han apoyado los pastores para hacer las recomendacio-

nes señaladas. Si concediera la palabra a los centenares de matrimonios integrados en los grupos matrimoniales que he constituido y animado, los testimonios sobre la eficacia casi milagrosa del grupo serían interminables.

En el grupo de matrimonios se traban amistades estrechísimas entre las diversas parejas y entre sus hijos. Amistades que liberan a los matrimonios de su aislamiento y soledad. Amistades que, como señalan muchos testimonios, cambian la vida personal, conyugal y familiar. Amistades que constituyen la gran familia, como aseguraba Jesús de sus discípulos:

«Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.»³

La verdadera familia, a la hora de la verdad, no es la que constituyen los lazos de la carne y de la sangre, sino la constituida por los lazos psicológicos, los lazos de la amistad. Es la *nueva familia* que ha constituido Jesús. Es la familia que formaban los miembros de las primeras comunidades cristianas que tenían un solo corazón y una sola alma y que compartían generosamente vida y bienes⁴.

Testifico que para muchos de los integrantes de los grupos significan y cuentan más los miembros de la *nueva familia* que los de la familia de carne y sangre; cuentan más a la hora de dar y recibir ayuda, de hacer y recibir confidencias, de tener una convivencia que gratifica. Recuerdo incontables situaciones de enfermedad y de apuro de todo tipo en las que los matrimonios han recurrido y

³ Lc 8,21.

⁴ Cfr. Hch 4,32-36.

recurren más a los amigos del grupo de matrimonios que a los propios hermanos.

Los matrimonios que han gozado de la integración en un grupo o comunidad testimonian abrumadoramente la alegría y la ayuda valiosísima que ha significado para ellos el compartir, cómo han sentido que el contacto profundo y serio con otros matrimonios ensanchaba su vida personal, conyugal y familiar.

El bien de los hijos lo reclama

En el grupo matrimonial los padres se forman, se orientan en orden a la formación de sus hijos; aprenden a comprenderles, a comunicarse con ellos, a ser sus amigos. El intercambio de experiencias entre los matrimonios integrantes del grupo enriquece a todos y proyecta luz sobre las situaciones de cada uno.

Por lo demás, la experiencia atestigua que a los hijos, por el simple hecho de saber que sus padres se reúnen para aprender y seguir perfeccionándose en el oficio de formadores para su bien, les impacta intensamente. Y, además, les impulsa a integrarse también en grupo. Ésta ha sido en algunos matrimonios la motivación inicial de formar o integrarse en algún grupo. Sabiendo la trascendencia que tiene para la formación del chico la vida de grupo, para impulsarles, han comprendido que tenían que ir ellos por delante.

De la misma manera que para sus padres los amigos del grupo son nuevos hermanos, para ellos son nuevos tíos.

La relación amistosa entre los padres conlleva, además, el gran beneficio de que también entre los hijos se suele entablar una fuerte amistad, lo que significa para los cón-

yuges la gran tranquilidad de que sus hijos andan en *buenas compañías*.

El grupo, cuando se vive con entrega, tiene una fuerza sacramental; se palpa en él la acción liberadora de Jesús resucitado, presente en medio de los que se reúnen en su nombre ⁵.

«Tiempos recios son éstos», decía Teresa de Jesús de la sociedad que le tocó vivir. Tiempos recios, sin duda, son también los nuestros en los que corren malos vientos. Por eso es necesario protegerse mutuamente. ¡Donde quedaron aquellos días de calma y confianza cuando los matrimonios podían estar tranquilos porque casi nunca pasaba nada...! Pienso que no les queda a las parejas otra alternativa que *unirse o hundirse*.

¡Qué distinta hubiera sido la *suerte* de muchas de ellas si hubieran buscado protección en un grupo de matrimonios! Muy probablemente hubieran evitado la catástrofe. Por el contrario, ¡qué distinta hubiera sido la *suerte* para otras muchas si no hubieran tenido esa protección!; muy posiblemente hubieran sido *matrimonios-desastre*, familias desgarradas.

Sabiendo todo esto, habiéndolo palpado con su propia experiencia, uno esperaría que los matrimonios acudieran en masa a procurarse la ayuda del grupo matrimonial... Sin embargo, la respuesta es reticente y escasa. Lo he recomendado y lo recomiendo encarecidamente a centenares y centenares de matrimonios. Las respuestas son, más bien, pocas; las excusas, muchas. Incluso, muchos aducen *la razón* (quizá para ellos lo es) de que no se lo permite la atención que deben a la familia; pero, en rea-

lidad, es precisamente el bien de la familia la que se lo exige.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º A la vista de la reflexión, ¿creemos muy conveniente, conveniente o sin importancia, integrarnos en un grupo de matrimonios?
- 2.º En caso afirmativo, ¿qué deberíamos hacer para informarnos de las ofertas que hay en este sentido?
- 3.º Si formamos parte de un grupo, ¿cómo valoramos la pertenencia? ¿Qué nos ha aportado? ¿Qué aportamos nosotros?
- 4.º ¿Participamos con fidelidad en las reuniones?
- 5.º ¿Qué deficiencias habría que corregir en la vida de nuestro grupo?

⁵ Cfr. Mt 18,20.

CRISIS Y CONFLICTOS

La hora de la verdad

En la vida conyugal y en la vida familiar hay que contar inexorablemente con las crisis y los conflictos. Son fruto natural de las fluctuaciones de la vida, de toda vida, sea personal o colectiva.

De hecho, se lo he oído confesar a la casi totalidad de los matrimonios amigos o integrados en grupos. En la climatología matrimonial y familiar se suceden los días radiantes, los brumosos y los de tormenta. La convivencia conyugal y familiar no es convivencia de ángeles o bienaventurados, sino de personas taradas de egoísmos y limitaciones.

La madurez de una pareja no se mide por la ausencia o presencia de conflictos, sino por el grado de sensatez y ecuanimidad que tiene para resolverlos. Lo malo en la convivencia, tanto conyugal como familiar, no es que existan algunos roces y conflictos, sino que la vida conyugal y familiar sea un problema continuo y permanente, que el clima que envuelve a sus miembros sea siempre conflictivo, que los días radiantes no existan o sean rarísimos. Si se trata sólo de tormentas de verano, no hay que asustarse.

Hay que decir, incluso, que, en cierta medida, las crisis

y los conflictos son necesarios para el crecimiento y la autenticación de la convivencia familiar y conyugal. Es la hora de la verdad. En cuanto a mi percepción personal, confieso que hasta que no sé que las pareja de amigos o familiares han sufrido y superado crisis y conflictos, no me siento tranquilo, no tengo certeza de su seguridad. El conflicto y la crisis son la hora de la verdad. La hora de hacer patente el verdadero cariño *a pesar de todo*.

Es la hora de madurar, de olvidarse de sí para centrar el cuidado en el otro/a, en el caso del matrimonio, o en los otros, en el caso de los hijos. En la crisis y el conflicto se prueba el amor y se crece en el amor.

En la crisis y el conflicto, como se dice del tropezón, el que cae, avanza dos veces. La crisis provoca la desinstalación, la creatividad y el dinamismo.

En orden a la superación de las crisis sucesivas, hay que decir que la correcta superación de unas adiestra y dispone para superar las siguientes; por eso es conveniente ir las afrontando con tino y valentía.

Aviso a navegantes

Como es natural, cada matrimonio y cada familia tiene sus crisis peculiares, propias, surgidas de las condiciones personales y de las situaciones que viven. Pero hay momentos críticos y conflictivos comunes para todas las parejas. Momentos críticos y conflictivos que es preciso señalar con señales de peligro o riesgo.

Esas situaciones de encrucijada son:

El despertar a la realidad

Se produce en el primer o primeros años; a veces, a los pocos meses. El noviazgo es, con frecuencia, el tiem-

po del idilio y la ilusión. Es frecuente que los novios floten en el idealismo. Las crisis y los conflictos –sueñan– no tienen nada que ver con su futuro matrimonio... Hasta que llega la realidad, hasta que se caen de las nubes. Los hay que van provistos del paracaídas de la preparación; y los hay que están en las nubes a cuerpo limpio y la caída en la cruda realidad de cada día es sonada.

Y la falta de preparación y los sueños platónicos son debidos, a veces, a que el noviazgo es una verdadera estafa, pura venta de fachada; porque en él se han ido creado una serie de cercos, de dependencias, de chantajes afectivos, que acaban por anular la libertad; a veces la que venda los ojos durante el noviazgo es la prisa en irse de la casa de los padres por las razones que sean. Todos sabemos que la prisa no es nunca buena consejera.

Aun suponiendo que los esposos han vivido lucidamente su noviazgo, puede y debe surgir la crisis con mayor o menor intensidad. Algunas parejas vuelven ya de su luna de miel con las maletas repletas de regalos y con el corazón lleno de desengaños y sacudido por la crisis.

La crisis surge ante la dificultad de la convivencia y la necesidad de *amoldarse el uno al otro*. Ya no son los encuentros siempre gratificantes del noviazgo, sino el convivir continuo en el que hay que conjugar idiosincrasias distintas, diferentes gustos, manías y hábitos diversos. Cada uno es hijo de su padre y de su madre, procede de una familia con su *cultura propia*.

Por otra parte, están los egoísmos y caprichos que cada uno lleva al matrimonio y la necesidad de ceder para dar gusto al otro cuando ha pasado el tiempo de conquistarle, de *merecerle*. Es el convivir en unos cuantos metros cuadrados durante horas y horas, teniendo que ponerlo todo

en común, cuando se desnudan de verdad las personalidades con más deformaciones íntimas de las que se imaginaban.

Para algunos este encuentro con la realidad es el final del amor, su muerte, como si el amor fuera solamente soñar. La ensoñación ha de dar paso a la realidad, que es aún más fascinante, cuando no se tiene miedo a afrontarla.

No es fácil acoplarse. Es un largo aprendizaje, pero fascinante, cuando se entiende que la vida hay que trabajarla, que el amor hay que curarlo. Es la hora de la verdad, el momento de la confirmación del amor, un amor verdadero que se hace ofrenda.

Esta crisis es el fermentar del mosto, tiempo peligroso de hervor y confusión, tiempo determinante para que del matrimonio resulte un buen vino, o un vino aguado o agriado. Hay que vigilar muy cuidadosamente la fermentación.

También el ámbito de la *relación sexual* es zona de tormentas. A veces durante la misma luna de miel, debido a la desarmonía sexual. También la relación sexual necesita un aprendizaje.

«Se trata de un camino –señala atinadamente Manuel Iceta– en el que se va, paso a paso, descubriendo el cuerpo del otro, creando un ritual de encuentro, un lenguaje, un verdadero diálogo entre los cuerpos, capaz de expresar los grandes valores de ofrenda y acogida, de aceptación de la realidad del otro, de su verdad, capaz de dar vida y recrearla, de enamorarla.

Es un camino que va suponiendo la sintonía en las vidas, el encuentro amoroso de sentimientos, la libertad y el dominio de cada uno, tan difíciles al principio. No es algo al margen. Todo el ser queda implicado. Hasta que surge

la ternura, la verdadera *com-pasión*, la *sim-patía*, por la que se comparte todo y se expresa. Hasta el encuentro en plenitud pueden transcurrir meses. Es un error creer que todo debe ser perfecto desde la primera vez, que es necesario tener relaciones antes para ver si ya está.»¹

En el primer o primeros años de la vida conyugal hay, además, otra disputa o pulso secreto que genera crisis y conflicto; es la lucha por el *dominio*. En el fondo todos llevamos un amo que quiere tener criados a su servicio, que no quiere someterse sino someter. Esta misma ambición provoca en el inconsciente una susceptibilidad que nos lleva a veces a imaginar amenazas a nuestra soberanía, gestos de dominio y atropellos a nuestra libertad.

A nivel inconsciente, se entabla generalmente un pulso por el control de la pareja. La crisis, en mayor o menor intensidad, casi es inevitable. Se trata de un aprendizaje de la convivencia y del descubrimiento de actitudes autoritarias de las que cada uno de los cónyuges, tal vez, no ha tomado conciencia.

Se necesita un esfuerzo por la búsqueda del equilibrio para no dominar ni ser dominado, para liberarse de los hábitos de soltería.

«La crisis de la *realidad* –alerta sabiamente Manuel Iceta– a veces se encubre, se enmascara por el nacimiento del primer hijo. La responsabilidad cede ante la paternidad. La crisis queda encubierta, velada, sin superarse. Ahí se quedan. Es indudable que muchas parejas nunca la han superado. Se han condenado a sí mismas a repetir sus vidas interminablemente. Sus quejas, sus insatisfacciones,

¹ ICETA, Manuel: *Vivir en pareja*, 13.ª ed., SM. Madrid, 1997, p. 57.

sus discusiones, son siempre las mismas. Como críos. Es una fijación.

Es preciso meter horas de diálogo en la verdad, volver continuamente a las raíces de su amor. Hacen falta fuertes dosis de generosidad para saber cada uno renunciar a sí mismo y asumir al otro. Es el primer paso serio para llegar al *por ti*.»²

La rutina y el hastío

Pasó el tiempo de los descubrimientos, de las nuevas experiencias. Pasó la novedad del estreno de la convivencia, de los comienzos de la relación sexual, de la sorprendente novedad de los hijos, de todo lo que supone la nueva forma de vida que es el matrimonio y la familia. A partir de ahí la relación conyugal está más acusadamente amenazada de rutina, de falta de entusiasmo, de aburrimiento. Esto suele ocurrir alrededor del séptimo año de matrimonio.

En torno a esos años, amenaza a la pareja la inundación del tedio y el fastidio. Empiezan a cansarse de decir y oír siempre las mismas cosas, de decirse que se quieren siempre de la misma forma y con las mismas fórmulas.

Asoman los primeros desencantos. Se esperaba que los primeros errores de la inexperiencia de casados, se irían corrigiendo con los años, pero siguen casi los mismos. *¿Tendremos que seguir así toda la vida?*, se preguntan muchos, llegados a estas alturas de su vida conyugal.

«Con ocho años de forcejeo, de intentar mejorar las cosas sin que se vea resultado –me decía hace unos días un marido– me da miedo la perspectiva que tengo por delante...»

² ICETA, Manuel: *ob. cit.* p. 58.

A estas alturas, ha pasado un tanto el furor sexual. Muy probablemente, se han tenido ya los hijos deseados, y para muchas parejas comienza un tiempo de recelo sexual por miedo a un nuevo embarazo.

Todo esto provoca nostalgias e invita e incita a recuperar nuevas parcelas de soltería.

Naturalmente que cuando se ha vivido vigilante la vida conyugal y de familia, cuando se han aprovechado las ayudas, la compañía de un grupo de matrimonios, la reflexión constante, la creatividad en todos los aspectos, el temporal es menos recio y, por otra parte, siempre se dispone de salvavidas en medio de las aguas revueltas de la riada.

Todo depende de si se nada o se deja uno llevar por la corriente. La pareja que sabe nadar encuentra siempre novedosa su vida y llena de asombrosas sorpresas. El hastío y la rutina no está en la vida conyugal y familiar, sino en las parejas que la viven. Con respecto a esta etapa, la pastoral matrimonial afirma desde su larga e intensa experiencia:

«En este momento es preciso repetir la luna de miel, aunque sea en el pueblo de al lado. Hay que volver a las raíces, a los inicios. Es necesario un nuevo compromiso de los dos para recuperar la admiración, para asumirse.

Es formidable pertenecer a una comunidad de matrimonios...

Esta crisis es menor si se camina con el hábito de meter horas para el diálogo en la verdad, si no se ha dejado nada *enterrado*, sin quererlo plantear ni resolver. Es aún mucho menor si se ha ido creciendo en la creatividad y se ha echado a volar la imaginación intentando hacer al amor

cada día nuevo. Incluso, puede ser que ni se produzca la crisis.»³

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Seguimos ilusionados con nuestro matrimonio o nos encontramos tocados de desencanto y de cierta frustración?*
- 2.º *En el caso de que estemos afectados por el desencanto, ¿a qué lo atribuimos, principalmente, en nuestro caso concreto?*
- 3.º *¿Qué medios nos convendría adoptar para que, superando las tentaciones de esta etapa matrimonial que estamos viviendo, salgamos de ella fortalecidos?*

El paso del ecuador

Entre los cuarenta y cincuenta se produce el paso del ecuador, el ecuador de la vida; y a esas alturas, como en el golfo de Santa Catalina (Brasil), suelen levantarse tormentas. Todas las veces que lo crucé las sufrimos.

Estas tormentas están provocadas por tres corrientes vitales que chocan entre sí y revuelven las aguas formando remolinos peligrosos: la *crisis personal*, que provoca el haber llegado a esas alturas a la mitad de la vida; la crisis de la *pareja*, que, sobre todo si no ha vivido en permanente rejuvenecimiento, se siente cansada de sí misma, agotada en sus esperanzas de felicidad. A estas crisis se agrega la *de los hijos*. La familia ha rebasado ya el *mar de la tranquilidad* que llega hasta la adolescencia de los vástagos y, a partir de ahí, comienza el *golpe de las tor-*

mentas, de la edad difícil, de las actitudes imprevisibles y desconcertantes de los hijos.

La llegada a la cumbre de la vida y la perspectiva de tener que empezar el descenso de la montaña, tanto en el hombre como en la mujer, provoca generalmente nostalgias y resistencias a la realidad. Sienten la necesidad de convencer a los demás y a sí mismo que todavía son jóvenes: *¡Yo no soy un carroza!*, se dicen, por lo menos en su fuero interno.

Lo dicen con su forma juvenil de vestir, de expresarse, con sus diversiones juveniles. Los hijos se percatan enseguida: *¡Cómo se ha puesto papá, qué joven está mamá!* Nace en ellos con frecuencia una preocupación por la moda, por la estética corporal. Incurren fácilmente en el dandismo.

En esta etapa de la vida se insinúa sutil y sorda la tentación de volver a empezar, sobre todo cuando se ha llegado a ella con un cierto desencanto. *Ya he vivido una vida –se siente íntimamente–, quiero vivir otra. He malgastado tontamente los años de mi juventud. Mi marido (o mi mujer) no valora lo que tiene en casa. Tengo perfecto derecho a vivir mi vida, a realizarme.*

Se siente la pasión por nuevas experiencias, por poner de manifiesto que se es capaz de enamorar, que, tal vez, se merecía algo mejor. Tienta vivir un nuevo romance, una nueva pasión. A esta pasión impulsiva se junta la pasión atractiva que ejerce el hombre y la mujer que han llegado a su plenitud, sobre todo el varón. Es y se sabe *interesante*.

Esta situación se agrava para el esposo al sufrir la mujer la menopausia con todos los trastornos que conlleva en el orden somático y psicológico: depresión, celos, ansiedad, irritabilidad, cambios en la apetencia sexual. Es ésta, sin duda, una etapa de alto riesgo en la vida conyugal.

³ ICETA, Manuel: *ob. cit.* p. 59.

Como, por otra parte, los hijos, si todavía no se han colocado, llevan ya una vida bastante independiente por razones de estudios y porque prefieren los ambientes de su edad, y, por otra, los esposos suelen estar absorbidos por el trabajo, a la mujer le sobra mucho tiempo, se aburre y, a veces, sufre una soledad asfixiante. A esto se agrega en muchas el sentimiento de frustración porque no se han realizado socialmente, porque creen que su vida ha sido enteramente irrelevante: no han hecho otra cosa que cambiar pañales, guisar, limpiar la casa y hacer recados. Tienen necesidad de demostrar que valen para mucho más. Todo esto convierte a esta etapa de la vida en una encrucijada especialmente peligrosa. Las sectas saben esto perfectamente, y por eso ofrecen astutamente tareas, responsabilidades en el grupo sectario para colmar esas aspiraciones. De hecho, la mayor parte de la población sectaria está compuesta por mujeres cuya edad oscila entre los cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años.

La crisis individual desencadena inexorablemente la crisis en la pareja. Al sentirse (aunque sólo sea inconscientemente) frustrados y, al mismo tiempo, ansiosos de *novedades*, los cónyuges se tornan irritables y displicentes, lo que agudiza la crisis que lleva a adulterios reales o soñados.

Manuel Iceta describe magistralmente el estado de ánimo de muchos cónyuges en esta etapa de la vida:

«El otro, hasta en su cuerpo, es un recuerdo vivo de muchas desilusiones y problemas no superados. Aparece la necesidad de una nueva compañía, pero sin la imagen que pesa sobre toda relación matrimonial. Se busca una relación de amantes, sin cargas ni responsabilidades que puedan generar una historia de sacrificios y equivocaciones. Es la utopía del amor, de esas nostalgias que apa-

recen recubiertas de encantos y que después sólo son vacío, sufrimiento de muchos, desencanto. Una y otra vez se repite la misma historia.»⁴

Naturalmente, cuando el matrimonio ha vivido en el esfuerzo de casarse cada día, la crisis apenas es perceptible y fácilmente superable como la tormenta en un mar resguardado y tranquilo.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Cuáles son los principales problemas que nos afectan personal y conyugalmente en esta etapa del paso del ecuador de nuestro matrimonio?*
- 2.º *¿Siento (sentimos) la tentación de jugar a ser jóvenes?*
- 3.º *¿Nos sentimos frustrados en nuestro matrimonio y vida de familia? ¿Por qué?*
- 4.º *¿Los hijos son para nosotros causa de conflicto en el matrimonio? ¿Qué tendríamos que hacer para que el cuidado, la educación y la formación de los hijos nos una?*
- 5.º *Como marido, ¿me dejo absorber por el trabajo, relegando la convivencia en el hogar y la compañía que debo a mi esposa?*

La media tarde

En los años de mi niñez, hablar de una persona sexagenaria, era hablar de un anciano/a en el pleno sentido de la palabra. Los noventa años eran un prodigio de longevidad. Recuerdo el asombro con que mirábamos de niños a un anciano nonagenario, el único que se conocía.

⁴ ICETA, Manuel: *ob. cit.* p. 60.

Hace pocos años visité en mi parroquia ferrolana de Las Angustias a tres centenarios, dos mujeres y un varón. Dos de ellos alcanzaron los ciento tres años.

Del falleció a la avanzada edad de cuarenta y tres años de aquel registro de comienzos de siglo, a los centros para la tercera edad llenos de ancianos octogenarios y nonagenarios, hay una notable distancia.

Es de comprobación diaria la considerable prolongación de la vida humana. Entre el mediodía de la adultez y el atardecer de la ancianidad, hay muchas horas. Y esto cambia notablemente el ritmo tradicional de la familia, sobre todo si se tienen en cuenta las condiciones laborales modernas.

El matrimonio y la familia son una relación de personas muy dinámicas y cambiantes. Dinámicas y cambiantes cada una de ellas según las etapas biológicas; y cambiantes históricamente a causa de los cambios sociales. La familia con niños todavía muy pequeños tiene una problemática enteramente distinta a la familia *nido vacío*, en el momento en el que los hijos ya se han ido del hogar.

Históricamente, en estos últimos años, ha surgido una situación nueva en las parejas y familias, con una problemática muy peculiar en consecuencia, como es natural.

Es la situación de las parejas que viven las horas de media tarde: de los cincuenta y pico años hasta los sesenta y cinco o setenta. Años en los que, en la mayoría de los casos, los cónyuges están todavía llenos de vida. La Secretaría General de Asuntos Sociales ha publicado el siguiente dato, que confirma la nueva situación en que viven muchas familias:

«El 65% de los jóvenes entre veinticinco y treinta años sigue viviendo con sus padres. Hay que relacionar este

estado de cosas con la precariedad del mercado laboral y el encarecimiento de la vivienda.»⁵

La prejubilación

Con frecuencia, en esta sociedad productivista en la que se realiza con cierta frecuencia la *reconversión* industrial, y por lo tanto el reajuste de plantilla, muchos empleados, en la plenitud de sus facultades profesionales, son apartados de su actividad laboral. Es una situación matrimonial y familiar nueva y que afecta a un gran sector social.

Si el prejubilado/a ha sabido prepararse para la situación, si no padece *adicción* a su trabajo, a su entorno laboral, si ha aprendido a disfrutar sabiamente del tiempo libre, si la prejubilación no le ocasiona trastornos económicos especiales, esos años de la *media tarde* de la vida, pueden ser (de hecho lo son para algunos), los años más felices de su vida personal y conyugal. Otro tanto hay que decir de los primeros años de la jubilación normal, en los que todavía los cónyuges gozan de gran vitalidad. Lo repito con insistencia a matrimonios amigos y de mi entorno: Por una parte tienen los hijos *situados*, no tienen problemas económicos ni sufren tensiones laborales, y con todo el tiempo a su disposición, ¿qué más pueden pedir?

Es el momento de saborear sosegadamente de la vida, de una convivencia más intensa de los cónyuges; es el momento de viajar y disfrutar del encuentro con personas entrañables, amigos y familiares, de gozar de los lugares placenteros y añorados, de las ocupaciones apetecibles, de la lectura, la tertulia formativa y entretenida, la expan-

⁵ *Diario ABC*, martes, 16-5-2000.

sión gozosa; es el momento de dedicar más tiempo a la formación, a la vivencia religiosa, a la oración.

Jubilados, pero no parados

Estos años representan también un enorme caudal de vida que es preciso aprovechar en actividades fecundas. Por supuesto, todavía queda por delante, para muchos, la tarea de ayudar a sus hijos en mil ocupaciones, sobre todo cuando trabajan los dos miembros de la pareja: llevar y recoger a los nietos del colegio, hacer recados y diligencias. Algunos abuelos confiesan que están más ocupados después de la jubilación que cuando estaban en activo.

Por lo demás, ¿por qué no asumir compromisos de ayuda en grupos humanitarios, en alguna ONG, en la vida de la comunidad cristiana, en asociaciones de promoción humana, en organizaciones culturales o deportivas? Es el momento de concederse la gran satisfacción de trabajar gratuitamente, por la no pequeña remuneración de saberse útil y poder participar en causas nobles y de ayuda a los demás, especialmente a los desafortunados. Con frecuencia, cuando estaban en activo, los esposos se *justificaban* de su falta de compromiso con las absorbentes tareas laborales y familiares. Ahora ya no tienen excusa. Despilfarrar este enorme caudal de vida, de preparación, de energías, de buena voluntad, no tiene perdón de Dios: no lo hay para los sujetos, si no se prestan a ello, ni para la Iglesia ni la sociedad si no saben encauzar este río amazónico de energías. Desgraciadamente, tengo que constatar que muchos matrimonios que viven en esta situación, creen que llegan tarde, que no tienen preparación para asumir ciertas responsabilidades que yo mismo les

ofrezco. Es posible que en todo ello haya cierta comodidad, que se *justifica* con un poco de complejo de inferioridad que sufren muchos seglares cristianos.

Regalar tiempo y actividades proporciona una gran paz interior. «Nunca pensé que fuera tan gozoso echar una mano a los demás, como mi marido y yo hacemos en Cáritas parroquial. Te ayuda a olvidarte un poco de ti mismo y a pensar en los demás. Sientes una gran alegría al darte cuenta de que eres útil a los demás», testimonian unos amigos, jubilados tempranamente.

Hay parejas que, por el contrario, parecería que quisieran desquitarse del hambre y sed atrasadas de diversiones, turismo y consumo que les impedía saciar el condicionante del trabajo, los hijos y las limitaciones económicas que comportaba su crianza. Conozco países en los que se dan cursos de preparación para la jubilación. Hay que agradecer a los Estados la creación de centros para personas en la edad de la jubilación con numerosas ofertas de actividades culturales, recreativas y deportivas. Esto lleva a muchos a entusiasmarse por trabajos manuales, teatro, artesanía, canto en coros, etc.

Las sectas, que saben el vacío que produce un exceso de tiempo libre, acosan a las personas que viven en esta situación para hacerles la oferta de sentirse útiles en su grupo sectario.

Cuando no se encara acertadamente estos años de *media tarde*, se producen fricciones y roces que echan chispas. Cualquiera ha escuchado, sin duda, de labios de muchas esposas, la queja de que tras la jubilación de sus maridos, todo está mal. La desazón interior por la nueva situación no asumida se proyecta, sobre todo, en el otro cónyuge.

Cuando los hijos casaderos no se casan

La dificultad de conseguir un empleo estable por parte de los jóvenes ha creado también una situación nueva: la de los hijos casaderos que no se casan, lo cual crea una cadena de dificultades para la pareja. La dilación en contraer matrimonio, aun existiendo posibilidades, a veces obedece a la comodidad. Están a gusto en casa, tienen los gastos pagados y los servicios domésticos asegurados, lo que ganan es para ellos y gastan del fondo familiar, ¿para qué complicarse la vida? De este modo se va ahorrando y preparando sin prisas la celebración de un matrimonio que ya está consumado. Algunos tienen el domicilio de sus padres para comer y gastar, y un apartamento, casi domicilio, para dormir con la *novia*.

La situación de los hijos que no acaban de irse de casa es compleja, y no todos los casos, como es obvio, tienen la misma causa ni originan los mismos conflictos.

Muchos hijos, medio adultos o adultos del todo, siguen en casa por pura y reprobable comodidad. Conozco a algunos matrimonios que, al volver de la luna de miel, se encontraron con el amargo regalo de bodas del despido por parte de la empresa. En algunos casos, se quedó sin empleo uno de los miembros de la pareja, con lo que se desbarató el presupuesto económico y tuvieron que cambiar de domicilio porque no les alcanzaba el dinero.

Esta situación de los hijos crea, con frecuencia, ansiedades, tensiones, y provoca conflictos entre los padres incautos; querrían ver establecidos de una vez a los hijos, con su hogar formado, felices e independientes, en definitiva.

¿Qué hacer en estos casos? Antes que nada, no dejarse desbordar por la situación, mantener la calma. Por supuesto, respetar la libertad de los hijos, y no olvidar que

tienen derecho a hacer su vida, aunque estén en el domicilio paterno. Respetando, claro está, unas reglas elementales de convivencia: corresponsabilidad, no perturbar la paz ni un orden mínimo necesario.

Los padres han de vencer la tentación de seguir tratando al hijo o a la hija casaderos como el eterno *niño* o la eterna *niña*. Es obvio, pero no es fácil. Ya no están bajo su *protección*, como menores, sino en su *compañía*, como adultos. ¿Quién no ha conocido *adolescentes* de cuarenta años, sobre todo hijas, porque, en casa, quien sigue mandando y manipulando la vida de la familia y la de la hija es la madre? Con frecuencia recuerdo a padres, amigos míos, que no se empeñan, a esas alturas, en cambiar la vida de sus hijos, ni se angustian porque *no se dejan aconsejar*. Su tarea educativa, en gran medida, ha terminado.

Los padres han de impulsar a los hijos/as casaderos a comportarse como adultos dentro del hogar paterno, sin querer permanecer como *protegidos*, *dejándose querer*, por conveniencia, por una parte, y viviendo independientemente por otra, con lo que disfrutarían de las ventajas de los casados y de los solteros.

Por supuesto, los padres no tienen por qué hacer un drama de la marcha de los hijos del hogar paterno, aunque no sea por la puerta del matrimonio. Son adultos, tienen pleno derecho a establecerse por su cuenta y a hacer su vida. Es la edad, la adultez, la posibilidad de una vida independiente, lo que legitima la salida del hogar paterno, no sólo el casamiento.

En todo caso, la pareja ha de buscar por todos los medios que la situación, antaño anómala, hoy no tanto, de hijos adultos en casa, no altere, no bloquee su armonía conyugal. El centro de sus cuidados y desvelos ya no han de ser los hijos, criados ya, aunque se hallen en casa, sino su propia vida personal y conyugal.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Aprovechamos convenientemente las oportunidades que nos brinda nuestra situación de prejubilados o jubilados?*
- 2.º *¿Qué tendríamos que hacer para aprovechar mejor el tiempo y gozar de la convivencia, del encuentro con los familiares y amigos, para formarnos humana y religiosamente?*
- 3.º *¿Qué actividades y compromisos podríamos asumir en instituciones civiles o en la comunidad eclesial?*
- 4.º *¿Hemos sabido asumir positivamente las consecuencias de nuestra prejubilación o de nuestra jubilación o está produciendo en nosotros efectos negativos? ¿Cuáles? ¿Qué deberíamos hacer?*
- 5.º *¿Cuál es nuestra problemática con respecto a los hijos? ¿Creemos adecuado nuestro comportamiento con ellos o hay algo que corregir? ¿Qué?*

El otoño de los patriarcas

A partir de los sesenta y pico años se crea una nueva situación en la familia y, sobre todo, en la pareja. En cierta medida, comienza una nueva vida.

En el orden somático empiezan *las goteras*, los primeros trastornos de la salud que llevan concomitantes trastornos psicológicos, obsesión por la enfermedad o, por el contrario, tensiones en la pareja porque el otro *no se cuida nada*.

En uno de los cónyuges o en los dos se produce la jubilación, un hecho que influye decisivamente en la convivencia de la pareja. Algunos esposos, a partir de ella, aburridos, desconocedores de la nueva situación, se vuel-

ven intolerantes, entrometidos en aspectos de la vida familiar de los que antes pasaban olímpicamente: *La comida no sabe bien, la casa no está ordenada, la economía no se lleva en condiciones*.

La situación de los hijos en esta etapa de la vida, cambia también grandemente la situación de la pareja. Los hijos se han ido, dejando el *nido vacío* y a sus padres solos cara a cara. O, por el contrario, como ocurre cada vez con más frecuencia, los hijos no se acaban de ir porque no encuentran empleo fijo, con lo cual se crea una situación incómoda que incentiva la crisis existente.

El tiempo, contrariamente a lo que a veces se piensa, por sí solo no arregla nada. Si las aguas vienen ya revueltas de atrás, con nuevos aguaceros se vuelven aluvión asolador. Los esposos empiezan a distanciarse, a ignorarse. La agresividad acumulada les aboca a discusiones de sesión continua. A veces rozan hasta los límites del odio.

Sin embargo, si se ha cultivado bien el árbol familiar y conyugal, los esposos gozan de una abundante cosecha de satisfacciones y alegrías. Liberados de las trabas que el trabajo y el cuidado de los hijos impone a la convivencia, tienen para sí todo el tiempo que quieran. Con esta leña puede avivarse el fuego del amor, de un nuevo enamoramiento. De hecho hay muchas parejas que en este momento parecen novios. *Somos más felices que nunca*, me han confesado muchas parejas. Es la cosecha de un paciente y esmerado cuidado del árbol conyugal y familiar; es la cosecha de una fiel actitud de diálogo, de comprensión y servicios mutuos.

A estas razones para la felicidad se agrega la *ilusión de los nietos* que les hacen rejuvenecer y unirse más al constituirse para ellos en centro de convergencia.

El ocaso

Tiempo de crisis (para algunos, dramática) es el tiempo del ocaso; en torno a los setenta y pico años. Pasó a la historia el tiempo de la veneración a los ancianos, oráculo de sabiduría, fruto de la experiencia. Pasó hace muchos años el tiempo de la gerontocracia. Ser *viejo* (bajo el eufemismo de *estar en la tercera edad*) en esta sociedad que mitifica la juventud, no es nada halagüeño ni nada fácil.

Todo se junta. A nivel somático, los posibles achaques se van agravando poco a poco. La torpeza se va adueñando del cuerpo y de las facultades psicológicas. Se va perdiendo la vivacidad de reflejos, la memoria. Uno empieza a sentirse un *estorbo* para los que le rodean. Además de las limitaciones que ya se sufren, angustian el miedo a las futuras: *¿Qué nos espera?, ¿cómo serán nuestros últimos días?, ¿cómo estaremos atendidos?, ¿quién se irá primero?* Todos son interrogantes que atormentan.

A veces tienen que sufrir el desarraigo, porque no se valen por sí mismos, de tener que irse a vivir a un hábitat distinto y abandonar sus amistades.

A nivel psicológico, es posible que el volver la mirada atrás y percibir una vida no muy fecunda, las muchas equivocaciones que se han cometido, el sentirse fracasados en tantos sueños no realizados, provoca una amargura que se expresa en lamentaciones y malhumores por cualquier cosa, pero cuyas raíces están ocultas en la tierra de frustración. Es el típico *viejo gruñón* o la *vieja gruñona* para el que, o para la que todo lo actual está mal y los tiempos pasados siempre fueron mejores.

A veces los *matrimonios mayores* descargan recíprocamente en el esposo/a su agresividad acumulada. Es un triste espectáculo que, por desgracia, se contempla con

frecuencia. Matrimonios que tendrían que empeñarse en endulzar mutuamente los últimos días de su vida, se obstinan en amargárselos miserablemente, zahiriéndose con reproches, inculpaciones, minusvalorándose, despreciándose, incluso, y echándose en cara mutuamente la decadencia y falta de facultades. El espectáculo es deshumanizado y deprimente.

A estos factores de sufrimiento se agregan con mucha frecuencia el desamor, la ingratitud y el abandono por parte de hijos y nietos. ¿Quién no ha escuchado en este sentido letanías y más letanías de quejas y lamentos? Hijos y nietos que, no raras veces, les *utilizan*, se acuerdan de ellos cuando les necesitan para cuidar a sus hijos pequeños, para recabar una ayuda económica o una influencia social. Cuando no sirven, cuando les impiden *vivir su vida*, se les aparca donde sea y como sea como *trastos viejos*.

Los hijos y los nietos, como no han sido nunca ancianos, no se hacen ni la menor idea de los sufrimientos íntimos que éstos sufren, ni de la necesidad que sienten de que alguien escuche el relato repetido de sus batallitas, que les valore, les preste atención, les haga sentir que son *alguien*.

Por otra parte, como señala Manuel Iceta, «no haber descubierto el diálogo de los cuerpos, la ternura del encuentro erótico en la sexualidad, seca una fuente de dulzura para muchos en su ancianidad».

El sufrimiento que supone no saber aceptar que ha comenzado el principio del fin y el dolor añadido de la ingratitud de hijos y nietos les vuelven, con frecuencia, mezquinos, vengativos y resabiados. Esta situación psicológica, a algunos matrimonios les vuelve agresivos e intolerantes entre sí, hasta el punto de estar echándose mutuamente las culpas todo el santo día y parte de la

noche. A otros la situación les aproxima y vuelve tiernos, aunque no sea más que porque se necesitan: *El día que me falte ésta, el día que me falte éste*, exclaman con frecuencia.

Pero no todos los panoramas son trágicos, claro está. ¿Quién no ve con frecuencia parejas de ancianos que vienen de atrás y siguen cogidos de la mano, porque han cuidado la unión de sus almas...? A muchos de estos matrimonios encantadores con los que he convivido y convivo les he hecho la misma pregunta: *Después de toda una vida, de tantas luchas juntos, en resumidas cuentas, ¿qué es el amor?* La respuesta, con unos u otros matices, es siempre la misma: *Amor es que ella sea feliz, que él sea feliz*. Cada uno no ha vivido más que para el otro, y los dos para los hijos, sin olvidar, claro está, el servicio a su entorno social y a la comunidad cristiana. Esto es la realización feliz y fecunda del proyecto *matrimonio y familia*. He aquí la verdadera santidad del matrimonio.

Por suerte, hay muchos matrimonios ancianos que viven un ocaso majestuoso, fecundo y feliz. No se improvisa, por supuesto; hay que prepararlo. Y, por otra parte, hay que descubrir y aprovechar las incontables posibilidades que se presentan y que les permiten sentirse útiles: innumerables ocasiones de hacer un servicio callado, gratuito, eficaz en favor de la familia, de los nietos, de los vecinos. El abundante tiempo libre les permite gozar de la cultura, la oración y el deporte sosegados, las vacaciones, las conversaciones tranquilas y profundas, el juego, las salidas al campo, el solaz con los nietos. Todas estas facetas llenan la vida de gratificaciones y preparan para el ocaso en el mundo y la aurora en Dios. Así es como se concluye la vida como una ofrenda final al que nos la regaló amorosamente.

... Y, por fin, la ausencia

El ciclo matrimonial se cierra con la dolorosa ausencia de uno de los esposos. Cuando el matrimonio ha llegado a la íntima comunión de los espíritus, el que pervive siente que ha muerto la mitad de su yo, como confesaba san Agustín de su gran amiga, su propia madre, santa Mónica:

«Así, viendo yo que quedaba desamparado de tan grande consuelo como de ella recibía, mi alma estaba traspasada del dolor y pena, y parece que mi vida se despedazaba, pues la mía y la suya no hacían más que una sola.»⁶

El hombro en el que se solía reclinar la cabeza ya no está. Aquí la vida paga mal: al que ha sido enteramente fiel, le queda, ciertamente, el dulce recuerdo de una vida gozosamente compartida, pero eso mismo acrecienta el dolor de la ausencia. En este sentido y a esta hora, la vida no hace justicia: el que más fiel ha sido es el que más sufre.

Es saludable recordar la alternativa inexorable de dejar viudo/a o de quedar viudo/a. Esto ayudará a recordar que únicamente Dios es el Absoluto. El otro, la otra es un don que hay que ofrecerle constantemente. El día de la *desaparición*, que *no partida* (la muerte no rompe la comunión de los muertos con los vivos –afirma el Concilio–), se puede rezar esta bella oración de Manuel Iceta:

«Aquel muchacho/a que un día, Señor, pusiste en el camino de mi vida, el gran don que de ti recibí, ha llegado a su plenitud, ha cumplido sus días y hoy te lo ofrezco.

⁶ SAN AGUSTÍN: *Confesiones*, IX,11,29.

Puse mi empeño desde mis pobreza, por acompañarle, por darle fuerza y luz. Le di ternura y exigencia, por mi amor. De ti lo recibí, Señor, en promesa, y hoy te lo ofrezco en plenitud. Por él/ella viví, fui feliz y quise hacerle feliz. ¡Gracias, Señor!

Aunque sea menos romántico, tened la previsión de no hacerlos inútiles el uno al otro a lo largo de la vida. Que cuando uno falte, el otro pueda seguir viviendo sin excesivos traumatismos. Que al menos sepa dónde están las cosas y cómo funcionan.»⁷

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Asumimos pacientemente las limitaciones de la edad?*
- 2.º *¿Nos perdonamos los errores del pasado? ¿Sabemos encajar los olvidos, las faltas de comprensión de los que nos rodean o desahogamos amargamente nuestra agresividad?*
- 3.º *¿Procuramos gozar de los recuerdos halagüeños de la vida, de las muchas cosas positivas que están a nuestro alcance o nos encelamos con lo negativo del pasado, del presente y del futuro?*
- 4.º *¿Qué podríamos hacer para mejorar la calidad de nuestra vida y la de los demás?*
- 5.º *Si estoy viudo/a, ¿afronto positivamente mi situación de viudedad o me dejo hundir?*

Señales de peligro

Toda la carretera de la vida conyugal es un *peligro indefinido*; en cualquier lugar, contra cualquier árbol, mediana o pretil de la carretera, puede tropezar el matrimonio.

⁷ ICETA, Manuel: *ob. cit.* p. 65.

Pero, evidentemente, hay curvas peligrosas, lugares *sin visibilidad* y cruces de carreteras que suponen un *mayor peligro* y que necesitan una señalización especial y *un* específica.

Hay que decir que hay actitudes viciadas y viciosas *que* ponen a la pareja en situación de riesgo permanente y que provocan las crisis y *las* agudizan.

Entre ellas está, en primer lugar, la *inmadurez personal* en todas sus versiones: el infantilismo que implica falta de responsabilidad, no saber lo que se tiene entre manos. Cuando los que se casan son psicológicamente chiquillos, hacen chiquilladas. El matrimonio no es apto para menores psicológicos. Actitud viciada y viciosa es el *egoísmo exacerbado* que mantiene a la persona primordialmente pendiente de sí misma, de su propio bienestar y felicidad, que le lleva a *manejar* al cónyuge a su servicio, la agresividad como actitud dominante, la suspicacia, los celos y recelos.

Actitud viciada y viciosa es la *incomunicación*, la falta de diálogo. El mutismo psicológico, que a veces, paradójicamente, se oculta tras la verborrea, impide radicalmente la creación del *nosotros* conyugal y familiar, y hace que se produzcan tormentas en un vaso de agua por falta de aclaraciones que dan lugar a malas interpretaciones. La incomunicación mantiene al matrimonio y a la familia en crisis permanente, callada o estrepitosa.

Actitudes generadoras de crisis o que ponen en situación de crisis permanente son el *machismo* y el *matriarcado*. En casa el varón tiene casi un poder absoluto, monopoliza las decisiones, es el centro de la vida del hogar. También puede ocurrir lo mismo, de forma encubierta o descubierta, cuando la mujer instaura en el hogar el *matriarcado*. ¿Cuántas veces hemos oído decir a muchos

maridos, medio en broma, medio en serio: *En mi casa mando yo, pero se hace lo que dice mi mujer?*

Manuel Iceta retrata con exactitud esta situación:

«El matriarcado convierte el eje madre-hijos en el eje vertebral de la familia. De hecho, bastantes mujeres son magníficas madres y no tan buenas esposas. Y otros tantos varones son muy buenos hijos y pésimos esposos: *Estoy harta de tener un hijo más en mi marido. ¡Yo quiero un hombre!*

Es la consecuencia de que sólo la madre eduque a los hijos, vuelque en ellos una afectividad que no es capaz de llenar en lo esencial. El hijo se habitúa a vivir con una *mujer que satisface mis necesidades*. Esa posición existencial la llevará al matrimonio. La hija calcará ese modelo de identificación. Aunque pueda chocar hay que pensar que educar es formar a los hijos para ser pareja, ir despertando en ellos todas esas cualidades latentes en su ser que les harán capaces de ser pareja. Muchos hombres y mujeres tienen un corazón solterón por más que se hayan casado. Y aquí, aunque extrañe, está la raíz de muchas crisis.»⁸

Todos podemos enunciar numerosos casos de matrimonios en situación dramática por *intromisión* de las respectivas familias de los cónyuges, padres, hermanos o tíos. Muchos padres apuestan ciegamente por sus hijos y les incitan a la lucha por sus *derechos*, que creen conculcados. Se creen en la *obligación de buscar la felicidad amenazada de su hijo/a*.

Quizá, sin darse cuenta, quieren seguir gobernando el hogar de su hijo/a como les gobernaron a ellos, recuperar en cierta medida al hijo/a que *han perdido desde que se*

casó. Es difícil dejar ir de verdad a los hijos, darles su vida, que les pertenece.

A veces son simples comentarios, pequeñas ironías, actitudes que provocan celos, y es tan importante para cada uno su propia familia, que muchas parejas no han podido nunca ser ellas mismas, vivir su propia vida.

Además de estas situaciones permanentes que provocan y alimentan las crisis, están las situaciones circunstanciales, los acontecimientos traumáticos que causan nuevas reacciones.

Para algunas parejas el foco infeccioso y oculto que se manifiesta de forma indirecta en conflictos aparentemente injustificados, está en un desentendimiento sexual, en la frustración de no lograr una relación enteramente gratificante. Y sin sexualidad no hay vida conyugal. Los esposos, en esta situación, necesitan aprender el lenguaje amoroso.

¿Quién lo duda? Una de las primerísimas causas de las crisis y los conflictos conyugales son los *hijos*. He oído incontables veces la misma confesión: *Nunca habíamos discutido hasta ahora; y ahora discutimos siempre por causa de los hijos*. Las discusiones suelen subir de tono y tornarse dramáticas cuando dramática es la situación de los hijos, cuando alguno de ellos está *enganchado* a la droga, el alcohol, una secta o el pasotismo.

Con frecuencia se produce un desacuerdo en las pautas educativas, en las decisiones que hay que tomar; el padre, generalmente, quiere ser más drástico, la madre más condescendiente. El padre impone un castigo, la madre lo mitiga; el padre se niega a dar dinero, la madre lo da bajo cuerda. Así es como muchas parejas llegan «al borde de un ataque de nervios», al borde de la desesperación y la ruptura. Cuando más unidos deberían estar,

⁸ ICETA, Manuel: *ob. cit.* pp. 65-66.

cuando más necesitan los hijos que estén unidos los padres, es cuando más se distancian.

Es preciso advertir que para que se produzcan estos conflictos no es necesario que los hijos sufran situaciones dramáticas o adicciones graves. Los simples retrasos a la hora de llegar a casa por la noche son, en incontables ocasiones, un buen motivo para el conflicto y la divergencia conyugales.

Por lo demás, hay otras muchas situaciones que, sobre todo para los que no están preparados, provocan movimientos sísmicos de mayor o menor riesgo según que el matrimonio esté construido con arquitectura antisísmica o no. Esas situaciones son: el paro, la falta de recursos económicos, la enfermedad, el fracaso profesional, la infidelidad, las adicciones o vicios de uno de los cónyuges, el deterioro físico o la imposibilidad para la relación sexual, el consabido *ya no la (le) quiero* (la pérdida del enamoramiento y un posible nuevo enamoramiento).

De trampa a trampolín

Miedo al miedo

Las crisis y los conflictos pueden constituirse en una *trampa* o en un *trampolín*. Todo depende del talante con que se afronten.

No hay que olvidarlo jamás en tiempo de crisis o conflicto: éstos siempre son un reto, un tropezón en el que si uno no cae, avanza el doble. Una crisis y un conflicto bien superados dan consistencia, seguridad y crecimiento a la unión. Mal superados son como un accidente que estropea el coche y deja heridas con cicatrices imborrables; a partir de ahí el matrimonio ya no es nunca más el que fue.

La primera consigna para afrontar positivamente una crisis y un conflicto es *definirlos* con claridad y darles la *dimensión* que tienen, sin caer, naturalmente, en minimizar lo grande ni magnificar lo pequeño.

A los asustadizos hay que recordarles: «No es tan fiero el león como le pintan»; a los insensatos: «No se puede jugar con fuego».

Hay parejas o casados asustadizos que viven alarmados con los pequeños problemas matrimoniales, como si su caso fuera el único, como si se tratara ya de un peligro de muerte. El miedo no es nunca buen consejero. Hay que tener miedo al miedo.

Hay también, como es natural, parejas o casados que trivializan las situaciones, que dan la impresión de que no saber lo que tienen entre manos; exclaman: *Ya se le pasará el enfado, eso no es nada, eso ocurre en las mejores familias y en los mejores matrimonios, el tiempo lo arregla todo, lo mejor es no hacer caso...*

«Catarro mal curado, físico declarado», dice el refrán. Un solo catarro mal curado puede degenerar en una bronquitis crónica o en una neumonía. Las crisis y los conflictos mal solucionados deterioran lentamente el matrimonio y agudizan las crisis y los conflictos siguientes.

No se debe *diferir* su afrontamiento y solución por ahorrarse incomodidades. Hay que achicar el barco cuando los golpes de mar han metido agua en él, si no se quiere que se vayan acumulando y, al final, termine por hundirse con los tripulantes dentro.

Una consigna sagrada ha de ser: *No darse fácilmente por vencido*. Y esto a la hora de ganar cada batalla, ésta que ahora se está librando, y a la hora de ganar la guerra de la concordia y la armonía matrimonial. Hablando se entiende la gente. Hablando, se entenderán los cónyuges,

los miembros de la familia. Si, años atrás, por fidelidad al matrimonio había, sobre todo esposas, que soportaban verdaderos infiernos, malos tratos físicos incluidos, ahora, por la ley del péndulo, hay muchas parejas que se quiebran por la primera chispa que salta en el convivir matrimonial. Con el *no podemos convivir, somos incompatibles, ya no nos queremos, lo nuestro se acabó...*, rompen la baraja, y cada uno se va por su lado. Y todo con tanta facilidad como si se tratara de un juego de niños.

El diagnóstico de la gran mayoría de la gente es inviable: Las parejas jóvenes tienen poco aguante. ¡Con las consecuencias incalculables que lleva en sí una ruptura matrimonial!

Sería interminable la tetanía de matrimonios a quienes he conocido que, sacudidos por crisis agudas, parecían enfermos terminales; sin embargo, superaron felizmente las crisis, gozan de perfecta salud y son matrimonios perfectamente realizados y felices.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Cuáles son las causas remotas que provocan nuestras crisis y conflictos y dificultan su solución: la inmadurez psicológica, la incomunicación, la intromisión de nuestros familiares?*
- 2.º *¿Y causas ocasionales: el paro, el desamor, las dificultades económicas, la educación de los hijos?*
- 3.º *¿Procuramos definir bien las crisis y los conflictos?*
- 4.º *¿Los afrontamos con rapidez o diferimos su solución?*
- 5.º *¿Nos dejamos llevar por el pesimismo o tenemos confianza en nosotros de poder superarlos? ¿De qué medios nos hemos de servir para superar la crisis?*

Sus derechos y mis deberes

Cuando un matrimonio empieza a moverse en el terreno de los *derechos*, de los de uno, claro está, y en el de los *deberes*, los del otro/a, u otros/as si se trata de los hijos, el matrimonio y la familia ya están muertos.

Cuando una persona, en cualquier clase de comunidad, no hace más que reivindicar sus derechos y no recuerda sus obligaciones, se coloca en una postura egoísta, cerrada e insolidaria que llena de minas la vida conyugal y familiar. Pone a los de su entorno en situación de conflicto permanente. Si resulta que no es sólo un cónyuge, sino los dos, o varios miembros de la familia los que viven reclamando sus derechos y olvidando sus deberes, entonces se vive junto a la boca de un volcán en erupción.

Cada día y en todos los ámbitos, somos testigos de cómo las personas reclaman sus derechos y olvidan con frecuencia sus deberes. El principio de la felicidad conyugal y familiar es exactamente inverso: recordar, sobre todo, mis deberes y los derechos de los demás. De esta manera ponemos en práctica el mandamiento supremo del cristiano que es el amor:

«Así pues, tratad a los demás como queráis que ellos os traten a vosotros.»⁹

Tira y afloja

La felicidad conyugal, familiar y de cualquier grupo supone, como se dice con frecuencia, un *tira y afloja*, pero realizado oportunamente, en un saber ceder a tiempo.

⁹ Mt 7,12.

Digo *oportunamente*, porque no se puede dejar al que pretende ejercer de dominador en la pareja o en la familia que campee a sus anchas para convertir a los de al lado en criados incondicionales y fieles servidores de sus caprichos. Consentírsele sería traicionarlo. Hay momentos en que es preciso hacer valer los propios derechos para bien del otro, para situarlo en el lugar que conviene a todos. De otro modo se está alimentando a un autoritario y rebajándose uno a la categoría de limpiabotas a sus órdenes.

¡Qué certero Pablo en el juego de saber ceder y saber reclamar sus derechos! Podría cobrar por ejercer el ministerio misionero según las indicaciones del Señor; podrían él y Bernabé llevar consigo una hermana cristiana que les sirviera, podría ejercer tajantemente la autoridad en algunas ocasiones para zanjar problemas, podría ejercer ciertas prácticas muy legítimas como judío que es, pero renuncia generosamente a estos derechos en bien de sus hermanos y para no obstaculizar la difusión del evangelio ¹⁰.

Pero este mismo Pablo que, dócil al Espíritu, sabe ceder oportunamente en favor del bien de la comunidad y del anuncio evangélico, también sabe reclamar sus derechos cuando lo exige el bien de la comunidad y del evangelio; y, si es preciso, se enfrenta con Pedro ¹¹.

A la hora de solucionar conflictos, es preciso partir del presupuesto de que, mientras no se demuestre lo contrario, el otro cónyuge tiene también buena voluntad de solucionar el conflicto que, seguramente, le mortifica.

Por lo demás, también hay que contar con que la so-

lución del conflicto igualmente depende de mí, que no sólo ha de ceder el otro, no sólo puede estar equivocado el otro en sus actitudes. Los conflictos, o son fruto de una cierta animosidad o la generan. Y la animosidad y el apasionamiento ennegrecen. Trata de que impere en ti la cordura y el equilibrio sensato: Ni cuando estabas tan enamorado/a él/ella era tan cielo; ni cuando estás bufando de rabia es tan infernal; ni antes era tan ángel ni ahora tan bestia. Es preciso serenarse para ver con claridad.

Si en otro tiempo os quisisteis de verdad, es señal de que podéis volver a quereros de nuevo. No insistas en ver lo malo del otro; piensa y enumera los muchos aspectos positivos de tu cónyuge; valóralos; estos recuerdos serán como calderos de agua que apagan las llamas de tu ira.

El más generoso es el que ha de dar el primer paso a la hora de intentar la solución; el primero en reconocer sus propios errores y defectos, el que ha de ceder, el que ha de iniciar el diálogo reconciliador.

El saber ceder ante los derechos del otro lleva a una felicidad nueva y misteriosa; pero felicidad tan verdadera que sólo el que la ha experimentado puede conocer.

La experiencia nos enseña que hay familias en las que reina la paz y la armonía porque sus miembros han sabido respetarse en sus derechos. «Forzad vuestra voluntad –escribe santa Teresa– para que se haga en todo la de vuestros hermanos, aunque perdáis vuestros derechos y olvidad vuestro bien por el suyo.»

Para encontrar la solución

Para encontrar la solución a la crisis conyugal o familiar es preciso partir del presupuesto que tantas veces he repetido a tantas parejas: estáis condenados a entenderos.

¹⁰ Cfr. 1 Cor 9,1 ss.

¹¹ Cfr. Hch 16,37; Gál 2,5.14.

En la crisis no están en juego valores graves del matrimonio que obliguen a la ruptura. El bien de los hijos, su equilibrio psicológico, su felicidad y vuestra felicidad están en juego. No tenéis más remedio que entenderos; lo contrario es una locura. Es preciso empezar por mentalizarse sobre la necesidad del entendimiento.

Por lo demás, no vale torear la crisis de mala manera; es preciso cogerla por los cuernos. Ni vale tampoco cerrar la úlcera o la herida en falso, porque seguiría supurando y produciendo fiebre alta en la convivencia.

Al margen de los recursos particulares de los que cada pareja o cada familia puede echar mano, hay remedios comunes imprescindibles. Éstos son:

- 1.º *El diálogo.* Es imprescindible dialogar hasta cansarse para clarificar las cosas y las causas, los posibles malentendidos. Es preciso aclarar mediante el diálogo cuáles han sido o son las motivaciones de las actitudes, los hechos, los comportamientos, posible causa de conflicto. No se puede vivir entre sospechas ni con presupuestos infundados.
- 2.º *Buscar la luz.* Cuando se ha ido la luz de la casa por una avería, se busca una linterna, una vela. Cuando psicológicamente el matrimonio o la familia está en tinieblas, ha de buscar esa linterna, esa vela psicológica que alumbré. Un buen libro sobre el tema puede arrojar mucha luz, la participación en la vida de un grupo de matrimonios puede esclarecer mucho. Las crisis y los conflictos no son como las enfermedades cuya curación depende exclusivamente de los otros, del médico, sino que aquí es imprescindible el protagonismo de los interesados.
- 3.º *Reclamar ayuda.* Cuando la pareja o la familia se

sienta superada por el problema, ha de reclamar ayuda. De quien sea; de un sacerdote conocido, de un matrimonio amigo preparado, del grupo matrimonial, de un psicólogo, de instituciones o personas que pueden ofrecer servicios especializados cuando sea necesario.

Precisamente para atender a familias y matrimonios en dificultades se han creado los «Centros de Orientación y Terapia Familiar». En otros países llevan bastantes años funcionando, y en España se van introduciendo a nivel particular y también en muchas de nuestras diócesis. Al parecer los resultados son muy positivos.

Al mismo tiempo que, por una parte, hay que reclamar ayuda cuando sea necesaria, es preciso, por otra, rechazar frontalmente toda *intrusión* de otras personas a las que afecta el conflicto y cuyo consejo puede ser parcial o interesado. Es preciso no abrir la puerta a quien intente entrar en la casa de su hijo/a para gobernarla.

- 4.º *Interesar al Huésped de la casa.* Naturalmente, un matrimonio de creyentes ha de recurrir a la oración. Ha de gritar como los apóstoles en la noche de la tormenta en el lago de Genesaret¹² al Señor que se embarcó como pasajero permanente en la barca conyugal el día del casamiento. Él puede y quiere calmar la tempestad; él dará el vigor necesario para manejar con destreza el timón y los remos para superar felizmente, como entonces, la tempestad. La pareja ha de aprender a remar y hacer avanzar la barca de su matrimonio y familia en tiempos de

¹² Mt 8,23-27.

bonanza si es que quiere capear los temporales. Recuerdo lo cara que nos pudo costar la broma a un compañero y a mí cuando nos lanzamos alegremente en un bote por un recodo tranquilo de mar sabiendo manejar torpemente los remos. Cuando nos dimos cuenta nos había arrastrado la secreta corriente hasta alta mar. Uno no puede improvisarse remero. Ni marido ni mujer serán capaces de capear la crisis sin previo entrenamiento diario.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.º *¿Estamos ahora mismo padeciendo alguna crisis o conflicto?*
- 2.º *¿Ponemos en práctica los medios adecuados para superarlos? ¿Pienso más en los derechos de mi esposa/a e hijos y mis deberes que al revés?*
- 3.º *¿Sabemos manejar sabia y equilibradamente el tira y afloja? ¿Dialogamos suficientemente?, ¿buscamos juntos?, ¿pedimos ayuda?*
- 4.º *¿Qué compromisos concretos hemos de adoptar después de esta reflexión?*

ÍNDICE

Presentación	7
1. En la familia está la clave	13
Del dicho al hecho... ..	13
Ventura o desventura	17
La familia, la primera necesidad	19
La familia, formadora de la persona	24
Felicidad, con <i>f</i> de familia	36
La familia, el futuro de la iglesia	43
La familia, corazón de la sociedad	49
Sin embargo... ..	55
2. Cimiento y cemento	63
Comunidad de amor	63
Egoísmos disfrazados de amor	70
Dimensiones del amor	75
Amigos íntimos	81
Amor total: en cuerpo y alma	88
3. Calificativos del amor conyugal	107
Respetuoso	107
Responsable	120
Incondicional	134
Tierno	139

Comprensivo y compasivo	145
Gratuito	152
Agradecido	158
Eterno	164
Fiel	174
Creciente	178
Fecundo	185
Amar es compartir	194
Las tareas domésticas, tareas de «todos» los do- mésticos	199
4. Para construir el hogar	205
Un proyecto	205
Reunirse para unirse	212
Hablando se entiende la gente	216
5. Luna de miel creciente	243
Crecer o morir	243
Medios y remedios	251
Familia de familias	255
6. Crisis y conflictos	263
La hora de la verdad	263
Aviso a navegantes	264
De trampa a trampolín	290

ANTHONY DE MELLO. TESTIGO DE LA LUZ M. ^a Paz Mariño Barros
ESTOY LLAMANDO A LA PUERTA Carlo Maria Martini
FAMILIA Y VIDA LAICAL Carlo Maria Martini
LA FAMILIA COMO VOCACIÓN Manuel Ictea
AMOR DE TODO AMOR Hermano Roger de Taizé
EN EL NOMBRE DE JESÚS Henri J. M. Nouwen
CÓMO ELABORAR UN PROYECTO DE PAREJA Isabel Frias / J. C. Mendizábal
EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO Henri J. M. Nouwen
MEDITACIONES PARA LAS FAMILIAS Carlo Maria Martini
EL SERMÓN DE LAS SIETE PALABRAS José Luis Martín Descalzo
PEREGRINO DE LA EXISTENCIA Ángel Moreno, de Buenafuente
DESPERTAR Anthony de Mello
«TÚ ERES MI AMADO» Henri J. M. Nouwen
PALABRAS SENCILLAS DE NAVIDAD Jean-Marie Lustiger
LAS SIETE PALABRAS DESDE AMÉRICA LATINA Nicolás Castellanos
UNA VOZ PROFÉTICA EN LA CIUDAD Carlo Maria Martini
LA COMUNIDAD Jean Vanier
MARÍA, MADRE Peter Daino
LA VOCACIÓN DE SAN MATEO Antonio González Paz
UNA VOZ DE MUJER Mercedes Lozano
¿QUÉ SACERDOTES PARA HOY? Bernhard Häring
ENERGRAMA Y CRECIMIENTO ESPIRITUAL Richard Rohr
ORAR DESDE BUENAFUENTE DEL SISTAL Ángel Moreno, de Buenafuente
EN EL ESPÍRITU DE TONY DE MELLO John Callanan